

*"La línea entre la vida y la muerte se puede cruzar.  
Sólo hay que pagar un precio."*

# ES COMO EL MAL

THRILLER



**BEPPE QUINTINI**

# ES COMO EL MAL

*La línea entre la vida y la muerte se puede cruzar.  
Solo hay que pagar el precio.*

BEPPE QUINTINI

ES COMO EL MAL

thriller

Título: ES COMO EL MAL

ISBN: 978-17-941-4687-7

Primera edición: julio 2017

© 2017 by Giuseppe Quintini

Página web: [www.beppequintini.com](http://www.beppequintini.com)

Propiedad literaria y artística reservada

Todos los derechos reservados

Proyecto gráfico de la portada: Beppe Quintini

Ilustración de la portada: Copyright: kuzma / 123RF Stock Photo

Este romance es una obra de fantasía.

Los personajes y las situaciones son invenciones del autor, y tienen la finalidad de aportar veracidad a la narración.  
Cualquier referencia a personas, lugares y eventos son puramente casualidad.

*Para mi espléndida familia.  
Cuanto más seamos, mejor.*

*Traducción a cargo de*  
*Beatriz Cercós Villaplana*

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[Epílogo](#)

[Nota del autor](#)

[Agradecimientos](#)

# CAPÍTULO 1

7 septiembre 1979

Para los tres chicos, sentir cómo les acariciaban la cara era una sensación extraña. Era un gesto al que ninguno estaba acostumbrado, y ante el cuál no hubieran sabido cómo comportarse. A lo mejor hubiera bastado una sonrisa, o solamente el hecho de no apartarse habría hecho entender que les estaba gustando. Ni los hermanos Sean y Holly Reed, ni siquiera Mikey Sullivan, lo hubiesen contemplado como un problema; el viento que empujaba la intocable mano sobre sus caras, acariciándoles, nunca había reclamado gratitud. Después de todo, ni los gatos vagabundos que se saciaban rebuscando entre la basura estaban obligados a hacer mimos a quien había rellenado el contenedor de la basura.

«Entonces esta es la última, ¿verdad?» Sean apartó la mirada del océano y se giró hacia Mikey. Holly, su hermano mayor, parecía que no se quería perder la lenta puesta de sol en el hilo del horizonte.

«La última» respondió.

El agua del océano era roja, casi como si se sintiese avergonzada de engullir el último cuarto de sol.

«¿Y luego nunca más?»

«Nunca más.» En ese momento una ola le mojó el pie. Luego se retiró.

Se conocieron en un centro de menores de Miami, donde habían desperdiciado los mejores años encerrados detrás de las rejas, hasta cuando se presentó la ocasión para evadirse.

Mikey había cumplido hacía poco diecisiete años, y era el más joven de los tres. Respecto a Sean se llevaba solo algún mes de diferencia, mientras que el salto de edad con Holly era de más o menos dos años. No obstante, no había

ninguna duda de que era él el líder indiscutible del grupo. No porque fuera más inteligente, fuerte o pícaro que los dos hermanos. Simplemente no sentía miedo. Y solo eso bastaba para que se le reconociera su rol.

Había sido, hasta ese momento, el único que había matado a un hombre, y lo había hecho sin mostrar ni un ápice de duda. En aquella ocasión, un poco antes de que el hombre expirase, le había mostrado, orgulloso, el tatuaje del brazo: la gran boca de un tiburón, fue su última imagen en vida. "¡Cuenta a los muertos quién te ha matado!" le chilló con desprecio después de verlo morir.

El océano Atlántico ya había digerido la bola incandescente y no la habría escupido antes de una decena de horas. El color luminoso estaba desapareciendo, dejando espacio a una tonalidad escarlata.

Holly habló sin girarse. «Ya casi estamos.» Nadie le respondió. Solo su hermano esgrimió una sonrisa incierta. «¿Qué haremos luego, Mikey?»

El cabello rubio movido por el viento y oscurecido de la negrura de la noche. Hizo dos pasos hacia delante y se le acercó. Otra ola le llegó hasta el tobillo.

«Tendremos una buena vida» dijo Mikey dándole un golpe en la espalda.

«No creo que gente como nosotros pueda tener una buena vida» le respondió Holly.

«Para tener una buena vida hace falta dinero. Y nosotros en breve tendremos tanto que no podremos ni siquiera contarlo.»

«Dinero.» Holly metió las manos en los bolsillos de sus bermudas.

«Mucho dinero.»

Sean se puso al lado de su hermano y le puso una mano sobre el hombro, queriéndole frenar una parte de los miedos que lo atormentaban.

«Mikey tiene razón. Esta noche es la última vez y luego se acabará. Para siempre.»

Holly apretó la mandíbula.

Mikey avanzó y mostró los hombros al horizonte indefinido y oscuro.

El agua salada le rozó el talón.

«¿Os acordáis de todo?» sentenció en la oscuridad. «No nos podemos permitir errores».

«No nos equivocaremos.» Holly no lo dijo para complacerlo, sino para convencerse de que era la única vía posible para salir de aquella mierdosa alcantarilla.

Tenían que esperar a un hombre que habría recogido a Sean de Allison Park.

Mikey e Holly habrían seguido el coche, habrían entrado furtivamente en casa y habrían esperado para llevar a cabo su plan.

No parecía una tarea difícil. La casa en la que iban a entrar la conocían bien, las costumbres del propietario también. Solo debían dejar que las cosas corrieran como el agua, como de normal, sin que el hombre sospechara. Si la tarde fuera idéntica a muchas otras que habían transcurrido en aquellos muros impregnados de vergüenza, su plan sería un éxito.

Edward Mendoza era un experto financiero y emprendedor con reconocimiento nacional, propietario, entre otras cosas, de una clínica médica de entre las más exclusivas de Miami, gracias a la cual se lucraba de la salud de gente pudiente. Era respetado por todos y temido solo por la competencia. Había pasado su vida dedicándose completamente a su carrera y al beneficio que le aportaba, sacrificando, sin muchos remordimientos, la idea de crear una familia. Así había llegado al umbral de los cincuenta años con un patrimonio que acariciaba los treinta millones de dólares. Pero estaba solo como un perro, en lo afectivo. La imagen que daba de sí mismo era la de un hombre culto y de confianza. Los trajes elegantes con los que adoraba vestirse lo ayudaban muchísimo a recalcar su posición, aunque luego intentara mantener un perfil más bien discreto, nunca altivo. Digamos que un buen hombre era la matrícula que llevaba pegada en las nalgas, cuando estaba fuera de su casa de Indian Creek. Pero apenas metía ambos pies dentro de casa y cerraba la puerta, las cosas cambiaban. Y mucho.

Solo un puñado de personas conocían al verdadero Mendoza, y eran personas que, con él, compartían, más o menos libremente, vicios perversos y pasiones extremas. En definitiva nadie que pudiese representar una amenaza concreta.

Dos faros que iluminaban la calle se pararon y giraron a la derecha.

«Acuérdate», susurró Mikey a Sean. «Jode solo a quien te jode. Jode solo por la noche.» era su mote. Le gustaba repetirlo como un rito, cada vez, cada jodida vez.

Escuchó, asintió e hizo una señal a los dos para que comenzaran a alejarse.

Sean no esperó mucho, solamente una decena de minutos.

El coche, un Ford Mustang azul de 1977, se acercó. Las luces se apagaron, la puerta de la parte del pasajero fue abierta desde el interior mientras el motor pegaba petardazos al mínimo de revoluciones y la oscuridad permanecía en el interior. Treinta segundos para salir, cerrar la puerta y abandonar el

aparcamiento de Allison Park. Respetando los acuerdos, Sean permitió a Mendoza volver a la Collins Avenue en dirección Indian Creek.

Diez minutos en los que ninguno de los dos se dirigió la palabra. Solo hubo una mirada de Mendoza a los pies llenos de tierra de Sean. Habría vuelto a limpiar el coche sacudiendo la alfombrilla. Luego se hubiese sacudido también al chico, el elegido entre tantos. Todo a cambio de cien dólares y discreción, condiciones necesarias para que continuase su relación de colaboración, sin dejar sospechas. Luego hubiera llegado el momento de acabar, de una vez por todas. Pero la decisión correspondía a él, y no al chico.

Colaboración.

Le gustaba ese término. Sean con ese dinero podía comer y comprar todo lo que necesitaba, Mendoza calmaba durante alguna hora ese picor que lo molestaba en sus partes bajas, ya fueran prominentes o no. Pero no solo eso: la elección de Sean iba más allá de la satisfacción del vicio y eso había permitido al instinto inmoral desbordarse, rompiendo los márgenes que separaban la depravación de la más viciosa perversión.

Mendoza disminuyó la velocidad en las proximidades del puente que conectaba la isla de Indian Creek con Surfside. De la garita de control apareció la cabeza del guardia de vigilancia.

«Doctor Mendoza, bienvenido» agachó levemente la cabeza para mirar a la parte del pasajero.

«Mi sobrino.» No dijo nada más.

Hizo una señal con la mano, dejando patente que no eran necesarias más explicaciones.

Mendoza apreció la discreción, pensando que era dinero bien gastado. Se despidió y el coche empezó a moverse. En un segundo llegaron al garaje, en el sótano de una villa colonial.

Sean abrió la puerta, subió las escaleras y se refugió en el baño.

«Voy a prepararme.»

«Te espero en el salón. ¿Un whisky con hielo para ti también?»

«Doble.» La voz ya era lejana.

Sean entró en el baño principal, cerró la puerta con llave y abrió la ventana. Holly y Mikey ya habían hecho a nado el último trozo y estaban empapados. El viento que les había acariciado, ahora les estaba atravesando por todas partes. Tiró un secamanos a cada uno y les hizo entrar. Todo en el silencio más absoluto. Él se vistió con un calzoncillo y un camión de seda azul. Le dio

vida a su pelo castaño con agua del grifo y se peinó con la raya al lado. Se quitó la arena de los pies y se puso colonia en el cuello. Mikey asintió complacido, Holly prefirió quedarse de espaldas hasta que no hubiese salido.

Antes de cerrar la puerta se oyó susurrar: «Jode solo a quien te jode, jode solo por la noche.»

Holly habría puesto el secamanos, con mucho gusto, en la boca de Mikey, y estaba seguro de que hubiera conseguido metérselo todo, hasta sofocarle la voz. Luego lo habría atado y habría saboreado el espectáculo. Se lo imaginaba con los ojos morados que salían de las órbitas y que suplicaban piedad. Ese hijo de puta estaba explotando a su hermano hasta consumirlo, y la simple idea lo atormentaba. Lo convertía en malvado. Luego no le calmó la idea de mandar todo al traste, de desperdiciar los sacrificios y las humillaciones sufridas. Pero sintió alivio al pensar que nunca más vería en los ojos de Mikey una petición de piedad. Ningún pecador que acabe en el infierno habría causado miedo al diablo, se dijo.

Las velas perfumadas estaban encendidas sobre la mesa, sobre los muebles prestigiosos que amueblaban de una manera aristocrática la sala, y también muchas por el suelo. La amplia ventana reflejaba la caliente luz y dejaba entrar una tenue iluminación azul proveniente de la piscina. Muy probablemente la tarde habría acabado allí, con las últimas bromas de un perro con calor que se tiraba al agua.

Sean cogió el vaso con la mano y no hizo caso a Mendoza, completamente desnudo y con las piernas cruzadas. Lo vio encender un cigarro y dar unos sorbos a un Macallan de cosecha, regalo de un cliente a quien le había evitado la quiebra económica. Por enésima vez le escuchó contar la misma historia.

Por norma general la autocomplacencia duraba al menos diez minutos, pero, esa noche, el pajarito se lanzó sobre él antes de contar los detalles de las especulaciones en bolsa. Fue en ese momento cuando Sean se dio cuenta de ser él el causante de las erecciones y no el pensamiento de acciones, títulos de estado, fusiones de sociedad y tasas de interés. Hasta el momento la duda era más que lícita.

«¿Te gusta fumar, chico?

«Cuando me lo ofrecen.»

Con el cigarro sujeto por sus dos dedos, lo invitó a acercase. Le acercó el habano a la boca pero nada más la cerró, le empujó la cabeza en medio de las piernas.

El amo de la casa le empujó más fuerte que nunca y tiró el humo sobre el pelo de Sean.

«Entre nosotros los buenos hombres, ofrecer no quiere decir compartir. Yo fumo mi cigarro y tú fumas el tuyo» y alargó el brazo sobre el asiento, sujetando con una mano el fajo de tabaco y en la otra el vaso de whisky. «Hazlo con tranquilidad. No tengas prisa de acabar. Las buenas maneras imponen que sea el amo de la casa, el que acabe siempre el primero de fumar.» Cerró los ojos y apoyó la nuca en el sofá.

Sean, de rodillas, levantó los ojos y vio a Mikey salir del baño levantando el dedo gordo. Holly, su hermano, escupió en la alfombra persa y salió de su visual sin ni siquiera dirigirle una mirada. El primero se metió en una habitación de Mendoza, rebuscó en los bolsillos de los pantalones y luego bajó las escaleras. Fue Sean el que le dijo dónde buscar las llaves. En pocos instantes Mikey había movido un cuadro, hizo saltar la cerradura y abrió la caja fuerte. Ni siquiera en ese momento sonrió. Solo cerró el puño derecho y miró el tatuaje del brazo.

Dos carpetas rellenas el agujero blindado. Abrió la primera, pero la cerró enseguida.

Papel de banquero, pensó.

La segunda, en cambio, era lo que estaba buscando. Una veintena de fajos de cincuenta y cien dólares, lo menos de siete u ocho centímetros.

Mendoza, en la otra habitación, vació el vaso de un sorbo.

«¿Pero qué coño te pasa esta noche? Se me está bajando la erección, ¿no lo ves?»

Sean, no se paró, no había visto aún a sus dos compañeros darle una señal de confirmación.

«Niño, ¿me has oído? Intenta inventarte algo o me acabo yo solo y te dejo en mitad de la calle.» Le dio tal tortazo que apartó la cara de Sean de su miembro.

Invadido de la rabia contenida, Holly se lanzó sobre el banquero y le rompió la mandíbula de una patada. Antes de entender siquiera de dónde llegaba el ataque, Mendoza tropezó con la mesita y acabó por los suelos, desnudo, como un feto abandonado, ensangrentado e indefenso. Las velas cayeron en la alfombra, incendiando inmediatamente el algodón y la fibra de coco, materiales valiosos con los que había sido tejida. Mikey entró en el salón con un cuchillo en la mano derecha. Las llamas le iluminaron la cara y el pelo

parecía de bronce. Los ojos rubí, como los de una rara especie de serpiente del Sudeste asiático, captaron la esencia del origen del mal. Nada ni nadie hubieran podido reprimir a Holly de las estúpidas e infantiles debilidades fraternas, solo la muerte.

Un movimiento rápido hizo volar la lama del cuchillo justo por debajo de la caja torácica de Holly. El chillido de dolor le ahogó, luego cayó por tierra, con los hombros en el suelo.

De las llamas, rápido como una chispa, Sean se lanzó contra Mikey y le pegó en el estómago, lanzándolo contra el cristal de la ventana. La cortina ardiente lo envolvió, enrollándolo como una hoja de tabaco ansiosa de convertirse en un buen cigarro. El peso del cuerpo, la arrancó de las guías, dando vida a una loca antorcha humana que intentaba desnudarse. Sean escuchó los lamentos de Mikey, lo liberó de las llamas pero le puso las manos en el cuello con la fuerza de unas tijeras de acero, mientras el fuego parecía ambientar la escena en un infierno más que nunca, real. La escena duró pocos segundos, el choque de un disparo lo propició. Sean se dio cuenta de no tener más fuerzas y se dejó transportar por el mundo oscuro como un huésped querido.

Mendoza sostenía aun el arma caliente cuando Mikey encontró refugio detrás de una columna de mármol incandescente. El joven intentó razonar, luego se lanzó sobre el cuerpo de Holly, le extrajo el cuchillo del abdomen y sintió la mano quemar; la parte del mango estaba ardiendo. Sin dar importancia al dolor siguió con la emboscada, esta vez cubierto por el lateral robusto de un mueble antiguo, destinado a convertirse en carbón. Escuchó enseguida el sonido de un proyectil romper la madera donde tenía apoyada la oreja, luego comenzó el ataque. Un lanzamiento preciso incidió en la carótida del banquero, escupiendo grandes chorros de sangre arteriosa. Mendoza murió en menos de un minuto.

Mikey se le acercó, sacó nuevamente la lama del cuchillo del cuerpo, lo volvió a limpiar deslizando el pulgar y el índice sobre el caliente metal, luego lo metió en el interior del mango y se lo metió en el bolsillo.

Sabía que no tenía mucho tiempo a su disposición, antes de que algún vecino, viendo la casa en llamas, llamara a la policía. Por eso, hizo rápidamente algunas cosas que consideraba necesarias: bajó las escaleras, sacó el dinero de la caja fuerte y lo escondió en la mochila de Sean. Cogió dos bombonas de gas que encontró en el jardín y las llevó al salón, las tumbó al lado de los tres cuerpos inmóviles. Luego abandonó la casa por la parte de atrás, cogió la

mochila con las manos y se tiró al agua. Nadó de espaldas con los brazos distendidos mirando al cielo estrellado y llegó a Surfside en pocos minutos, con el botín seco. Caminó por la calle 88 hasta el mar. Cuando se paró para admirar el contenido de la mochila, no tuvo ni siquiera tiempo de abrirla; una fuerte explosión partió por la mitad el cielo con un rayo, elevando destellos que parecían estrellas fugaces que ni tan siquiera la noche de San Lorenzo, de hace más o menos un mes, había sido capaz de regalar. Aunque los fuegos artificiales que habían hecho saltar por los aires la casa de Mendoza, habrían merecido un mínimo de consideración, no había tiempo para disfrutar del espectáculo.

# CAPÍTULO 2

25 julio 2010

«Tres, dos, unos.»

Se encendieron todas las luces y el título del programa "Tengo una pregunta para usted" introdujo al invitado de la noche. Por primera vez en la historia de los programas de investigación de la televisión española, el protagonista no hizo la entrada habitual, sino que se encontraba ya sentado. El plató emulaba un anfiteatro, en el que los espectadores, cien, para ser exactos, tenían la posibilidad de hacer preguntas al invitado de la noche. Normalmente se trataba de un político, sin duda, la categoría preferida de los telespectadores, viendo las audiencias. Era una de las pocas veces en que un ciudadano podía esperar una respuesta de los representantes institucionales sin ser despreciado. Quien participaba en el programa, normalmente, volvía a casa con los huesos rotos y sobre todo, con un índice de aprobación que rozaba el asfalto.

Aquella noche, en cambio, ningún político fue invitado al interrogatorio.

El huésped de la edición especial era un hombre del que todo el mundo hablaba: José Luis Martino, sesenta años recién cumplidos, vidente de profesión.

Desde hace algún mes, su don le había llevado a un primer plano.

Se hizo famoso en todo el país, después de unos inicios escépticos que acompañan a quien, como él, afirmaba tener ciertos dones. La gran diferencia entre él y los demás, era la veracidad de sus visiones. Cuatro casos resueltos junto con la Policía Nacional Española, le habían proporcionado ese respeto que su profesión veía tan lejana, como un planeta por descubrir. No obstante, los inconvenientes de la fama eran muy concretos, al menos, tanto como lo eran sus predicciones. Ahora la vida del hombre transcurría entre escenas de

crímenes, comisarías, cárceles y coches blindados. El CNP, Cuerpo Nacional de Policía, lo consideraba un elemento fundamental y, obviamente, insustituible. Pero se atribuyó injustamente el derecho a controlar las veinticuatro horas del día de su vida. El sueldo de oro con el que lo recompensaban, no era suficiente, no era un cambio a la par; ninguna suma de dinero le habría restituido nunca más una existencia humana. José lo sabía, y su aspecto descuidado lo demostraba.

El programa terminó y se produjo un gran aplauso para despedir al invitado; nunca había pasado nada parecido. Anna, la joven presentadora, hizo una presentación resumiendo los acontecimientos que habían llevado a José Luis Martino a convertirse en una estrella mediática.

Había pasado casi un año desde que el vidente se encontró entre la vida y la muerte a causa de una agresión. Dos delincuentes lo asaltaron poco después de que saliera del banco. Lo golpearon hasta dejarlo ensangrentado y le robaron una importante suma de dinero. Luego lo abandonaron en la calle, creyendo que estaba muerto. Cuando apareció en el hospital, estaba en condiciones desesperadas. El trauma craneoencefálico y una extendida hemorragia cerebral parecían comprometer cada una de las esperanzas de poderlo salvar. Estuvo en coma durante cuatro semanas, luego, sin ninguna explicación científica, se despertó. Tres días después de haber vuelto al reino de los vivos, sufrió una especie de crisis nerviosa. La enfermera que irrumpió en la habitación, intentó calmarlo, pero ningún esfuerzo sirvió. José chillaba frases, las interpretaba. Era como si fuera el único actor en recitar todas las partes de una película proyectada en su mente. Luego, en un segundo, se hizo el silencio y cayó en un estado de trance. Cuando recuperó la consciencia, informó al personal médico que había asistido a un tiroteo, donde los dos hombres asesinados por un agente de policía eran los mismos delincuentes que lo habían llevado tan cerca de la muerte. Ante la incredulidad y desconfianza, adornó la historia con una serie de detalles que, si se confirmaran, hubieran convertido a Martino en un caso internacional. Explicó donde se encontraban las víctimas mientras un policía respondía a los tiros y los mataba, comunicó informaciones precisas sobre el botín que los agentes habrían encontrado, proporcionó, además, el nombre de uno de los asesinados. Todo confirmado por la policía. Aquello que representaba lo más extremo del momento de la visión: parecía desarrollarse en directo como un evento real. A decir verdad, aún no había

sido demostrado minuciosamente, pero solo porque a ninguna víctima se le habría podido atribuir el horario exacto de la muerte, minutos incluidos.

Desde ese momento, José se convirtió en un precioso *instrumento* en las manos de las fuerzas del orden, sin posibilidad de negociación.

El clamor de los aplausos, disminuyó como el interés de un político por la gente cuando gana las elecciones: un instante.

José había seguido en el monitor la historia de su último año en una versión de película hollywoodiense y se había quedado muy disgustado, más aún de cuanto se podía imaginar. Participar en un programa, exhibiéndose como un fenómeno de barrio, era un sacrificio que no había tenido en consideración. Y sin embargo su presencia había sido necesaria para fines políticos: la *beatificación* del Ministro del Interior, listo para la nueva campaña electoral, al que la policía tenía que rendir cuentas.

Anna se dirigió al público y señaló a una mujer.

«Adelante Laura, haga su pregunta al señor Martino.»

José, desobedeciendo las líneas generales del programa, no se levantó de la silla y fijó, ligeramente asqueado, su mirada en los labios pintados de la mujer. Lo considera horrible para una cita televisiva. Pero su gusto no importaba, siendo él mismo el que iba vestido con una camisa alquilada a un leñador, virutas de caspa incluidas en el precio. Un par de pantalones de terciopelo marrón, escondían un agujero en las nalgas, pero mientras permaneciera sentado era imposible descubrirlo. A diferencia del pelo grasiento y la barba mugrienta, que brillaban cegando al público.

«Buenas noches señor Martino.»

El vidente no respondió, pero del micrófono se escuchó un lamento. La mujer continuó. «Quería preguntarle cómo se siente uno al tener un don como el suyo. Gracias.» y se sentó.

José quería decirle que se cambiara el color de pintalabios, pero dijo otra cosa. «Yo no tengo un don, tengo una maldición.» Detrás del escenario, Bueno y Chacón lo riñeron con la mirada, obligándole a corregir lo que había dicho. Aquella noche, el inspector y el vice, eran sus ángeles custodios.

«Ver morir a las personas, sabiendo que es todo real, es una maldición. Pero después de todo, tengo el deber de poner a disposición de la gente, este don que tengo.»

Se puso en pie un hombre.

«Señor Martino, una pregunta. ¿Cómo se ha sentido viendo morir a los dos que casi lo mataron?»

Giró el sillón, luego puso el pie para pararlo.

El hombre vio que llevaba botas y pensó que como zapato de verano no era muy adecuado. Luego empezó a sudar por miedo a que José pudiera leer también la mente.

«Fue la primera vez que tuve una visión. Sinceramente estaba más preocupado por lo que me estaba pasando, no he tenido el placer de disfrutar por otra cosa. Hoy, le digo, estoy triste por no haber visto morir a aquellas personas realmente.» Luego hizo un gesto amable con la cabeza. El hombre se sintió más tranquilo.

La presentadora dio la palabra a otra mujer.

«Hoy todos le reconocen como una persona dotada de poderes extraordinarios. Probablemente si hubiese nacido en Estados Unidos, la CIA no habría revelado su existencia, para protegerlo. En España en cambio le hacen participar en programas de entretenimiento y llenan las páginas de los periódicos con sus fotos. Entonces yo me pregunto si usted es de verdad lo que dice ser o si estamos asistiendo a la farsa del siglo».

La pregunta parecía agradarle, la primera en toda la noche.

«Querida...»

«Me llamo Lucía» le dijo acomodándose.

«Querida Lucía. Me ha preguntado si soy de verdad aquello que digo ser. Bien. La respuesta es no. No, no soy quien digo ser. ¿Sabe por qué? Porque digo que soy un hombre normal y no lo soy. Porque digo que soy como todos los demás y no lo soy. No he tenido la suerte que ha tenido usted de elegir su propia vida. O mejor, he podido hacerlo hasta el año pasado, pero no lo podré hacer más. ¿Si yo soy una farsa?» La sonrisa mostraba una mezcla entre desafío e ironía. «Pregúntelo a los agentes que están conmigo noche y día, vaya y lea las relaciones que hay con mis visiones y los casos. Y si luego aún cree que yo soy una farsa, bueno, pues entonces siento que Dios me haya dado tantos dones a mí y se haya olvidado de usted.»

Chacón sonrió, divertido. Bueno lo fulminó con una mirada.

«¿Tenemos otra pregunta del señor?» La presentadora quitó importancia a la respuesta nada más la oyó y continuó.

«Carlos. Buenas noches.»

«Carlos, muy bien. Haga la pregunta. Adelante.»

Se aclaró la voz y retumbó en el plató.

«Hola Martino, me llamo Carlos.»

Había *imaginado* que se llamaba así, después de haberlo oído tres veces. «Hola Carlos, me llamo Martino.» El público del plató rió. Parecía que la noche empezaba a divertirlo. «Dígame.»

«Sí, claro. Quería preguntarle que siente, o sea, que sensaciones tiene cuando tiene esas visiones. Y luego ¿cómo se siente?»

José se levantó de la silla y miró al público, en silencio y con atención como si enfrente hubiera un maestro de la brujería que fuera a desvelar la fórmula mágica de la inmortalidad.

«Estoy dentro. Es como si me hubiese metido en el lugar en el que está sucediendo el hecho. Vivo dentro de las personas que están ahí. Soy la víctima y el verdugo, muero y mato contemporáneamente» hizo un suspiro de resignación. «Y luego cuando vuelvo a mi ser, recuerdo...»

Se produjo una pausa demasiado larga.

Anna sonrió, mostrando una belleza genuina.

«Siga José, lo estamos escuchando.» Se acercó al hombre, viendo el agujero en la parte de detrás del pantalón a la altura de las nalgas; la piel clara descubierta dejaba ver claramente como José Luis Martino no llevaba ningún tipo de ropa íntima.

Nada más se le puso al lado, un codazo la golpeó en plena cara. José empezó a retorcerse con la energía de un veinteañero y parecía poseído por el demonio. Anna se alejó aterrorizada, el público se quedó mudo y asustado. De la boca de Martino salieron frases incomprensibles, amenazas, chillidos de dolor, súplicas de piedad. Hasta que se hizo el silencio.

Los policías no se atrevieron a realizar ningún gesto que hubiera podido alterar la situación, conscientes de lo que estaba pasando. Alejaron a los técnicos del plató y esperaron algunos minutos, hasta que José se despertó del estado de trance.

Un golpe de tos, seguido de un escupitajo espumoso, decretó la vuelta a la consciencia.

El subinspector Chacón, más parecido a un homínido que a un verdadero hombre de la edad moderna, lo miró directo a las pupilas.

«¿Estás bien?»

El vidente pasó el dorso de la mano por la boca y se la limpió en la camisa. «Pienso que he respondido a la última pregunta de modo satisfactorio.» Buscó

entre los espectadores al hombre que le planteó la cuestión, pero no lo encontró. En cambio encontró la mirada de la mujer que había intervenido previamente.

Bueno lo cogió por debajo del brazo empujándolo hacia la salida del plató.  
«¿Qué has visto?»

José escupió otra vez. «Espere un segundo, inspector.» Se giró hacia el estrado, levantó con dificultad el brazo y señaló con el índice. Aunque el tembleque no ayudaba, estaba claro el destinatario.

«Señora, permítame darle un consejo: cambie el color de pintalabios.»

Y se fue riendo como un loco.

# CAPÍTULO 3

26 julio 2010

A veces la noche se hacía tan larga como una eternidad, más oscura y espesa que el alquitrán que cae y cierra grietas. Hace vibrar el ansia como las cuerdas de un contrabajo. La noche te lleva al sueño, pero despierta dolores, y saca recuerdos del pasado llevándolos a un territorio fértil donde florecen como pesadillas.

La misma noche es una pesadilla, si no te da tregua.

Mathias Novari la temía, como nunca antes había temido a un enemigo de carne y hueso.

Cuando abrió los ojos y saltó de la cama, la mano de Marina lo estaba acariciando para calmarlo. Para ella la pesadilla no se encontraba en el sueño, sino que se materializaba cuando estaba despierta. Convivían desde hacía algunos meses, desde el día en que ella y Mathias habían decidido vivir bajo el mismo techo en Madonna de Campiglio. La primera vez que le contó un sueño, fue la última; no quiso escuchar más veces cómo un secuestrador arrancaba a un niño de una fosa y cómo, éste, parecía inmortal a los disparos de una pistola. El alter ego de Mathias descargaba el arma sobre el cuerpo del enemigo, pero ese hombre avanzaba sonriendo mezquinamente, sin un arañazo. El cuerpo del pequeño Giorgio Danelli era arrastrado por la árida tierra y luego lanzado al abismo marino.

Los hechos reales fueron diversos.

Novari, durante una operación no autorizada, mató al secuestrador al primer disparo, pero al niño fue rápidamente cogido por otro captor a bordo de un helicóptero, que había descargado una ráfaga de tiros sobre él y el niño. Hacerle de escudo no había servido de nada. Aquel secuestro que acabó en

tragedia marcó su vida y no solo porque las acciones hechas en solitario, eran precipitadas e imprudentes, sino porque le causó la suspensión temporal de la policía. Era el sentido de culpa por la muerte del pequeño el que le devastaba principalmente, al menos, hasta cuando el padre del niño le dio las gracias por haberlo, al menos, intentado. Pero la bendición de un hombre no fue suficiente. El subconsciente, le tendía trampas, machacándolo cada noche, poniéndole frente a un adversario que no podía morir, aunque, en la realidad, lo hubiese enterrado bajo dos metros de tierra.

El policía devolvió la caricia de su pareja, se levantó y entró en el baño. No eran aún las cinco de la mañana pero el día ya había empezado. La ducha ardiente le arregló el aspecto, pero no el humor. Para eso habría necesitado algún minuto más y un puñado de acciones reales que le hubieran recordado concretamente a qué mundo pertenecía. Caminar por la línea que divide la ficción y la realidad lo estaba volviendo loco, y aunque prefería no compartir sus estados de ánimo negativos, era una consecuencia obvia que Marina absorbiera lo poco que dejaba traspasar. Su relación, era una relación que sobrepasaba las barreras de lo ordinario, de lo normal. Era un amor hecho de complicidad independiente, de silencios que hablaban, de gestos impalpables y fuertes al mismo tiempo, a veces los dividían en una única esencia.

Marina también decidió liberar el colchón e iniciar el día. Cuando salió del baño envuelta en el albornoz blanco, el olor a café le indicó el camino que tenía que seguir. En la cocina Mathias era bastante bueno, aunque el desayuno no era para nada una gran prueba que superar. Había tostado el pan, preparado la mantequilla y la miel en la mesa y cortado dos trozos de torta. Ella se sentó en la silla que anteriormente acogía las nalgas de Clarissa, su exmujer. Si hubiera sido una mujer normal, le habría hecho cambiar el sitio. A lo mejor no lo habría obligado a vender la casa, pero habría quemado todas las fotos viejas y desterrado aquel nombre para el resto de la vida. Pero ella no. Era suficiente la propia personalidad de Marina para vencer cualquier duda. Se habría sentido débil y estúpida si hubiese cedido a los juegos infantiles que no habrían llevado a otra cosa sino a recordar quién fue la mujer de Mathias. Ella estaba ahí no porque sustituía a otra, sino porque había concedido el privilegio a un hombre de ser amado.

Le sirvió el café con una sonrisa.

La barba estaba creciendo y pinchaba la piel. Algún pelo aún conseguía mimetizarse; el blanco se confundía con el color pálido de su cara. Había

decidido que no se habría vuelto a rapar y que se habría dejado la barba crecer. Marina estaba de acuerdo.

Le hizo una sonrisa maliciosa. Él esperó las palabras que aquel gesto significaban.

«¿Cuántos disparos le ha dado esta noche, inspector?»

La mañana podía comenzar con el pie torcido o no. De la contestación se hubiera entendido.

«He vaciado el cargador. Esta noche he querido exagerar.»

*Es un buen día*, pensó ella.

«Tenemos que encontrar un arma con más de quince balas.»

«Tendría que probar con un Bazooka a lo mejor. ¿Qué dices?»

«Mmm. No lo sé. Tengo miedo que el coletazo te haga volar directamente al baño sin abrir la puerta.»

«Gracias» le dijo, fingiendo estar ofendido.

«De nada.»

Los rubios rizos se deslizaban por su nariz mientras mordía la torta. Él se acercó y después de darle un beso en la mejilla, le colocó los dos rizos detrás de la oreja. No era raro que Mathias le hiciera sentir su afecto, pero cada vez que recibía de él un gesto dulce, le parecía la primera vez. Era una especie de hechizo, un reloj de emociones que de vez en cuando, le gustaba llevar las agujas hacia atrás en el tiempo, solo con el objetivo de tener frescas y vivas las bonitas sensaciones.

Se pasó el pulgar por los labios quitándose las migas y se aclaró la voz.

«La llamada de ayer por la noche. ¿Se puede saber con quién estabas hablando?»

Apartó la taza de la boca y se puso serio.

«Con Clarissa.»

No se lo esperaba.

«¿Y se puede saber de qué habéis hablado?»

Antes de responder se rascó la mejilla.

«De su nueva casa, de su nuevo trabajo.»

«¿Nada más?» le hizo esa pregunta solo para que abreviara. No se llama a un exmarido después de meses solo para informarle de que ha comprado una librería nueva o que su jefe se fija en ti para aumentar la facturación. Lo sabía demasiado bien.

«Sí. Hay más.»

«¿Soy demasiado indiscreta si te pregunto de qué se trata?»

Él habría querido evitar el discurso. A decir verdad no se esperaba ni siquiera que Marina le hiciese tantas preguntas. Pero no se escapó de una debida explicación.

«Me ha dicho que le sabe muy mal cómo acabó todo, que no tendría que haberme dejado en mi peor momento y ...»

«¿Y, qué más?»

«Que me echa de menos. Que le falta el no haber podido tener una familia conmigo.»

Decidió que era un buen día y que no quería estropearlo.

«Diría que ha llegado un poco tarde, ¿no crees? Es más, ¿podrías recordarle, si os volvéis a llamar, que he sido yo la que te ha soportado en estos meses y que tengo intención de hacerlo durante los próximos años?»

El rostro de Mathias estaba más distendido.

«Ya lo he hecho.»

Habría querido besarle, pero prefirió mantener una actitud más formal. Asintió con la cabeza.

El discurso parecía acabado. Marina se levantó de la mesa agradeciéndole el desayuno y volvió al baño a vestirse.

Mathias recogió la mesa, limpió la cafetera y la preparó otra vez. Luego la puso en el fuego. El sonido del burbujeo tras algunos minutos, le recordó que la dosis de cafeína estaban listas para beber. Llenó una taza limpia, la cogió con las dos manos y salió al jardín. Era un estupendo día de verano, sereno. El sol saldría en breve y no quería perderse ese espectáculo. Se sentó y esperó dando sorbos, mientras la negra noche como el alquitrán dejaba que la mañana hiciera su saludo al mundo. El contorno de las Dolomitas se fueron definiendo, como si un escultor las hubiera acabado de esculpir, dejando espacio a las sabias pinceladas de un pintor que convertía los colores del panorama en más brillantes y luminosos. Disfrutar gratuitamente le hacía reflexionar sobre la majestuosidad que se escondía en lo desconocido, lo entretenía en reflexiones existenciales, lo empujaban a buscar un contacto simbiótico con la naturaleza.

La puerta crujió en el silencio. Marina, en pantalones vaqueros y camisa blanca, parecía fresca como si hubiese dormido diez horas seguidas. La cara, sin un ápice de maquillaje, estaba relajada y vivaz.

Observándola mientras se acercaba, no tenía dudas de que entre las bellezas que se merecían contemplación y respeto, estaba ella.

«Siento interrumpir este momento de éxtasis, pero creo que has recibido una llamada.» Lo miró, entregándole el móvil.

Mathias leyó una expresión interrogativa, probablemente hija de la conversación que habían tenido antes, referente a Clarissa.

«Es un número que no tienes guardado» le precisó Marina.

El policía quiso sacar de dudas a su pareja antes de que ella sospechara lo que no era.

«Todo el mundo al que conozco lo tengo memorizado con su propio nombre. Compañeros, informáticos, periodistas, forenses. Todos.»

«¿Ella también?» No le importó hacer esa pregunta más específica. Después de la llamada de antes, quería estar segura de que la exmujer había captado que ya no había cabida en esa casa para ella. Y mucho menos en el corazón de Mathias.

«El único número que tengo de Clarissa lo tengo grabado con su nombre. No veo por qué tendría que haberme llamado desde otro teléfono.»

«Era una perdida, no una llamada.»

«Lo que sea» le dijo mirándola con cierto rigor. «En cualquier caso, no cambia nada. Si me hubiera necesitado, me habría llamado con su teléfono.»

La mirada de Marina no delató emociones, aunque no había recibido con buen talante la reprimenda.

«¿Y qué otra persona podría ser a estas horas?»

La pantalla se encendió, brillando de color azul.

Recuperado el silencio de la mañana, la llamada parecía atronadora. No sabía decir si era mayor la curiosidad de descubrir la identidad del interlocutor o las ganas de demostrarle, por enésima vez, lo fuerte y segura que se sentía de sí misma. En el segundo caso, tendría que haber demostrado un absoluto desinterés, pero no lo consiguió.

Él lo entendió y le hizo una sonrisa. «En breves resolveremos el problema, agente Bruni.»

Hacía poco tiempo que también había aprendido a ser irónico; dejó de hacerlo enseguida.

Málaga, España.

Las primeras luces del alba estaban untando de una tonalidad oro la arena y el sol era un pequeño agujero sobre un fondo de cobre. El mar era un espejo de sombras de carmín que sostenía el cansancio de los pescadores que volvían

después de una noche de trabajo. Una gaviota dibujaba una trayectoria en espiral. Volaba en grandes círculos que se estrechaban cada vez más, mientras iba descendiendo.

Imaginó el pájaro como una miga de pan en la pila llena de agua, mientras se abría el tapón.

Lo envidió porque podía volar. Cuando lo vio aterrizar y comer la basura arrastrada a la orilla por la marea, cambió de opinión. Nadie, nunca más, le habría obligado a alimentarse de las sobras, ni siquiera a cambio de un par de alas.

Apagó el teléfono y caminó con los pies descalzos por la playa, hasta el faro. La luz que venía desde el este, le pegaba en los hombros y lo calentaba. Era una sensación agradable que duraría poco tiempo. Los días precedentes habían tenido temperaturas cercanas a los cuarenta grados con una humedad próxima a la saturación. Para ser amigos del sol en ese periodo, se necesita disfrutar de su compañía durante las primeras horas de la mañana o por la tarde noche; en las horas centrales del día estaba malhumorado y furioso, incluso antipático.

El muelle aún estaba desierto de turistas y se respiraba aire de vida verdadera. También aquella sensación agradable habría durado poco, no más de un par de horas. Masas de extranjeros habrían invadido museos, calles y playas, con la inseparable mochila en los hombros y una sonrisa de beata tranquilidad mezclada con excitación que le daba una sensación de náusea. No soportaba que la ciudad de Málaga se convirtiera en un parque de entretenimiento para las masas de excursionistas improvisados, porque no había nada por lo que divertirse. La vida era una cosa seria, un camino duro sin pausas. Ver ciertas personas afrontarla con ligereza, le disgustaba. A su modo de ver las cosas, los hacía aún más inadecuados a la vida, fracasados sociales. Todo el año bajando la cabeza y metiendo la cola entra las piernas, para explotar de felicidad hipócrita, consumiéndola en un puñado de días.

*Indignos idiotas, pensó.*

Paró la caminata descalza delante del bolardo número trece. La robusta amarra la rodeaba para tener atracada una Fisherman Bertram 630. Resplandecía como una estrella en una noche serena. Un buque de fibra de vidrio de veinte metros y medio, poco más de seis metros de largo, una velocidad de crucero entorno a los 32km/h y un depósito de carburante de siete mil litros. El interior era una villa en miniatura, ocho habitaciones y tres baños, amueblada con mucho gusto y decorada con cuadros de autor.

Lo contempló como si fuera la primera vez que lo veía, recogió las zapatillas de la pasarela de teca y se las puso sin ni siquiera quitarse la arena de los pies.

Volvió a pensar en la teoría que decía que el dinero no da la felicidad, que son cosas independientes. Habría querido objetar con el autor de esta fórmula. El barco que había comprado gracias a la fortuna que había conseguido ahorrar, había sido usado en la noche para matar a un hombre. Y ese momento le había proporcionado alegría. Entonces, si la propiedad transitiva aún gozaba de los favores de los matemáticos, riqueza y felicidad estaban estrechamente unidos por un vínculo indisoluble.

La víctima de sus intenciones asesinas seguramente no era un santo. Pero, ¿quién en la propia sucia vida lo era? Habría podido matar antes a cualquier otra persona, es verdad, alguien que se lo hubiera merecido más, pero la elección recayó en él; un cebo fácil.

Del muerto conservaba solo el teléfono. Ahora que ya no le servía ni a él ni al muerto, podía deshacerse de él. Habría quitado la tarjeta y la habría tirado en el water de un bar. Junto con su orina, habría inspeccionado el alcantarillado de Málaga, conociendo a otros muchos objetos más o menos interesantes. El teléfono, en cambio, lo habría abandonado en un banco en los jardines Pedro Luis Alonso, enfrente del palacio que acogía los edificios públicos. Ahí descansaban muchos vagabundos, y alguno se pondría contento al encontrarlo.

Inspiró el aire y se llenó de yodo, imaginando que la glándula tiroidea le estuviese dando las gracias. Cuando volvió a caminar se dio cuenta que empezaba a sudar. Se arromangó las mangas de la camisa y dio una ojeada al Mediterráneo, que un poco más al oeste, se convertía en océano Atlántico. Aquella inmensa extensión de agua le había limpiado la identidad, dándole un nuevo nombre, además de separarlo de un pasado tormentoso. Y, sin embargo, si de la masa de gente alguien gritaba "Mikey", él aún se giraba. Era imposible olvidarse.

«Jode solo a quien te jode. Jode solo por la noche.» Lo susurró rechinando los dientes, antes de quitar el cuchillo de la camisa y abandonar el muelle.

Mathias llamó al número que lo había llamado, pero el teléfono estaba apagado. Esperó algunos segundos, iba a colgar, pero se paró cuando oyó un crujido que anticipaba un mensaje en el buzón de voz. Marina lo observó con

intriga, en silencio; sus preguntas habrían esperado hasta el final de la llamada.

Novari escuchó atónito, en total un par de minutos, el tiempo necesario que necesitaba un individuo para recopilar un mensaje de voz absurdo. Le pareció que estaba escuchando la radio mientras algún loco se divertía cambiando la emisora constantemente. Prestando atención durante los primeros segundos concluyó que no tenía lógica, no tenía sentido. Luego, hacia el final, fue como si alguien le hubiera inyectado líquido refrigerante en la sangre. Se giró de repente y Marina se alarmó: hacía meses que no le veía una expresión de ese tipo. «¿Qué diablos sucede?»

Tenía la mandíbula hinchada de la tensión. «Escucha» le dijo.

Le robó de las manos el teléfono y tecleó el número.

Ni se inmutó escuchando la primera parte de la llamada: una serie infinita de números robados a las voces de presentadores, dobladores de películas, invitados radiofónicos y otros. Alguien se había tomado la molestia de buscar, seleccionar, cortar y montar. La parte final del mensaje en cambio, le obligó a sentarse porque las piernas no la mantenían de pie. La modalidad no cambió. Se trataba siempre de un popurrí y esta vez las palabras "sucio policía, yo, te mataré, como a él, y, a los otros, hijos de perra" sustituían los números.

«¿Qué significa?» Marina no consiguió esconder su preocupación.

«Yo te mataré.» Una pausa. «Como a él.» Mathias repitió las palabras, intentando aclararse mínimamente. Era un mensaje absurdo e inesperado.

«Mathias.» Volvió a llamar su atención, ansiosa por entender si se le estaba escapando algo.

«Espero equivocarme.» Parecía que ya estaba en otro planeta.

Aquella respuesta le hizo aumentar las dudas. «No, no puede ser.» Movié la cabeza. «Es una broma de mal gusto.» Lo dijo sin estar convencida. Era solo una reacción al miedo. No quería perder la tranquilidad que había encontrado.

«No creo» le dijo. «No sé explicar el motivo, pero este mensaje es una amenaza. El sucio policía soy yo.» Hizo una pausa para coger aire y consciencia. «Ha llegado a mi número de teléfono la llamada.»

*Como a él,* pensó.

«Si es así, no tenemos tiempo que perder.» No la miró siquiera, dirigiendo su primer pensamiento a otro hombre, aunque alguien lo hubiera amenazado con hacerle lo mismo, siempre y cuando su interpretación fuera la correcta.

Corrió por casa, cogió un trozo de papel y volvió a escuchar la primera parte

del mensaje de voz, anotando todos los números. Entre todas las voces reconoció solo la de un cómico famoso y el de un experto meteorólogo. El primero decía "sesenta y nueve" con un fondo de risas. Si no recordaba mal, el sketch era de hace algún mes, durante un espectáculo en un programa de después de cenar que probablemente había visto. A lo mejor, incluso se había hasta divertido escuchándolo, pero ahora ese sonido perturbador le ponía nervioso. El meteorólogo, en cambio, involuntariamente había dejado en el mensaje una extrapolación de una vieja predicción invernal. No tenía dudas de que era así, porque "menos cuatro" era una clásica temperatura de la fría estación.

36, 69, 77, 2, -4, 402, 6, 21, 36.524848, -4.374515

Con los ojos sobre el papel, buscó en la agenda del teléfono y llamó.

La voz que contestó estaba todavía pastosa y no mejoró ni siquiera después de un tentativo por aclararla. «Hola Mathias, ¿ha pasado algo?»

«No lo sé aún, pero lo quiero descubrir.» Mientras, escribió en el folio también la parte final del mensaje.

sucio policía yo te mataré, como a él y a todos los otros hijos de perra

«Dime todo» y mientras tanto se bajó de la cama. Con una mano se puso un par de pantalones y una camiseta, luego miró la hora. Luca Freschi, responsable de la unidad de tecnología informática de la Policía de Trento, era un chico de fiar y un gran amigo de Marina Bruni.

«Tendrías que encontrar alguna conexión entre algunos número y un mensaje que acabo de recibir.»

Por poco no se cagó en los pantalones. Las analogías con un caso que se remonta a hace pocos meses, lo bloquearon como una vieja cerradura oxidada que nadie había abierto nunca.

«No creo que tenga nada que ver con ese viejo caso» lo tranquilizó.

«Pero parece que...» No consiguió decir nada más y se puso las gafas sobre la delgada nariz.

«Estoy casi seguro, Luca. Dudo que tenga conexión con Cimego.»

Era necesario calmar al joven colega, aunque el miedo que sentía crecer en sí, chillaba la necesidad de encontrar un consuelo que no recordaba haber sentido nunca. Por qué nunca, se lo preguntó. Después de todo, situaciones

extremas había vivido unas cuantas. Le rozó solo la duda de que la culpa fuera atribuida a la serenidad que había encontrado y a la satisfacción sentimental. En otras palabras, a Marina. Por un segundo habría preferido que ella no hubiese entrado nunca en su vida. Si el peligro se hubiera demostrado que era real, era mejor aliviar el peso de la responsabilidad. Tener que pensar en la seguridad física y psíquica de otra persona, en una situación de emergencia, era como hacer despegar un avión de línea de un portaaviones.

«Dime cómo puedo ayudarte.» Luca intentó hacerse el fuerte, repitiéndose que tenía demasiada imaginación.

«Alguien habría sido asesinado y el único indicio que tenemos son algunos números que el presunto asesino ha grabado en un mensaje de voz.»

«Si está grabado en el buzón de voz, quiere decir que el usuario está claro, ¿correcto?» Encendió el ordenador conectado a Internet. En casa, el arsenal informático no tenía nada que envidiar a todo el equipo tecnológico de la central.

Mathias le leyó el número de teléfono, confirmándole la bondad de su afirmación.

«Perfecto. Esto ya nos dirá un montón de cosas. Escucha... ¿cuándo ha sido la última vez que has recibido una llamada de este número?»

«Hace cinco minutos.»

Al otro lado del teléfono Freschi sonrió. «Prácticamente lo he localizado encendiendo el ordenador», dijo con una pizca de orgullo, que podía parecer vanidad solo para quien no lo conocía suficiente.

«¿Lo puedes hacer enseguida?»

«Es cuestión de algún minuto. Mientras díctame los números.» Ya estaba inmerso en su mundo.

Mathias leyó del folio mientras Marina observaba con impaciencia.

Mientras el programa de localización hacía volver loco al procesador, Luca aprovechó para sacar información de cualquier cosa que pudiera dar luz a la misteriosa serie de números. Era misterioso que las teclas del ordenador no prendieran fuego; la rapidez de los clicks recordaba a una competición de tip-tap.

«A lo mejor ya está.» El tono era indeciso.

«Te escucho.» Justo debajo de la oreja izquierda, la barba picaba. Se rascó con la mano.

«Antes querría la confirmación del programa de localización.»

Novari no entendía. «¿La confirmación de qué?» Intentó razonar en voz alta. «Si el programa aún no te ha dado datos, ¿en base a qué buscas confirmación, y de qué?»

Luca se rió por haberse precipitado. A lo mejor la serie de operaciones de búsqueda hechas en el ordenador habían llevado a un resultado no fiable y era solo fruto de la coincidencia. En cualquier caso, se habría puesto en juego una buena parte de su futura credibilidad. «Los números, Mathias. Creo que he entendido que significan.»

«¿Me quieres hablar?» El tono era intimidatorio.

«Sí, perdona.» No se paró a explicarle por el miedo que tenía, en general, y por las soluciones demasiado fáciles. «Parecen ser coordenadas.» Se escuchó sonarse la nariz.

Novari dirigió una fugaz mirada a Marina antes de continuar la conversación con Luca.

«Latitud y longitud. Claro.» El énfasis de la voz subió.

«¿De qué lugar?»

«Mmm... con esos números tan precisos, indica un punto en el mar.»

Mathias miró el techo y se hizo cosquillas en el cuello. «No creo que eso sea lo que estamos buscando.»

En la pantalla, el programa de localización mostró el mapa de una ciudad. Luca sonrió. «No estaría tan seguro. Acabo de recibir los datos del programa y la llamada se hizo desde España, desde Málaga. Y mira que coincidencia que las coordenadas indican un punto en el Mediterráneo cercano al puerto de la ciudad.»

«¿Me puedes mandar todo?»

«Abre el e-mail.» El informático no había perdido un segundo.

«Enciende el ordenador» dijo a Marina.

La policía sabía que en una conversación con Freschi era indispensable tener bajo control el ordenador y conectado a Internet. Ya lo había cogido.

«¿Y qué más decía el mensaje de voz?»

Mathias lo recitó de memoria sin mirar los apuntes del papel. «Sucio policía, yo te mataré, como a él y a todos los otros hijos de perra.»

«¡Coño!» se le escapó,

«Por el momento es todo, gracias.» cortó inmediatamente.

«Deber.» La palabra tembló por todos los huesos de su delgado cuerpo.

«Estate preparado para cualquier eventualidad.»

Se despidieron sin demasiadas ceremonias; si el teatro se estuviera quemando, no se tiene tiempo para despedir a los actores.

La policía indicó un punto en la pantalla.

Novara dio una ojeada y luego se giró.

«Ahí es donde encontraremos el cadáver.»

Parecía seguro.

# CAPÍTULO 4

27 julio 2010

Cuando Mathias llegó al área de recogida de maletas, su maleta ya estaba saliendo por la cinta transportadora. La levantó y la puso en el carro, luego se dirigió a la salida. Nada más las puertas se abrieron buscó entre la gente alguien que hubiera ido a recogerle. Leyó todos los carteles, pero su nombre no estaba escrito en ninguno. Se alejó de la masa ruidosa y desordenada, deslizándose con la esperanza de ser más camuflable, no obstante su cuerpo no lo fuera. En el cuello llevaba el distintivo de la Policía de Estado, y por si fuera poco, era alto, oscuro, de buen aspecto y del cuello de la camisa, tímidamente abierto, sobresalían dos pectorales bien definidos. Un par de pantalones de lino oscuros y un par de zapatillas deportivas completaban el porte. No se podía no verlo.

Observó cómo los aeropuertos eran solo pasajes para el mundo que conectaban realidades completamente diferentes, manteniendo, aún así, una identidad familiar, repetitiva. Una marea de gente que llegaba y se mezclaba con quien estaba a la espera de recibirlos. Algunos se besaban, se saludaban, reían, a veces lloraban. Luego, en un segundo, el caos se convertía en silencio y se volvían a oír como rodaban por el suelo las ruedecillas de las maletas y carros. Se preguntó cuántas de las personas que había visto retorcerse de la felicidad, habrían conservado un mínimo de entusiasmo en las siguientes horas, y cuántas, en cambio, no habrían hecho otra cosa que contar los días que faltaban para mandar al huésped en el vuelo de vuelta. Las luces artificiales se mezclaban con la iluminación natural que provenía de las grandes vitrinas, y se reflejaban en el suelo brillante. Una joven mujer de piel morena, más bien

en tonalidad verde, ordenó los productos de limpieza en el carro, arregló el cubo y la fregona, cerró la puerta de los baños públicos, quitó el cartel que avisaba con tener cuidado por suelo mojado y se fue.

Se quedó solo.

Era fácil poner el cerebro en marcha en condiciones de soledad y silencio, pero pronto llegaría más gente que se habría acumulado para esperar nuevos desembarcos y sobre todo, por ahora no había nada en concreto por lo que valiera la pena construir hipótesis.

Empujó el carrito y siguió las indicaciones para llegar a la zona de alquiler de vehículos. Si nadie se había encargado de ocuparse de él, a lo mejor hasta era mejor. Ser independiente, en un lugar que no se conoce, podía representar una gran ventaja para quien, como él, amaba descubrir nuevos espacios, olores y sensaciones. Imaginaba a quien lo hubiera tenido a cargo como huésped, que se sentiría con el deber de guiarlo en su visita por la ciudad. Se daba por descontado que lo habría mandado a la casa natal de Picasso, a la Plaza de Toros de la Malagueta, la Alcazaba, al castillo de Gibralfaro, por no hablar de la catedral. No, no estaban entre sus prioridades, con todo el respeto para Málaga y sus habitantes, pero si hubiese tenido tiempo para dedicarse a sí mismo, habría caminado hacia el mar, quitándose las zapatillas y paseado con los pies descalzos hasta el muelle. Luego habría esperado al atardecer sentado a pocos metros de los pescadores, respetando sus silencios, sus tiempos, admirando la paciencia y la infinita humanidad que tienen. Si el tiempo, y un despiadado asesino, lo hubieran permitido, habría ahorrado algo de dinero para comprarse una barca de madera para arreglar y para volver a ponerla en funcionamiento. Era un sueño que había cultivado desde siempre, aunque las noches de los últimos meses, le reservasen solo tiempo para pesadillas de un despiadado secuestrador, invulnerable y eterno.

«¿Inspector Novari?»

La voz era lejana pero Mathias se dio la vuelta.

Una mujer, aparentemente sobre unos cuarenta años, estaba corriendo hacia él, con torpeza y descoordinación. Tenía el pelo largo recogido en una coleta oscura que se estaba deshaciendo, y cuando se paró delante de él, vio marcas de sudor en su camisa celeste: un par de ellas gigantes en las axilas y otra en la zona del esternón. Mathias pensó que el color de la camisa no era el más acertado, para la estación. Sobre todo en una mujer de un metro cincuenta, más bien pechugona y redonda. Pero él no la habría crucificado.

«Soy yo.» La miró de cerca y cambió de opinión sobre su edad. De los cuarenta quitó una decena de años. La piel era joven, tersa y muy lúcida. Antes de que Mathias se pudiera ver reflejado en la frente de la mujer, se pasó un pañuelo blanco secándose el sudor.

«Suígame.»

«¿Antes puedo saber su nombre y su categoría?»

«Camilla Márquez... y por desgracia se tendrá que contentar con una agente simple.» El tono parecía anunciar una declaración de guerra. «Nadie de su categoría ha movido el culo para venir a recogerlo.»

*Recogerlo.* Le parecía oscuro el motivo de tanto hastío, era evidente el hecho de que había mucho. Mathias hablaba un español fluido, y de todas formas, el verbo que acababa de usar era demasiado parecido al italiano para que no hubiera captado el sentido que la policía le quería dar a la frase.

Prefirió calmar las aguas, dando la impresión de no haberlo captado. «Si sabe guiar, su categoría vale tanto como el de su superior.»

«A veces la humildad no es otra cosa que una mezquina falsificación del orgullo.»

«Y negar es más cómodo: te quita el deber de reflexionar.» La paciencia tenía un límite.

La policía fue hacia adelante, superándolo. Mathias la siguió hasta el aparcamiento, preguntándose si las manchas de sudor que le cubrían totalmente la espalda eran más una molestia o un alivio. El viento que sintió moverse nada más salir del aeropuerto, le sugirió la segunda opción, como la más válida. La molestia, en cambio, podía ser fruto de una sensación de incomodidad, pero parecía que la mujer no tenía tiempo de sentirse acomplejada ni para reprocharse una culpa que no tenía. Demasiado pragmática para atribuirse la responsabilidad de la hiperhidrosis que la empapaba como una miga de pan en una taza de leche.

Camilla Márquez encendió el coche y esperó hasta oír la puerta del maletero cerrarse para meter la marcha. La puerta de al lado se cerró con la Citroen ya en movimiento.

«No ha sido un gran recibimiento» le dijo girándose hacia la izquierda.

«La banda estaba ocupada en otro trabajo.»

Mathias sonrió. «Un poco de cortesía me habría bastado.»

«También estaba ocupada.» La cara no se despegaba del ardiente asfalto. Un humo lejano, a una decena de metros, lo hacía tambalearse como si fuera una

manta de goma que se tiene que arreglar.

«Más que ocupada, creo que ha desaparecido.» Miró el mar a través de la ventanilla del coche.

«Desaparecida o ...» Se giró deslumbrándolo con el reflejo de su frente sudada. «Secuestrada.» Enunció la palabra con un sarcasmo gratuito y consciente.

Novari apretó la maneta de la puerta del coche con la mano derecha. Por poco no se dio un tirón en los músculos del antebrazo.

«No me explico su actitud, pero va por buen camino para molestarme.»

«No me lo permitiría nunca, inspector.» Apretó el pie en el acelerador y adelantó a cualquier cosa que fuera por su derecha. Era claramene irónica.

«Agente Márquez, quiero ser claro desde el principio y quiero que me escuche. Para mí, éstas no son unas vacaciones y usted no es una guía contratada para hacerme de niñera. Aquello que se refiere a mi pasado, siendo más preciso, aquello que le hayan contado o leído en los periódicos, no es un tema que quiero afrontar.»

«Sí, claro. Cuando se hace una gilipollez es más fácil evitar el tema que asumir responsabilidades.»

Mathias puso mala cara. El recibimiento no había sido el mejor y no sabía el motivo de ello. «Infórmese mejor: he aceptado las responsabilidades y además he pagado por ello.» sacudió la cabeza. «En cualquier caso, el discurso está acabado. No quiero volver a hablar de ello.»

«Como quiera.» Giró bruscamente a la derecha atravesando los carriles para emprender la salida.

«Mejor así.»

«Héroes en la piel de otros» susurró.

«Me he cansado.» Levantó la voz y miró la hora. «¿Cuánto falta?»

«Casi hemos llegado.»

La Plaza de la Merced estaba invadida por turistas, y los residentes se confundían entre ellos, es más, casi parecían ellos los turistas de la ciudad. Podía parecer que Málaga mantenía su propia dinámica solo para complacer al viajante de paso y eso hacía, a los ojos de Novari, la identidad de los habitantes, frágiles y la de la administración pública, aún más. Obviamente era una impresión a primera vista y no habría tenido problemas en retractarse, siempre que le hubieran demostrado de lo contrario. Pero el dios dinero enseñaba que "el cliente siempre tiene la razón", y era fácil imaginarse que

formara parte de los clientes en un contexto turístico y que, en cambio, se beneficiaba de sus satisfacciones.

La agente Márquez le indicó una mesa. La sombrilla cuadrada bajo la cual estaba puesta, era de tela gruesa, de color claro, e impedía penetrar los rayos de sol.

Dos hombres se pusieron de pie y uno le extendió la mano.

«Ronald Bueno. Es un placer conocerlo, inspector Novari.»

«Placer el mío.»

Le presentó a su compañero. «Él es el subinspector Chacón.»

«Mucho gusto.»

«Estoy contento de conocerlo personalmente.»

«En un contexto diferente yo también lo habría estado.» Novari notó un hilo de desagrado en la sonrisa del hombre y arregló la frase. «De todas formas, es un placer, Chacón.»

«Por el amor de Dios, llámeme Juan Rodrigo.» En la redonda y morena cara apareció una simpática sonrisa. «Aquí en España somos todos amigos, sobre todo entre colegas.»

El policía italiano evitó crear discusión, dividiendo por zonas geográficas el nivel de solidaridad y simpatía.

En su país, igual que en España, la gente del sur era más afín a las relaciones interpersonales, era más alegre. No era cuestión de nación, si no de posición en el territorio. Quien tenía más contacto con el sol durante más días al año era más tendente a estar en la calle durante más tiempo y quien estaba fuera de casa, tenía la fortuna de encontrarse con gente y de interactuar. En definitiva, se trataba de una costumbre socio-ambiental histórica, transmitida con el pasar de las generaciones. Si además se le añaden las propiedades terapéuticas del sol junto con el mar, entonces era restrictivo hablar de España como nación radiante y despreocupada. Pero el concepto era largo de explicar y, a lo mejor, también de recibir. Habría bastado hacer bajar una densa niebla y tener a disposición un espejo; Chacón habría visto el reflejo de su rostro con su expresión más triste y habría aprendido la lección.

Bueno alargó el brazo con el palmo de la mano mirando a la tela blanca de la sombrilla, indicándole la silla vacía. «Acomódese, por favor.» El inspector del CNP era formal, tanto con sus gestos, como con su ropa. Si no hubiera entrado en el mundo de la Policía, habría, claramente, recorrido el mundo como diplomático. Llevaba un traje gris, de buen gusto, de firma italiana. Era

un homenaje de bienvenida, pero a quien tenía que acoger no era a un experto de moda. La única libertad en su impecable elegancia fue la ausencia de corbata y dos botones desabrochados del cuello de la camisa blanca. Un ungüento le hacía brillar el pelo de color ceniza que había peinado cuidadosamente hacia atrás. Era lícito preguntarse si lo hacía con cuidado y paciencia él solo o si confiaba cada día en un peluquero. Para terminar de coordinar todo, un par de zapatos de color negro. Estaba cerca de los cincuenta, pero no era difícil ser engañado: demostraba muchos menos.

«¿Ha ido bien el viaje?»

«No ha ido mal, gracias» dijo sentándose.

«Habéis tenido tiempo de hablar, imagino.» Bueno miró al policía italiano y a Camilla.

«Por desgracia he recibido una llamada urgente que me ha tenido ocupado todo el tiempo del trayecto del aeropuerto hasta aquí.» Se giró hacia Márquez sonriéndole. «No he tenido el placer ni siquiera de intercambiar una palabra, y le pido disculpas si no le he prestado atención. Espero que no dude de mi educación y saber estar.»

«No se preocupe» le dijo avergonzada. Pensó que, después de todo, no era el gilipollas que se esperaba, si había tolerado su imprudencia.

«¿Se queda con nosotros?» La invitación de Bueno era solo una fórmula de cortesía.

Camilla Márquez miró la mesa y contó tres sillas, ya ocupadas: señal recibida. «Tengo trabajo urgente. Se lo agradezco, pero no puedo quedarme.» No era una excusa la del trabajo, pero no se hubiera quedado de todas formas. Se despidió con una falsa sonrisa, como la Tour Eiffel de Las Vegas, a la que era necesario dar los honores por el indiscutible parecido con la original, y se alejó. Nadie se dio cuenta pero Mathias descartó la duda de que supiera hacer una sonrisa mucho más sincera de la que acababa de ver.

Chacón se encendió un cigarrillo. «Creo que tiene bastantes problemas familiares.» Dio una calada mientras miraba a Camilla dejar la Plaza de la Merced. «Está demasiado nerviosa en este último periodo la mejicana.»

Novari lo miró.

«No, no es mejicana, es española. La llamamos así desde que entró en el cuerpo de la policía. Sabe, las líneas de la cara, el cuerpo... a lo mejor también por parte de padre que era un actor del oeste. Alguien la llamó así una vez y se ha convertido en la mejicana.» Dio de nuevo una calada con gusto,

luego sopló el humo hacia arriba. «Ella lo sabe. Creo que no le gusta mucho ese apodo.»

Aunque el sentido de las palabras era imparcial, neutral, el tono transmitía algo de protección. Novari no supo explicarse en qué términos, pero la imagen de la sombrilla que les reparaba del ardiente sol de la tarde le podía dar una idea.

«Volvamos a nosotros.» Bueno le volvió a llamar la atención y miró al colega italiano. «Antes de nada, es mi deber transmitirle los agradecimientos por parte del Cuerpo Nacional de la Policía por la colaboración inmediata. Como le adelanté ayer por teléfono, hemos encontrado el cadáver en el lugar que nos sugirió. Gracias a la preciosa ayuda de un colaborador nuestro, ya éramos conocedores del homicidio, si somos sinceros, ya sabíamos lo del cuerpo tirado en el mar, pero no teníamos ni idea de dónde poderlo encontrar. Su ayuda ha resultado indispensable.»

Con el cigarrillo entre dos dedos, Chacón se rascó la parte calva de la nuca y asintió. Un poco de ceniza le cayó en la cabeza y resbaló hasta la coronilla arrugada de pelo .

«¿Un colaborador?» La primera idea que se hizo lo llevó a un cómplice arrepentido o a un testimonio ocular bajo protección. Era un elemento que podía reducir el entorno del hombre que lo había amenazado de muerte. Por un segundo se convenció de que Málaga no sería el escenario de otra ejecución, ni suya, ni de otras personas. Lo pensó mirando el obelisco del centro de la plaza, recto, en recuerdo de José María Torrijos, un liberal español que se sacrificó para combatir el absolutismo de Fernando VII.

«¿Ha oído hablar de José Luis Martino?»

«El nombre no me resulta nuevo, pero no creo que me diga nada.»

Bueno se puso bien en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho. La caja torácica muy ancha, un poco comprimida por el peso de las articulaciones superiores, dio a la voz una tonalidad de barítono. «Es nuestro colaborador desde hace un año, poco después de haber sufrido una gran agresión.» Inclino levemente la cabeza con una expresión incrédula. «Me sorprende que no sepa quien es, hablan de él en la televisión y periódicos.»

«Ya no considero válidos los medios de comunicación. Nada más puedo, los evito. Ahora los directores son esclavos que sabotean la objetividad con un salario vergonzoso.» El calor le había secado la garganta. «La seriedad se ha convertido en un producto raro. Reflexiono mucho antes de considerar como

hecho demostrado aquello que leo o escucho.»

«Estoy totalmente de acuerdo.» Chacón apagó el cigarrillo en el cenicero y encendió otro.

«En cualquier caso no es del sistema mediático de lo que tenemos que hablar. Daba por descontado que conociera, al menos por fama, a nuestro José.» Apenas sonrió, revelando una fachada de arrugas en el contorno de los ojos. «No pasa nada, sin duda, tendrá tiempo para conocerlo» dijo sin preocuparse.

«Hábleme» le requirió, presionándolo.

«Íba a ello, inspector.» Separó los brazos del pecho y apoyó los codos en la mesa, entrecruzando, esta vez, los dedos de las manos. «Como le estaba diciendo, José Luis Martino es nuestro colaborador y trabaja con nosotros desde hace más o menos un año. Gracias a él hemos resuelto casos, que sin su ayuda, habrían añadido más papel a los archivos de los no resueltos. Le debemos mucho, sobre todo, respeto y sensibilidad.»

«Habla como si ya estuviera en la horca.»

«Lo estuvimos todos hasta hace poco tiempo. No fue fácil gestionar la inserción de una personalidad, digamos... atípica en el Cuerpo Nacional de la Policía. Durante meses fuimos el blanco preferido de los medios.»

«¿Quién es ese José Luis Martino?»

Chacón escupió las palabras junto con el humo. «Un vidente.»

Bueno asintió. Era elegante hasta para mover la cabeza.

Novari resopló por la nariz sonriendo.

«Entiendo su comportamiento, inspector. No puedo culparle en cuanto que no posee aún otros elementos para tener una opinión.» Se estiró levemente los puños de la camisa que se unieron a la chaqueta; poco faltó para que sacara un metro de modista y controlara. «Su escepticismo era previsto, como era lógico de esperar. Yo, personalmente, creo que pertenece a una personalidad racional y cauta.»

«¿Entonces me está diciendo que el presunto colaborador, testigo del homicidio, es una especie de fenómeno paranormal?» Pidió un agua helada con una rodaja de limón. Chacón lo fulminó con la mirada y aprovechó para pedir otra cerveza oscura.

«La clarividencia es un fenómeno de percepción extrasensorial. José consigue tener un conocimiento directo de eventos, personas y objetos lejanos en el espacio, como si estuvieran en el presente.»

«Entonces, dígame, inspector Bueno: ¿quién ha matado a Kennedy?»

Bebió medio vaso con la boca abierta de par en par por una sonrisa irónica. Era rabia de miedo.

«Así lo hace todo más difícil.» A pesar del calor, se abrochó un botón de la camisa. «En cualquier caso no podremos saberlo, ya que esta capacidad sensorial empezó a manifestarse hace más o menos un año, después de la agresión de la que le acabo de hablar hace poco.»

El subinspector se quitó la espuma del bigote y se dio cuenta de haber acabado el cigarrillo. Por un momento pensó pedir uno a un grupo de chicos sentados detrás, pero renunció después de haber mirado a su superior. «No ha fallado ni una sola vez, en todo caso, hemos sido nosotros los que hemos tenido algún problema para llevar a cabo las investigaciones. Él nos dice qué ha visto y qué siente, luego nosotros hacemos el resto.»

Bueno prosiguió. «A veces las visiones son tan claras y familiares que nos comunica el sitio donde ha tenido lugar el crimen, el número de personas involucradas, palabras y frases escuchadas. A veces, como en este caso, las visiones son aproximadas, aliñadas solo de algunos detalles más o menos reveladores.»

«¿De qué depende?» Novari hizo la pregunta de forma instintiva, sin convicción.

El inspector español levantó los hombros y movió la cabeza. «La misma pregunta nos la hemos hecho nosotros, pero nos hemos quedado sin respuesta. Es un misterio, igual que el origen del fenómeno.»

Chacón parecía estar de acuerdo con las palabras del colega. Pero cuando Novari lo miró bien, notó que el continuo mover la cabeza era debido al masticar y no a un gesto de confirmación. El chicle que le llenaba la boca pero que no habría aplacado a largo plazo la dependencia de la nicotina; habría vendido a la propia madre del Marlboro para tener sobre la mesa, al instante, un cartón de cigarrillos.

«En definitiva, ¿me estáis diciendo que este vidente solo ha visto niebla?» Luego subrayó: «Esta vez, obviamente» puntualizó con una pizca de sarcasmo.

Una ráfaga de viento caliente levantó las cenizas que se depositaron en la tela de la manga. Bueno, con un toque delicado, lo arregló enseguida, limpiando el costoso tejido. «No exactamente.»

«Adelante, dígame con qué detalles, más o menos relevantes, vuestro colaborador ha aliñado la visión del homicidio.» Dio un trago y acabó el agua. En el vaso quedó solo el trozo de limón.

El obelisco que se alzaba imponente en el centro del suelo, parecía pinchar el cielo azul para quejarse del sol. El sol estaba tan al máximo de sí mismo que no le permitía casi hacer sombra.

Bueno, titubeó. Las informaciones eran material reservado del CNP, en particular las del departamento de homicidios del que era el jefe. Además, nunca nadie, hasta el momento, había transgredido la regla de prohibición de divulgar las reconstrucciones extrasensoriales de José Luis Martino. Era una medida de protección de la fuente, un deber para garantizar un mínimo de protección frente a posibles atentados. Que el vidente representara una amenaza para criminales de cualquier tipo era evidente y lo eran también las intimidaciones que estaba coleccionando. Pensó que el policía italiano habría entendido la situación, y que habría sido un insulto a su inteligencia perder más tiempo en hacer un electo de los motivos que imponían tanta confidencialidad. Sin embargo, considera que un colega amenazado de muerte, que además ha sido puesto en la mesa de juego del mismo asesino, se merecía saber.

Lanzó una mirada a Chacón. Éste despegó los labios del cuello de la botella e hizo un gesto de aprobación.

«Tenemos un nombre y una marca de indentificación física, creo que inequívocables.»

Novari metió los dedos en el pelo ondulado, tirando hacia detrás el pelo, se notaban un montón de hilos plateados, sobre todo, a los lados, sobre las orejas. «¿Concretamente?»

«El nombre es Mikey y un tatuaje en el brazo derecho, de un tiburón.»

Novari parecía perplejo. «¿El nombre estaba en una tarjeta enganchada en la chaqueta?»

Bueno no perdió la paciencia. «Antes de matar a la víctima, ha dicho una frase.»

Chacón parecía impaciente por acabar la conversación.

«Mikey el tiburón te mandará al infierno, y luego le tocará a aquel sucio perro.»

Novari se estremeció. De lo que le habían contado, la visión de Martino sucedió en la noche del 25 de julio, y él había escuchado el mensaje del buzón de voz, la mañana siguiente. Sentirse llamado otra vez de ese modo, sucio policía, no podía ser una coincidencia. Ahora se sentía menos arrogante y seguro.

Bueno se levantó de la silla, arreglándose las arrugas del traje. «Le acompaño a su piso. Esta noche tenemos una reunión.»

Novari cogió la maleta y la notó más pesada; a lo mejor las preocupaciones y los pensamientos habían encontrado sitio entre su ropa.

Chacón en cambio, ya estaba metiendo monedas en un distribuidor automático. El paquete cayó, enseguida lo desintegró para meterse un cigarrillo en la boca. Nada más lo encendió puso cara de disfrute. Parecía la de un hombre que meaba después de haber bebido cinco litros de cerveza.

# CAPÍTULO 5

8 septiembre 1979

Los bomberos de Miami habían trabajado toda la noche para intentar controlar un incendio que había convertido en día Indian Creek. Entre humos ardientes y últimos regadíos que lo hidrataban, parecía que se encontraban en un lugar que acababa de ser destruido por un meteorito. De la madera que había dado vida a una lujosa villa, había quedado un montón de cenizas y algún trozo de carbón en llamas, y el mármol que cubría paredes y suelo, era aún una placa ardiente.

«Cualquiera que se hubiera quedado encerrado en esa casa, no serviría ni para hacer carbón.»

Daniel Morgan, sargento de la policía de Miami, no se preocupó en esconder el gran desacuerdo con las palabras que acababa de escuchar. Ya fuera un desconocido o un pariente cercano, si no le gustaba alguna cosa, te lo hacía entender enseguida, sin ningún problema.

«Escucha compañero, alguien superior a nosotros ha pensado en meterte en mi mismo turno, pero esto no te autoriza a vomitar comentarios idiotas y, sobre todo, a dirigirte a mi como si yo fuera un viejo amigo.» Lo miró fijamente desde sus dos metros de altura con su par de ojos negros. «Tú y yo nunca seremos amigos, por si aún no te había quedado claro.»

Aspiró los mocos y le escupió cerca de los pies. Ni siquiera Alex Roque anhelaba su amistad, solo quería intercambiar alguna palabra sin más.

«A tomar por culo.»

Los bomberos dieron una señal.

Morgan movió su imponente tamaño y se acercó a la entrada de la vivienda nada más fue seguro. Los ciento veinte quilogramos se descargaban sobre las suelas de los zapatos que sentía pegajosas. La negra piel de la cara se calentó y los ojos empezaron a irritarse. Si la idea que se había hecho no era

equivocada, perder tiempo, también habría retrasado las investigaciones futuras; el olor de quemado no estaba solo en el aire.

«Sargento preste atención, algunas vigas aún son peligrosas.»

«Tenéis que hacer que sean seguras, mis compañeros y yo tenemos que trabajar aquí debajo.»

El bombero que iba delante de él no se dejó intimidar. «Para que esas vigas sean seguras tendríamos que demoler y, en ese caso, no habría ninguna posibilidad de volver aquí.»

Morgan parecía inquieto. La poca edad y el respeto que inspiraba por el físico que tenía, eran dos motores que lo empujaban a exigir.

«¿Cuánto tiempo tenemos?»

El hombre que iba delante de él, sonrió sin dejarse ver. «Si supiera cuánto tiempo tenemos, sería seguridad por definición, aunque el tiempo fuera limitado. Por desgracia, sargento, no soy capaz de hacer una predicción fiable. Podría ser media hora como cinco, como seis horas.» Miró el techo y lo sintió crujir como una rosquilla entre los dientes de un hambriento. «Las llamas han reducido en gran cantidad la sección y aunque hemos ralentizado la fase de combustión bajando la temperatura, no podemos garantizar que se mantenga todavía por mucho tiempo. Tenéis que daros prisa.»

El policía se preguntó si ese era un bombero o un ingeniero, en cualquier caso, era profesional, y eso era suficiente para considerarlo entre las personas a las que se tenía que escuchar.

«¿Habéis encontrado cuerpos?»

«En el sótano no hemos encontrado nada.» Movi6 la cabeza. «Ha sido la 6nica zona en la que el fuego ha sido indulgente.»

«Aquí en cambio, parece que no se ha dejado nada» y di6 una ojeada al infierno que le rodeaba. Solo hacía alguna hora, las cenizas humeantes y las brasas eran objetos o partes de la estructura, a lo mejor, también cuerpos de carne y hueso, se dijo.

«Por el momento, la 6nica cosa que puede llevar a pensar en la presencia de un hombre en la villa, es el coche en el garaje. Por el resto tenemos a6n que identificar alguna cosa que se parezca a restos humanos, y luego llevarlos a analizar.»

«Imaginaba.» Un pa6uelo mojado, apretado contra la nariz y la boca, hizo de filtro al tono de resignaci6n del policia.

«No hemos sido ni siquiera afortunados con el tiempo. El aire que ha llegado

esta noche ha contribuido a alimentar el incendio. Hemos hecho todo lo posible.»

«El viento apaga las velas pero reaviva las llamas» susurró.

«Sí.»

Morgan volvió a caminar, escoltado por los bomberos.

De repente se dio la vuelta hacia la grieta que daba al exterior de la villa, de lo que había quedado. Notó un destello que se repetía, como si alguien se estuviera divirtiendo con hacer reflejar el sol en un espejo. Pero después de haber esperado inmóvil durante algún segundo, se dio cuenta de que nadie tenía la intención de jugar con él, y mucho menos llamar la atención. Lo que hacía reflejar la luz eran las lentes de los objetivos de una cámara fotográfica que encuadraba las ruinas de la casa, del lado de Surfside. Podía tratarse de cualquiera, pero tenía que excluir que fuera un periodista acreditado; habían estado alrededor de la residencia Mendoza desde las primeras horas de la noche y parecían casi parte del mobiliario externo, totalmente para renovar.

El bombero le llamó. «Quiero que vea un par de cosas, agente.»

La ceniza que flotaba por el aire y lentamente se sometía a la ley de la gravedad, seguía depositándose en la cabeza de Morgan, activando un mecanismo escenográfico de envejecimiento precoz. La alfombra de cabello oscuro, grueso y rizado, pero corto, con un corte militar, había cambiado de color, aclarándose en un gris, más cercano al blanco que al negro.

Antes de dar la espalda al mar, amenazó con una mirada que se extendió hacia un punto indefinido. La expresión intimidatoria fue captada por la reflex de George Moe, un reportero cuarentón. El periodista independiente lanzó el equipo fotográfico al asiento posterior, encendió el coche y se alejó de Surfside a toda prisa. No quería tener problemas.

«¿Qué estaba diciendo?» Morgan canceló cualquier distracción.

«Sígame. Tengo que enseñarle un par de cosas, pero intentemos acelerar los tiempos.»

«Sí, claro.» Se volvió a poner el pañuelo sobre la boca y lo siguió hacia el interior.

En la planta baja, los objetos que decoraban la vivienda y amueblaban las habitaciones eran irreconocibles. Ni siquiera un equipo de expertos habría podido decir qué eran en origen aquellos restos carbonizados que ocupaban, de modo desordenado, el suelo de mármol. A lo mejor, reconstruir en un almacén, el fuselaje de un avión después de una catástrofe, habría sido menos

complejo.

El bombero se puso un guante y recogió un fragmento de tierra. «Antes que nada querría que mirara esto.» Levantó el brazo y le enseñó lo que tenía en la mano. «Creo tener una idea, pero antes querría que se hiciera usted una suya.»

La humedad se estancaba en los ojos enrojecidos. «Parece un trozo de metal.» Se limpió la cara con el pañuelo lleno de humo. «Pero no entiendo de dónde puede haber llegado y qué puede ser.» Lo miró con aire interrogante.

«Hay más ahí abajo en el fondo, ¿los ve?»

Morgan asintió con un golpe de tos. La zona era inaccesible por un derrumbe que obstruía el paso físicamente, pero no con la mirada. «Parecen otros trozos iguales.»

«La experiencia me ha enseñado a ser prudente, pero creo que no adelantamos conclusiones diciéndole que es muy probable que se trate de bombonas de metano. Mire, parece una sigla.»

El policía observó con mayor atención y no pudo hacer otra cosa que confirmar la intuición que acababa de escuchar. «¿Y qué diablos hace una bombona de metano aquí?»

Hizo una mueca y sonrió. «Me parece que a esta pregunta tenéis que encontrar vosotros la respuesta.» Lanzó al suelo el trozo de metal y movió el índice. «Mire a su alrededor, sargento. Aunque no hayan muchas pruebas que lo corroboren, creo que esta habitación era un salón. Y supongo que la presencia de una bombona aquí dentro no era necesaria para nada ni siquiera era apreciada como un objeto de decoración.»

Dar la razón al bombero empezaba a molestarle. La cuestión no residía en el hombre que estaba enfrente, si no en el punto débil que afloraba en los momentos en los que no solo no era él el que sugería las intuiciones, si no que además tenía que resignarse y confirmar la bondad de lo que había dicho su socio. Para un orgulloso, a veces soberbio y arrogante, era como una maldición.

«Algún pirómano idiota se divirtió con el fuego, ayer por la noche» y lo dijo buscando la confirmación del bombero, que no tuvo.

«No creo que se trate de un pirómano» le cortó. «Quiero que vea otra cosa.»

La primera mitad de las escaleras que llevaban hacia el sótano, eran intransitables. Una viga se había caído reduciendo el pasaje a solo un metro de altura. Morgan vio desaparecer al bombero con una agilidad que no le era familiar. Se oyó chillar que tuviera cuidado y que fuera por el lado izquierdo:

la tabla que unía el piso con el jardín aún estaba entera, era más robusta y tenía un apoyo de más respecto al de la derecha.

El policía maldijo contra todos los santos del mundo y luego decidió bajar. El estrecho paso que daba acceso a la rampa lo puso en apuros, y los primeros intentos le hicieron conocer de cerca el olor que emana un trozo de carbón. Dio con la cabeza contra la viga, que ahora era muy ligera y oscurecida por el fuego, luego se ayudó con la fuerza de las manos y brazos y casi se dió un tirón en el músculo del cuello para poder pasar por debajo. Nada más pasó a la otra parte, un escalofrío le caminó por los hombros como una araña rencorosa; el paso de la izquierda, el "más seguro", era una tabla de madera de casi tres metros de larga, y se apoyaba, además de por las dos extremidades, por un andamio de hierro más o menos a mitad de la bajada. Al primer paso que dio, un crujido pareció quejarse por el excesivo peso. Al segundo, con todo el peso agravado, el ruido recordaba a un montón de huesos que se rompían, y si no se hubiera dado prisa en caminar, habría experimentado personalmente el gran parecido acústico.

«Maldición» dijo dirigiéndose al bombero. «¡No me haga caminar más veces sobre esa cosa!» Puso el pie sobre los escalones sanos y bajó a la planta baja.

El humo era menos denso, gracias a la corriente de aire que se había creado abriendo la puerta del garaje. La estancia era muy amplia, a primera vista no era menos de doscientos metros cuadrados, no presentaba paredes internas sino solo algún muro de carga. El suelo también era de marmol, el color era suave y con algunas venas doradas, que era difícil decir si contribuía a embellecerlo o a que fuera menos immaculado. En cualquier caso era un lujo para los cuatro neumáticos de la Ford Mustang poderlos pisar. Algunas estanterías cubrían totalmente la pared que bordeaba el lado derecho del coche. Estaban repletas de objetos de anticuario, cuadros apilados los unos sobre los otros, cajas ordenadas y catalogadas con números escritos con adhesivos blancos.

«Esto no es obra de un pirómano.» Le indicó la caja fuerte abierta en la pared colindante.

Morgan lo miró con toda la rabia que notaba que le subía del estómago. La mirada duró menos de un segundo, pero tuvo el poder de incinerar la parte buena de la casa, bombero incluido. No podía más con sentirse como si fuera un turista acompañado de una guía. Él era un policía y no necesitaba que un bombero le iluminara con teorías de investigación. Ese era su terreno y no

admitía interferencias, especialmente de personas no cualificadas. De ahora en adelante no toleraría más consejos o presuntas ayudas.

«Y dígame, ¿qué le ha hecho pensar que todo lo que hemos visto arriba no sea obra de un pirómano?» Lo desafió.

El bombero inclinó levemente la cabeza. No le costó leer el tono de la pregunta. Dudó sobre si había dicho o hecho algo que lo pudiera ofender, entonces respondió de forma seca. «La piromanía es el impulso incontrollable de iniciar incendios, no de abrir cajas fuertes y limpiarlas.»

Morgan apretó los dientes y casi metió la cabeza en el compartimento blindado.

«Han hecho desaparecer todo.» Su voz retumbó en el interior de la apertura.

«Siempre que hubiera habido algo que hacer desaparecer.» Levantó los hombros mostrando algo de satisfacción. «Pero eso, por el momento, no lo podemos saber.»

Morgan le lanzó una mirada amenazante. «Vale ya de hablar como un agente de Policía, maldita sea.»

El bombero se quedó en silencio. La tranquilidad y el aplomo fueron una barrera a las emociones.

«Sea útil y dígame ¿dónde está el cuadro?»

Movió la cabeza. «¿De qué cuadro está hablando?»

El policía de color le indicó los tres clavos incrustados en la pared. «El que escodía la caja fuerte.» Luego quiso puntualizar. «¿No me diga que se le ha escapado este detalle?»

No respondió a la provocación. «He sido el primero en pisar aquí abajo, junto con otros dos colegas. Si hubiese habido un cuadro de esas dimensiones me hubiera dado cuenta.» Se quedó algunos segundos mirando el enorme marco de pared entorno a la caja fuerte, mucho más clara respecto al resto de la pared.

«¿Habéis mirado bien?»

«¿Y él ha mirado bien la silueta que ha dejado el cuadro?» Se paró un momento para dar énfasis a la frase. «Lo menos dos metros de alto y uno de largo. Si no se ha desintegrado el piso de arriba, quiere decir que ha desaparecido. Como puede ver, aquí no está.»

Inspirando sintió otra vez olor de quemado. El humo le irritó la garganta y le produjo tos. «Estemos tranquilos» se dijo a sí mismo. «Una caja fuerte vacía y un cuadro desaparecido.» No se entendía si estaba razonando o si quería solo

convencerse. «A lo mejor ha sido el propietario el que la ha vaciado y que no ha considerado indispensable cerrarla a llave.» Buscó instintivamente un consenso. El bombero asintió irónicamente. Morgan, no captando la vena burlona, lo rehabilitó al instante. «Y por lo que se refiere al cuadro, podría ser que no estuviera ahí desde hace tiempo. Probablemente, como ha dicho hace poco, lo llevaron arriba y se ha convertido en cenizas con el resto de los objetos.» Sonrió con un aire más tranquilo como si ya hubiera resuelto el caso.

El bombero pasó el dedo por la pared, fuera del contorno que había dejado el cuadro. Después de haberlo visto negro, constató que se trataba de hollín. Lo volvió a limpiar y lo arrastró otra vez por la pared, esta vez por el interior del rectángulo más claro. Cuando giró el dedo y se miró la yema, se dió cuenta de haber extraído solo un poco de polvo de vieja pintura.

«Creo que me he equivocado.»

«¿A qué se refiere?»

«El cuadro no podía estar en el piso de arriba, porque durante la fase crítica de incendio se encontraba aún aquí. Si no hubiera estado aquí, habríamos encontrado suciedad también en este trozo de pared» indicó con el índice el perímetro que albergaba la zona bajo observación.

Morgan se quedó sin palabras.

«Siento decepcionarle agente, pero se trata de un robo, y si no localizáis al propietario en los próximos días, estaréis ante un caso de homicidio en la mejor de las hipótesis con un secuestro de persona. Una cosa está segura: si la víctima ha sido asesinada aquí, ya ha recibido la cremación.» Hizo una pausa. «Ningún caso de piromanía, lo siento.» Y ligero como una pluma subió la rampa improvisada, volviendo a la planta superior.

El gigante negro, en uniforme, se dejó dominar por la rabia, incluso antes de oír como le chillaba un consejo el bombero.

«Evite subir por las escaleras, podría hacerse daño. Salga por el sótano y de la vuelta a la villa. Nos vemos en la entrada principal.»

La humillación transformó la rabia en ira.

# CAPÍTULO 6

27 julio 2010

El calor era menos sofocante, el aire por fin alejaba la capa bochornosa que había reinado hasta la tarde noche y el cielo, que aún no era lo suficientemente negro como para que las luces encendidas de las farolas se reflejaran en el cielo negro, convertía a Málaga en una ciudad íntima. Era perfecto para alegrar el espíritu de un hombre, si se excluían dos detalles fundamentales: un asesinato y una amenaza de muerte.

Asaltado por las dudas y las preocupaciones, Novari cruzó la puerta de la Comisaría de Policía, el número cuatro de la Calle Ramos Marín.

Nada más entró en el edificio, fue recibido por una ráfaga gélida que provenía del conducto de ventilación, encastrado en un falso y viejo techo que parecía suplicar a Dios, para que ningún huésped llevara su mirada hacia arriba. Las fuertes vibraciones de las telas metálicas producían un molesto sonido, la queja de una estructura ineficaz que se sentía abandonada. En la planta baja el mostrador lo habían dejado vacío, posiblemente un colega español con carencia de cafeína, y las únicas voces que se oían procedían de la planta superior.

Subió las escaleras y abrió completamente la puerta del único despacho que dejaba en el suelo un hilo de luz artificial.

«Bienvenido a nuestro humilde hogar, inspector.» El primero en acogerlo fue Bueno, que se puso de pie y lo acompañó a la silla. Solo en ese momento Novari se dio cuenta de ser más alto que él, y culpabilizó al elegante traje del colega español, como la causa de la trampa que se había producido en su memoria visual.

Bueno cerró la puerta.

«Muy bien» dijo. «¿Estamos todos?» Era una pregunta retórica a la que nadie respondió. Si hubiera habido que esperar a alguien más no lo habría sabido seguramente por ellos: nadie se hubiera permitido convocar a otras personas sin su aprobación.

El local estaba desnudo como una encina en enero. Las tres paredes, las que no tenían ventanas, eran grises, y era lícito dudar que lo fueran por una pintura blanca nunca retocada durante años de servicio, o porque era un color elegido adrede. La cuarta pared, la de la ventana, introducía en el interior la imagen de un palacio y nada más. Un suelo que no quería decir nada e insignificante, ayudaba aún más a reforzar ese sentimiento de tristeza que había en el ambiente. La mesa, puesta justo en el centro del despacho, estaba sostenida por cuatro mujeres esculpidas en madera que representaban, no muy metafóricamente, cansancio y sufrimiento. El peso que tenían que mantener iba mucho más allá de lo que se veía.

«Antes que nada, las presentaciones.»

Novari, como único miembro externo del grupo, era conocedor de que aquellas atenciones eran solo dirigidas a su persona, por lo tanto se sintió con el deber de acortar los tiempos, adelantando con un gesto con la mano que no era necesario y que se podía pasar enseguida al siguiente punto. Cualquiera que fuera el nombre de la persona que no hubiera visto hasta ahora, no habría revelado nada más de lo que él mismo ya había intuído, cotilleando la cabecera del papel lleno de apuntes.

«La única persona a la que no ha tenido aún el placer de conocer es al doctor Pablo Ramonez. Es profesor del instituto de medicina legal de Madrid y colabora con nosotros desde hace algunos años.» Bueno no hizo caso al gesto que hizo Novari y aún así hizo las presentaciones. «¿Es correcto, doctor?» preguntó girándose hacia la izquierda.

«Correcto» y le sonrió, y acto seguido se tiró hacia delante buscando la mano del colega italiano. «Es un honor conocerlo, Novari.» El apretón de manos fue cordial y rápido, como era lógico viniendo de dos profesionales que consideraban que la eficacia proviene de la regla base de la practicidad.

«Encantado» y no dijo nada más, con la esperanza de que alguien empezara a ponerle al corriente de los nuevos detalles.

Bueno distribuyó a cada uno de los presentes algunos folios grapados en la parte superior izquierda. Antes de que volviera a hablar, el crujido del papel tapó el ruido del aire acondicionado. «Lo que tenéis en mano son algunas fotos

que me interesaba que captaran vuestra atención. Se empieza con la foto del lugar del hallazgo en el mar, a pocos kilómetros del puerto. A propósito, querría dar las gracias otra vez a nuestro colega italiano por habernos proporcionado los elementos necesarios que nos han permitido recuperar el cuerpo.» Novari volvió a pensar en la llamada recibida hacía dos días antes, pero no movió un músculo.

Chacón levantó la mano para hablar. La versión formal del subinspector, dejaba entrever cuales eran las reglas que se tenían que conservar dentro de la comisaría de Málaga: respeto por la jerarquía y seriedad. Mathias tuvo la impresión de haber conocido a otra persona, solo pocas horas antes en la plaza de la Merced.

«Por favor, díganos.»

Juan Rodrigo cogió el cigarrillo de la oreja y lo hizo girar entre sus dedos, como si fuera un mago. Se moría de ganas por fumárselo. «La foto ha sido tomada desde un satélite mientras estábamos ahí con la Guarda Costera, las coordenadas eran precisas hasta en el centésimo.» Tosió, como si algo se le hubiera ido por el otro lado. «Perdonad.» Estiró los brazos para justificarse, luego abrió la puerta y bajó las escaleras corriendo.

Bueno se arregló la chaqueta, estirándola levemente hacia abajo, sacudió el brazo izquierdo, hasta que sacó el reloj de la manga de la camisa, luego miró la hora. Habría esperado como mucho un minuto, ni un segundo más.

Mientras el doctor Ramonez seguía escribiendo, con buena caligrafía, cabeza inclinada, Camilla Márquez estaba inmóvil, cabeza inclinada sobre los folios y mirada que penetraba incluso la mesa. Aquella mujer, la mejicana, como la llamaban en la comisaría, era indescifrable. Con ese pensamiento en la cabeza, Mathias giró la silla y dio un vistazo fuera de las ventanas. Pocos segundos después vio una colilla con trayectoria parabólica, acabar en el asfalto de la calle. Que saliera del interior lo confirmó cuando notó el olor de humo que seguía a Chacón en el interior del despacho.

«Ya estoy aquí, perdonad.» Sacó otro cigarrillo del paquete y lo restregó por la nariz, el otro lo había hecho desaparecer, como buen mago.

Bueno no esperó y se anticipó. «Como estaba diciendo el colega hace poco...» miró a Chacón «... la foto nos devuelve a la acción de recuperación del cadáver, ayer por la mañana, después de haber recibido la llamada del inspector Novari, digamos más o menos sobre las seis, seis y media.» Pasó su dedo índice por el interior del cuello de la camisa, demasiado estrecho. Un

segundo de duda, luego desabrochó un botón para dar respiro a la garganta, sin aflojar el nudo de la corbata, un gesto que habría sido como un bofetón a su implacable elegancia. «Uno.» Miró a todos. «Entender la conexión entre el asesino y nuestro compañero. Si encontramos la respuesta será más sencillo reducir el campo de los sospechosos, yo sugiero buscar entre personas que puedan tener rencor por el inspector, pero acepto otras sugerencias.» Lo miró. «¿Puedo contar con su colaboración?»

«No habría cogido el primer avión. Siga, tengo curiosidad de saber lo que todavía no sé.» El tono dio a la frase el peso exacto. Decidió que no era el momento de formalizar la discusión, ni siquiera de manera cordial. Aunque lo habría querido, seguramente, el tiempo se hubiera concentrado en otro obstáculo.

Sucio policía, yo te mataré...

El lapso de tiempo que transcurría entre dos momentos precisos, el de la amenaza y el de la acción, se estaba consumando inexorablemente. Pronto habría tenido que afrontar a un peligroso asesino, y lo que más le asustaba era lo abstracto de cada cosa.

«Dos, es necesario obtener el mayor número de informaciones sobre la víctima. Tenemos que entender quién era, hablar con la familia, reconstruir los movimientos de los últimos días, descubrir con quién ha quedado y por qué. Quiero además que...»

Mathias apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y se puso de pie. «Si no os molesta, me gustaría saltar los preliminares protocolarios. Ya son diez horas que estoy en Málaga y no he escuchado aún nada concreto, solo visiones paranormales, por lo que parece.» Lo miró fijamente a los ojos, reflejándose en el cabello brillante de color ceniza. «Quiero hechos, los reales. Dadme algo sobre lo que pueda trabajar.»

Camilla Márquez se despertó del letargo, Ramonez bloqueó su mano sobre el folio y Chacón dirigió la mirada a su superior, a esperas de entender como reaccionaría.

Bueno mostró una sonrisa. La boca se torció, solo el lado izquierdo se levantó imperceptiblemente, a la derecha, en cambio, una arruga se acentuó tanto que parecía una prolongación del labio. «Querría que quedara clara la condición por la que usted, hoy, está sentado en la mesa con algunos representantes del Cuerpo Nacional de Policía. Cuando hablo de colaboración, entiendo un apoyo externo, del cual es libre de desvincularse

cuando considere necesario. Pero en el caso en el que decidiera quedarse, seré yo personalmente quien controle y gestione las formas y los tiempos. Si no le parece bien, puede reservar el primer vuelo y volver a Italia. La señorita Márquez estaría encantada de acompañarlo al aeropuerto.»

Camilla lanzó una mirada diabólica a su propio jefe.

«Volveré a Italia con ese hombre tras las rejas o dentro de una caja de acero. Estas son las dos únicas posibilidades, ninguna excepción.»

«Existe otra posibilidad, que usted está favoreciendo con su comportamiento imprudente e irresponsable.»

«¿Piensa que goza de tanta autoridad como para obligarme a volver?» Las venas del cuello se hincharon.

«Yo seguro que no. Pero si es asesinado, será él el que volverá a su patria encerrado en una caja.» le sugirió con una calma impresionante.

Aquella maldita noche de septiembre del 1979 había ido todo torcido. Había organizado un golpe perfecto, de esos que podían cambiar la vida. Pero el imbécil de Holly había estropeado la fiesta, se había compadecido del hermanito y había acabado todo en mierda, a pesar del dinero que se había llevado. Matar a tres personas, hacer explotar una villa y huir lejos con una nueva identidad porque era buscado por la Policía, no fue un trabajo sencillo.

Todos los pensamientos se despertaron por una ciudad de mar. Aunque estaba en Málaga, era suficiente dejarse acariciar por la brisa, oler el olor de pescado recién pescado, escuchar a la gente hablar y las olas romperse. Y cerrar los ojos; fundamentalmente para crear las ilusiones de un Miami circuncidado por el Mediterráneo.

Habían pasado treinta años, Mikey Sullivan había cambiado muchas veces de nombre, aunque adoraba ser llamado "el Tiburón". Era invisible, camufable, solitario. En definitiva, una persona a la que la sociedad se había olvidado de censar entre las personas que cuentan. Podía perfectamente entrar en la categoría de los mendigos y de los marginados, con una diferencia sustancial: el dinero. Eso no le habría faltado nunca.

La camisa abierta hasta el esternón mostraba un pecho amplio y peludo, y las piernas musculadas estaban descubiertas por unas bermudas desteñidas por el sol y consumadas por el tiempo. Las sandalias que llevaba en los pies lo hacían parecer más un viejo surfista que un criminal, pero no le importaba; con el tiempo habrían entendido quien era.

Agarró el cuello de la botella y se la llevó a la boca. Engulló medio litro de cerveza, luego puso el culo de vidrio en la fresca arena y se puso de pie. Cerca de él, una pareja estaba haciendo el amor debajo de una toalla, a pocos pasos del mar. Caminando pasó por su lado, aunque su instinto le empujaba a pararse para darles algunos consejos sobre la vida, fue hacia delante y los dejó seguir. Escondidos en su intimidad, no percibieron la presencia de un asesino y eso le dio una cierta tranquilidad, que sin embargo, les impidió sentir los escalofríos que les habrían hecho ser unos imprudentes en la elección del sitio donde amarse.

El Tiburón se alejó caminando hacia el muelle. La luna era una moneda de plata que reflejaba en las olas la luz de un sol invisible. El ruido de la ciudad era lejano, como los recuerdos del pasado. Aquellos recuerdos, que por muy lejanos que fueran, hacía falta poco para que afloraran más vivos que nunca, reales como si el tiempo nunca hubiera pasado. La foto que sacó del bolsillo fue la prueba. Los bordes estaban estropeados y las esquinas dobladas, pero se distinguía perfectamente el objeto dibujado sobre la tela fotografiada. La última vez que había visto uno idéntico, se encontraba en el interior de la villa de Mendoza, en Indian Creek, a finales de los años setenta. Se trataba del mismo cuadro que el dueño de la casa exhibía durante sus encuentros clandestinos con fondo sexual.

La miró fijamente, ayudado por la tenue luz reflejada en el mar.

Luego apretó los dientes y arrugó la fotografía. Enseguida habría borrado cualquier señal del pasado.

*Mataré pronto. Mataré otra vez.*

El pensamiento le cosquilleó el instinto.

Se giró hacia la pareja de jóvenes pero no los volvió a ver.

Qué pena, habría podido enseñarles algo útil. Habría empezado explicándoles la palabra *terror*. Pero lo habría hecho sin hablar, solo con ejemplos prácticos.

La sensación no fue agradable para Novari. No era su intención asumir el mando de las investigaciones y dar órdenes a hombres que no eran los suyos, en España no lo podía hacer. Existían reglas de competencia y de territorialidad que respetar. Lo que complicaba la situación ya difícil de por sí, era la obstrucción de un hombre, tan dueño de sí mismo como de su reloj.

Metió los dedos en el pelo y lo ordenó. «Presumamos, la víctima se llama

James Parker, sesenta y un años, casado y con dos hijos. Con residencia habitual en Miami Beach, abogado de profesión.»

Ronald Bueno, sin inmutarse, lo invitó a seguir.

«El móvil, usado por el asesino para grabar el mensaje con las coordenadas del lugar del hallazgo, era de titularidad suya. La compañía telefónica española nos ha confirmado que ha hecho un contrato con su nombre hace algunos días, justo el mismo día en que aterrizó el vuelo en el que había embarcado.»

Bueno lo paró antes de que pudiera continuar. «¿Cómo habéis conseguido las autorizaciones para solicitar los datos de la titularidad telefónica?» Él también se puso de pie y metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

Los labios carnosos, inmóviles durante algunos segundos, volvieron a moverse. «Con los datos personales hemos llegado a la titularidad oficial. Analizando los registros hemos encontrado decenas de llamadas de parte de la mujer, a la que respondía automáticamente el buzón de voz. Esta insistencia nos ha hecho sospechar y el paso siguiente fue el contactar con la comisaría de Policía de Miami, que nos ha confirmado el nombre de James Parker como persona desaparecida.» Sabía que no había respondido a la pregunta que se le hizo, pero le dio igual. La paciencia tenía un límite, la suya la tenía aún más cercana.

«No ha respondido a mi pregunta: ¿quién os ha autorizado?»

«No es importante eso ahora. Si quiere tomar medidas disciplinarias, hágalo. Es más, empiece a recoger toda la documentación burocrática y siga perdiendo tiempo.» Dio un puñetazo sobre la mesa que hizo saltar a Camilla Márquez. «Pida a Dios que nadie más sea asesinado o ...»

«¿O qué?»

Novari, por un instante, imaginó que sería él la próxima víctima. En ese caso, cualquier amenaza a Bueno habría perdido valor. «O le quedará en su consciencia.» No era lo que le habría gustado decir, pero no le salía otra cosa, por superstición o a lo mejor por miedo. «Entonces, ¿me queréis confirmar la identidad de la víctima?»

«Sí, es él.» La policía se estaba empapando de sudor de la frente. «Le hemos encontrado la documentación encima...» Tuvo el coraje de mirar a su propio jefe, luego a Novari.

El policía italiano le puso una mano sobre el hombro «Le doy las gracias, agente Márquez.»

Ella lo fulminó con los ojos y le quitó la mano de la camisa mojada. «No se lo permita nunca más.» La saliva llegó a todas las esquinas de la boca. «Está sentado en la mesa con nosotros y es justo que lo sepa. Pero no lo considere un favor personal.»

A Bueno no le gustó el comportamiento de su compañera y le dirigió una mirada de advertencia. Ella contestó con una sonrisa envenenada y palabras hostiles. «El error no es ponerle al corriente de las informaciones, ha sido el traerlo con nosotros. No nos sirven héroes extranjeros a los que no les interesan las reglas.» La referencia no se podía dejar pasar. Novari se quedó mudo.

«Bueno chicos, bueno.» Chacón hizo con las manos el gesto de pausa. «¿Pausa de cigarrillo para calmar a los animales?» No tuvo tiempo ni de proponerlo, que fue el primero, y único, en abandonar la estancia.

El incómodo silencio duró solo un par de minutos, luego fue interrumpido por Ramonez. «La compañera tiene toda la razón: es injusto que él sea puesto al corriente de los elementos que hemos recogido nosotros hasta el momento.» Le pasó unas hojas, esta vez encuadernadas con unas espirales metálicas y protegidas con una tapa transparente.

«Léaselos. Encontrará también mi número de teléfono. Llamemé mañana, será bueno que lo vea con sus propios ojos. Ahora tengo que dejaros.» La reunión no había aportado nuevos datos. Se puso de pie, recogió sus cosas, saludó y salió del despacho.

Cuando Bueno vio al médico forense ya fuera del edificio se giró hacia Camilla. La señaló con el dedo, diciendo cada una de las palabras con gran autoridad. «No se vuelva a permitir tomarse competencias que no le competen. Exijo la colaboración de todos, ¿entendido?»

Cuando la mujer se puso de pie de un salto, el respaldo de la silla impactó contra la ventana. Se inclinó hacia delante, la cara estaba roja de la rabia. «El error lo ha cometido usted, trayéndole aquí. Y ese dedo se lo puede meter...»

«Camilla, cálmate.» Chacón volvió a entrar en la habitación enseguida. Se rascó la parte calva de la cabeza con las uñas. «¿Se puede saber qué diablos te ha pasado?»

Se produjo un momento de silencio.

Los ojos marrones se llenaron de lágrimas, y un lloro reprimido durante demasiado tiempo le cayó por la cara.

Chacón se acercó. «¡Eh! ¿Qué pasa?» le preguntó bajando la voz.

«Está muerto» le contestó, llorando.

El compañero le puso el brazo por el cuello. «Lo siento, Camilla.» Le puso dulcemente la cabeza sobre su propio hombro. «No me parece el momento de continuar.» comunicó a los otros hombres. Luego la acompañó fuera.

Novari se levantó de la silla y se apartó.

Bueno recogió todos los folios y los golpeó sobre la mesa para ordenarlos. Miró el reflejo del cristal de la ventana que proyectaba la imagen de Mathias. «El padre» dijo sin girarse. «Estaba enfermo.»

«Entiendo.» No supo decir otra cosa.

«No ha sido una gran tarde.» Abrochó el botón del cuello de la camisa.

«Ni siquiera una de las peores» rebatió Mathias.

Asintió convencido. «Puede jurarlo.» Estaba ya en el umbral de la puerta cuando se paró un instante. «Bienvenido a Málaga, inspector.»

Apagó la luz y lo dejó en la oscuridad.

# CAPÍTULO 7

28 julio 2010

Que la noche te aportaba consejos ya lo había escuchado, pero estaba convencido que valía para todo el resto de personas que habitaban el mundo, menos para él. Era una consideración que no podía descartar, viendo la pesadilla que le atormentaba todas las noches desde hacía meses y lo despertaba exhausto. De pie desde las cinco de la mañana, se había bebido un par de cafés largos, duchado y vestido. Todo sin la compañía de Marina, sin una mano que lo acariciara después de los turbulentos despertares. A lo mejor era mejor así.

Sacó el cargador de la Beretta y controló la munición. La realidad le había restituido los quince disparos en el pecho del secuestrador inmortal. Le parecía un gesto estúpido e infantil, pero le aportaba seguridad.

Salió de casa nada más oyó que se paraba un coche. Cuando tocó el claxon, Mathias ya estaba fuera.

«Buenos días.» Nada más puso la cabeza dentro del habitáculo, su cara le delató con un gesto de sorpresa; la persona sentada detrás, su compañero de viaje hasta el hospital Virgen de la Victoria, era lo más lejano posible a lo que se podía imaginar de un hombre de las fuerzas de orden.

«Es él» respondió Bueno sin girarse.

Mathias se acomodó y cerró la puerta. De la fuerza que tuvo que utilizar, entendió que se encontraba ante un coche blindado. Alargó la mano. «Novari, encantado.»

«José Luis Martino.»

El conductor metió la marcha y aceleró.

«Llamé al doctor Ramonez ayer por la tarde y me ha dicho que acabábais de

hablar.»

Novari lo confirmó.

«He pensado que le hubiera sido útil que le acercara y quería aprovechar la ocasión para que conociera a nuestro colaborador.» Cuando se giró, las lentes espejo de las gafas lo cegaron con el reflejo del sol. «También querría que nos olvidásemos de ayer por la tarde. A lo mejor el nerviosismo y la tensión nos pasaron una mala jugada a todos, una broma de mal gusto.»

«Tengo otras cosas en las que pensar.» La frase podía ser contemporáneamente una tregua o una continuación de las hostilidades. Ni siquiera Mathias que era quien la había pronunciado habría sido capaz de aclararlo.

«Eso me alivia.» Bueno lo interpretó como un armisticio.

El policía italiano estaba impaciente por saciar su curiosidad «¿Entonces él es el famoso José Luis Martino?»

«¿Él cree de verdad que yo sea famoso?» Se giró hacia él. Separando la nuca del apoyacabezas dejó a la vista una mancha de grasa.

La pregunta lo desorientó. «Así dicen. Yo, si tengo que serle sincero, no sabía quién era hasta ayer por la mañana.»

«Y no me cree, ¿verdad?» Mientras hablaba, los pelos grises de la barba le cosquilleaban los labios agrietados.

«Una sana diferencia.» Se arregló para verlo mejor. «Creo que es normal.» Luego se arrepiñó de haberse casi que justificado.

«No es el primero, y no será tampoco el último.» Se metió la mano en el cuello de la camisa y bajó por el brazo para rascarse la axila. Nada más la sacó se olió la mano inspirando con gusto. «Para los nuestros, es una maldición. Parece que ninguna demostración pueda librarnos de la sospecha.»

«¿Qué vió la otra noche?»

Martino esperó que su superior le hiciera un gesto de autorización. Bueno accedió. La encendida discusión de la tarde anterior parecía enterrada a muchos metros de profundidad. La disponibilidad fue apreciada por Novari que, a su manera, le dio las gracias.

«He visto las mismas cosas de siempre: un hombre que mata a otro hombre.» No se planteó el problema de esconder la molestia creada por aquella pregunta.

«Los detalles.» Mathias no era el típico hombre que se dejaba pisotear.

«Mucha sangre, gritos desgarradores, el tatuaje de un tiburón en el brazo y la

única frase con sentido que recuerdo: Mikey el tiburón te está llevando al infierno.» Se paró solo para asegurarse de que lo estuviera mirando. «Y luego tocará a aquel sucio policía.» Sonrió. «Presumo que el sucio policía sea usted, ¿verdad?»

«¿Una nueva previsión?» La intención era la de provocarlo.

«Mi capacidad, o llámela como quiera, está limitada a ver cosas, personas y situaciones del presente, lejanos en el espacio, pero no en el tiempo.» Dio una carcajada fastidiosa, aguda.

«Si alguna vez lo viera en una visión, esté tranquilo que no conseguirá que se la cuente.»

«Lo tendré presente.» Prefirió dedicarle la atención a los hechos concretos. «¿Dónde se produjo el asesinato?»

«Lo ha encontrado él el sitio, ¿o me equivoco?» Se rascó otra vez, esta vez para aliviar el picor en los testículos. «¿Por qué me pregunta a mí?»

«Porque yo solo he comunicado el sitio del hallazgo, no el sitio del asesinato.» Se hizo mirar. «Me esperaba que tuviera detalles también sobre el sitio donde se produjo el crimen, ya que cuenta que tiene visiones como si estuviera realmente presente en el lugar.»

«Para no saber ni siquiera quien era, lo veo informado.»

«He visto la grabación del programa de la otra noche.»

«Veo que tiene bastante tiempo, inspector.»

«Voy a dormir tarde y me levanto temprano.» Insiste. «¿Entonces?»

«Mar, he visto solo mar.»

Ronald Bueno, sentado como un pasajero al lado del conductor, estaba quieto y parecía un maniquí, de lo inmóvil que estaba.

Las mangas del traje gris tenían una raya de estar planchado tan bien que parecía una espada recién afilada. La luz ténue de la mañana entraba directa del parabrisas y lo iluminaba como a un modelo de Armani en la pasarela.

«No podía haber visto otra cosa» dijo dirigiéndose al colega italiano «Ha sido asesinado en el mar.»

«¿Cómo podéis estar seguros?»

«Nos puso sobre la pista el equipo del doctor Ramonez, después del análisis preliminar del cuerpo. No sabemos otra cosa.»

«Dígame lo que sabe.»

«Le pido que tenga paciencia solo unos minutos. Tendrá todas las respuestas del doctor Ramonez en persona» luego añadió: «y de sus propios ojos.»

Lo que quiso decir con la última frase no era un misterio. El cadáver de James Parker le habría aclarado cualquier duda.

El coche blindado ralentizó. Bueno y Novari salieron juntos.

«Cierre la puerta, inspector.»

Mathias miró a Martino en el interior. «¿No viene con nosotros?»

«Ya hemos corrido demasiado riesgo al traerlo hasta aquí. No, él será acompañado de nuevo.» Cerró la puerta y pegó con la mano sobre la carrocería oscura. El coche se alejó.

«¿Dónde?»

«Perdóneme, pero éstas son informaciones reservadas.» Quería ser más claro. «Son cosas que van más allá de mi competencia. Aunque quisiera, no podría ponerle al corriente.»

Mathias lo considera un comportamiento irreprochable, como en todos los casos en que la finalidad de una acción está dirigida a garantizar la protección de una vida.

Le vino a la mente un famoso aforismo de Confucio.

*Donde quiera que vayas, ve con todo tu corazón.*

Mirando el coche blindado alejarse, pensó que José Luis Martino, a cualquier sitio donde hubiera ido, nunca habría encontrado la aprobación de su propio corazón.

Ramonez tenía los ojos cansados, y un pequeño lagrimeo acompañaba un marcado enrojecimiento del ojo. Aunque la cara estaba cubierta por una máscara blanca, no se podía pasar por alto que aquel hombre necesitaba un descanso inmediato.

«El cuerpo es de un hombre blanco, con una edad aproximada a los sesenta. Las piernas han sido desmembradas y hay pedazos desgarrados de los cuádriceps que han adoptado una consistencia viscosa y un color violáceo.» Bajó la máscara con un dedo y la puso debajo del mentón, para asegurarse que su voz llegase al micrófono. «Hay una alternancia de cortes limpios y desgarros en el tejido que nos hacen hipotetizar, como la causa de las amputaciones, el ataque de un tiburón de dimensiones más bien importantes. Lo que vemos podría ser el resultado de una acción mecánica del mordisco, combinado con una sacudida violenta del animal que ha capturado a su presa.» Levantó la cabeza. Miró a la telecámara para buscar indirectamente a los dos policías en la planta de arriba, donde un monitor mostraba la sala de

autopsias.

«La única cosa que nos había anticipado.» Bueno volvió a llamar la atención del colega italiano. «No nos han querido decir más.»

Novari ni se inmutó y se quedó con los ojos pegados a la pantalla.

«En el tórax hay algunas lesiones de corte en la parte izquierda, no profundas, que han dejado señales evidentes en la piel. Confirmando la impresión de mi equipo durante el análisis preliminar del cadáver.» Se paró un instante. «Parece que se trate de algo escrito.»

En la planta de arriba la atención aumentó el silencio.

Ramonez apretó una gasa de algodón con alcohol con las tenazas de una pinza y empezó a frotar, para volver a limpiar las heridas de los residuos de sangre coagulados. A los policías les pareció que tardaba mucho tiempo en hacerlo, en realidad pasaron solo pocos segundos. De frente a las calamidades de un cuerpo mutilado, tumbado sobre el frío acero inoxidable de una cama demasiado larga para acogerlo, los tiempos se dilataban como el fuelle de un acordeón.

El médico se asomó al vientre del muerto para observar de cerca. La peste dulzona de carne descompuesta no le afectó más de lo que ya estaba. Observaba el pecho, pero el ojo caía continuamente en la extremidad del brazo derecho. Un bendaje barato, realizado con una cinta adhesiva marrón común, envolvía la mano de la víctima que quedaba escondida en el interior de una pelota pegajosa. Pasó a otra cosa, pensando que volvería más tarde para ocuparse de eso.

«No hay dudas de que se trata de algo escrito.» Apretó los ojos mojados del cansancio. «La caligrafía es bastante clara, no obstante el soporte no sea el más cómodo para grabar un mensaje.»

Novari murmuraba pero no se permitió hacer ningún comentario, sobre todo porque Ramonez no podría haberlo escuchado.

«Es como el mal.» Mientras lo dijo, sintió la propia sangre helarse como la cama donde yacía el cadáver.

No habrían sido suficientes cien años seccionando cadáveres para acostumbrarse a la locura de un hombre asesino. Eran dos cosas totalmente diferentes. Abrir el cráneo de un muerto con una sierra oscilante no le habría enseñado a ser flemático frente a la voluntad manifiesta de un hombre que, insanamente, masacra a otro como él y lo grita al mundo.

*Es como el mal.*

Cuando se dio cuenta de que desconectó de la realidad, intentó volverse a conectar. «Las heridas del pecho de la víctima han sido provocadas con un objeto afilado, diría puntiagudo, y han grabado en la piel, la siguiente frase "es como el mal"». Intentó quitarse pesos de encima. «La unidad de investigación de la Policía sabrá encontrarle la interpretación correcta.»

El asistente se acercó, susurrándole algo en la oreja. Hizo un movimiento con la cabeza y continuó. «Consideramos que las heridas del pecho pueden haber sido grabadas con esto» levantó el brazo hacia la telecámara. «Se trata de un diente de tiburón, triangular, afilado por los lados y en la punta. Lo hemos encontrado en una cuerda que rodeaba el cuello de la víctima.»

Novari, por fin, estaba saciando la propia hambre de informaciones, aunque los bocados tenían un sabor desagradable, terribles. Observando el cadáver de James Parker, se preguntó si él también habría acabado en una cama de acero, sin piernas, con una frase tatuada en el pecho y un collar precioso de un diente de tiburón. No consiguió responderse porque otros platos estaban listos para ser servidos.

El médico alargó el brazo y lo estiró, apretando las manos sobre las esquinas de la mesa, allí donde los conductos de desagüe recogían los líquidos biológicos que desprendía el cadáver, lo que quedaba de ellos. «Por el esternón, hay un corte, cosido recientemente con una aguja común. Lo definiría más bien, como no realizado por un experto.» Parecía un profesor durante una clase, con la diferencia de que no se hablaba en base a los libros, si no, sobre un cuerpo mutilado. «La herida no parece presentar tejido fibroso de cicatrización reciente...» observó con recelo, «lo que me sugiere que la incisión haya sido practicada con la víctima ya muerta. Los colgajos están juntos solo por la costura.»

El asistente le pasó unas tijeras y Ramonez cortó los puntos de sutura. La piel se abrió como si hubiera vuelto a la vida, animada de un voraz deseo de rebelión a la muerte. Luego el movimiento se fue parando hasta apagarse del todo.

Puso las tijeras en el carrito y cogió la espátula.

Cuando la introdujo en la carne del muerto, la piel de la cara se estiró hasta que desaparecieron las arrugas que se habían formado en los cincuenta y cinco años de vida. «Es absurdo.»

«¿Entonces?» Mathias, por un segundo, no se dio cuenta de estar aislado de la sala de autopsias.

Ramonez movió la cabeza, pálido como las sábanas de hospital. Metió la mano debajo del esternón del cadáver y extrajo una carta de plástico sellada, empapada de sangre seca. En su interior había un objeto cerrado.

«¿Qué diablos está sucediendo?» Bueno se giró hacia Novari, pero a cambio recibió solo una gélida mirada.

Ramonez enjuagó la carta bajo un chorro de agua tibia, cambió los guantes y corrió la cremallera plastificada. Con cautela introdujo la mano y la apretó entorno al contenido. Luego la sacó y se acercó a la mesa de hierro, de frente al cadáver. Se quedó en silencio, perturbado por pensamientos que volaban en la mente como libélulas en un espejo de agua. «No consigo entender» balbuceó, extrañado. «Ha encerrado en la caja torácica de la víctima un busca.» Mientras lo decía, se dio cuenta de que había aflojado la mordida de la profesionalidad. Aquella última expresión de desconcierto no tenía nada que ver con los fríos y racionales exámenes a los que estaba acostumbrado a mostrar durante las autopsias. Quiere recomponerse pero el horror se sobreponía a su voluntad. «¿Lo habéis visto?» se dirigió a las telecámaras, buscando un consuelo que se escapaba junto a las explicaciones racionales inmediatas.

*¡Un segundo!*

Un repentino flash le estranguló el estómago con dos potentes manos invisibles.

*Dios mío, haz que no sea verdad.*

Rezó hasta que la loca intuición no fue confirmada.

Dejó el busca en las manos del propio asistente, se inclinó sobre el cadáver y separó los tejidos de la zona de debajo del esternón. Se concentró en la cavidad torácica, en concreto en el mediasnítico medio, detrás del esternón segado y de las costillas. Lo que buscaba no estaba.

«Falta el corazón.» Y tragó amargamente.

Que la frase no fuera adecuada a los estándares profesionales se dio cuenta después de haberla oído salir de su propia boca, por eso, intentó arreglarlo. «Se observa, en el interior de la cavidad torácica, la ausencia del músculo cardíaco.» Luego movió la cabeza, anulando la voluntad de manifestar un comportamiento profesional e intachable.

Daba un aire de un hombre que no habría soportado aún por mucho tiempo esos ritmos de trabajo, y el joven médico que lo asistía se había dado cuenta de ello.

«Tómese algún minuto y vaya con los dos policías a la planta de arriba.» Para él era una ocasión importante, entonces, intentó tranquilizarlo. «Siempre puede controlarme desde el monitor.» Lo miró sin decir ni una palabra más.

Ramonez, aturdido, evaluó la propuesta y asintió en silencio. «Solo un par de minutos.» Se quitó los guantes y salió de la sala. Se dirigió al baño, se lavó las manos y se enjuagó la cara, luego abandonó la unidad.

Hizo las escaleras de dos en dos escalones y cuando abrió la puerta del despacho, llevó consigo un fuerte olor de desinfectante. No tenía un buen aspecto.

Novari se dio cuenta, pero no hizo ningún comentario sobre su aspecto, ni le dio consejos. Aquel trabajo lo había elegido él, no lo habían obligado. Pensó que ninguno de ellos, habría tenido el derecho de concederse momentos de descanso en esa situación. Si alguien soltaba la presa, contribuía a aumentar la posibilidad de que la amenaza que había recibido se concretizase; no quería acabar tumbado en una cama de acero, con un busca en el lugar del corazón. «Quiero una relación detallada de la autopsia para mañana. Buscad huellas, manchas de sangre, pelos que no sean del cadáver. Si la víctima ha luchado antes de ser asesinado, es posible que las uñas escondan restos de nuestro hombre.»

Bueno no intervino, aunque fuera evidente que el colega italiano estuviese atravesando el límite de la jerarquía.

«Para esta tarde acabaremos la autopsia, mañana por la tarde tendrá la relación. Esté seguro que...» Ramonez no tuvo tiempo de decir otra cosa.

El monitor, encendido en las espaldas de los dos policías, proyectó el acto final de un espectáculo espeluznante. El asistente se acercó a la mano derecha de la víctima, cortó la cinta y desenvolvió la pelota como si fuera un regalo de Navidad. Colgajos de piel muerta, pegados al cielo, retenían el rudo vendaje.

También los dos policías se giraron para ver, congelados por una visión que convirtió el aire acondicionado en un calor agradable.

El rigor mortis había bloqueado los dedos de la mano abierta, parecían plantas trepadoras, que en su interior se estancaba, en una colada de sangre seca, el corazón que había sido arrancado del pecho.

*Donde quiera que vayas, ve con todo tu corazón.*

¿Aún tenía valor la máxima de Confucio aunque el músculo cardíaco no se encontraba *exactamente* en la posición anatómica correcta? En la absurdidad de todos los hechos, Novari se lo preguntó y quería ilusionarse con que fuera

así. Solo en ese modo, James Parker habría descansado en paz.

Allá donde hubiera ido.

Abandonó la habitación sin preocuparse de despedirse o de avisar. Nadie intentó detenerlo.

Salió del hospital mientras las grises nubes amenazaban con tormenta por la tarde. Una hostil gota de lluvia, traída por el viento, le marcó la cara. No era una lágrima, pero despertó en él una sensación melancólica. Mientras los pasos le alejaban de un lugar y lo acercaban a otro, se puso la mano en el pecho y sintió que batía. Juró que, allá donde hubiera ido, habría llevado consigo el propio corazón. En un modo u otro. Nadie podría negarle descansar en paz, aunque hubiera tenido que correr la misma suerte que James Parker.

# CAPÍTULO 8

29 julio 2010

El Pastor protestante leyó un pasaje bíblico y compartió una meditación recordando algunos pasajes que habían caracterizado la vida de Esteban Domingo Márquez, el padre de Camilla. Hubo solo un canto de himnos, decidido por la viuda, un sermón que no habría dejado huella y, para acabar, un estrecharse la mano como muestra de pésame. Todo muy simple, como lo exigía una religión que no tenía el culto por los muertos ni mucho menos el sacramento de la extremaunción.

La iglesia del cementerio de los Ingleses de Málaga se quedó vacía.

Entorno a la fosa se agruparon una veintena de personas, parientes cercanos y colegas de Camilla, hasta Novari. La lluvia simulaba el sonido de unos tambores insistentes sobre la negra tela de los paraguas y rompía el silencio que acompañaba al difunto en el lento descenso.

Un golpe sordo avisó de que el féretro se había posado sobre la tierra mojada. Las paredes de tierra se vieron salpicadas por el barro y la madera lúcida de la caja se cubrió de arcilla oscura.

Camilla y su madre parecían dos extrañas que lloraban la muerte del mismo hombre. Era difícil de creer en la relación de parentela que las unía. Ni siquiera la misma compostura en cómo afrontar el dolor habría bastado para despejar las dudas sobre el fuerte vínculo de sangre que existía realmente. Chacón fue el primero en acercarse. Camilla apreció el gesto y lo abrazó, manifestando un afecto real. Luego el hombre apretó la mano de la madre y se alejó dejando caer una rosa sobre la tapa del ataúd.

Estar tan cerca de la muerte era una extraña sensación. Se había preparado durante los meses de enfermedad del padre, había aceptado que el mal se lo

llevara, había continuado con su vida de siempre. Pensaba que había conseguido placar la furia del dolor, pero se equivocaba. Aquella tarde en que habría tenido que despedirse de él para siempre, la angustia se había hecho notar de manera potente. No sabía explicarse el por qué, porque estaba convencida que su padre, en realidad, no estaba encerrado en aquella caja de madera. Solo el cuerpo, aquello que se pudriría bajo tierra habría desaparecido con el pasar de los años, mientras que el alma era totalmente otra cosa, así había oído por ahí.

Una lágrima le mojó la boca.

Por un segundo se enfadó con él por haberla dejado sola tan pronto. Pretendía que fuera en otro momento, con otras palabras.

«Lo siento.» Novari le alargó la mano y se la apretó. Notó que no tenía fuerza. Entendió que Camilla estaba en otro lugar, en un mundo poblado de pensamientos e inquietudes. Solo había una cosa buena, que el odio con el que le había recibido, parecía que había desaparecido. Aprovechó el momento para secundar el brote de cordialidad, y aceleró los procesos de acercamiento. Saludó a la mujer del difunto con un guiño y dejó caer en el féretro un puñado de tierra húmeda. Realizar una acción que no lo representaba, lo hizo sentirse incómodo, una oveja que seguía el rebaño, lo que él no había sido nunca y lo que nunca habría querido ser. Buscó una justificación a su comportamiento, y aunque encontró más de una, y válidas, no consiguió absolverse. Bajo una lluvia que había aumentado de intensidad, el policía se alejó protegido por un paraguas, siguiendo distraídamente el cortejo con impecable disciplina, en el más riguroso silencio.

Después de él fue Bueno a saludar a Camilla y a la madre. La rodeó con el brazo, como gesto de solidaridad y afecto. Luego le apretó la mano a la otra mujer y se inclinó hacia la fosa para despedirse por última vez, prestando atención en no apoyar la rodilla sobre la tierra mojada. Nada más se levantó, se limpió las manos sucias de tierra con un pañuelo de tela y se apartó, dejando espacio a las últimas personas de la fila.

El encargado de mantenimiento del cementerio, cogió el mango de madera de una pala y puso la plancha triangular en la tierra, luego la empujó hacia dentro con el pie derecho. Se quedó inmóvil, con la pierna encima y las dos manos bien cogidas al bastón, miró la fosa que lo separaba de las dos mujeres. Si hubiera dicho "sería hora de que os fuerais de aquí, tengo trabajo que hacer y no me pagan las horas extras" habría añadido un pellizco de sensibilidad a

aquella postura irreverente.

Nada más Camilla se despidió de su última amiga, hizo un gesto con la cabeza al hombre que tenía enfrente. La plancha de hierro oxidada salió de la tierra sacando un montón de barro oscuro que lanzó sobre la caja del difunto.

La rosa desapareció.

«Ninguno de nosotros conocía bien a este hombre.» La policía se giró hacia la madre, aguantando difícilmente las lágrimas que tenían una consistencia diferente de las lloradas hasta hacía poco. No eran lágrimas de tristeza, si no de rabia.

«Ten respeto por tu padre», le respondió con los labios mojados.

Ninguna de las dos se estaba mirando.

«Se lo he tenido demasiado.»

«Nunca se tiene suficiente respeto por el propio padre.»

Camilla sonrió nerviosa. Le temblaba el mentón. «Cuando te das cuenta que tu padre no ha sido el hombre que te ha hecho creer que era, estás en tu derecho de dudar de si le has dado demasiado.»

Los labios agrietados, encendidos por un pintalabios de color fuerte, se detuvieron duramente. «¿Pero qué diablos estás diciendo? ¿Te estás volviendo loca?» Miró alrededor para asegurarse que no hubiera nadie más que la escuchara. Lo único que ahora había en los alrededores era un hombre con una pala en las manos, que continuó con su labor de enterrar al muerto. El sepulturero estaba preocupado por trasladar la tierra del montón al agujero, y no demostraba ningún interés por la discusión que se había iniciado entre madre e hija.

«Solo digo que tu marido no era el hombre que decía ser.» Usó *tu marido* para sustituir las palabras *mi padre*. A veces no es necesario explicar con palabras que los sentimientos que tiene una persona han cambiado; es suficiente llamar a esa persona de otra manera para darlo a entender. Es más inmediato, más hiriente. Incluso más definitivo.

«Entiendo tu estado de ánimo, pero no tengo intención de seguir tolerándote. ¿He sido clara?» Por primera vez se giró hacia la hija. Los chubascos de agua que el cielo lanzaba a la tierra no fueron capaces de amortiguar la dureza del tono. Más temor que rabia. Sabía demasiado bien que la hija no había perdido la razón, y la cosa empezó a asustarla. ¿Qué escondían aquellas frases enigmáticas que acababa de escuchar, tan llenas de amargura y rencor?

Camilla no le dio la satisfacción de mirarla. La consideraba responsable de

lo que su padre – el marido de su madre – había sido capaz de hacer sin interferencias conyugales. Absurdo, desagradable. Simplemente una maldad creada del miedo de conocer, de cambiar de hombre, de vida. Más que nada, el temor de ser juzgada.

«Habrías tenido que abrir los ojos a tiempo.» Miró la fosa casi del todo cubierta. «Tendrías que haber tenido el coraje, y en cambio te has escondido bajo el calor de las sábanas del vínculo matrimonial, la confianza y otras gilipoyeces de ese tipo.» Esta vez la miró con una mirada acusadora. «Entonces mamá, ¿dime cómo se siente uno aplazando de por vida las preguntas, solo por el miedo a que te digan toda la verdad en la cara?»

«¿Pero de qué verdad estás hablando?»

Hizo algo que se pareció a una risa histérica. «Bueno, claro, tú no puedes saber de qué verdad se trata, no la has querido conocer nunca.»

«¡Vale Camilla! No me parece ni el sitio ni el momento.»

«A lo mejor ni siquiera la vida correcta. Para ti.»

«Tu marido era un imbécil egoísta.»

Un bofetón le golpeó la cara. «No tengo intención de seguir escuchándote. Me voy.»

La plancha de la pala golpeó con el lateral la tierra que cubría el féretro. Unos veinte golpes sordos aplastaron el barro y aplanaron el terreno. El sepulturero parecía satisfecho del trabajo pero lo estaba aún más por haberlo hecho en los tiempos establecidos; si no lo hubiera conseguido, nadie le habría pagado las horas extras.

«Aquí he acabado» le dijo antes de irse hacia el depósito de herramientas, donde habría dejado la pala.

Camilla no lo tuvo en consideración y se quedó sola delante de la tumba de un hombre que no quería seguir considerando como su padre. Rápido algunos puñados de hierba habrían cubierto la superficie y tapado la tierra oscura.

Rápido, pero no enseguida.

«Me debías solo un poco más de tiempo. Te habría dicho todo lo que pienso de ti. Hoy.»

Escupió con desprecio. «Espero que ya estés en el infierno, cobarde.»

El padre y la madre de Camilla se habían mudado a Málaga hacia principios de los años ochenta. La habían elegido por dos sencillos motivos: Europa y el mar. Él fue categórico con la elección del continente, ella eligió el resto. En

los recuerdos enterrados de treinta años de vida, Ana Márquez recordaba solo la angustia del periodo precedente a la mudanza. Hacía poco que había descubierto que estaba embarazada, pero el marido en vez de apoyarla, lo convirtió en la primera causa de preocupación. Al inicio no se permitió culpabilizar el comportamiento sumiso del hombre al que amaba, lo consideraba un comportamiento lógico al que tenía derecho un convaleciente.

Con el tiempo, la mejora en el comportamiento no llegaban, a pesar de que la recuperación física de la operación había sido sorprendente. Ella había empezado a preguntarse si había algo que no iba bien, y él, sin falta, escurría el bulto. No era ni siquiera el trabajo: Esteban había aceptado serenamente el lento declive de su carrera de actor. No era culpa suya si el género de películas del Oeste ya no se hacían; si solo hubiera nacido una generación antes, habría tenido éxito, dinero y una vida profesional mucho más duradera. Pero aquel pesar nunca había debilitado su orgullo por una carrera que de todas formas estuvo llena de satisfacciones.

Ana habría querido entrar en su cabeza para entender algo, para poderlo ayudar, pero desistió cuando una mañana de las semanas siguientes, el marido empezó a salir a horas extrañas farfullando justificaciones de las que no se preocupaba de si eran o no creíbles. Empezó a tener miedo. Miedo de preguntar y miedo de saber. Aquello que la asustaba sobre todo era el abandono. Y al lado de eso, el reflejo lógico que corroe el orgullo de una mujer: la humillación. No habría soportado ver como un familia que empezaba a dar sus primeros pasos con el nacimiento de su hija, se empezaba a romper, lo consideraba un fracaso. No podía atribuirse la culpa, no la tenía, se respetaba, y aún así, se atormentaba intentando encontrar el por qué su marido la engañase con otra mujer. Estaba casi segura, la única duda que tenía era por la ausencia de una confesión. Y esa duda, ella, prefería guardarla. Le servía para agarrarse en los momentos de soledad, cuando el desaliento le atormentaba el alma hasta deslumbrarle. Era su única salvación hasta el momento, la última barrera que le separaba de la nada.

Todo dio un giro, durante una cena. El ruido de la cubertería de acero que repiqueteaba con la porcelana de los platos se paró. Ana, que había cenado, como todas las noches, una taza de leche, daba la espalda a su marido. La espuma que llenaba la pila le escondía las manos.

«Querría hablar contigo», le dijo.

Ella se giró. Aterrada. La imaginación le hizo imaginarse el futuro, mientras

escuchaba la confesión de adulterio del marido, la intención de dejarla por otra. *Puta*, pensó. Y todavía, las promesas de que no le faltara de nada a la criatura que iba a nacer. Como si el dinero hubiera bastado para paliar el afecto y la presencia paterna.

*Puta ella y cabrón él.*

«Por fin.» Aquellas palabras escondían una gran mentira, porque daba a entender la voluntad de querer saber.

Esteban Domingo se puso de pie. Las patas de la sillas contra el suelo, desentonaron una nota aguda. Ana se giró. De las manos le caían bolas esponjosas que, impactando contra el suelo, resoplaban aire.

«No te mereces esto.»

«No tengo dudas.» Inspiró por la nariz. Estaba llorando. «He tenido demasiada paciencia, he tirado a la basura mucho tiempo.» Suspiró. «Al menos podíamos evitar... esto.» Puso la palma de la mano sobre la protuberante pancha.

Él se le acercó. Hacía meses que había una distancia de seguridad entre ellos. Los oscuros ojos de Ana se abrieron fuertemente. Hizo un paso hacia atrás, pero el saliente borde de la pila la frenó.

«Te amo» le dijo. Y le mostró una sonrisa.

«No... o sea, ¿qué significa?»

«Te amo. No quiero que sigas sufriendo.» Le apretó las manos mojadas. Aún estaban calientes. «¿Volvemos a empezar?»

Ana se liberó de las manos de su marido y se secó las lágrimas con la manga enhebrada. Respondió con otra pregunta. «¿Se puede hacer?»

«Si lo hacemos juntos.»

Se acercó a la mesa y recogió los platos. «¿Has acabado de cenar?»

Él asintió.

Ella le pasó por el lado y volvió a darle la espalda. Dejó resbalar los platos en el agua ardiente. «Necesito certezas sobre el futuro.» Los platos, bajo la espuma volvieron a hacer ruido.

«Nos volveremos a crear nuestra vida, en un nuevo sitio.» Le puso una mano en la espalda. «Lejos de aquí.»

«¿Una nueva vida?» Susurró. El tono parecía feliz.

«Sí.»

«¿Y todo lo que tenemos aquí?» Se arrepintió de haber hecho esa pregunta nada más la dijo. «¿Tu me has pedido certezas para el futuro?»

Esta vez fue ella la que asintió.

«Te garantizo que no faltaré a mi palabra.» La miró a los ojos. «Los errores nos enseñan a convertirnos en lo que queremos ser de verdad. Querría poderlos borrar, si se pudiera, pero la única cosa que podemos hacer es aprender del pasado y no repetirlos otra vez.»

«No tienes que decirme nada más.» Decidió que no quería que le contara nada sobre la amante.

Él le dió las gracias con una sonrisa.

«Sí, ese pasado ya no formará parte de nuestra vida...»

No la dejó acabar. «Es lo que yo también quiero.»

«Bien.»

«Mudémonos a Europa» y esperó en silencio.

La mujer quitó el tapón de la pila. El agua formó un remolino y la pila se vació. Pasó un trapo al fondo y lo secó con delicadeza, para evitar que la cal dejara marcas en el acero. Ana observó con gusto; la pila parecía nueva, aunque hubiera acogido suciedad, grasa, incrustaciones de las sartenes, platos y cubiertos. A lo mejor, para una persona, las cosas eran un poco más complicadas, pero el resultado habría llegado. Se tenía que creer.

Se relajó y sonrió, después de meses en los que no lo conseguía. «Yo adoro el mar.»

Él la apretó fuerte. «Tienes miedo a equivocarte. Dime dónde te gustaría ir.»

Ana miró un cuadro que colgaba en la cocina. «¿Quién es el autor?»

La pintura reproducía una joven mujer en suspensión sobre una esfera, mientras un hombre, sentado sobre un cubo, la miraba.

«Es un cuadro de 1905, representa a dos acróbatas. El autor es Pablo Picasso.»

«¿Español?»

«Exacto.»

«¿Dónde ha nacido?»

«En Málaga»

«Perfecto» dijo. «Acabamos de elegir nuestra nueva casa.»

Cuando Camilla se le paró delante, Ana entendió que la chica dibujada por Picasso en aquel viejo cuadro, en suspensión sobre la pelota, era una metáfora que se le adaptaba a la perfección. Y entendió también, que enseguida, perdiendo el equilibrio, habría caído.

No le era suficiente encerrarse en casa después de la ceremonia para evitar el encontronazo frontal con aquella realidad que, durante años, había conseguido tener alejada. La hija que estaba saliendo para siempre de aquellas paredes, no se lo ahorró.

«No sé si lo estoy haciendo porque lo considero un deber, o solo porque deseo que tú también sufras» le dijo a la madre.

La pelota bajo los pies de Ana empezó a moverse.

«No lo hagas, Camilla. Te lo suplico.»

«Habrías podido darme una oportunidad, habrías podido dejarme decidir si amar a mi padre u odiarlo. Y en cambio el miedo te ha cerrado los ojos... y no ha permitido que los míos se abran.»

La pelota, bajo los pies de Ana, giró enloquecida.

«Ten piedad de tu madre.»

Camilla rompió a llorar. «No tendrías que haberlo sabido por mí.»

«Ten respeto al menos por un muerto.»

«No se puede tener respeto por un hombre que le quita la vida a otro hombre.»

La equilibrista cayó al suelo.

«¿Qué estás diciendo?»

Le escupió en la cara la verdad. «Tu marido era un asesino.»

La equilibrista no se volvería a levantar.

# CAPÍTULO 9

8 septiembre 1979

La inquietud que sentía dentro de él no le impidió hacer una mueca en el momento en que abrió la puerta de la habitación y sintió olor de humedad y de cebolla. Aquel agujero de cinco metros por tres debería haber tenido un buen sistema de ventilación pero no había sido posible realizarlo. Lo bueno era que la temperatura era diez grados menos que la externa. Y esta característica era debido a la posición subterránea del local que George Moe utilizaba como habitación oscura.

Cerró la puerta y se sacó la reflex del cuello. Se arromangó las mangas de la camisa y puso tres recipientes, uno tras otro, sobre la mesa de madera pegada a la pared. Los llenó con unas soluciones químicas y puso un par de pinzas sobre el borde de cada una.

Apagó la luz, se giró y encendió la lupa, en el interior de la cual había un negativo cortado de una cinta que aún no había sido impresa; el rollo original contenía fotografías de los últimos cuatro días de trabajo. Mientras habría el diafragma y enfocaba la imagen, con la otra mano posicionaba el filtro rojo delante del objetivo.

A sus espaldas, la madera de la vieja mesa crujió, como si estuviera cargando con un peso que no podía soportar. Moe se giró un segundo, luego volvió a su posición.

Cogió la hoja de papel y la colocó en la impresora. Cuando quitó el filtro para mostrar la imagen, la tenue luz también iluminó otras partes y dio luz a una fotografía que parecía suspendida en el aire. El hilo que la sostenía, cogido a las paredes del local, parecía haber desaparecido.

Era una visión irreal, absurda, contra la ley de la gravedad. El contenido de

la foto, de hecho, era tan *pesado* que habría tenido que tirarla por tierra, hundiendo el suelo sucio y pegajoso.

*Crick.* La madera de la mesa se volvió a oír, pero George Moe no se volvió a girar. La mirada estaba atrapada por la imagen de un chico que estaba sodomizado por un hombre adulto, mientras otro lo obligaba a tener una relación sexual oral. Colgadas en el hilo invisible tenía una colección para vender, pero aquella la consideraba más artística que las demás. La visión prospectiva immortalizaba la espalda de un imponente hombre con un tatuaje en la base del cuello. Los brazos apretaban, casi estrangulaban, las nalgas del chico que escondía, con la propia cabeza, el miembro del otro hombre de frente a él. Se estaba produciendo un espectáculo sexual perverso, pero no se veía un solo órgano genital. El fotógrafo, encuadrándola con atención, estaba apreciando de modo vanidoso la buena toma de la foto, también gracias a otro detalle que convertía en teatral la imagen. En el fondo, levemente fuera del enfoque, un cuadro de grandes dimensiones proporcionaba color y profundidad. Retrataba un enorme árbol verde, lleno de frutas, y delante se entreveían don figuras humanas. Podía parecer una fotografía de exterior, ambientada en el campo, en cambio los protagonistas de la foto se encontraban encerrados dentro de una villa, la misma que se convirtió en cenizas en la noche que acababa de transcurrir, la de Edward Mendoza.

«¡Mierda!»

Moe se dio cuenta que prolongó la exposición sobre el papel fotográfico mucho más tiempo del necesario. La retiró inmediatamente y, girándose, la sumergió en el primer cuenco que contenía el revelador. Subiendo y bajando el recipiente dio un movimiento ondulante al líquido que permitió al papel mojarse completamente. La imagen latente se hizo visible unos minutos después. La cogió con las pinzas dejándola gotear, luego la enjuagó en el baño de detención y para acabar la sumergió en el recipiente que contenía la solución química de fijación.

«Error de principiante.» Se rió por haberse distraído. Aquella fotografía, demasiado clara, no era buena. Se tenía que tirar y volver a hacer.

*Crick.*

*De nuevo esa maldita mesa,* pensó. Se pasó la mano por el pelo para quitarse el polvo de los escombros del techo.

El olor de humedad junto a cebolla parecía que había desaparecido, pero no era así. La costumbre había atenuado el mal olor pero quien viniera de fuera y

hubiera entrado en la habitación oscura, el olfato y el cerebro no iban a tener clemencia.

Arregló el filtro rojo debajo del objetivo.

En la habitación se generalizó una imperceptible y débil claridad. De la oscuridad salió una llamada del infierno, una sutil invitación a sucumbir a las adulaciones diabólicas. El demonio, en aquel sitio, no habría estado incómodo.

*Crick.*

La hoja de papel de fotografía que tenía en la mano se asentó como una cortina fijada al marco de una ventana sin cristales, en un día de fuerte viento.

Al crujido de la madera se le añadió el chirriar de las bisagras nunca engrasadas, y un rayo de luz partió la habitación en dos. Antes de que Moe pudiese hablar, el reflejo de una figura le oscureció de nuevo la vista.

«Mira a quien me he encontrado» una sonrisa acompañó a la frase.

Moe parecía un boxeador en la esquina del ring. Pero sin cuerdas ni público. Solo paredes y un adversario. «¿Quién eres?», balbuceó, dirigiéndose a la sombra iluminada.

«Soy el que hará justicia.»

El fotógrafo no oyó otra vez el sonido de la risa pero percibió un tono de amenaza e ira que no dejaba espacio o tentativos diplomáticos. El hombre que tenía en frente, quien fuera que fuese, no estaba ahí para buscar aclaraciones verbales. No tenía duda.

«No quiero problemas.» Intentó encuadrar la figura que se había metido en su casa, pero solo consiguió dar color a la silueta con sombras oscuras.

«Ya estás en medio de los problemas, George Moe.» Dio un paso hacia delante. «Y pagarás caro por tus errores.»

La fotografía le resbaló de las manos. Aún sin pensarlo, las señales de una pelea eran evidentes, como un boxeador en la esquina en que tiraba la esponja. La diferencia sustancial se encontraba en el hecho de que en una competición legal, el boxeador vencedor se contentaba con ser proclamado ganador.

Pero no era el caso, no estaba pasando nada que se pareciera a ello.

La rabia se avalanzó sobre el fotógrafo recibiendo un puñetazo potente en la mandíbula que lo hizo destrozar la mesa. La cara de Moe golpeó con violencia la lupa y la punta metálica de la cabeza le produjo un corte profundo. Atontado, sin fuerzas, se notó la parte derecha de la cara quemar, como si alguien le estuviera intentando coser la herida fresca con un soplete.

Un chillido de dolor desgarrador se produjo en mitad de la mesa de madera sobre la que estaba. Luego un lloro desesperado.

El hombre que estaba de pie le propinó una patada en el estómago. «¡Qué coño lloras, gusano!» Le dio otra que lo hizo caer al suelo. «Ahora ya es tarde.»

Moe convulsionó sobre el suelo sucio y pegajoso. El charco de sangre bajo la cara se extendió.

«Mierdas como tú se merecen morir.» Lo miró fijamente mientras se movía como un pez acabado de pescar, tirado en la orilla seca.

Cargó la pierna llevándola hacia detrás. Flexionó la otra llevándola casi el gemelo hasta el bíceps femoral. La cadera se abrió e iluminó todo, mientras una mano le bloqueó el pie.

«¡Para, por el amor de Dios! ¿Estás loco?»

Daniel Morgan se giró hacia el colega Alex Roque.

«Así acabarás matándolo.»

El policía de color le quitó la mano de la zapatilla y escupió al suelo. «Es el final que merece» le indicó las fotos colgadas en la cuerda. «Mira. ¿Esto te parece suficiente?»

Roque levantó la mirada, horrorizado frente a una composición fotográfica que consideró desagradable. Vomitivo, viendo las reacciones que estaba teniendo su estómago. «Oh... que hijo de... puta.» Hizo una mueca. «Repugnante.» Luego miró al compañero y guardó silencio.

Morgan le devolvió la mirada. «¿Qué pasa?»

A Alex Roque le tembló la voz. «¿Lo habrías hecho? Quiero decir si no hubiera intervenido.»

«¿Quieres decir matar a este asqueroso pedófilo?»

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza. «No lo habría dudado ni un solo instante.»

La mancha de sangre alcanzó la zapatilla de Morgan.

«No vale la pena ensuciarse las manos por un ser despreciable.»

«Si no hubieras corrido hasta aquí, lo habría matado, cerrado en una bolsa negra de plástico y me lo habría llevado.»

«No lo puedes volver a hacer.»

Morgan entendió que no podía ir más allá o habría corrido riesgos con la justicia. El mismo compañero no habría ignorado la deontología profesional y no habría transgredido las reglas de la policía. Era solo una confirmación de

lo que ya sabía.

«Ocupate de él, yo secuestro el material y lo llevo a la central.»

Roque parecía aliviado. «Óptima decisión. Lo encerrarán en la celda y no lo volverán a dejar salir.»

«Mejor para él.» Morgan pasó por el lado de Moe. Quitó todas las fotos colgadas y recogió todos los negativos. Vacío en el suelo el contenido de una bolsa, llena de ropa sucia, y la llenó de todo el material fotográfico. Lo cargó en su espada y salió.

«Llama a una ambulancia» se oyó decir.

Morgan hizo un gesto a su jefe.

«Lo digo de verdad» reiteró Roque.

«No creo que tenga una alternativa, ¿verdad?» Subió las escaleras.

Mientras los escombros caían del techo con el mismo ritmo que Morgan daba los pasos, Roque empezó a mover el cuerpo de Moe, para ponerlo en posición supina. Primero le giró la cabeza, separando la mejilla derecha del suelo.

No fue más allá.

El rostro desfigurado, manchado de sangre, lo bloqueó.

Un desgarró de al menos diez centímetros que empezaba en la parte inferior de la frente hasta el pómulo.

El ojo derecho estaba dividido en dos.

# CAPÍTULO 10

30 julio 2010

Novari y Bueno estaban sentados uno frente al otro, les separaba solo una mesita circular con la tabla verde descolorida. La cafetería Teatro Romano estaba llena de clientes y la única silla vacía en el exterior del local era la que estaba debajo de la mesa de los policías.

Se quedó sin dueño solo durante unos diez minutos, luego la silla de mimbre, ablandada por un cojín rojo encendido, acogió las nalgas de la señora Parker, la viuda de la víctima. Había sido Novari quien había pensado en levantar el teléfono y llamar a la señora Ester. Lo hizo el día anterior, en una conversación formal y distante, que duró como mucho unos dos minutos, el tiempo estrictamente necesario para comunicarle el hallazgo de un cadáver que, con toda probabilidad, era el de su marido. Para confirmarlo era necesario que la mujer cogiera el primer vuelo y llegara para realizar el reconocimiento. En la llamada, las palabras urgencia y colaboración se repitieron más de una vez.

«Le agradecemos que haya venido enseguida.» Bueno le estrechó la mano levantándose un momento de la silla, como gesto de respeto.

«¿Tenía otras alternativas?» Alargó la mano también al detective italiano y se la estrechó. Sin levantarse.

La vergüenza era palpable. El malestar aún era mayor.

«¿Cómo se siente?»

«¿Cómo me puedo sentir? Hace dos días me dicen que han encontrado un cadáver, y que podría tratarse de mi marido. He volado durante doce horas, me acompañan a hacer el reconocimiento y me lo encuentro descuartizado como un animal en la carnicería.» Una bola en la garganta la paró solo por un

instante. «Aprecio su cordialidad pero no es necesaria.»

Bueno le dijo que lo había intentado. Pero dudó de si hizo lo correcto.

«Fui yo quien la llamó» Novario la miró. «Ayer.»

«Es nuestro trabajo.» Se lo dijo para intentar absolverse de una especie de *falta de sensibilidad*.

Mathias hizo como que no aceptó el gesto de clemencia, solo porque estaba seguro que no debía recibirlo. «Ahora que estamos seguros de que el cadáver es de su marido, es necesario que responda a algunas preguntas.»

Hacía casi un día entero que Ester Parker no introducía nada en su estómago. Junto a la tensión habría podido darle el golpe de gracia, haciéndola romperse de un momento al otro. Pero hizo como si nada.

«Siempre que pueda ser útil» dijo con el rostro destrozado del dolor y del cansancio.

«¿Tiene alguna idea?»

La señora Parker movió la cabeza.

«¿Por qué motivo su marido se encontraba en Málaga?»

«No me había contado el destino. Me había dicho solamente que era un viaje de trabajo.»

El tintineo de una cuchara que había caído al suelo la distrajo un segundo. «No he tenido más noticias tuyas. Ninguna llamada, ni siquiera una respuesta a mis llamadas.» Buscó el rostro de Bueno. «He tenido que denunciar su desaparición.»

«Ha hecho lo correcto.»

«¿En qué trabajaba su marido?» Novario no quería perder tiempo.

Un camarero se acercó para tomar nota.

«Tome lo que quiera, señora Parker.» Bueno parecía preocuparse por el estado de salud de la señora. El colega italiano aceptó con la mirada; una mujer desmayada no le habría dado respuestas.

«Algo dulce. No me importa el qué.»

Bueno se giró con cortesía hacia el camarero y pidió un café.

Cuando el chico volvió con la taza ardiente, la mujer se levantó para recibirla. Dio las gracias y se volvió a sentar. Los dos compañeros esperaron a que llenara la taza con tres bolsitas de azúcar, lo moviera y lo ingiriese sin preocuparse por la temperatura. Seguramente no era lo que le atormentaba.

Novario estaba ansioso por continuar, y la viuda de Parker lo entendió.

«James es...» inspiró «era... un abogado.» Cerrando los ojos vidriosos, una

lágrima cayó rápidamente por el rostro y se quedó colgando en la barbilla.

«¿Considera que pueda haberse creado enemigos a lo largo de su carrera? ¿Piensa que le pueda haber escondido algo en lo que estaba metido? ¿Ha recibido alguna vez amenazas o asistido a comportamientos extraños? Su marido tenía hábitos extraños...»

Bueno, con un leve gesto de la mano, lo invitó a relajarse. A Novari no le gustó, pero paró su impulso instintivo. Tenía la sensación de haberse convertido en una presa que buscaba descubrir dónde estaba escondido el cazador que lo tenía a tiro.

«James era un hombre muy querido, una buena persona» le respondió ofendida. La lágrima se le despegó de la barbilla y mojó el tejido que apretaba las piernas. No tenía intención de tolerar tanta crueldad.

«No queremos dudar de la integridad moral de su marido.» Bueno se dirigió a ella en un tono de confianza. «Solo tenemos la necesidad de recoger la máxima información posible. Lo que ha pasado es absurdo, lo ha visto con sus propios ojos. Tenemos el temor de que pueda volverlo a hacer y por el momento no disponemos de muchos indicios. Su disponibilidad podría sernos de ayuda. Detalles que a usted le puedan parecer aparentemente inútiles, podrían revelarnos cosas importantes.» Se le acercó a una décima de centímetros de la cara. «Esfuércese, se lo pido por favor.»

El rostro de la mujer, descompuesto, se distendió. «¿De qué manera?»

«Cuéntenos en qué consistía el trabajo de su marido.»

La mujer daba la sensación de estar perdida. «¿Cree de verdad que lo que ha pasado está relacionado con su trabajo?» En su mente volvió a recordar el cuerpo descuartizado de James, la cara hinchada y oscura. El olor rancio de carne muerta.

«Un abogado se crea más de un enemigo durante toda su carrera.» Novari no habría sido capaz de reconducir la conversación, a pesar de las llamadas de atención no verbales de Bueno. Pero era él el quien podía morir, de un momento a otro, maldición.

«Si los tenía, decidió no hacerme partícipe.»

«Un buen gesto por su parte.»

A Ester no le costó intuir el sarcasmo utilizado en la frase que acababa de escuchar. «Probablemente ha querido protegerme de alguien.» Miró a Novari con menos respeto. «Un buen gesto por su parte. Claro está.»

La mujer, sobre unos cincuenta años, era un monumento a la resistencia.

Seguir por el camino del enfrentamiento, sin embargo, no habría beneficiado a nadie. El viento ardiente se había parado y la piel de las manos se había hecho pegajosa. Ester se las pasó por los pantalones. «¿Es todo?»

La pantalla del smartphone de Novari se iluminó. Era Marina. Con un toque interrumpió la llamada y volvió a la carga. «Señora Parker, nos disgusta tenerla que poner bajo este estrés, pero no podemos dejarla por ahora.»

Bueno tomó la palabra. «¿Su marido le habló alguna de vez de un tal Mikey?»

Movió la cabeza, como si la vibración pudiese sacar a flote viejos recuerdos enterrados. «No lo he escuchado nunca.»

«Intente pensar» le dijo tranquilizándola con la mirada.

«No. Nunca lo he oído nombrar.» Una pausa. «¿De quién se trata?»

«Con toda seguridad es el hombre que lo ha asesinado.»

Ester no consiguió esconder su desconcierto. «Por Dios, ¿por qué no le echáis el freno a esto... cómo diablos se llama... en vez de atormentarme?»

«Porque no sabemos quién es y ni siquiera si existe.» Novari bloqueó la segunda llamada de Marina y dirigió una sonrisa irreverente a Bueno.

«La historia es más difícil de explicar que de creer. Concédame su confianza. Por el momento tenemos un nombre y nada más. Por este motivo estamos buscando su colaboración, o de cualquiera que pueda dar luz sobre la identidad del asesino.» La señora Parker no pretendió que se le dieran más explicaciones y Bueno se quedó satisfecho.

«No puedo ayudarles, lo siento.» Parecía casi que se estaba justificando, como si no fuera ella la primera a la que se le debieran explicaciones. «Ha sido un duro día.»

«No todavía, señora Parker.» Novari, decidió apagar el teléfono después de la tercera llamada de Marina. «Háblenos del trabajo de su marido» y luego enunció «por cortesía.»

Los ojos color azabache de la mujer americana estaban llenos de lágrimas. «Abogado de un despacho. Simplemente.»

«¿Ganaba dinero?»

«¿Cree que es una información indispensable para las investigaciones?»

«Eso deje decidirlo a nosotros.» Presionó. «¿Señora Parker? ¿Ganaba mucho dinero su marido?» Bueno había perdido la esperanza de reconducir a Novari por el buen camino. Lo habría mandado a otro sitio.

«Nos parecía que tenía una vida acomodada, pero nada más.»

«Por lo que sé, vivís en una villa de 250 metros cuadrados, en un barrio exclusivo, Miami Beach, dos coches de ochenta mil dólares cada uno, piscina, vacaciones en hoteles de lujo, en el último año, por un total de 76 días. O sea, en cuanto *a vida acomodada, pero nada más*, tendría algo que objetar.»

«¿Él me ha preguntado cuanto ganaba mi marido?»

«Es lo que le he preguntado.»

«Pues bien, le reitero. Ganaba una cifra adecuada para garantizarnos una vida acomodada, pero nada más... la casa, la piscina, los coches y todo el resto nos llegaron con la muerte de mi suegro.» Cerró la mandíbula. «James formaba parte de una familia muy rica, pero eso no creo que sea un delito.»

«No lo es.»

«Estoy segura de ello.» Apoyó las manos mojadas sobre la mesa y se puso de pie.

«¿El padre de James era abogado?» preguntó Bueno.

Asintió. «Despacho asociado Parker & Mild. Si estás hasta el cuello, te mandan a ellos. Aún hoy en día que los socios fundadores han acabado en el infierno.»

«¿Eso era lo que pensaba también su marido?»

«¿El qué?»

«Que su padre y su socio habrían acabado en el infierno.»

«De alguna manera creo que sí.»

Bueno, con un gesto con la mano, la invitó a seguir. La vía que seguía el español era sin duda, más eficaz que la imprudencia de Novari.

«Estudió las leyes como cuando un neonato se encuentra con el pecho de su madre en la boca. Una cosa natural.»

«Un predestinado.»

«Así tendría que haber sido. Yo sigo sus razonamientos, porque por esa época aún no estábamos juntos.» No habrían vuelto a estarlo nunca más. El sentido de angustia le golpeó el estómago con un puñetazo directo, de gran peso.

«¿Cuándo entendió que no habría continuado con la dinastía de abogados de los Parker?»

«No tenía el carácter para hacer el trabajo sucio del padre.»

«¿Cuestión de conciencia?»

Ester vaciló un instante. «También.»

Bueno y Novari esperaron a que acabara de contar, sin esperarse nada más.

«Acabó los estudios, el padre lo obligó a tener experiencia, empezando desde abajo. James se inscribió en la lista de los abogados de oficio y empezó enseguida a practicar la profesión.»

«Esperando una carrera de éxito con Parker & Mild» cometó Novari.

«Era lo que todos estaban esperando. Él también.» Se pasó el dedo índice bajo los dos ojos mojados. «Antes de entender que no habría soportado la presión de uno de los despachos con una reputación que era constantemente puesta en duda por la opinión pública. Se necesitaban entrañas y carácter.» Ester aún estaba de pie. Lanzó una mirada fulminante a los dos policías, como para llamarles la atención, y despertar la propia. «Han pasado treinta años de aquella historia» vaciló.

«No se pare por favor.» Bueno movió la cabeza con elegancia, con un gesto de aprobación que daba respaldo a las palabras.

Ella, en cambio, intentó quitarle importancia a lo que iba a decir, para no crear demasiadas expectativas. «Se trató de un error por inexperiencia. James aún era muy joven, no se había topado aún con los mecanismos burocráticos del sistema judicial, hasta el momento.» Inspiró subiendo los hombros. «Las brillantes notas de la Universidad no te protegen de un sistema poco fiable.»

«¿Qué quiere decir?» Novari se calmó.

«Que acabó él también procesado.» Una sonrisa histérica le torció la boca. «Han pasado treinta años, por el amor de Dios. No tiene nada que ver con su muerte, estoy segura.» Los miró. «Lo creen también ustedes, ¿verdad?»

Habría querido una confirmación, que no encontró. Pero por primera vez, Mathias tuvo compasión por la viuda de Parker, aquella pregunta estaba llena de tristeza, les suplicaba que se fíaran, pero se acogía solo a una ilusión.

Bueno intentó calmarla. «Es muy probable que usted tenga razón. Treinta años son una vida, también para quien tiene intención de cometer un asesinato.» Novari habría querido expresar lo mismo, pero con otras palabras.

«Procesado. ¿Y por qué delito?»

«Fue absuelto enseguida.»

«¿De qué?»

Ella buscó la mirada de Bueno intentando encontrar un minuto de compasión, pero no la encontró. El español también estaba ansioso por saber.

«Aquello por lo que fue procesado, fue solo un grave error. Es más, la verdadera víctima fue James. Fue él, el que acabó en los periódicos. Vosotros no podéis entender cómo se siente uno cuando está en el punto de mira,

insultado y maldecido por gente que ni siquiera te conoce y te condena de por vida.» Inspiró con la nariz. «Todos eran jueces honestos que se ponían delante de la televisión.»

Novari no lo dijo, pero él se movía también por la misma causa. Sabía demasiado bien que quería decir ser juzgado: un niño se le murió en los brazos después de haber arriesgado en una acción en solitario en la guarida de los secuestradores. Había conseguido hacer desaparecer al hijo de puta que tenía prisionero al niño, pero no había conseguido parar la lluvia de disparos lanzada contra ellos desde el helicóptero que se fue con los cómplices. Los medios lo habían crucificado.

«Quien es acusado injustamente, debe soportar el doble del peso. La humillación te desgasta hasta estropear la vida.»

«Estamos seguros» dijo Bueno.

«Aunque seas inocente» rebatió. «No le importa a la gente si has salido libre. Ellos solo consideran que has estado dentro, en la mierda.»

Era así. Nadie pudo objetar.

«Nosotros no estamos aquí para juzgar a nadie, señora Parker.» Novari alejó inmediatamente el principio de compasión que había sentido por la mujer. «La entendemos perfectamente, pero no tenemos tiempo para dedicarnos a otra cosa. Estamos aquí para hacer nuestro deber.» Pasó al concepto de que las palabras de consuelo eran tiempo tirado a la basura, un desperdicio.

«¿Nos dice por qué presunto delito fue procesado su marido?»

Ester volvió a sentarse. «Lo acusaron de haber hecho desaparecer algunas pruebas de cargo de su cliente.»

«Vaya a lo concreto.» Bueno tenía la sensación que una parte de la verdad se escondía ahí.

«Esto no cambia nada. Mi marido era inocente.»

«Ha sido clara. Y nosotros no estamos aquí para volver a hacer un proceso. Siga.» Las palabras del policía español ya no eran lo tiernas que eran al inicio de la conversación.

«La acusación catalogó algunas pruebas que luego se perdieron. Éste fue el *grave* delito de mi marido.»

Novari no tuvo dudas, ni piedad. «Imagino que la historia de las pruebas perdidas fue la defensa utilizada para sacar a su marido de los problemas. Y también imagino que no se defendió a él mismo.» Le hizo una sonrisa poco amigable. «Dígame si adivino: ¿por casualidad la defensa de su marido estuvo

a cargo del despacho Parker & Mild?»

Ester miró a Bueno. Si antes pensó que era el policía bueno, ahora ya no lo era.

«Responda a la pregunta de mi compañero.»

«¿A qué otros le podía dar su defensa?» soltó ella.

«Si estás hasta el cuello, te mandan a ellos...» susurró Novari.

La Burguesita se encontraba en la Calle Moreno Monroy en el número 5, el primer piso estaba lleno de policías en la pausa para la comida. Carne de calidad, un precio adecuado a sus salarios y rapidísimos en el servir.

La radio estaba transmitiendo una canción country, pero no sirvió para transformar el local en una taberna, ni a los clientes en cowboys, a pesar de las pistolas.

«¡Lo de siempre, pequeño chef!» Chacón guiñó el ojo al cocinero y se metió en el baño para liberar la vejiga.

«Que mee agusto, inspector.» Sonrió.

«No soy inspector, pequeño chef. Solo un sub» se oyó chillar detrás de la puerta del baño.

Rutina. Misma gente, mismas bromas, mismos rituales. Aunque si se dice la verdad, escuchar ser llamado *pequeño chef* lo avergonzaba siempre. Chacón disfrutaba cuando encontraba un adulto más pequeño que él, y no dejaba pasar la ocasión, martirizando cada vez con el mismo lema.

La puerta del baño se abrió. «Llevemos el culo al polo norte.»

«Reservado siempre para usted» le sonrió el cocinero.

La mesa estaba puesta bajo la única boca de aire acondicionado. Escupía aire gélido que servía para refrescar todo el local. En la Burguesita se aceptaban apuestas sobre el tránsito intestinal del subinspector. Las apuestas que lo hacían perdedor estaban por las estrellas, dinero tirado a la basura. Otros pocos, corrían un riesgo: antes o después Chacón se habría cagado en los calzoncillos y ellos habrían alcanzado la victoria. La hamburguesa se le sirvió un par de minutos más tarde, caliente, con el queso que parecía sudar tanto que se había fundido. Cerró los ojos e inspiró con placer. Tragó casi medio litro de Estrella helada, la cerveza mediterránea, como amaba llamarla, luego apretó la hamburguesa con sus dos rudas manos y la devoró como si no hubiera un mañana.

No era bonito asistir al espectáculo de las comidas de Chacón; parecía un

cerdo en posición erecta.

Las dos porciones de patatas fritas estaban sumergidas en mayonesa. Alternaba un puñado de esas con los aros de cebolla fritos, acompañados con una salsa de queso y pepinos. En el bigote se le quedaba pegado un poco de todo, el trago de cerveza limpiaba solo una parte.

Camilla entró en el local y se acercó al *polo norte*.

«Límpiate la boca Juan, coño, pareces un cerdo.» La compañera se sentó en la silla dejándose caer. Él se pasó una servilleta de papel por los labios, olvidándose de quitar la suciedad sobre los pelillos de debajo de la nariz.

«Si me encuentras a alguien que cocine la hamburguesa mejor que estos, me caso mañana contigo.»

«Habla primero con tu mujer, podría aprovechar la ocasión. Eres desagradable.»

Levantó los hombros. «¿Un aro de cebolla frita?»

«Ni muerta.»

El problema de sudoración le lleva a seguir unas férres reglas, especialmente en el ámbito de la alimentación. «Ya tengo suficientes problemas de autoestima.»

Chacón intentó abrir la boca, con la intención de darle seguridad pero lo frenó antes de que pudiera seguir. «Deja estar las gilipolleces» le dijo.

Camilla no tenía ganas de sentir como sentían compasión por ella y además Chacón ni era un experto en ello, ni tenía las ideas claras sobre cuáles fueran los cánones de belleza.

Tragó. «¿Cómo estás?»

«Como el culo.»

Bajo aquel chorro de aire gélido, por poco no se le congelaban las lágrimas. Las conseguía contener, pero tenía los ojos rojos.

«Tendrías que haberte cogido algún día, después del funeral.»

«Eso solo habría empeorado las cosas.»

«Siento que tu padre haya muerto.»

«No es por eso.» Y se apartó el mechón de pelo que continuaba cayéndole.

Chacón giró la mirada después de haber apoyado en la mesa la segunda botella vacía de Estrella. «Joder, mejicana, no me hagas preocuparme.» La miró preocupado. «Se trata de algo grave, ¿verdad?»

«Sí»

«Y necesitas desahogarte...»

Afirmó con la cabeza.

«Adelante, te escucho.»

Camilla se puso en la silla y se esforzó por sonreír, muy postizo, nada natural. «Hagamos un pacto: yo no cuento nada de las cervezas que te tomas durante el servicio y tú tienes la boca cerrada sobre lo que te voy a contar. ¿Vale?»

«Me parece un buen pacto.»

Sacar la verdad podía ser un alivio o un tormento. En cualquier caso el peso estaba empezando a ser demasiado pesado.

Buscó en su bolso y deslizó la mano sobre la mesa.

Cuando la levantó, Chacón se encontró delante, un sobre.

«¿La puedo abrir?» le preguntó.

«Venga» lo regañó.

Él esperó un instante, luego levantó la lengüeta y descubrió el contenido: una carta y una llave. «¿Por dónde empezamos?» le preguntó.

«Lee la carta, es de mi padre.»

La hoja se le pegó a las manos pegajosas. La caligrafía era perfecta y elegante, en antítesis con el mensaje que contenía.

Leyó.

*Querida Camilla, he muerto como un cobarde. Cuando estaba vivo no he tenido el coraje de hacerlo. Lo hago ahora, cubierto por dos metros de tierra. Que sepas que tu padre ha quitado la vida a un chico de diecisiete años.*

*Te dejo a tí que decidas.*

*La llave que has encontrado es de nuestra caja fuerte. Si quieres conocer la verdad, puedes hacerlo. Pero prepárate para descubrir el infierno.*

*No busco tu perdón porque ni siquiera Dios estaría preparado para darme. Adiós.*

La mirada fija de Camilla seguía el humo de la carne a la plancha que se estaba cocinando. Subía por la aspiración del extractor de acero, mientras el chisporroteo de la cocción de fondo, era casi relajante, la transportaba lejos con sus pensamientos.

*Todavía una llave.*

Había pasado más de un año de la inmensa gilipollez que había cometido en

una cena entre policías. Le había dado demasiado a la bebida, de otra manera no habría aceptado las provocaciones constantes de un colega de la unidad antidroga. "¡Eh, mejicana!, ¡veámos si tienes los cojones de engrilletar a mi jefe a la silla!" No dejó que se lo repitiera dos veces y se puso manos a la obra. El aplauso de los colegas le demostró que era apta. El segundo aplauso, más fuerte, estalló cuando Camilla se dio cuenta de haber perdido las llaves de las esposas. El brazo del comandante Santiago se quedó atado a la silla durante veinte minutos, y fue necesaria la intervención de un carpintero para cortar el montante de madera y liberarlo, mientras el salón estaba lleno de clientes divertidos. Había arriesgado su suspensión, y solo la intervención de Bueno, hubiera hecho que eso no sucediera. No estaba todo arreglado; su propio jefe le había dado un gran repaso, y había concluido con un consejo, incluso humillante, para un novato en su primer día de prácticas: "La próxima vez que salgas con la patrulla ten una copia de llaves entre las nalgas de tu culo. Así sabrás dónde las podrás encontrar."

Nunca lo había visto tan enfadado y ni siquiera se acordaba de haberlo escuchado hablar con esos modos. Después de todo, se convenció de que lo había hecho porque quería tenerla en su equipo. Pero el mensaje había sido claro: nunca más cagadas de ese tipo o las consecuencias habrían sido serias.

Otra historia era la de la llave que estaba manejando el colega Chacón. En juego estaba más de una suspensión en el cuerpo de policía. Era conocedora que cualquiera que fuera la elección que tomara, las consecuencias sobre él habrían sido dolorosas. Le quedaba por decidir si ser valiente e inconsciente o cauta y consecuente.

No era fácil, quería tomarse su tiempo.

«Ten tú la llave, Juan. Necesito estar protegida de momentos de locura. Me conoces ¿verdad?»

«¿Otra vez esa vieja historia de las llaves? Está convirtiéndose en una psicosis, tendrías que quitártelo de la cabeza.» Le puso la llave cerca.

«No tengo miedo de perderla.»

«¿Y de qué tienes miedo?»

«De usarla, o de deshacerme de ella... sin haberlo pensado suficiente.» Lo miró con una mirada triste. «Solo necesito un poco de tiempo, y me fío de ti.»

Chacón volvió a coger la llave y se la puso en el bolsillo de los pantalones. No era necesario decir nada más.

Camilla parecía aliviada. «No tengo una copia de la llave, ni siquiera en

medio de las nalgas de mi culo, entonces, ¡no la pierdas!»

Él se rió con gusto. «¿Lo sabes, verdad, que la historia de las esposas acabará siendo contada por los policías jubilados a sus nietos? ¿Y que tu nombre será recordado hasta la nueva era glacial?»

«Eres un idiota.»

«Un idiota bueno.»

«No existen los idiotas buenos.»

«A lo mejor tienes razón» y le guiñó el ojo, como había hecho antes con el cocinero. «¿Seguro que no quieres un aro de cebolla frita?»

«Podría vomitar.»

«¿Un poco de salsa de queso y pepino?»

«Te lo pido por favor...»

Chacón limpió el plato de los últimos restos y pidió una ensalada de pimiento y caballa. «Para limpiarme el estómago» le dijo, con una expresión desagradable.

«Tendrías que tener aún una arteria desobstruida: ¡adelante!»

«¿De verdad? Y yo que pensaba que no podía fumar más.»

«¡Vete por ahí!»

Luego volvió a pensar en lo que había escrito su padre en la carta. ¿Habría tenido el coraje de descubrir el infierno del que hablaba? ¿Lo habría encontrado? La sonrisa se fue de golpe y se levantó.

«Nos vemos, Juan.»

«Hasta la vista, Camilla.» Los dedos índice y corazón se separaron de la frente para saludarla.

Cuando salió del local, el calor húmedo le embistió con prepotencia, mientras en el interior, bajo el chorro, la era glacial precía que había llegado.

Chacón dejó la caballa y los pimientos en la ensalada. Se le había pasado el hambre, y se le había quedado un peso en el estómago.

No le pasó nunca.

# CAPÍTULO 11

31 julio 2010

Cuando la puerta se abrió, los policías que estaban presentes en la sala dejaron de hablar. Bueno hizo entrar a la invitada y volvió a cerrar la puerta enseguida.

«Póngase cómoda al lado de su compañero» y le indicó la silla que tenía que ocupar.

Novari se quedó de piedra, pero enseguida el estado de ánimo le cambió a otro mucho más feroz. No le gustaban las sorpresas, sobre todo no le gustaba ser él el sorprendido.

«Hubiera sido suficiente con que hubieras respondido al teléfono.» Marina Bruni pensó que lo habría arreglado con esa frase susurrada para justificar su inesperada visita. Él la fulminó con la mirada, le quiso explicar que lo habrían aclarado en otro sitio, en otro momento.

«Sentaros.» El inspector Bueno tomó la palabra. Mientras se acomodaban, Marina frotó el hombro de Mathias, pero no obtuvo nada a cambio.

«Antes de empezar querría presentaros a la agente Marina Bruni de la Policía del Estado Italiano. Habla correctamente nuestra lengua, por lo tanto, no tengáis miedo en comunicaros con ella.» Buscó la mirada de la policía buscando una confirmación. Ella confirmó. «Le he pedido que se una a nuestro grupo de investigación por dos sencillos motivos: el primero es que nuestra colega ha manifestado un gran espíritu de colaboración con nosotros, informándome en primera persona de algunos descubrimientos.» Hizo una parada para dar un sorbo al agua. «Os lo contará ella ahora enseguida.»

Novari, de momento, no se inmutó y siguió escuchando al inspector español. «El segundo motivo, es que necesitamos recursos válidos y competentes. Y la

agente Bruni ha demostrado, en el transcurso de su breve carrera, que tiene talento. Recordemos todos el caso del asesino en serie de Campiglio, y la gran contribución en la investigación de la colega en la resolución del caso.»

Marina se sintió incómoda, sobre todo con su pareja que, en aquel periodo, se sacrificó tanto, hasta el punto de poder perder su vida. Pero prefirió no añadir ninguna palabra, ni siquiera para repetir que el mérito en gran parte había sido de Novari. Estaba claro que Mathias ya había disfrutado de una presentación similar a la suya hacía pocos días, y esto le pareció suficiente para convencerse de que no fue poco humilde. Y ni siquiera demasiado patética.

Bueno, que aún estaba de pie, miró a todos los presentes, incluido Novari. «Quiero que quede claro a todos que la situación afectiva que une a nuestros colegas italianos, de ninguna de las maneras, ha condicionado mi decisión de unirlos al equipo. Y esto quiero que lo tengáis bien presente: no toleraré discrepancias o discusiones sobre ello.» Había quedado claro. Hasta Camilla evitó hacer bromas. Para Novari y Bruni, no era una novedad sentir como violaban su privacidad. La notoriedad robaba más de lo que pudiera regalar. Y si no la habías buscado, era aún más duro de aceptar.

Bueno se sentó en la cabecera de la mesa. El traje gris oscuro combinado con una corbata de la misma tonalidad, destacaba sobre la camisa de color lavanda. Era elegante y refinado, pero nunca daba la impresión de que fuera una persona que quisiera aparentar algo que no era, aunque su aspecto cuidado hacía que pareciera tener mucho menos de cincuenta años.

La mesa de la sala de reuniones estaba arreglada como si se tuviera que atender una vídeo-conferencia con un cliente importante, y ellos representarían una empresa líder del sector de cosmética. Frente a cada policía había un portátil encendido y conectado sin cables a Internet, ningún hilo que pudiera perturbar el orden. A la derecha del ordenador había un fascículo que recogía todas las actualizaciones de los últimos días, en especial, la autopsia de la víctima. Estaba sujeto con una espiral de plástico blanco. A la izquierda una botellita helada de agua dejaba un halo de humedad en la servilleta de color púrpura sobre la que se apoyaba. En el centro de la mesa una bandeja de colores brillantes, recordaba los sabores africanos, y se entonaba perfectamente con los bombones de chocolate puro que lo llenaban hasta el borde. Lo que perturbaba el perfecto orden eran los móviles de los participantes y dos paquetes de cigarrillos con los que Chacón daba golpecitos

sobre el teclado del ordenador.

«Le presento a los colegas con los que trabajaré.» Empezó por su izquierda, indicando con la mano. «Al subinspector Chacón, la agente Camilla Márquez y el doctor Ramonez, el médico forense.»

Marina se puso de pie. Llevaba la cara desmaquillada y el pelo suelto sobre los hombros. El aspecto era fresco, ni siquiera un poco de cansancio, aunque estuviera despierta desde las cuatro de la mañana para coger el primer avión disponible. Tenía un aspecto mucho más descuidado la maleta de mano con la que había entrado en la sala, llena de marcas. No que ella no las tuviera, pero sus cicatrices no eran tan superficiales.

«Encantada» y observó la reacción de los tres compañeros. Solo Camilla Márquez habría podido causarle problemas: los ojos de la mejicana no prometían nada bueno. Chacón levantó el pulgar, el doctor Ramonez respondió con una sonrisa compuesta y educada.

Puso las palmas de las manos sobre la mesa y distendió los brazos. «Un hombre ha sido asesinado y la amenaza de que pueda suceder otra vez, es real.» Comenzó sin darle demasiadas vueltas a las palabras. «La diferencia entre un óptimo grupo de investigación y uno mediocre está simplemente en el hecho de que el primero busca indicios y pruebas de entre los eventos que acaban de ocurrir, para prevenir otros. Sin esperar.»

Chacón quería entender el epílogo del eslogan. «¿Esperar a qué, agente Bruni?»

«A que mate de nuevo, solo para tener más *material* sobre el que trabajar.» Respondió al subinspector, luego volvió a hablar al grupo. «Estoy segura de que todos juntos, trabajaremos en esta dirección. Por ello querría ponerlos al corriente de todo el trabajo que he hecho en estos últimos días. Se trata de algunas investigaciones que podrían sernos útiles para darle una lógica a todo lo que está sucediendo.»

Bueno ya había sido puesto al corriente, había sido la misma Marina la que lo había llamado el día anterior, después de haber intentado ponerse en contacto con Mathias, sin resultado.

«Tenemos un cadáver, identificado como James Parker. La víctima residía en Miami y desarrollaba la profesión de abogado.»

«Vamos por el buen camino.» A la risa le siguió un golpe de tos. Todos se giraron hacia Chacón. «Hay que apostar. Se trata de un abogado, entonces, vamos por el camino correcto. ¿Cómo es el dicho sobre los abogados?» Nadie

supo ayudarlo. «Bueno, era una broma, pero hacemos bien en tenerlo en consideración. La pista, quiero decir.»

Marina torció la boca, esforzándose en sacar una sonrisa que le pareció enseguida inoportuna. Continuó: «Coge un vuelo para Málaga, sin informar a su mujer sobre el destino y pocos días después es asesinado de forma brutal. El equipo del doctor Ramonez se lo encuentra en la cama con las piernas desmembradas, una frase grabada en el pecho, un busca metido bajo el esternón y el corazón dentro del puño...» Buscó la mirada del forense.

«Derecho» especificó Ramonez.

«Exacto.» Marina dio unos sorbos con cautela al agua helada de la botellita. Tragó. «Yo partiría del presupuesto de que no se mata con *tanta delicadeza* a una persona si no la odias mucho. Es este el motivo que me ha llevado a desarrollar algunas búsquedas sobre la víctima, ya que considero que algunas respuestas se puedan encontrar ahí.» Era difícil decir si la pausa servía para atraer la atención o si servía para dotarle de cierta autoridad.

«No nos está diciendo nada nuevo.» Camilla agitó el tomo encuadernado. Lo había leído mientras esperaba que Bueno y su invitada se unieran a ellos en la sala de reuniones.

«Me quedo muy satisfecho de que no haya perdido el tiempo, agente Márquez.» Pasó la palma de la mano sobre el tomo que estaba al lado del portátil. «Aún no he tenido tiempo de leerlo, pero todo lo que os he resumido, creo entender por sus palabras, que lo encontraréis escrito aquí dentro.» Miró a Bueno que lo confirmó con un movimiento de cabeza.

«Díganos algo que no sepamos.» La mejicana intentaba moverse lo menos posible, para no dar ninguna posibilidad a las manchas de sudor de extenderse por la camisa de lino.

«Estoy en ello.» Marina se movió hacia la salida, cogió su maleta de mano, con la que entró, y sacó una carpeta verde forrada. La puso en la mesa, exactamente a mitad camino entre ella y Mathias; era una clara señal de que lo quería compartir con él. Pero el policía italiano la dejó seguir sin darle ninguna satisfacción.

«La carrera judicial de James Parker no se puede definir precisamente como brillante. En los últimos años colaboraba con compañías de seguros como perito judicial.»

«¿Algo como un constructor contra las fincas para sanear la fachada desconchada por la humedad?» El subinspector se había puesto un cigarrillo

en la oreja derecha.

«La historia se está poniendo interesante...» Chacón se llevó el cigarro a la boca y se puso de pie, con el mechero en la mano.

Marina lo invitó a que se sentara. «Querría que no se fuera en este preciso momento» le dijo.

«¡A sus órdenes!»

La policía se lo agradeció con una sonrisa sincera.

«Estamos hablando del comienzo de los años ochenta. El abogado James Parker está defendiendo a un cliente, acusado de tenencia de material de pornografía infantil y de consumo de prostitución de menores.» La atención de los presentes aumentó. «Si escuchamos los audios que los policías habían obtenido de las grabaciones realizadas en la vivienda del investigado, las pruebas catalogadas eran numerosas y concluyentes, aunque, una vez se empezó el juicio, no se encontraron.»

Marina miró a los compañeros. «Desaparecidas.»

Bueno añadió una consideración personal: «Un óptimo expediente para deshinchar la pena solicitada por la acusación, incluso llevarlo a la absolución de su cliente, con la finalidad de salir del anonimato *jurídico* y ganarse el respeto profesional que le correspondía.» James Parker provenía de una familia de abogados y el padre se había convertido en el mayor hijo de puta que la judicatura pudiera conocer. Era normal que el hijo intentara encontrar la aprobación de su viejo.

Marina volvió a tomar la palabra: «Digamos que si ese era su objetivo, había infravalorado a la parte contraria.» Le parecía correcto revelar su fuente de información, antes de seguir: «He realizado algunas búsquedas, en Italia. Un colega informático se ha metido en el archivo del departamento de justicia de Miami. El material informático era pobre, como podéis imaginar no todos los casos del pasado han sido informatizados conforme a ley. Sin embargo hemos conseguido alguna información muy interesante» y se justificó con los colegas: «No es un paso dado en la más estricta legalidad, soy consciente de ello. Pero no podíamos esperar.»

Ninguno de los presentes pareció objetar.

«Para ser breves, la acusación se sintió defraudada y se lanzó contra Parker. Se abrió un procedimiento disciplinar, con la acusación de ocultamiento de pruebas, a su cargo.»

«Despacho asociado Parker & Mild. Si estás de problemas hasta el cuello,

dirígete a ellos.» Novari ya lo sabía.

Marina se giró solo un momento hacia la derecha: «Exacto.»

Continuó: «Fue el padre de James el que lo defendió en el juicio.»

El cigarro de Chacón sobresalía en vertical de entre sus dos dedos y desde la visión de Marina, la nariz del sub parecía haber desaparecido. «Si quería impresionar a su padre...» El laringo-espasmo le frenó las palabras en la garganta y le hizo ladrar como una foca. La mejicana le golpeó una par de veces en la robusta espalda y él dejó de sentirse ridículo.

«Bajo otro punto de vista es menos decepcionante.» Miró fijamente las canicas lúcidas y rojas de Chacón. «Seguro que no era una persona idónea para convertirse en un abogado de miedo, habría aceptado con mucho gusto liberarse por fin de las presiones.»

«¿Cómo acabó?» La mejicana le pedía que cerrara el círculo.

«Que salió limpio, aunque imagino que psicológicamente a trozos.»

Novari quiso partirla por la mitad. «No era necesario que vinieras hasta aquí para decirnos más o menos lo que ya nos había contado la mujer.» Aquella hostilidad le preocupaba. Obviamente desde el punto de vista personal más que nada. Quiso dejarlo pasar: «Claro, Mathias. Lo que nadie os ha contado hasta ahora es cómo lo consiguieron y qué personas estuvieron metidas en ello.»

«Adelante.»

«Bien.» Bebió un sorbo de agua. «Encontraron al policía que se había encargado de recoger todas las pruebas obtenidas en la vivienda del cliente de Parker y, con una facilidad hipnótica, lo compraron. En la vista oral el agente declaró, bajo juramento, que había creado un gran problema y que había tirado a la basura la caja equivocada. Y para no perder el trabajo, había silenciado lo ocurrido. El cliente, un cierto Moe... ¿a alguien le dice algo este nombre?»

Ninguno de los presentes, lo había oído nombrar. El silencio lo confirmó.

«Imaginaba... En definitiva, este Moe fue investigado también en base a la declaración del policía que afirmaba la existencia de las pruebas, irrecuperables físicamente. Ahora, para Parker ya no era una prioridad defender al cliente: si se necesitaba cortar una cabeza para salvar la suya, no se lo habría pensado dos veces. Y así sucedió.»

«Escandaloso.» Bueno escuchaba por segunda vez la historia que Marina le había adelantado por teléfono. No consiguió esconder el hecho de estar molesto, sobre todo, frente a un hecho de presunta corrupción por parte de un

agente. «Que sepáis que si os compran a alguno de vosotros, no vacilaré en haceros la vida un infierno.» Quien trabajaba con él sabía que no estaba bromeando.

«A propósito de venganza, ¿si fuerais Moe, a quién querríais ver muerto, quizá hecho a trozos por un tiburón?» Chacón mordió el filtro del cigarrillo repetidamente, materializando el concepto y saboreando la nicotina que ya estaba masticando.

«Parker, sin dudas.» Camilla se sintió que le picaba debajo de la axila y sintió un deseo irrefrenable de rascarse. Pero se frenó para no parecer demasiado ruda.

«Parece que tenemos una pista, ¿qué decís?» El cigarro entre los labios sobresaltaba.

«Moe podría ser el que lo encargara.» Marina no dijo nada más. Novari no parecía muy convencido. Le parecía peligroso dejarse llevar por el fácil entusiasmo, era el camino más rápido. Pero negar que aquella era la única pista concreta a seguir, habría sido un error imperdonable. «Busquémoslo.» Encontró en las miradas de los colegas la plena aprobación.

«Daniel Morgan.» Marina pronunció otro nombre. «Si me encontrara en el lugar de Moe, lo mataría también a él.»

«¿De quién se trata?» preguntó Novari.

«Del agente que salvó a Parker e hizo que condenaran a Moe con su declaración.»

El policía italiano parecía tener menos dudas, incluso algo aliviado. Tener dos nombres sobre los que indagar le daba un mínimo de esperanza que le permitía jugar a él también, aunque lo que estaba en juego siguiera siendo su vida. O su muerte.

«¡Dios mío!»

Se giraron todos hacia Camilla Márquez.

Esta vez no consiguió esconder las enormes manchas de sudor de las axilas a los colegas. Estaba de pie y movía un folio manchado de tinta negra.

«Es la lista de los pasajeros del vuelo Miami-Málaga del 24 de julio.» Cogió aire. «El vuelo con el que llegó James Parker.»

«Sigue, mejicana.» Chacón no la había llamado nunca así en presencia de los otros, se habría enfadado.

«Daniel Morgan está en la misma lista» dijo.

Se produjeron algunos segundos de silencio.

Bueno cogió el móvil sin dudarlo un segundo y marcó un número. «Ponedme en contacto con Martino y reténganlo hasta que llegue.»

# CAPÍTULO 12

31 julio 2010

George Moe se repetía que la única cosa que quedaba innata e igual, después de treinta años, era su casa. Después de haber pasado casi media vida detrás de las rejas, había encontrado todo cambiado. Y se sentía inadecuado, malditamente fuera del tiempo. Ni siquiera las cámaras de fotos, con las que había tenido una buena relación, eran las mismas. Era difícil encontrar una tienda que vendiera carretes, por no hablar de los productos químicos para revelarlas en una habitación oscura. Pasaba meses encerrado en casa, imbuido por una soledad que lo mimaba en la monotonía.

Si se dice la verdad, ni siquiera su casa era la misma. Las paredes ya no eran blancas, habían cogido una tonalidad verdosa y en las esquinas anidaban telarañas y manchas de humedad. El olor penetrante de humedad había sustituido al de sofritos y pescado fresco cocinado a la plancha. En el exterior, en las calles de Miami el sol golpeaba fuertemente y el asfalto restituía un calor sofocante, pero él vivía atrincherado en la oscuridad. La única fuente de luz eran los hilos de claridad que irrumpían entre las tablas de madera de las persianas, quemadas por el sol y en gran parte deshojadas. Cerradas. Era un hombre de setenta y dos años, abandonado a su suerte y a los recuerdos dolorosos. Había intentado buscar una motivación para sobrevivir y la había encontrado. Pero rehabilitar el propio honor era más complejo de lo que habría podido imaginar. Si nadie había creído en su historia en el año 79, era lógico esperarse un muro infranqueable treinta años después, con la casa de Mendoza hecha cenizas y el testimonio de un policía corrupto que frustraba cualquier esperanza.

Aunque había asistido como espectador indignado, asqueado a varios

encuentros perversos en aquella maldita casa. Hombres y niños completamente desnudos que practicaban sexo frente a cuadros bíblicos, un majestuoso árbol de manzanas, símbolo de donde desencadenaba el pecado original. Ni siquiera el objetivo con el que había hecho decenas de fotografías había plasmado la violencia de aquellas escenas.

Trabajar durante semanas en seguirlo e investigarlo no había servido para nada. De todo el material pornográfico impreso, no había quedado nada. Alguien se había tomado la molestia de hacerlo desaparecer para tapar aquel secreto lleno de misterio. No solo los nombres, estaba convencido.

Sin embargo, había una cosa que se le había pasado a quien hubiera formado parte de aquella farsa, la parte menos rota del propio orgullo, arrastraba un fragmento de reconocimiento: un único negativo en el carrete que aún no había impreso, conservado y cerrado en el interior de la cabeza de la ampliadora.

Encendió una lámpara e iluminó la impresión en papel de una fotografía sobre la mesa: un rostro. Había impreso aquel trozo de cinta nada más salió de la cárcel. Se acordaba de la lupa, todavía por el suelo, en el sótano, manchado con su sangre seca, de hace treinta años. Y el atisbo de una sonrisa en el momento en el que había visto el negativo que había sobrevivido al violento registro. Habían pasado ya dos años, pero le parecían muchos más. Un tiempo interminable, una libertad que olía a vergüenza.

Se arrastró hacia el sofá y se sentó. El polvo esparcido por la habitación bailaba solo entre los hilos de luz lanzado por las ventanas. Las manchas de mugre que manchaban el tejido no eran visibles en la oscuridad, pero eran pegajosas. Encendió la televisión con el mando y se preparó para vivir el enésimo día de marginación social. La calidad de la señal era pésima, pero estaba convencido de que era culpa de su vista. El único ojo que le quedó mostraba los signos de la vejez y se estaba resignando también a ello. El otro estaba cerrado en el interior de una cicatriz y no hubiera ayudado. Solo tenía que pasar el tiempo, ponerse el sol y contar un día menos de vida.

De los altavoces de la televisión salía música country, mientras un caballo a galope levantaba polvo rosa y se acercaba enfadado al albergue. Seguramente era un bandido que iba a galope hacia Quarter Horse, con el pañuelo que le cubría la boca y la nariz. Detrás de él lo perseguían dos vaqueros, los buenos, que le advertían que se parara en *nombre de la ley*. Algún que otro disparo, pero el desenlace se produciría en las puertas de la taberna, poco después, como manda la tradición del oeste.

Los caballos estaban inmóviles, el viento soplaba y hacía rodar las ramas que había en la tierra. La flauta de pan evocaba la espera del desafío. Los dos vaqueros estaban frente al bandido. Dos contra uno. Ninguna esperanza para el criminal. Los toques del reloj y el sonido atronador de dos proyectiles.

Un estruendo y polvo que se levantaba.

El cuerpo tirado en el suelo fue enseguida rodeado por un grupo de gente temerosa. Alguien le quitó el pañuelo de la cara al cadáver y la tensión derivó en un coro de fiesta: el *mejicano* había muerto.

FIN.

Moe casi se cae del sofá.

Se puso recto inmediatamente para llegar hasta la mesa y coger la foto de aquel rostro que le había acompañado durante casi dos años. Se trataba de la misma persona. El actor que había interpretado al *mejicano* era el hombre de la foto, solo con algún año más. No tenía dudas.

El audio de la televisión lo distrajo de nuevo.

*"Hemos tenido el placer de retransmitir la primera película del oeste de la serie interpretada por el capitán Esteban Domingo Márquez, que hace pocos días, desde su querida Málaga nos ha dejado. No os perdáis, en los próximos días, las siguientes citas de este maratón cinematográfico en recuerdo del famoso actor."*

Entonces, el nombre de aquel rostro era Esteban Domingo Márquez, se dijo, atontado de lo que acababa de descubrir.

Explotó a reír, con una risa histérica. Cogió la cara con las manos y continuó, vagando como una bola de pinball entre las paredes de una casa.

Sentía que le habían tomado el pelo y no entendía si la noticia tenía que hacerle feliz o atormentarlo aún más. Tenía la sensación de que alguien se estaba divirtiendo mientras jugaba con su dignidad, que lo estuvieran vigilando como a un conejillo de indias para un experimento socio-existencial.

Se paró y dejó de reír.

Del ojo sano le caían lágrimas y se dio cuenta de que estaba llorando. Inspiró y se dio cuenta que en casa olía a humedad. Intentó identificar otro olor a ácido e, identificado el responsable, decidió meterse en la bañera y frotarse con un jabón, que se había convertido en una parte integrada de las cosas oxidadas.

Se quedó ahí dentro durante casi una hora y fueron los minutos más conscientes de los últimos años.

*Domingo Esteban Márquez.*

Claro, un nombre podía abrir muchos horizontes, ¿pero se podían buscar respuestas de un hombre muerto? Se enfadó, debido a la respuesta más lógica que podía darse.

Tenía que tener aún ropa limpia por algún sitio. El único sitio donde podía buscar era en el cajón de un viejo armario mal conservado. Abrió la puerta del armario, completamente fuera del eje debido a una bisagra mal puesta, y cogió una camiseta y unos pantalones. Ropa limpia aunque no perfumada. Se conformó.

«A lo mejor en el telediario pondrán una noticia sobre Márquez...» se paró a escuchar el sonido de su voz; ya no se acordaba de ella y pensó cuanto le envejeció, más áspera y barítona. Podía ser que las cuerdas vocales tuvieran solo que desengrasarse un poco, o a lo mejor aquella habría sido su nueva voz. Decidió que la habría aceptado sin demasiados problemas.

Cogió una silla y la puso detrás del respaldo del sofá, como para querer demostrar que no podía permitirse la pereza de los meses anteriores. Esperó al telediario de la noche, pasándose la mano por el pelo gris y disfrutando de una nueva sensación de limpieza. Mechones de plata, aún poblados, se deslizaban por sus dedos, finos y suaves, y sintió que podía considerarse aún un hombre guapo, a pesar de la edad, si hubiera tenido dos ojos, y no solo uno.

Volvió a pensar en aquel maldito 8 de septiembre de 1979.

En la agresión que sufrió. Si en aquel momento hubiera podido dar un nombre inmediatamente, a lo mejor, alguien le habría creído. En cambio pasaron muchos meses hasta que pudo volver a escuchar y a reconocer la voz del policía que lo había masacrado. Fue en aquel momento cuando entendió todo, en concreto que se habría podrido en la cárcel. Daniel Morgan se había convertido en un testimonio clave en el proceso abierto contra su abogado, el hijo del socio fundador del despacho Parker & Mild, investigado por sustracción de pruebas. Salvando a Parker, en automático, lo habrían condenado a él.

Y así fue, no obstante el desesperado tentativo de reconstruirse la reputación denunciando por agresión al agente Morgan, para, como consecuencia, desacreditar la declaración que lo habría condenado a estar detrás de las rejas durante años. Solo obtuvo una querrela por *difamaciones*, y el caso fue cerrado para siempre. No era suficiente su palabra contra el poder de los Parker & Mild y el *honor* de un policía; probablemente alguien todavía se

estaba riendo.

El comienzo del telediario había acabado.

Moe subió el volumen de la televisión de tubo catódico y esperó inmóvil, antes de reencontrarse de frente con otra parte de su pasado, aquella que acababa de recordar.

Se quedó de piedra delante de la televisión.

Estaba aterrorizado por la situación tan surrealista que estaba viviendo, cada vez más convencido de que alguien se había puesto a jugar con él.

La primera noticia del telediario: el asesinato de un abogado de Miami. La reportera en conexión desde Málaga, estaba de espaldas al mar y le costaba controlar el pelo que, movido por el viento, interfería con el micrófono. Era una grabación, ya que el sol que resplandecía en lo alto del cielo, en realidad, teniendo en cuenta el huso horario, se había puesto.

*"Se ha conocido la identidad del cadáver encontrado el pasado 25 de Julio, en la costa malagueña. Se trata del abogado James Parker, hijo del renombrado fundador del despacho Parker & Mild. Parker tenía 60 años y vivía en Miami Beach con su mujer. No se conocen por el momento detalles de la investigación, pero se tiene claro que se trata de un asesinato. La Policía Nacional Española está trabajando en el caso y nosotros nos quedamos en primera línea para ir informándoos de todos los detalles y avances de la investigación. Desde Málaga, vuestra enviada Melanie Fillmore."*

La sonrisa con la que cerró la noticia la periodista era tan apropiada como ponerle un vestido de novia a una cerda.

Las siguientes noticias hablaban de la reforma de la sanidad, firmada en marzo por el Presidente Obama, en concreto sobre los incentivos fiscales para el ciudadano que contratara un seguro sanitario.

Moe desconectó inmediatamente: el argumento no le tocaba lo más mínimo.

Miró el reloj que colgaba en la pared, hacía años que no lo miraba. Abrió la ventana mientras el sol, bajo en el horizonte, irradiaba el cielo. «Esta es *mi* historia.»

De pronto se sintió como un niño perdido en medio del bosque en plena noche. Se preguntó qué tenía que hacer, pero no consiguió hacer otra cosa que llorar. Le explotaba la cabeza, estaba aturdido. Si hubiera contado lo que le estaba ocurriendo, cualquiera le habría llamado loco. Él también lo habría hecho.

Después de todo, aún no sabía que en el mismo vuelo hacia Málaga en el que se había subido Parker, había embarcado también Daniel Morgan.

# CAPÍTULO 13

31 julio 2010

El aire de Málaga era fresco y salado.

Marina estaba observando a Novari que iba delante de ella, al lado de Bueno. En cualquier sitio donde estuviera, estaba a millones de kilómetros de ella, en otro planeta. Se negó a responder al teléfono, no había manifestado ni una mínima alegría ni interés por su llegada y seguía ignorando los intentos de Marina por aclararlo. Si lo estaba haciendo adrede, no tenía dudas de que le habría pedido que cambiara de trabajo y que se dedicara a ser un coach para *cabrones*, por el método tan infalible que estaba usando para parecer que era una *perfecta desconocida*. No le era suficiente admitir que todo era por una amenaza de muerte y por el instinto de protegerla. Si Novari había decidido que tenía que ser así, Marina solo podría haberse resignado a ello, porque no habría dado ni un solo paso atrás.

*¿Y si hubiera sido engañada?* Pensó con rabia.

A veces sentirse amada es una exigencia, una necesidad. Y se necesita poco para cambiar una cosa por otra. Para ilusionarse.

Bueno se ofreció para llevarle la maleta y Marina había aceptado, dándole las gracias con una sonrisa melancólica. Lo habría hecho ella, pero habría sido un gesto maleducado, conociendo la hospitalidad de los españoles.

La calle Victoria estaba muy concurrida.

Decenas de coches en cola en el semáforo estaban listos para arrancar nada más saliera el primero de la cola, nada más se pusiera en verde. Finalizada la tortura, que duró pocos segundos, dio comienzo una orquesta de claxons y la procesión se movió dejando en el aire humos venenosos.

Novari se paró delante de una puerta de entrada. Por fin las ruedecillas de la maleta pararon de chirriar, aunque el ruido había sido cubierto por los golpes de un violento martillo neumático. El edificio, afeado por un andamio metálico en la fachada, lindaba con unas ruinas que iban a ser demolidas, para dejar sitio a una nueva construcción.

Bueno se giró hacia Marina.

«Hemos llegado.» Esperó a que el colega italiano abriera la puerta de entrada, luego la invitó a pasar, alargando el brazo derecho para que pasara antes que él.

«Gracias» y subió dos pisos de escaleras, en silencio, hasta acomodarse en el interior del apartamento que Mathias había alquilado. El inspector español mostraba cierta incomodidad a la hora de llevar la situación, era la última cosa que habría querido afrontar. «Aquí tiene su maleta, agente.» La entregó a la policía que la cogió, arrastrándosela hasta la pierna derecha. «Ha sido muy amable» le respondió con elegancia. Se quedó inmóvil.

«No querría que vuestros problemas condicionaran los esfuerzos de todos nosotros.» El concepto era claro y transparente, pero el tono era amigable.

Novari se alejó. En la cocina abrió la nevera y abrió una botella de cerveza. Se bebió la mitad y se limpió los labios con la mano. Sintió como la barba estaba creciendo.

«No tendría que haberle pedido a la agente Bruni que participara en las investigaciones.»

«Este caso lo sigue la Policía española, y la Policía española decide con quién es más conveniente colaborar.»

«Ninguna objeción con el método. Pero permítame que le diga que está cometiendo un grave error. Estamos exponiendo a otra persona a riesgos inútilmente.»

«Su compañera ha sido informada de los riesgos antes de volar. Aunque ya era conocedora de ellos. Ha aceptado y le estamos muy agradecidos»

Novari encogió los hombros y acabó la cerveza. Abrió la ventana de par en par y apoyó la botella vacía, que con el ritmo del martillo neumático, vibraba.

Marina seguía inmóvil. Se sintió pequeña y fuera de lugar, escuchando a dos hombres que hablaban de ella como si no estuviera presente. La fuerza con la que había llevado la ponencia esa tarde, era un recuerdo lejano, que se esfumó.

«Se lo repito: no puede estar aquí.»

Bueno se acercó a Mathias. «No nos lo ponga difícil, se lo pido.» Una gabiota, por poco, no se chocó contra la farola de enfrente de la ventana. La controló hasta que la vio irse por el cielo azul oscuro.

«Crearé más problemas, más que nada.»

«Tendremos más alternativa.»

Novari se giró con una expresión penetrante. «¿Qué dice nuestro cura adivino?»

El español perdió la calma. «Nuestro colaborador no ha tenido ninguna visión. He estado con él esta tarde y le he puesto al corriente de la situación, incluida la presencia de Daniel Morgan en Málaga. Si hubieran habido novedades en tiempo real, habríamos sido avisados. Mientras tanto hemos contactado con el hotel donde se aloja el expolicia de Miami para dejarle un mensaje nada más vuelva. Tenemos que protegerlo.»

Novari se separó de la ventana y la luz del salón proyectó su sombra en la pared blanca; parecía un fantasma a la espera de ser recibido en el reino de los muertos. «¡Eh, Marina!, ¿has oído?» La buscó con la mirada. «Estamos en las manos de un vidente. Será él el que salve nuestras almas.» Resopló sarcásticamente, moviendo la cabeza se dirigió a la cocina. Volvió apretando otra cerveza con la mano derecha. «Si tengo que ser sincero, no me siento muy seguro. Con todo el respeto» y lo dijo girándose hacia el colega español «encuentro todo tan absurdo que me maravillo de no estar ya bajo dos metros de tierra.»

Luego se puso serio. «Quiero que te vayas, Marina» y apoyó las nalgas en el borde de la ventana.

«Creo que tú eres un imbécil, Mathias. Desequilibrado y patético.» Marina no conseguía creerse lo que había dicho.

«Esta historia tiene que acabar o nos arriesgamos a hacernos daño. No puedo tolerarlo más. Tengo una responsabilidad y no solo en lo que se refiere a usted, Novari. Yo tengo que sacar adelante las investigaciones, con nuestros métodos, gusten más o menos, y no puedo arriesgarme a tirarlo todo por los aires por sus caprichos.» Miró a la mujer. «Sirve también para usted.»

«Devuelva a Italia a la agente Bruni y le aseguro que tendrá todo mi apoyo.»

«La agente Bruni no se mueve de aquí.» Se acercó al lado del compañero y miró la calle; se dio cuenta de un coche aparcado enfrente de ellos, con las ventanillas bajadas por la mitad.

Reconoció el brillo del objetivo justo a tiempo.

«¡Todos al suelo!»

Un disparo.

Bueno se abalanzó sobre el cuerpo de Mathias y cayeron al suelo. La cara del policía italiano pegó violentamente contra el hombro del compañero español, protegiéndolo del impacto contra el suelo. La botella de vidrio se hizo a pedazos cerca de ellos. El proyectil atravesó la pared enfrente de la ventana lanzando fragmentos de yeso. «No os levantéis.» Se separó de Novari, se arrastró por el suelo hasta la puerta de la entrada, bajó las escaleras con la pistola en mano, pero cuando salió a la calle, el coche ya había desaparecido en la oscuridad. Dio algún que otro paso por la misma calle, con la mano derecha que sujetaba la pistola mientras que la izquierda mostraba la placa de policía. Los pocos coches que pasaban se apartaban y los peatones corrían buscando cobijo, pero más del policía que de la amenaza que desconocían. Novari y Bruni se asomaron por la ventana solo para ver. Bueno miró hacia arriba y movió la cabeza. Lo mismo le respondieron los dos italianos. El mensaje estaba claro: ningún rastro ni siquiera desde su perspectiva.

Veinte minutos después, dos coches de la policía española aparcaron en el número 55 de la calle Victoria. Las luces azules brillantes e intermitentes proyectaban un juego de colores en las paredes de los edificios colindantes, confundiéndose con las luces de algunos locales nocturnos.

La científica cogió el proyectil metido en la pared y no tuvo otra cosa que hacer.

«Nosotros nos vamos.» Parecía más una propuesta que una afirmación. Bueno asintió con el signo de jefe y los dos técnicos abandonaron el apartamento, acompañados por otro agente de la policía. Se quedó con ellos, solo el agente Rodrigo Herrera que estaba coordinando la investigación del vehículo sospechoso. «He dado indicaciones a mis hombres para buscar un coche de color claro...» Se quedó a la espera.

«No tenemos otras indicaciones que aportar, agente.» Bueno lo dijo casi pidiendo perdón.

«Puede ser una Ford» lo corrigió Mathias. «Estoy más atento desde que me quieren muerto» dijo como respuesta a las miradas interrogativas.

«Ya es algo.» Herrera se quedó más aliviado. Era impensable establecer puestos de control donde se tuviera que parar a cada coche de color claro.

«A propósito, gracias por haberme salvado la piel.» Novari alargó la mano

al colega español. No era un gesto muy espontáneo, pero se lo debía.

«Somos un equipo.» Se la apretó. «Todos.» No tenía ni la más mínima intención de ablandarse con la propuesta de apartar a Marina de la investigación.

Eran parecidos, él y Bueno. Entendió que no habría obtenido de él lo que pidió. «Yo sigo con mi idea.» Señaló el agujero en la pared. «Si no os convence ni siquiera ese agujero, por lo menos, téngala alejada de mi.» Podía jugar su última carta. «Ya tengo que cuidar de mi mismo, no podría ocuparme de la seguridad de otra persona.»

El rostro fresco y dulce de Marina Bruni se oscureció. En un instante le salieron todos los signos de un día demasiado difícil y pesado. Los ojos azules se enrojecieron y en la frente se formaron arrugas. Los labios lúcidos parecían temblar y las mejillas lisas se encendieron de improviso. «No te necesito como a un perro guardián: me las arreglo muy bien yo solita, tendrías que saberlo. El hecho de que tú te estés comportando como un imbécil me enfada más allá de mis límites, pero ya habrá tiempo para afrontar este tema.» Lo desafió. «Siempre que tú no te dejes matar antes.»

La radio de Herrera sonó y les sacó a todos del momento tan embarazoso. «Sí, dime... ¿de verdad?!» Se giró hacia los compañeros con una sonrisa. «¿Y dónde? ¿Cómo habéis hecho para identificarlo?» Pausa.

Se quedó blanco como un muñeco de nieve.

Cortó la conversación. «Han encontrado el coche.»

«Bien.» El inspector, esperó a que prosiguiera.

«Un Ford Fiesta gris claro, matriculado en el 2002. Aparece como robado desde hace más o menos un año.» Le estaba temblando la voz. «Han encontrado un globito pegado en el espejo, de esos de helio.» Los miró y tragó. «Tenía la forma de un tiburón.»

Daniel Morgan estaba sentado frente a la barra del local. Era el cuarto Whisky con Cola, no había dejado ni un solo segundo de sudar, pero ni el calor ni el alcohol eran los culpables de ello, solo en una mínima parte. La foto que había sacado de la cartera, pegada el fondo del vaso por la humedad, lo hacía sudar frío. Después de haberse bebido el último sorbo, se quedó mirando fijamente la imagen. A través del vidrio, la serpiente que ofrecía la manzana era, aún más, si cabía, angustiada, aumentada por una lupa artesanal improvisada. Quería cerrar para siempre aquella vieja historia. Se había

ilusionado con que el pasar de los años, la hubiera enterrado, pero no era así.

Alguien lo sabía, y James Parker ya está muerto.

Desbloqueó el iPhone y controló el correo. Ningún correo nuevo. Verificó la conexión esforzando la vista sobre la pantalla y vio la buena conexión. Estaba a la espera de recibir una confirmación del vuelo reservado para la tarde que lo habría devuelto a Miami.

Había sido un error ir a Málaga: cualquiera que lo hubiera amenazado de meterle en problemas, contando las perversas vivencias de las que había sido el protagonista, en realidad, lo quería muerto. El homicidio de Parker era una señal clara. Bajó la mirada al suelo y aplastó un escarabajo con la punta de las Nike de número 49, después de haber fallado en dos ocasiones. Se la limpió con la pata metálica del taburete. El americano era un hombre imponente, hombros de jugador de rugby y un cuello como el de Mike Tyson. Los brazos que salían del uniforme de los Miami Heat número 6 tenían la circunferencia de un baobab, con los respectivos músculos redondeados por un espesor de grasa. Había sido deportista, más o menos hasta rozar los cuarenta años, luego se había acomodado en el sofá con ríos de cerveza, perritos calientes y patatas fritas apostando por su equipo del alma. El aliciente que tenía él ahora, transmitido por ESPN a principios de julio, lo había emocionado: LeBron James había firmado por los Miami. Lo había celebrado encargando una nueva barbacoa para el jardín.

Iba a empezar una temporada potente.

Bastaba no morir antes.

«Este apartamento ya no es seguro» afirmó Bueno.

«Tiene toda la razón, inspector.» Novari cerró la ventana y empezó a recoger los fragmentos de vidrio más grandes. «Búsquele un sitio donde pueda estar.»

«Hago un par de llamadas y os reservo un hotel» luego precisó, con un poco de embarazo: «Dos habitaciones separadas.»

«No se moleste. Yo me quedo aquí.» Señaló la puerta de entrada. «Se ha hecho tarde, me gustaría descansar.»

«Eres un idiota.» Le susurró Marina, pero había demasiado silencio. Quizá era mejor así. Levantó la maleta del suelo. Salió sin saludar, le siguió Herrera, que sintió el deber de no dejarla sola.

Novari y Bueno eran como dos boxeadores exhaustos en el ring, a la espera de que fuera el otro el que tirara la toalla.

«Su comportamiento no me es de mucha ayuda. ¿Por qué no lo discutimos mañana con calma, y mientras tanto me deja que le acompañe a un lugar más seguro? Le doy mi palabra que encontraremos enseguida una solución que lo contente.»

La adrenalina había alejado el cansancio pero lo había puesto más nervioso. «Tenía derecho a ser avisado. Consentir que la agente Bruni se una a nuestro equipo de investigación ha sido una idiotez.» Bajo los ojos marrones, las arrugas se acentuaron notablemente. «Es ella la que me está dificultando las cosas, créame.»

La manga derecha del traje de firma se había secado de la cerveza. Bueno se la frotó, pero quitó solo un poco de polvo que había cogido el tejido por la caída. «La agente Bruni me ha dicho que ha intentado ponerse en contacto con usted en muchas ocasiones.» Puso la mano en el bolsillo. «Nunca le ha respondido y nunca le ha devuelto las llamadas.»

«No era difícil de interpretar, ¿no cree?»

«No me gusta meterme en los problemas personales de la gente. Vuestros problemas no nos interesan. Tenemos otras cosas de las que ocuparnos. Era nuestro deber tenerla al corriente de la situación.»

«Usted no lo entiende.» Mathias se encogió de hombros y, con el interior del pie derecho, juntó los trocitos más pequeños de la botella de cerveza hecha añicos en el suelo.

«No sea engreído.»

Lo miró. «No quiero volver a encontrarme en situaciones complicadas.» Le señaló con el índice bajo la nariz. «¿Alguna vez se ha tenido que poner delante de un padre para decirle que su hijo ha muerto por su culpa?» Levantó la voz. «¡No quiero a nadie más en mi conciencia!»

Se refería al secuestro de Danielle, hacía dos años. Había sido una operación tan mediática que era difícil encontrar un policía que no supiera de ella. Existían dos corrientes: quien consideraba que de todas formas Novari era un héroe y quien lo consideraba culpable de la muerte del niño. Bueno tuvo la decencia de no mojarse, pero estaba claro de que lado estaba. «Si trabajamos como un *equipo*, eso no sucederá.»

«Estoy aquí para salvar mi pellejo. No me interesa nada más.»

«Ya estaría muerto si no le acabara de salvar.» Quería que entendiera el concepto. «Cuando hablo de *equipo*, me refiero a eso.»

«Ya le he dado las gracias.»

«No se trata de eso.»

«Me parece que he expresado el concepto claramente. De aquí no me muevo. Y no quiero a nadie en medio.»

Bueno se encogió de hombros. «Haga lo que quiera.»

Fue el primero en tirar la toalla y salió cerrando la puerta.

El coche de la Policía aún estaba aparcado y Marina se acomodó en el asiento posterior. Herrera, en el del conductor, intentaba rebajar las tensiones, aunque las bromas eran incómodas y sin sentido. A veces reconocer los propios límites podría salvaguardarte de hacer el ridículo. En aquella ocasión el silencio habría sido más adecuado, pero poco cordial. Hablando a través del cristal del espejo retrovisor se podía captar la incomodidad. A los ojos de Marina, sin embargo, no hacía más que aumentar la situación embarazosa.

Para corresponder ese gesto de cortesía, consideraba educado sonreírle, de vez en cuando. Mientras tanto, con las uñas rascaba con nervios el plástico áspero de la maleta, que se encontraba a su lado. Estaba nerviosa y hambrienta. Si no ponía algo inmediatamente en la boca, se habría desplomado. Se abrió la puerta. «¿Tiene hambre?» Bueno la miró después de haberla cerrado. Por poco no se había llevado un disparo en el pecho y aquella preocupación por ella y por no añadirle ninguna tensión más, indicaba el autocontrol admirable que tenía de la situación. A lo mejor, pensó ella, era más fácil sabiendo que no era el blanco de las amenazas.

Movió la cabeza y el pelo rubio le cayó por la nariz. «No mucha.»

«No la creo.» Se sentó correctamente e invitó a Herrera a que arrancara. «A esta hora, cualquier cosa comestible es bienvenida, como si de un banquete de boda se tratara.» Bajó la ventanilla para dejar entrar la ligera brisa nocturna. «Llévenos a la Burguesita, por favor.»

La policía no objetó, se quedó en silencio y vio como se alejaban de la ventana iluminada y de Mathias. Aunque de él, metafóricamente.

El tráfico había desaparecido y los semáforos descansaban parpadeando en amarillo. La frescura que entraba en el interior por el viento, tenía un fuerte olor de brisa marina, aunque se podía saborear un leve y relajante aroma de regaliz.

El teléfono de Bueno sonó y Marina se despertó de su sesión privada de aromaterapia.

El inspector miró primero la hora, luego contestó bajando el tono de la voz. «Rosa, perdóname. No me había dado cuenta de que se había hecho tan tarde.»

¿Todo bien?» Se quedó en silencio escuchando. «Sin usted estaría perdido. No me mande por ahí: ¿has controlado que haya hecho los deberes?» A Marina le sorprendió una expresión tan cariñosa. «Ya es todo un hombrecito. ¿A qué hora se ha dormido?» Se le escapó la risa. «Nunca podría trabajar de lo mio... sí, tiene toda la razón. Mejor diseñador de cómics. Sin duda.» Miró de nuevo el reloj. «No, Rosa. No es necesario que se quede más tiempo, estoy llegando. Deje la televisión encendida en el canal de los dibujos y cierre con llave la puerta... sí, déjelas en el mismo sitio de siempre... Nos llamamos mañana... Muchísimas gracias y buenas noches a usted también.»

Herrera había modificado el camino, antes de que se lo dijera Bueno. El coche de la patrulla se paró delante de su Peugeot 308. La calle arbolada lo había protegido del sol en las horas más calientes del día y ahora parecía tener un descanso. El húmedo calor se había ido y el asfalto había dejado de ser una plancha ardiente.

Giró la cara hacia Marina. «Lo siento agente Bruni. Nada de hamburguesa esta noche para mi persona.» Abrió la puerta.

«Antes la familia» dijo con un hilo de amargura, pensando en la suya, que ni siquiera existía. Hacía unos años, había perdido un hijo tras una agresión física que recibió de su exmarido. Luego encontró a Mathias, pero estaba claro que ni siquiera con él iba a poder formar una.

Herrera no perdió el tiempo. «Yo en teoría habría acabado mi turno hace un buen rato.» La intención era la de saltarse un compromiso incómodo que no habría sabido llevar. Era tan torpe que no quería jugarse la vida. ¿Cuándo habría vuelto a tener la oportunidad de acompañar por la ciudad de Málaga, en plena noche, a una fascinante mujer? Y aún así, el temor de no estar a la altura, de parecer tonto, eliminó en un instante la alternativa tan estimulante. Habría acabado en un bar del puerto emborrachándose, con una llorera, por lo torpe que era con las mujeres.

«Me gustaría ir dando un paseo.» Dirigió a Bueno una sonrisa forzada y se despidió de Herrera poniéndole una mano sobre el hombro. Las mejillas del policía se encendieron y él se maldijo. «¿Dónde está la Burguesita?» Bajó del coche con la maleta y esperó a que alguno de los dos le dijera por dónde tenía que ir. No quería ser una carga para nadie.

«No es una buena idea. Suba al coche.» Bueno le quitó de las manos la maleta y la puso en su maletero. Luego se despidió de su compañero. «Herrera está libre.»

Arrancó el coche y dejó la Plaza de Toros a la derecha. Siguió por el Paseo Reding y vio pasar por la ventanilla la entrada del cementerio de los Ingleses. Le recordó al entierro del padre de Camilla Márquez. Ahora descansaba tranquilo.

No afrontó el argumento con Marina para no añadir más tristeza en el ánimo de la mujer. Era evidente que ya estaba mal por sus cosas.

«Tengo una idea.» Bueno le sonrió mientras las farolas iluminaban sus caras de forma intermitente.

«No me gustaría hacerle perder mucho tiempo.» Se percibía la melancolía. «Me ha parecido entender de la llamada que ha recibido, que su hijo le está esperando.» Se justificó. «Sin quererme meter en su vida personal.»

«Sin ningún problema. No es un secreto.» Se paró para dejar cruzar a una pareja.

«No, claro.»

El mar estaba a poco más de 10 metros y había decidido que la iba a escuchar. La costa, dejándose acariciar por las olas, se dejaba quitar el maquillaje del día, revelándose solitaria e íntima. Marina se sentía frecuentemente así. Tenía que aparentar ser fuerte e invencible con el resto del mundo, pero la parte más espiritual de sí misma reclamaba espacio. Al final *solo* era una mujer, no podía aceptar que nadie se olvidara de ello. No lo habría permitido.

«¿Entonces? ¿Quiere oír mi idea?» La voz de Ronald Bueno la devolvió al mundo real.

«Dígame.»

«Propongo que lleguemos a mi casa lo antes posible, en cinco minutos estamos allí, ponemos en marcha el microondas y hacemos rápidamente un par de llamadas a los hoteles de la zona. Cuando hayamos cenado, le llamo un taxi y nos volvemos a ver mañana en espléndida forma.» Le lanzó una mirada y la vio perpleja. «Cuando mi hijo duerme es un lirón, pero no querría que se despertara y que no estuviera.»

«Sí. No es necesario que pierda tiempo también conmigo.»

«También tengo una cierta responsabilidad con usted.»

*Ya que alguno se ha descargado de ella,* pensó ella.

«¿Tengo alternativa?»

«Ninguna» le dijo encogiendo los hombros.

«Vale.»

Pensó que Bueno sabía cómo hacerlo. Había sido capaz de rebajar la tensión de la tarde en pocos minutos. No sabía explicarse el motivo, pero se sentía segura. Era un hombre desenvuelto y discreto, y no le costaba demostrar una natural vitalidad inteligente. Marina había vivido una vida difícil y deseaba apoyarse en un hermano mayor que la protegiese en los momentos de oscuridad, y el español, a primera vista, parecía hecho a su medida.

La diferencia de edad, que le parecían más o menos diez años, habrían sido un pozo del cual poder extraer consejos y advertencias, antes de tenerlos que vivir en la propia piel. Si hubiera sido su hermano mayor, a lo mejor, la habría puesto en alerta con Mathias y de sus periodos negros.

El Peugeot giró a la izquierda y se preparó para escalar. La Calle Rocío rodeaba un acantilado rocoso como una pitón a su presa, desde abajo, subiendo hasta la garganta. Aumentó la marcha y recorrió los últimos 500 metros que le separaban de la casa.

Cuando llegó al número 47 se paró y esperaron a que la puerta metálica se abriera. Una vez dentro del garaje bajaron del coche y él la invitó a subir por las escaleras para llegar al primer piso.

El gran recibidor, utilizado como salón, estaba iluminado por un tenue nacimiento de luz. Marina se dio cuenta de que provenía de la televisión encendida adrede. Una música de fondo alegraba el ambiente.

Bueno abrió la puerta principal desde el interior y salió a recoger un puñado de llaves bajo un jarrón de barro cocido, todavía caliente de los abrasadores días de verano. Marina dio una ojeada más allá de donde estaba el policía y vio como la luna se reflejaba en el Mediterráneo. El panorama que se podía admirar desde aquella posición, era extraordinario. Solo había tenido que escalar una decena de metros.

Como todas las cosas, era suficiente cambiar de perspectiva con la que se mira, para verlas diferentes, a veces mejores.

A veces.

Otras no. Simplemente la relación con Mathias, analizada desde la distancia, podía parecer totalmente otra cosa respecto de lo que se había imaginado que vivía.

«¿Le gusta?» Bueno la pilló admirando.

«Se cuida muy bien, inspector» le respondió indicando la maginífica vista de la Playa de la Caleta.

Le recitó una expresión melancólica mientras cerraba la ventana blindada.

«La compramos cuando mi mujer estaba embarazada de Gabriel... antes de que nos dejara.» Dirigió su mirada hacia una habitación. «Perdóneme.» Se acercó en silencio a la puerta y la abrió lentamente. En el interior no había ninguna fuente de luz artificial, pero la claridad de la luna no permitía a la oscuridad reinar.

Marina vio el amor de un padre.

Bueno estaba de espaldas. Lo miró mientras apartaba la sábana y la arreglaba con delicadeza. La delicada mano se movía con un gesto afectuoso y lento. Le dio la sensación que intentaba pedir perdón a su hijo por el poco tiempo que pasaban juntos. Por último se agachó sobre él para darle el beso de buenas noches. En la frente. Ella lo habría hecho así.

Enseguida se sintió mal por haber violado un espacio que no le pertenecía, por haberse ilusionado con que formaba parte de él, de alguna manera. Se sintió intrusiva, por el momento tan íntimo al que estaba asistiendo. Tendría que haberse alejado, a lo mejor salir de la casa. Sin embargo, no lo hizo.

Disfrutó al observar el cariño con el que la habitación había sido decorada, a medida de un niño. Los cómics que se veían sobre la cabecera de la cama habrían llevado a Gabriel a seguir un camino más creativo y menos peligroso que el del padre. En las aspas del ventilador, colgado de la pared, colgaban objetos decorativos que bailaban como un millón de bailarinas, solo para hacerle compañía durante las noches en las que el padre no podía estar con él. En aquel momento estaban inmóviles.

Bueno salió cerrando la puerta con una expresión apagada y ella lo envidió. No se había imaginado cuantos problemas y dificultades debe afrontar, cada día, un padre en sus condiciones. Solo había visto que él era padre. Mientras ella no. Se sintió culpable de nuevo.

«No es una tarea fácil.»

Fingió que le pillaba desprevenida. Y se volvió a reñir por un comportamiento poco delicado. «Perdone, no habría debido.»

Él se encogió de hombros. «No se preocupe. Es que me atormenta el hecho de no poderle dedicar más tiempo.» Suspiró. «Aunque nos escondamos tras de la excusa del trabajo, los remordimientos te asaltan todos los santos días. Tengo el deber de garantizarle una vida digna, pero querría estar más presente.»

Le señaló las escaleras de caracol detrás de ella. «Teníamos proyectos diferentes, hace algunos años. Ahora los hemos modificado.» Eliminó el velo

de melancolía rápidamente, aunque tarde para que ella no lo hubiera captado. «Hemos reorganizado los espacios para hacer sitio a dos habitaciones. Aquí tenemos todo lo que nos sirve.»

«Más que digno, si me permite.» Marina habría vivido en el porche con un saco de dormir.

«Me gusta que lo piense usted también. En septiembre empezaremos las obras para dividir las dos plantas en dos casas independientes. He hecho números: si consigo alquilarlo todo el año, podré pedir un cargo de menos responsabilidad y, por ello, tendré más tiempo para dedicárselo a Gabriel.» Girándose, la invitó a que lo siguiera. «Aún tengo que hablarlo con los compañeros...»

«Le deseo que pueda cumplir sus proyectos, os lo merecéis. Y si me está pidiendo que sea discreta, le digo que no tiene de qué preocuparse.» Le lanzó una sonrisa sincera. «Esta conversación nunca se ha producido.»

Ronald rió a carcajadas, y se impresionó por como le salió de natural, no obstante estuviera desentrenado desde hacía tiempo.

Apagó la televisión y encendió enseguida la cadena musical. «Duerme mejor con música de fondo.»

«Nada que decir» le respondió.

«Venga.»

Pasando la zona dedicada a recibidor y salón, entraron en la cocina, en el fondo, en una esquina, a la derecha de la entrada. Encendió la luz con el interruptor de la pared. La estancia no era muy grande. Se veía que había sido reducida y que las paredes que la dividían del resto de la casa, las habían hecho hacía poco tiempo. Había sitio para una pequeña mesa, que en caso de necesidad se habría podido alargar y acoger a los invitados, pero habían solo dos taburetes.

Ronald cogió un par de vasos del estante de la vajilla. Dudó un segundo y cogió una botella de la estantería de los vinos. La mostró a la colega teniéndola en equilibrio con la palma de la mano. «No me malentienda, no es mi intención emborracharla, pero querría que se acordara de mi hospitalidad no solo por la comida que ponga en la mesa.» La miró. «¿Qué hago? ¿La abro?»

Marina se puso cómoda en el taburete y puso uno de sus rizos detrás de la oreja, con garbo. «¿Por qué no? Después de todo si la comida no está a la altura, podría decir que aún así hemos tenido un buen comienzo.»

«Parece que sí.» Ella lo sorprendió mirándola más de lo debido y él se giró para coger el abrebottellas. Marina se sintió avergonzada, que aumentó cuando vio al español sonrojarse.

«¿Verduras a la plancha y croquetas de atún?» Le puso el vino en el vaso y se dirigió al microondas. No tenía otra comida lista que proponerle.

«Tentador, coja uno.»

«La espera es de tres minutos y veinte segundos.»

Dos minúsculos altavoces, colgados en la pared de la cocina, transmitían música jazz. El volumen era bajo, pero se podía apreciar la calidad del sonido.

Marina dio un sorbo al vino rojo y le gustó. «Buena elección.»

«Es un Finca San Miguel del 2006.» Se quitó la chaqueta llena de polvo. «No le diga a nadie que lo acompañamos con croquetas de atún, por favor.»

Ella se rió, luego apretó los labios en el borde del vaso saboreando el gusto intenso. «No entiendo mucho de vinos. ¿Es un grave pecado?» Se sintió más relajada. Con el estómago vacío era el alcohol lo que la relajaba, pero no quería culparse por ello.

«Seré sincero.» Se arromangó las mangas de la camisa, revelando dos brazos atléticos. «No conocer el origen del vino, el terreno en el que ha crecido, la variedad de la vid, la madera del barril en el que ha madurado y el año, es como casarse con una mujer que se ha elegido por catálogo, sin ni siquiera haber hablado con ella.»

«¡Dios mío!» Se mordisqueó un labio. «¿Cómo puedo remediarlo, sin que se me quite el placer de saborear otro vaso?»

«Es suficiente con que lo sepa.» Estaba serio y el discurso lo estimulaba. «Tiene que saber que en la fase de ataque, el Finca San Miguel se presenta con un gusto que recuerda a las frutas silvestres y a los frutos de baya. Es un vino bastante brillante, con un retrogusto amargo, que recuerda al cacao y al café.» Movi6 el índice, como una baqueta de orquesta que dictaba el tiempo de la música. «Y le ahorro la geografía del cultivo, los materiales usados para...»

«¿Puedo coger un poco más?» Lo interrumpió y él se divirtió.

«Le prometo una degustación con mayor conocimiento.»

El temporizador del microondas les recordó que las croquetas de atún y las verduras a la plancha estaban listas para servir. No era el típico plato estivo, pero por la noche se podía aceptar. Sobre todo si el hambre se había convertido en un tormento.

Pasó la comida caliente de la bandeja al plato y le sirvió otro vaso de vino. Luego se sirvió él también y se sentó frente a Marina.

«No me de las gracias y que aproveche.» Le sonrió antes de pinchar una croqueta y saborearla.

«Gracias de nuevo por el acogimiento.»

Tragó el bocado. «Era mi deber no dejarla sola.» Se cogió la barbilla con la palma de la mano, apoyando el codo en la mesa. «Le confieso que su compañía me es muy agradable, entonces le agradezco que haya aceptado mi invitación.» Encogió la nariz. «Había perdido el gusto por ciertos momentos.»

«Por lo que parece ya somos dos.» Lo dijo casi sin darse cuenta, probablemente el vino había impedido filtrar la vena amarga de la afirmación.

«Siento que Novari haya actuado así. Estoy seguro que lo hace para protegerla.»

«Hay algo más, creame.» Lo miró con sus ojos azules, sin preocuparse de que el mensaje podía ser revelador.

«Deje pasar esta fea historia y verá que las cosas se arreglarán.»

«Ya no creo en los cuentos con final feliz, te decepcionan siempre.» En el fondo esperaba que él la contradijera o al menos, intentara llevarla por caminos menos derrotistas. Cuando se dio cuenta que no lo estaba haciendo, se arrepintió de haber sido insensible. «Perdóneme, no lo tendría que haber dicho.»

«Es verdad, cada uno camina sobre sus propias ruinas. Pero algunas, a diferencia de otras, son irre recuperables.» Se levantó y le rozó el hombro. «Si estuviera en su piel, no lo dejaría escapar.» Se acercó con dos platos vacíos que puso en la pila. Se dio cuenta de que estaba molesta y confundida. Le envolvió un extraño sentimiento de culpa, diferente del que había sentido mientras robaba pedazos de intimidad a una familia que no era la suya.

Lo entendió enseguida. Y entendió que Bueno nunca habría podido ser el hermano mayor que deseaba. Le miró los hombros cubiertos por una camisa estrecha y sintió el deseo de tocarlo. Cuando él se giró, Marina no hizo ningún esfuerzo por quitarle la mirada de encima. Tenía las mejillas rojas y una expresión atrevida. Era terriblemente sensual y él se dio cuenta.

Dejó de preguntarse si se estaba comportando así para castigar a Mathias, o si la culpa era del vino. Dejó de preguntarse cuáles serían las consecuencias de si se hubiera abierto y de si le hubiera rechazado. Dejó de preguntarse con qué valor se hubiera mirado al espejo al día siguiente. Dejó que fuera la parte

menos racional de ella misma, la que le guiara, al menos, solo por una vez.

Se levantó, y el pelo, recogido en una coleta, se le puso sobre el hombro. Las manos dejadas caer eran una señal de espera. Los labios, rojos como el fuego, se entreabrieron. Iba a decir algo, pero no sabía lo que era mejor.

*Es un error*, le machacaba una vocecita. Tendría que haber dado un paso atrás, pero vio a Bueno dar un paso adelante. Observándolo de cerca le pareció más fascinante si cabía, aunque reconoció que los años de diferencia entre ellos eran al menos quince. El español le pasó por el lado un brazo y le deshizo la coleta. Aquel gesto tan íntimo la sorprendió, de tal manera que le quitó la respiración. Como si hubiera desaparecido todo el aire de la pequeña estancia.

Alargó los dedos y, desde la base de la nuca, le atravesó el pelo dorado. Ella sintió el calor de su mano en su pequeño cuello.

«¿Qué pasará?» Los ojos oscuros de Bueno la estaban mirando.

Marina no respondió. La mirada hablaba por sí misma. Era el de una mujer llena de deseo. Lo que hubiera pasado *luego*, no podía saberlo. Y no quería saberlo.

Sus labios se acercaron y él cerró primero los ojos. Bueno la apretó contra él y las dos bocas se unieron. El beso fue breve, casi tierno.

Cuando él se separó, ella ya había abierto los ojos. «Aún estamos a tiempo» le dijo.

«Lo sé.»

Habían tendido un fino hilo entre dos rascacielos, y se encontraban en lados opuestos, con un solo pie sobre el cable de acero. Ninguno de los dos había empezado a caminar sobre él para acercarse al otro. El riesgo de caerse era demasiado alto, para ambos.

«Tengo una vida demasiado complicada.» Una caricia le rozó el rostro.

«No quiero crear problemas a nadie.»

«No se trata de eso» le dijo.

«¿Y entonces, de qué se trata?»

Una vieja canción de Brian Adams les acompañó en los pensamientos. Era la versión acústica de un éxito de los años ochenta, con guitarra y flautas.

Le levantó delicadamente la barbilla con el índice. «Es que me siento terriblemente vivo.» Inspiró. «Y me preocupa.»

Marina le respondió con una sonrisa, le apoyó las manos sobre el pecho y empezó a desabrocharle los botones de la camisa. «Si quieres pararme, hazlo

ahora.»

Bueno le cogió las muñecas y ella cambió de expresión. Pero cuando él le empujó las manos hacia bajo, Marina sintió como si el corazón le estuviera bombardeando dentro de la garganta. Los dos estaban caminando sobre la cuerda, sin preocuparse de los riesgos ni de las consecuencias.

Habían decidido abandonarse a la llamada de la pasión. Era una sed recíproca, avariciosa e intensa. Una atracción primitiva que acrecentaba el deseo.

Marina le quitó la camisa, le acarició el torso desnudo, haciéndole sentir las uñas que corrían hasta llegar bajo los abdominales. Le bajó con urgencia los pantalones, luego el íntimo. Con la mano lo exploró enérgicamente. Él tiró la cabeza hacia detrás, ojos cerrados y respiración breve. Luego ella se quitó la camiseta y el sujetador.

Él la volvió a apretar contra él de nuevo, con más energía. Sentía los pezones de los pequeños senos contra su pecho y lo excitaba. Estaba impaciente por unirse a ella. Desnudándola completamente la encontró sensual. Sentía el deber de ceder a las provocaciones y la agarró con fuerza. Ella le envolvió con sus piernas la cintura y él empezó a penetrarla con vigor. Se movían con frenesí hasta que la espalda de Marina impactó contra la pared de la cocina. Estaba mojada de sudor, un mechón claro se le había pegado a la cara, entre los ojos y la nariz. La punta le cosquilleaba la boca. Los blancos dientes mordían los labios, calientes y levemente hinchados, mientras la cabeza, inclinada hacia detrás, tensaba la piel del cuello.

Él no le daba tregua, seguía empujando dentro de ella, hasta que alcanzó el orgasmo.

Con una mano sintió el gemido de pasión, luego le apretó la cara contra su pecho, para que continuara saboreando el placer, en silencio.

Se produjo una larga pausa, en la que los cuerpos desnudos se quedaron unidos en un abrazo, en una muestra de solidaridad por los sentimientos de culpa. Un tenue reflejo de la ventana reflejaba sus cuerpos. Ella se vio las manos en la espalda de él acariciando el dibujo de un samurai con los ojos de fuego. Se sentía como si hubiera encontrado protección en un nuevo guerrero.

A Marina le faltaba el aliento. «¿Hemos perdido el control?»

«Parece que sí.»

Se miraron como si fuera natural una sola cosa: continuar.

Él la cogió de la mano y la invitó a seguirlo. Pasaron por delante de la puerta

de la habitación en la que Marina lo había visto ejercer de padre. Aún estaba cerrada. Se entendieron con una mirada y se metieron en la habitación de Bueno, la de al lado.

Ella lo deseaba otra vez, él tenía que placar a la fiera otra vez. Eran como dos gotas que se acercaron para fundirse. No se volvieron a pedir el permiso, y se exploraron en profundidad, hasta que se saciaron el uno del otro.

Les siguió un largo silencio, en el que ambos exploraron el techo estrellado de una limpia noche.

Marina se reclinó y se giró hacia él. Estaba cansada. «Hemos hecho una buena.»

Parecía que iba a contarle un secreto. «No pensaba que llegaría tan lejos. Y lo peor de todo es que no consigo sentirme culpable.»

«Ya...» Marina se dejó caer sobre el cogín, exhausta.

Él se giró, la vio cerrar los ojos y caer en un sueño profundo. Ahora se habían encontrado a mitad de la cuerda, bajo ellos una garganta infernal. Ahora había que ver quién habría perseguido al otro o si ambos se habrían dado la espalda para volver atrás.

Perder el equilibrio y caer era otra posibilidad.

# CAPÍTULO 14

1 agosto 2010

Era la una de la noche. Daniel Morgan decidió ir al hotel andando. No se habría fiado ni del taxista, sentía el olor del miedo encima de él y por todos lados. La noche había refrescado el ambiente, era un alivio para un hombre que superaba los ciento veinte kilos. Era el único consuelo. Fuera quien fuera el que había matado a Parker, estaba por las calles buscándolo también a él. No podía escapar del pasado, y era la cosa que más lo atormentaba. No podía ni siquiera cambiarlo, aunque lo habría hecho.

El suelo empedrado de la calle subía como una rama de hiedra trepando. El castillo de Gibralfaro se alzaba majestuosamente sobre el acantilado, encerrado por las murallas antiguas y poco iluminado. Los pinos marinos lo rodeaban, para protegerlo y aislarlo del ruido de la ciudad, como un huevo en una cama de paja. Durante las horas de luz presumía de innumerables sombras verdes, pero en aquel momento parecían cubrir la joroba de un monstruo durmiente, por el manto espeso y oscuro.

Una rama, balanceándose frente a él, animado por fuertes ráfagas del Maestrale, estaba invadiendo los confines del sendero. Parecía el brazo de un esqueleto que lo llamaba hacia él. Quizá el espíritu de James Parker quería devolverle el favor y estaba intentando ponerlo en alerta, pero el sonido inquietante parecía más una queja furiosa del más allá que una advertencia.

*Acabarás en el infierno tú también, Morgan.*

Se resignó, ningún espíritu le habría revelado el retrato del asesino, donde estuviera, o donde lo esperase para matarlo.

Aceleró el paso y sintió los gemelos quejarse. El sendero seguía subiendo,

mientras el castillo y sus luces eran engullidos por la vegetación que cubría la vertiente árida del acantilado, el de frente al mar. El ruido de un avión en fase de aterrizaje le recordó que faltaban pocas horas para su embarque a Miami. Sonrió. Luego la aeronave se alejó y todo se dispó de nuevo. El silencio era tan molesto que retumbaba en las orejas.

Hizo una mueca, pero la expresión cambió en un segundo.

Se dio cuenta de dos ojos encendidos como el fuego que lo estaban mirando desde la oscuridad. Se le puso la piel de gallina en los brazos como si fuera un erizo asustado. Se bloqueó.

Una sonrisa desafiante lo proyectó al instante en el reino de los muertos.

«¡Eh, campeón!, ¿quieres darle una calada?»

Un chico y una chica, uno al lado del otro, apoyados en el robusto tronco de un pino. Estaban fumando marihuana. Habían sido las cenizas del porro lo que le habían asustado. Ningún monstruo con los ojos como fuego lo estaba esperando para quitarle la vida.

*Aún no*, se dijo.

Acercándose, les lanzó una mirada amenazante. No fue necesario decir ni una palabra más: cuando se les acercó, se dieron cuenta de la planta y volvieron a meterse en sus cosas.

Morgan estaba cerca del hotel, pero las piernas le suplicaban una tregua. Se paró frente al mirador, dio una rápida ojeada a la Málaga durmiente y al puerto. Se habría despedido de ellos para siempre al día siguiente, desde más arriba. Con las nalgas aplastadas sobre el sillón de primera clase, habría sido más descarado con la ciudad española. Ahora no lo quería ser, como si exteriorizar la propia valentía pudiera representar una imprudencia y despertar los espíritus de los muertos.

Miró a su alrededor, esperando que las ramas se giraran hacia él, con los finos brazos deseosos de acariciarlo en un abrazo mortal. Lo habrían envuelto, arañándole la piel oscura y haciéndolo sangrar, mientras una risa diabólica habría sonado de fondo. Habrían apretado a su presa, haciéndole explotar las entrañas, antes de sofocarlo.

Extraños juegos de la mente.

Málaga había acogido los restos de Parker con deshonor.

Una adopción ilegítima y despreciable. El origen del mal erradicaba en un pasado lejano y una enorme parte de responsabilidad le correspondía, porque si hubiera matado a Moe con un poco de inteligencia, en vez de agredirlo

durante el turno, las cosas habrían cogido un camino diferente. Probablemente no habrían cogido ningún camino. Y ninguno habría ido a escarvar en un pasado de hacía treinta años.

Parker era un abogado de mierda, aquello no estaba en discusión, pero él se reprochó al haber cometido el error más grande de su vida.

*Quizá el segundo*, pensó tocándose el pecho.

No que se sintiera mal por su muerte, ese pensamiento no lo había tenido nunca, pero le atormentaba la idea de poder compartir con él el mismo final. Y en aquel caso, la gran cantidad de dinero por la que se había dejado comprar por el fundador del despacho Parker & Mild, para salvar el culo del hijo, no habría servido para devolverle a la vida.

Había empezado todo el 8 de septiembre de 1979, y el recuerdo de aquel maldito día, en vez de alejarse, lo estaba corroyendo por dentro. La casa de Mendoza estaba en llamas, qué narices había pasado, aún era un misterio. Él iba en uniforme y un metomentodo estaba haciendo fotos. Actuó por impulso, y siguió a Moe hasta su casa, luego le pegó una paliza nada más se dio cuenta que el periodista había metido la nariz donde no le interesaba. Las fotos colgadas del hilo mostraban *sus* encuentros en la casa Mendoza. Aquél capullo le estaba siguiendo con la misma pasión que un fanático de telenovelas que no quiere perderse ni un capítulo. No se conseguía identificar ninguna cara, ningún rostro, aún así Morgan se había reconocido en una foto, mientras estaba de espaldas. Suficiente como para medir la peligrosidad del material fotográfico. Había pensado que era necesario hacer limpieza, pero antes tenía que esperar a que la acusación pública las viera para formular la imputación. Parker luego habría tenido que reemplazar parte de aquel material con otras fotos, para complicar posteriormente la posición de Moe. Había insistido en hacerlo en persona, pero se descubrió, solo durante el proceso, que no lo había hecho. Las pruebas de cargo de su defendido, desaparecidas. Nada.

Si el intento era demostrar al padre las propias dotes forenses, se había equivocado. Fue procesado por ocultamiento y sustracción de pruebas de cargo de su defendido. El despacho Parker & Mild tuvo que intervenir para evitar que un escándalo en la familia pudiera influir en la reputación del despacho, muy cuestionada desde hacía tiempo. Con Morgan llegaron enseguida a un acuerdo económico que cubriera los daños del inminente despido de la Policía de Miami, cosa que ocurrió pocos días después de su

declaración. Y la negligencia de un policía corrupto condenó a un periodista inocente.

Ya no era solo un recuerdo. La barrera del tiempo se había roto y el pasado estaba envenenando el presente.

El silencio lo acompañó hasta el hotel, al lado del castillo de Gibralfaro, sin que ningún espíritu malvado *cuidara* de él. Entró pareciendo más tranquilo. Se acercó a la recepción, se vió reflejado en dos espejos cuadrados, enmarcados por un marco de madera oscura. Parecían una vieja gloria de los Miami Heat, contratados como testigos contra el alcohol y la comida basura. Como si dijeran "No hagáis como yo. Cuidaros vuestro cuerpo, comed bien y haced deporte."

La recepción le recordaba a la armadura de un castillo. Los dos lados estaban levemente levantados respecto a la parte central. El color rosa de la tapicería contrastaba con el dibujo de hiedras trepadoras. El mismo motivo se repetía en la pared de la parte posterior, esta vez impreso sobre un fondo a rayas verdes y beige.

«Bienvenido, señor Morgan.» La voz de la chica era más un susurro. Lo estaba esperando.

«Mi llave, por favor.» Tenía prisa por irse a la habitación.

La joven se sentía incomoda. «Solo un segundo.» Le mostró una carta cerrada. «Este mensaje es para usted. Me han recomendado que la leyera enseguida.»

Él la miró. Por detrás, el número de su habitación estaba escrito a mano con boli azul. «La leeré.» Puso su brazo oscuro en el banco de la recepción, con la palma descolorida pidió la llave. Quería la llave.

«Me han pedido que me asegure de que la leyera.» Le pedía un poco de comprensión. Era nueva y no quería perder el trabajo.

Morgan no tenía intención de cuestionarla. Pasó la uña por debajo de la solapa y abrió la carta. Sacó el folio de la carta y la abrió. Fuera quien fuera el que la escribió, no tenía una buena caligrafía.

*Póngase en contacto inmediatamente con la Policía de Málaga.*

*Urgente.*

Al final un número de teléfono fijo.

Entonces la Policía ya lo sabía.

No se extrañó. Habían sido más rápidos, respecto a sus previsiones. La situación se complicaba, y cualquiera que fuera la causa por la que lo relacionaban con la muerte de Parker, ahora ya no podía escapar. Era parte de la historia.

Pidió las llaves y se despidió de la chica, sin manifestar la más mínima alteración en su humor. Subió las escaleras y entró en su habitación. Nada más cerró la puerta encendió todas las luces. Una rápida ojeada, sin mover un paso.

Había silencio.

Por un segundo pensó en llamar a la Policía.

*Pésima idea*, se dijo. No le habrían dejado coger el vuelo para Miami. Faltaban pocas horas, podía resistir.

Con cautela abrió la puerta del baño y miró dentro. Los sanitarios brillaban y se sentía aún un fresco perfume de lavanda. Estaba todo en orden. Dejó la luz encendida y se acercó a la cama matrimonial. Como un bisonte herido se agachó sobre la alfombra y miró debajo. Ningún asesino lo estaba esperando para atacarlo. Se levantó emitiendo un gruñido, fue al armario y lo abrió. Pensaba que algún traje colgado no lo habría matado. Controló hasta que las ventanas estuvieran cerradas.

Pronto se habría liberado de aquella molesta compañía.

No podía seguir viviendo paranoico y aterrorizado.

Se quitó el equipaje sudado de los Miami Heat y lo apoyó sobre el respaldo del sillón. Dio una ojeada por el balcón e hizo como si no apreciara las vistas de Málaga, en versión nocturna. Encendió el aire acondicionado, regulándolo a 18 grados. Entró en la ducha y se quedó bajo el agua hasta que no sintió que la grasa resvalaba de su piel. Se lavó los dientes, se puso unos calzoncillos y dio una última vuelta a la habitación.

Tener las luces encendidas solo habría complicado el sueño. Las apagó, miró el teléfono y se tumbó sobre el colchón.

Cerró los ojos, y el chorro de aire gélido lo acarició transportándolo al mundo de los sueños.

Se imaginó la cabalgata triunfal de los Miami a la conquista de la Eastern Conference, guiados por las proezas de la nueva estrella, LeBron James. El chisporroteo de las salchichas en la nueva barbacoa, los perritos calientes condimentados con salsa de sénape, ríos de cerveza para beber, directamente

del cuello de la botella. El título de la NBA estaba a un paso. La última batalla, la mejor de las siete finales y los Miami habrían hecho historia.

Morgan no tuvo tiempo de disfrutar del resto del sueño.

Se despertó empapado de sudor, sin darse cuenta de cuánto tiempo había dormido. A lo mejor una hora, dos como mucho.

Sintió las sábanas pegadas en la espalda, el ambiente estaba estancado y húmedo. Se levantó haciendo chirriar los muelles del colchón. La respiración era corta y los latidos estaban acelerados. Por un segundo pensó en un infarto, pero no advirtió ningún dolor en el pecho.

Solo hacía calor.

Pero era una canícula asfixiante.

Un largo e intenso gemido hizo vibrar los cristales de las ventanas. Era la alarma de un barco que estaba atracando. El sonido era claro, aunque lejano. Levantó el brazo y se dio cuenta que la rejilla del aire acondicionado escupía aire caliente. Quizá era el infierno.

Hizo un movimiento para coger el mando en la mesilla de noche, pero se quedó inmóvil.

Un agujero en el cristal del balcón, como un puño de grande, llevaba al interior el ruido del motor del aire acondicionado.

Lo entendió.

Y se sintió casi aliviado de estar a un paso de la muerte. Paradójicamente, la incertidumbre le daba más miedo.

«¿Dónde estás?» Los ojos se estaban acostumbrado a la oscuridad. Esta vez la sensación de estar siendo observado no era una broma de la mente.

Había alguien. Se sentía la respiración.

Se incorporó de la cama y fue en ese momento cuando lo vio. Estaba sentado en el sofá, y la poca claridad que provenía de fuera definía su contorno. Era una sombra negra, inmóvil. Eran sus últimos segundos de vida, no sabía cómo jugárselos, pero le aliviaba el no tener que decidirlo él. No tuvo ni siquiera tiempo para coger aire para chillar.

Un rayo.

Y del mango del silenciador se levantó una nube de humo que llenó la habitación de un fuerte olor de quemado.

El calor fue la última sensación que saboreó antes de morir. El reguero de sangre que le caía de la frente agujereada, era densa y corposa. Ardiente.

«Que los espíritus sin corazón te atormenten para toda la eternidad,» Se

acercó al cadáver. «Tú no has tenido piedad por sus almas, te deseo que ellos no la tengan contigo» susurró.

No tenía mucho tiempo.

La situación se estaba complicando también para él y el círculo se estaba estrechando. Lo que había empezado, tenía que acabarlo, ahora la teatralidad ya no era una prioridad. Le quería haber reservado un tratamiento más sofisticado, pero era inútil arriesgar. Los tiburones del Mediterráneo no se habrían saciado de los tejidos grasos que cubrían las piernas de Morgan. El cadáver no se habría movido de la habitación y la Fisherman Bertram 630 no se habría ido por ahora.

A él, el calor no le incomodaba.

No se preocupó en bajar la temperatura. La única exigencia era mantener encendido el motor del aire acondicionado colgado en el balcón. Habría ayudado a cubrir el ruido. Controló que el móvil de Morgan estuviera apagado, luego se deleitó con la escena y dejó todo como estaba. Encendido.

El enorme cadáver de la víctima yacía ahora sobre la cama, desordenada. Lo arrastró por los pies, la cabeza rapada cayó hacia delante y se paró cuando los hombros cayeron sobre la cama. Como si estuviera otra vez durmiendo. Mirándolo se dio cuenta de que no tenía ningún sentimiento, ninguna emoción. Había placado el odio, quitándole la vida. De las penas eternas ya se habrían encargado otras personas; a las puertas de la ultratumba se habría formado una fila para acogerlo.

Una sonrisa desafiante le atravesó el rostro. Sentía que tenía el control total de la situación. No temía a nadie. Solo tenía que hacer unos cálculos con el tiempo.

Cogió una sierra oscilante y la colocó en el pecho de Morgan.

Con la otra mano puso encima un cojín y lo apretó. La finalidad era silenciar el ruido y taponar la sangre. Encendió el utensilio quirúrgico y entró. El esternón cedió enseguida, demostrando una habilidad de la que se sintió orgulloso. Quitó el cojín impregnado de líquidos corpóreos y, con fuerza, abrió las costillas.

Estaba abierto como un animal en el matadero.

El músculo cardíaco pompaba todavía.

Sus ojos brillaban; el corazón ahora era vulnerable, incluso fácil de extraer. Cortó primero la aorta, luego la vena y la arteria pulmonar, y por último la vena cava.

Por el momento dejó todo dentro, alargó el brazo del muerto y le abrió la mano, con la palma desteñida mirando hacia arriba. Cogió el corazón y lo colocó ahí. Le vio hacer las últimas contracciones, luego dejó de latir.

Los últimos chorros de sangre llenaron la larga mano, resbalaba entre los gordos dedos transformándose en finos ríos. Cogió la cantidad necesaria y dejó un mensaje en la pared de la cama. Recogió sus cosas, cogió una bolsa llena de dinero, se quitó los guantes, se enjuagó la cara y se cambió de ropa. No eran aún las 5 de la mañana.

Antes de salir se acercó al cadáver, como si aún pudiera escucharlo. Se aclaró la voz. «Querido Morgan, cuenta a los muertos que te ha mandado al infierno Mikey el tiburón.» El tono era de rabia. «Y pronto le tocará a aquel sucio policía, que te hará compañía.»

Llegó al balcón, saltando sobre la cama y se diluyó como un cuervo en la noche.

En la habitación el cuerpo yacía con el tórax rajado.

Podía parecer una masacre, y en cambio acababa de producirse un enorme gesto de misericordia. Morgan lo habría apreciado: los sentimientos de culpa que lo oprimían habían encontrado una vía de escape, abandonando definitivamente su cuerpo desgarrado.

Ahora descansaba en paz, allá donde estuviera.

Hasta en el infierno.

Bueno era consciente de haber perdido el control, de haberse abandonado al placer sin preguntarse cuáles serían las consecuencias a afrontar. El cuerpo caliente con quien dividía la cama aún olía a pasión. Sentía que no podía dejar pasar la oportunidad, pero no quería ni siquiera que condicionara su existencia. Su familia tenía prioridad sobre todo lo demás, y no habría permitido ninguna excepción. ¿Marina Bruni era una distracción o un gran apoyo? Decidió razonar sobre la policía en otro momento. El teléfono estaba sonando. Fuera, la noche no había aún levantado el oscuro telón.

Vio el número y puso el altavoz.

Respondió. «Bueno, dígame.» Aprovechó que tenía las manos libres para vestirse y despertar a Marina. Una llamada a aquellas horas de la noche no podía traer buenas noticias.

Le tocó el hombro desnudo, pero estaba en letargo. Insistió hasta que la vio volver en sí misma. Era guapa hasta desordenada. Le susurró que estaban en

altavoz, para quedarse en silencio. Nada más volvió a conectar, asintió. Pensó que no quería despertar al hijo, en cambio no quería hacer saber a quien estaba al otro lado del teléfono que había pasado la noche con ella. Lo intuyó enseguida.

«Inspector, soy Santiago. Martino acaba de tener una crisis.» Un pausa.  
«Tenemos miedo de que haya por ahí otro cadáver.» Su voz estaba agotada.

«¿Puede hablar?» le preguntó Bueno, impaciente.

Marina se levantó de la cama completamente desnuda. Estaba muy incómoda. Se cubrió con la sábana y se quedó escuchando.

«Por el momento no. Está como catatónico, no responde a ningún estímulo. A lo mejor convendría llamar a una ambulancia.»

Bueno maldijo en voz baja.

«Díganos usted...» Santiago se quedó a la espera.

«Controladle la tensión y las pulsaciones. Si los valores son aceptables, esperamos.»

«Como quiera.»

«Cuando pasó, ¿estaba presente?»

«Por desgracia sí...» La voz se convirtió en un tormento.

«¿A qué hora?»

«Hace pocos minutos.» Estaba reviviendo con preocupación los momentos que acababa de vivir. «Lo he oído chillar y he corrido hacia su habitación. Lo he encontrado de pie frente a la cama, con el brazo levantado. Parecía que estuviera apuntando con un arma. Luego se ha agachado en la cama y ha empezado a taponar la frente con la mano.»

El inspector español lo interrumpió y miró a Marina. «No se estaba taponando la frente» dijo a ambos. La policía le reservó una expresión dudosa. «Se estaba tocando la frente porque lo estaba buscando.»

«¿Buscando el qué?»

«El proyectil en el agujero» rebatió.

Marina sintió cómo se le ponía la pie de gallina bajo la sábana de algodón.

«Espere, inspector. Parece que se esté recuperando» le comunicó el policía desde el otro lado del teléfono.

«Pásemelo.»

Una voz ronca e histérica se oyó a lo lejos. Le siguió un golpe de tos y un escupitajo. Eran más claros. José Luis Martino había cogido el teléfono de las manos de Santiago.

«Ese hijo de puta le ha disparado en el cerebro y le ha hecho un agujero en la frente como el tamaño de una moneda.» Inspiró. «Es como si aquella mierda de proyectil hubiera acabado en mi cabeza.»

«¿Cómo se encuentra ahora?»

La risa pareció un silbido. Se hizo el serio. «Te digo lo que quieres oír, total a vosotros los policías no os interesa otra cosa.»

Escupió al suelo. «Una habitación de un hotel, un hombre con una pistola. Boom, un agujero en la frente del gordo, ríos de sangre, una frase en la pared, una voz.»

«¿Ha oído lo que decía?»

Era irreverente. «Eh, inspector, tengo la sensación de que no habéis llegado a tiempo, ni siquiera esta vez.» Sonrió. «Querido Morgan, cuenta que quien te manda al infierno ha sido Mikey el tiburón. Más o menos el concepto era ese. Ah, me olvidaba. Ha dejado un pequeño recado para un policía. Para... No recuerdo más.» Lanzó el teléfono al suelo y maldijo a todos los dioses de todas las religiones. El mensaje era que quería que le dejaran en paz.

«Inspector.» Santiago volvió a coger el teléfono.

«Comunique a los compañeros que vayan al Parador de Málaga, en la cima de la montaña Gibralfaro. Llame al hotel y dígales que controlen el número de la habitación con reserva a nombre de Daniel Morgan. Nadie tiene que meter los pies ahí dentro antes de que llegue la policía. ¿Está todo claro?»

«Lo haré inmediatamente.»

«Una última cosa. Martino está bajo presión, estad con él, pero no dejadlo salir, ni siquiera escoltado.»

«Vale.» Cerró la conversación.

Bueno se giró hacia Marina. Se miraron fijamente intentando descifrar sus emociones. Los dos, la noche que acababan de pasar, las investigaciones, el cadáver, Novari, Mikey el tiburón. Era una situación absurda, jodidamente complicada.

«Empecemos por hacer nuestra relación menos formal. Hemos follado, entonces podemos tutearnos.» El sarcasmo de Marina lo pilló desprevenido. «Estabas presente, ¿o me equivoco?»

«¡Hemos hecho una gilipollez!»

«Ese es *tu* punto de vista» le advirtió él.

«No veo otros. Te conozco de menos de un día, no se puede decir que haya sido una cosa meditada.»

«No tiene por qué serlo obligatoriamente.»

«No sé nada de ti.» Bajó la voz. «Y lo poco que sé, me asusta.»

«Todas las nuevas situaciones que se afrontan dan miedo.» Por un segundo imaginó que estaba cara a cara con Mikey el tiburón. Y sintió un escalofrío de terror.

«No lo tendría que haber hecho.»

«Has hecho lo que sentías que tenías que hacer.»

«Y he hecho una gilipollez» rebatió con seriedad.

«Yo volvería a hacerlo de nuevo.» Era sincero.

Le siguió un incómodo silencio.

Marina estaba aturdida. «¿Podemos cerrar el discurso?»

«Prométeme que volveremos a hablarlo.» Tenían otras prioridades, pero no quería que el tema desapareciera.

«Haré lo que pueda.»

Le sonrió, y él lo apreció.

Bueno salió de la habitación, controló que la puerta de la habitación de su hijo aún estuviera cerrada, y se ocupó de recoger todas sus prendas tiradas por el suelo de la cocina. Volvió con ella.

Después de haberse vestido, volvieron a ser dos colegas. Como si haber tapado sus cuerpos hubiera escondido las partes más íntimas de sus almas.

«¿No crees que ha sido un error haber dejado decidir a Morgan si llamar a la policía o no?» Era la pregunta más lógica que podía hacerle, pero sonaba como una riña.

«Creo que era la única opción» le respondió con decisión.

«No estoy de acuerdo. ¿Puedo preguntar por qué no pusiste medidas de protección?»

Bueno intentó hacérselo entender. «Estamos hablando de un sujeto con el pasado oscuro, seguramente no un santo. Nosotros le hemos dado la oportunidad de protegerse, podía aprovecharlo. Muy a mi pesar, pero está claro que no era bienvenida nuestra presencia. Si se hubiera dado cuenta que lo estábamos vigilando, habría desaparecido.»

«Pero aún estaría vivo.»

La miró como si fuera una ingénua. «Por cuanto tiempo, ¿te lo has preguntado? ¿Cuántas horas? ¿Cuántos días? ¿Una semana? Tenía el destino escrito. Y nosotros teníamos el derecho de aprovecharnos de la única ventaja que poseíamos: saber dónde estaba.»

Marina no entendía. «¿Entonces por qué no delegar en alguien del hotel para que nos avisara cuando volvía?» Se encogió de hombros.

«Solo tenían que esperar a que subiera a la habitación y luego hacernos una llamada. Morgan no se habría dado cuenta de nada.»

«Él quizá no» y se quedó en silencio, con las manos en los bolsillos de los pantalones limpios. Los había cogido del armario, aún tenían las rayas de la plancha.

Marina aclaró las ideas, pero se quedó impactada. «Me estás diciendo que podríamos haber asustado al asesino, ¿no es así?»

«Era un riesgo.»

Ella se enfadó. Bueno la regañó con la mirada antes de que pudiera chillar. «Joder, no tienes el derecho de jugar con la vida de los demás» le susurró rabiosa.

«Le hemos ofrecido nuestra protección, ¿qué más teníamos que hacer?» Él también estaba perdiendo la paciencia.

«Organicémonos. A lo mejor habríamos cogido también al asesino.»

Él movió la cabeza. «¿Tendríamos que haber organizado una vigilancia, mejor aún, una emboscada, sin saber cuándo se habría producido el delito? ¿Esto es lo que me estás queriendo decir?» No quería faltarle el respeto, pero le ponía nervioso que ella cuestionara su posición. «Pues se podía haber tapizado todo Málaga con mensajes de bienvenida para Mikey el tiburón, con la dirección y el horario de su fiesta sorpresa.» Se tranquilizó. «No estamos hablando de un inepto, por Dios.»

«De todas formas, le hemos permitido matar a otro hombre.»

«Pero estamos más cerca de él» le rebatió.

Marina estaba perpleja. «¿Y de qué modo lo estamos?»

Sabía que la colega no habría apreciado lo que le iba a decir. «Cuando un asesino no se siente perseguido, es más fácil que deje indicios en la escena del crimen.»

Estaba molesta. «¿La muerte de un hombre es un daño colateral?»

«Nosotros tenemos que encontrar al asesino.» Quería ser claro.

«¡Claro! Para evitar que vuelva a matar. ¿No es así?» Estaba envenenada.

«Para evitar que mate a inocentes. Como Novari, por ejemplo. Y si la muerte de Morgan nos ayuda a ello, no haré una tragedia de ello.» luego la miró, con los ojos de un superior. Sin ningún matiz.

De frente al nombre del policía italiano que acababa de pronunciar, Marina

se sintió un poco menos segura . Él le puso una mano sobre el hombro y llegaron a la puerta de entrada en silencio. Nada más salieron, llamó a un taxi. Se quedaron en silencio, admirando la noche que se estaba alejando lentamente.

Marina no dejó de mirar la línea del horizonte, parecía que hubiera una mano invisible que la recalaba. Se hacía cada vez más marcada con el transcurso de los minutos.

Se giró hacia él. «Después de todo no estamos hablando de un santo.» Suspiró. «¿No?»

La mirada de Bueno la reconfortó. «Exacto.»

# CAPÍTULO 15

1 agosto 2010

Los clientes del hotel el Parador de Málaga habían sido despertados en el corazón de la noche y habían sido avisados de un deceso en el interior del edificio. Las órdenes de los propietarios habían sido claras: ningún trabajador debía pronunciar la palabra "asesinato", como si en la época de internet se pudieran esconder las cosas más de diez minutos. Sí, se podía despistar o inventar, pero no era el caso. La Policía les había invitado a que abandonaran sus habitaciones, dándoles plásticos cubre-zapatos para no contaminar la zona. Hasta un idiota lo habría entendido.

Los coches de la Policía, aparcados en el patio, tenían las luces encendidas. El sol, aún tímido como para tapar las demás luces, y en las paredes de la habitación de Daniel Morgan rodaban los destellos azules como si fuera una sala de baile en la que colgaba del techo una bola de discoteca de los años 80.

Pero no había ninguna fiesta, y no había nada que celebrar.

No obstante alguien se hubiera divertido, no había duda, y había dejado señales de ello. Era algo que iba más allá del límite de la tolerancia humana.

Cuando Novari llegó a la entrada de la habitación, miró a Marina que estaba en el interior hablando con los técnicos de la científica. Se cubría la boca y la nariz con la mano, el pelo recogido en una coleta y ni una pizca de maquillaje en los ojos. Iba vestida con la misma ropa del día anterior.

Le molestó comprobar que parecía más integrada de lo que él lo estaba.

Ella se percató de Mathias y se le acercó, dejando libre el campo de visión sobre el cuerpo rajado de Morgan.

«Mierda.» Dirigió la mirada hacia otro lado. Luego cogió aliento y volvió a mirar al cadáver.

«Un matadero» le dijo cuando se acercó.

Novari se dio cuenta de que Marina estaba incómoda. No era una buena situación. Era él.

«¿Morgan?» le preguntó, indicando con un levantamiento de barbilla el cuerpo martirizado. Martina afirmó con la cabeza.

«No me gusta nada toda esta historia.» sacudió la cabeza.

«A mí tampoco» y no dijo nada más.

«¿Por qué no se le protegió?» Una ráfaga de flashes se dispararon en el interior de la habitación.

«Ha recibido nuestro mensaje pero no ha querido llamarnos.» La notita a mano aún estaba en la mesilla, se lo señaló.

Novari entendió. «Ya.»

Marina le vio las ojeras grises que llegaban hasta las mejillas. «¿Has podido descansar?»

«No mucho.»

Lo conocía bastante bien como para entender que ese "no mucho" en realidad quería decir "nada". Habría querido repetir el mensaje de que no era seguro que estuviera en la Calle Victoria, pero prefirió decir otra cosa; lo que había pasado entre ella y Bueno fue porque él no aceptó aquel consejo. «¿Pesadillas?»

«Las de siempre.» Se encogió de hombros. «Con algún cambio.»

«¿O sea?»

No quería darle más importancia. «Esta vez era él quien me disparaba.»

«¿El secuestrador?» Conocía bien la historia y la pesadilla.

Asintió. «Imagino que los hechos de anoche me han condicionado.» Se rascó los duros pelos de la mejilla, pensando en el proyectil que había esquivado por poco. Si no hubiera sido por Bueno, la realidad habría sustituido a la pesadilla, incluso antes de que el inconsciente le pudiera pasar estas malas jugadas.

«Fue un día difícil.»

«No creo que los próximos sean más fáciles.» Lo miró.

«Creo que te debo unas disculpas. Por como me he portado.» Una pausa. «No me tendría que haber comportado de ese modo.»

Marina notó como si se le clavara una espada en el estómago y no consiguió hablar. Pocas veces había sentido el desgarró del remordimiento dentro de ella. Hacía daño. Pero esta vez el dolor aumentaba porque era consciente de

que se sentía más viva que nunca.

Estaba desorientada. Como una surfista principiante en una ola gigantesca. Le faltaba el aliento y no sabía cómo resurgir.

«Aunque sigo pensando que te estás exponiendo a riesgos inútiles» continuó Mathias.

«No volveré a casa» balbuceó.

«Lo imaginaba.» Novari se acercó al cadáver y se olvidó del malestar de su compañera. Estaba convencido que él era la causa. Y lo podía remediar. Si hubiera seguido vivo.

Vivo.

Daniel Morgan ya no lo estaba.

Novari se acercó demasiado y fue arrojado por un hedor malvado que parecía que pertenecía a otros mundos. Fue como un tortazo inesperado. Por poco no vomitó la comida del día anterior, los últimos restos de comida que aún estaban realizando los procesos metabólicos en su cuerpo. Cogió aire por la boca, pero el olor se volvió a sentir.

Ya había visto a un hombre dividido en dos, por la parte del esternón. Objetivamente no se encontraban diferencias sustanciales con un cadáver al que le estaban haciendo una autopsia, pero el contexto y las bruscas formas, habían diseñado un escenario totalmente diferente. Las plumas llenas de sangre que rodeaban el tajo y llenaban el abdomen, contribuían a hacer más surrealista la situación; parecía un gran peluche abandonado porque estaba roto.

Levantó la cabeza más allá del cuerpo despedazado y miró la frase en la pared. Aún no lo había hecho.

Se giró enseguida.

Marina vio los ojos de Novari llenarse de agonía. La interrogó con una expresión alterada, esperando oír algo más. Cuando le vio levantar los hombros, entendió que ni siquiera ella tenía elementos para poderlo hacer.

*Es como el mal.*

Esta vez la frase no estaba grabada en el pecho del cadáver, si no en la pared. Con su sangre.

Ronald Bueno entró en la habitación y fue con sus colegas, esquivando el aspirador que la científica había usado par recoger material para analizar. Iba vestido como un informador médico. Novari encontró que estaba fuera de lugar esa ropa tan elegante , pero se habría sorprendido más aún si lo hubiera

visto en chándal. «Le doy las gracias por haberme avisado» le dijo. Era sincero, pero no era espontáneo.

«Tenemos que utilizar todo lo que esté en nuestras manos.» Mientras lo decía, sus ojos buscaban el cadáver en la cama. Hizo una mueca. «¿Es él?»

Marina se preparó la voz. Tenía que dar la impresión de que estaba segura, profesional. «Sí, Daniel Morgan. El DNI aún estaban en la cartera.»

El español dio dos pasos hacia delante, yendo con cuidado para no entorpecer el trabajo de los técnicos, ocupados en la recogida de muestras de sangre de las mantas. Sobre el cabecero de la cama encontró lo que estaba buscando.

«Es como el mal» susurró para sí.

Riachuelos de carmesí habían decorado cada letra con flujos que se habían resecado, trayectorias verticales que proseguían por el borde cuadrado de madera, pegado en la pared de color miel, y acababan sobre el algodón de las sábanas. Un cojín estaba por el suelo, aparentemente se había salvado de la sangre. El otro yacía al lado del cráneo agujereado, y tenía el mismo desgarró que el del pecho de la víctima. Estaba impregnado de sangre seca. Para lo que fue utilizado y su finalidad, lo tenían todos claro.

Se dirigió al colega italiano. «Espero que ya no es necesario que le convezcamos de las premoniciones de Martino. Esperemos a que el médico nos confirme la hora del deceso para comprobar la simultaneidad de la visión. Es un detalle que nos ayudará a que se convezca.» Mientras lo decía, un escalofrío le subió por la espalda. Quizá había dicho una frialdad.

«Puede ser» respondió Novari.

«Tenemos que pensar en Martino como una fuente segura en nuestra investigación. Si buscáramos comprenderlo con la lógica, acabaríamos por adentrarnos en un pantano, y desperdiciaríamos tiempo y recursos. Créame, nosotros ya pasamos por esa fase. Si quiere explicaciones, lo siento, no las encontrará. Si quiere hechos, es suficiente con que mire a su alrededor.» Buscaba comprensión, no quería convencerlo. «Fíese de nosotros.»

*Una habitación de hotel, un hombre con una pistola. Boom, un agujero en la frente del gordo, ríos de sangre, una frase en la pared, una voz.*

Novari seguía estando confundido, pero menos desconfiado. Después de haber recibido la llamada de Bueno, se le había concedido hablar con los dos agentes que *custodiaban* a Martino en el interior de un apartamento blindado. Un sistema de seguridad de circuito cerrado, grababa las 24 horas del día, los

movimientos del vidente, retransmitía un servicio seguro. Aquella noche Martino no se movió ni un solo metro.

Mathias había recibido suficientes garantías como para tacharlo de su lista de sospechosos. Que lo haya sido por una paranoia o por una lógica escrupulosa, no importaba. El vidente no había estado en la escena del crimen, o al menos, físicamente. Se prometió volver a ver la grabación. Pero solo por curiosidad.

«Tenemos una habitación de hotel, la víctima, corpulenta, ha muerto por el disparo en la cabeza de un arma blanca, hay ríos de sangre, una frase en la pared.» Novari se giró hacia Bueno. «¿Qué decía la voz?»

«He pensado que no era oportuno hablarlo por teléfono.» El inspector español se justificó por no haberle adelantado nada.

«Ahora estamos aquí, dígame.»

Bueno se arregló el pelo de color ceniza. «Querido Morgan, cuenta que el que te ha mandado al infierno ha sido Mikey el tiburón.»

«Esto nos dice poco o nada.» Con el índice parecía que se dibujaba un remolino en la frente. «Y en cualquier caso, no tendremos ninguna confirmación.»

«Le he dicho lo que me ha pedido: lo que el asesino habría dicho a la víctima» se justificó Bueno.

«¿Él cree que nos podía ser útil?» Era una provocación

«Creo que es una ventaja que no se tiene que infravalorar.»

«No nos ayudará a encontrarlo» le cortó Novari.

«No estoy de acuerdo, inspector. Sabemos como se llama, el tatuaje y la pasión por los tiburones. Podemos identificarlo.»

«¿Cómo?»

«Es sin duda un largo trabajo, pero hemos pedido colaboración a las compañías telefónicas y bancos. Este Mikey tendrá que tener algún contacto telefónico o una tarjeta de crédito.»

«Podría ser perfectamente, el diminutivo de otro nombre. Necesitaremos días, incluso semanas.» No eran una hipótesis que lo calmara.

Asintió. «Mientras tanto, tenemos que esperar a ver lo que encuentran nuestros compañeros de la científica, ellos podrían decirnos antes, dónde buscarlo.»

«Dudo de que sea un ingenuo.»

«Yo pienso lo mismo. Sin embargo, aún no se ha visto en el foco mediático, o

sea, que aún duerme tranquilo y sin sentirse perseguido. Se podría pensar que en una situación así, aún no tiene la necesidad de mantener una atención maniática.» Cogió aliento. «La teoría nos dice que un asesino en serie es perseguido en base a los indicios que ha dejado en la escena del *segundo* crimen.» Ahora Marina entendió mejor por qué Bueno consideraba la muerte de Morgan un daño colateral. Se resignó. «En el primer delito es diligente y cauto. Piensa y elabora sus movimientos. Está concentrado. Está viviendo una experiencia nueva y no sabe qué se va a encontrar. En el segundo está eufórico, lo está haciendo de nuevo, se concede algunas libertades y automatiza algunos gestos, sin elaborarlos a consciencia.» Dio una ojeada rápida a la habitación. «Y la probabilidad de que pueda cometer errores, aumenta.» Apretó la punta de la nariz con los dedos, luego se rascó los ojos. Estaba casado. Marina lo intuyó y saboreó, por un instante, un poco de orgullo femenino. Bueno captó los pensamientos de su compañera. Tendría que haberle explicado, que algunas preocupaciones podían marcar el cuerpo de forma mayor que una intensa relación sexual, aunque fueran más grandes y pesadas, por motivos que son obvios. La idea de tener que enfrentarse a Mikey el tiburón era la preocupación que lo atormentaba en mayor medida, mientras que lo que tenía en el corazón era su familia, la llamaba así, aunque fuera solo de dos personas.

El corazón de Morgan estaba en la palma de su mano. La sangre seca había convertido todo en cemento. Para separar el músculo cardíaco de los dedos y meterlo en la bolsa de plástico, Ramonez tuvo que recurrir al bisturí, con el que realizó una incisión. «Tanto la aorta, como las dos venas y la arteria han sido cortadas de forma muy precisa. En un primer análisis no hay desgarros por ningún lado.» Hablaba a través de una mascarilla quirúrgica, las gafas pendían de la punta de la nariz. «Quien ha trabajado el cuerpo, conoce la ciencia de la disección, no hay dudas.» Aunque el sonido de la voz era muy suave, atrajo el interés de los policías.

Novari dio un paso adelante. «¿Podría tratarse de un cirujano?» Era una pregunta vacía de entusiasmo.

El forense se giró, bajó la cara y movió los ojos hacia arriba para ver por encima de las gafas. Se concentró. «Podría tratarse de cualquier persona con una buena preparación y muchas ganas de experimentar. Para entendernos, de ese nivel hacia arriba.» Viendo que estaban perplejos, quiso continuar. «En cualquier caso, es necesaria una limpieza a fondo y un análisis en profundidad.

No se tiene que excluir la figura de un médico profesional, en absoluto.»

«¿Ya has analizado la hora de la muerte?» Bueno se puso las manos en los bolsillos.

«No creo que sea posible.» Se explicó mejor. «El proceso de acidez cadavérica generalmente está influenciada por diversos factores, como la temperatura externa, la humedad y la grasa corporal, hasta aquí no hay nada complicado. Hay muchos estudios de medicina forense que han elaborado fórmulas más o menos fiables para el cálculo de la bajada de la temperatura corporal post mortem.» Los miró. «Pero ninguna de estas teorías serviría para este caso.» Parecía un profesor, ellos unos estudiantes interesados, los sentados en primera fila. «El corte en el tórax de la víctima ha creado una dispersión de calor en el ambiente que no tiene nada que ver con el enfriamiento fisiológico debido a la interrupción de los procesos vitales del organismo.» Concluyó. «Podría ponerle un termómetro en el recto del cadáver, pero luego no sabría cómo interpretar ese dato.»

«Las cuatro y cincuenta y tres. Minuto arriba, minuto abajo.» La voz era del técnico que daba la espalda al balcón. Iba vestido con un mono de polipropileno, blanco, llevaba puestos un par de guantes de látex y estaba trabajando con un smartphone. Frente a las miradas interrogativas, sintió la necesidad de continuar. «La hora de la muerte, las cuatro y cincuenta y dos.»

Marina y Bueno hablaron a la vez.

Se produjo un momento embarazoso, pero no fue percibido. Se miraron rápidamente y ella lo dejó continuar. «Explíquenos, por favor.»

Mostró la pantalla iluminada. «Es el teléfono de la víctima. Lo estábamos examinando y nos hemos dado cuenta que la aplicación de la grabadora aún estaba en funcionamiento.» Estaban todos atentos, Ramonez también, que quería evitar el tener que poner el termómetro en el ano de Morgan. «Acabo de escuchar lo que parece un disparo, probablemente silenciado por un silenciador. El archivo tiene la fecha y el día, he apuntado el minuto en el que sucede y calculado un par de cosas.»

Bueno cogió su teléfono y controló a qué hora recibió la llamada de Santiago. Marina intuyó y esperó en silencio. «¿Puede seguir con la grabación?»

Asintió.

Hizo escuchar a los demás el disparo. Todos estaban de acuerdo de que se trataba de eso. La grabación prosiguió pero lo que se escuchaba era

imperceptible. Algún susurro, algunos crujidos y silencio.

Mucho. Demasiado silencio.

Luego un sonido sofocado sin interrupción durante casi un minuto. Era la espada que había segado el esterón de Morgan. Ramonez lo imitó con gestos y los demás lo confirmaron.

Después se oyeron sonidos secos, recordaban a las papas crujientes entre los dientes, pero se trataba completamente de otra cosa: costillas que se rompían. Luego se reconocía el corte de unas tijeras metálicas. Se oyeron cuatro.

Volvió el silencio pero fue interrumpido enseguida por el chirrido del colchón. Novari miró la frase, imaginándose al asesino de pie sobre la cama escribiéndola.

Otra vez ruidos imperceptibles de fondo.

Silencio.

Camilla Márquez entró en ese momento sin decir ni una palabra. Los vio concentrados escuchando y se unió al grupo. No había corrido y aún así estaba sudada. Marina le reservó una sonrisa. Apreció el gesto y se lo devolvió tímidamente. La atención volvió a la grabación.

Silencio. Otra vez.

Algún crujido lejano, y nada más.

Pero la tranquilidad que había vuelto, fue interrumpida.

Una voz fuerte, forzada, interrumpió cualquier reconstrucción fruto de la imaginación. Ésta era real.

Y daba escalofríos.

*"Querido Morgan, cuenta a los muertos que el que te manda al infierno ha sido Mikey el tiburón. Y pronto tocará a ese sucio policía hacerte compañía."*

Un crujido final y luego un silencio perpétuo.

Novari no movió ni un solo músculo.

Bueno se giró hacia su colega italiano; habría querido discutir con él el valor de esas palabras, pero entendió que no era el momento adecuado. La autenticidad de la visión de Martino ya no estaba en discusión, pero no habría llegado ninguna señal de reconocimiento. Frente a una amenaza de muerte, ninguno habría estado lúcido; era entendible esperarse la misma reacción en Novari.

«¿Después del disparo cuánto tiempo ha pasado?» preguntó Bueno.

El técnico controló la grabación. «Veintiún minutos.»

«He recibido la llamada de Santiago a las cinco y catorce.» Hizo dos cálculos rápidos. «La visión es prácticamente simultánea a los eventos reales» se dijo. Luego dio un puñetazo a la pared.

«¿Qué pasa?» preguntó Marina.

«Se ha producido todo en directo.» Los riñó con la mirada.

«¿No lo entendéis?»

Fue Camilla quien respondió primero. «Jefe, pero esto ya lo sabíamos.»

«Exacto.» Se frotó la mano en la barbilla, nervioso. «Tendríamos que haber utilizado este factor a nuestro favor.»

«¿De qué forma?» preguntó la mejicana.

«Simplemente no tendríamos que haber esperado a que Martino se despertara del estado de trance. Teníamos que habernos movido enseguida. Lo habríamos pillado aquí dentro.» sacudió la cabeza. «Solo era necesario dar órdenes diferentes a Santiago y organizar un equipo de asalto listo para intervenir, no era indispensable esperar a que Martino nos contara lo que había visto, esta vez no. Que Morgan hubiera sido una víctima y esta habitación el lugar del delito era una opción real. Por desgracia he focalizado más la atención en no asustarlo, que en cogerlo en el caso de que hubiera vuelto a actuar.» Estaba desilusionado. «He cometido un error imperdonable.»

Marina intentó tranquilizarlo. «Por lo que sabíamos, Morgan podría haber sido asesinado en cualquier sitio. Esta habitación era solo una opción más de entre muchas otras.»

«No es una justificación: teníamos que prepararnos mejor.»

«Cada uno de nosotros somos responsables. Ha pasado todo demasiado rápido.»

Él la miró, abatido. «No es cuestión de cuánto tiempo, sino de cómo utilizarlo.» Una pausa. «Y yo tendría que haberlo utilizado mejor.»

Marina se sintió apuñalada. El mensaje le había llegado, quizá poco generoso, pero legítimo. Pensó encajar el golpe sin tambalearse, en cambio, sintió toda su amargura. De repente notó una mano que le tocaba el brazo. Camilla Márquez le dirigió una mirada tranquilizadora. Marina se preguntó si fue un gesto de solidaridad entre compañeras o si Camilla había notado la desilusión que traspasaba la esfera profesional. Decidió no indagar para no aumentar sus sentimientos de culpa.

Dos técnicos vestidos de blanco entraron en la habitación, pidiendo un poco de espacio para poder llegar hasta el cadáver. Tenían en la mano una bolsa

cerrada que daba la impresión de que pesaba mucho, aunque por ahora no había nadie dentro. La pusieron de pie sobre la cama y la abrieron; la superficie del colchón estaba casi toda ocupada por el cuerpo de la víctima.

«Hagamos sitio. Girémoslo sobre el lado» dijo un agente.

Dos hombres a los lados y un tercero de rodillas sobre la cama, metieron las manos bajo la espalda de Morgan y le dieron la vuelta. Los enormes hombros lúcidos, color chocolate, parecían eclipsar el pedacito de sol que estaba saliendo. Era como ver un hipopótamo agachado en posición fetal. Un espectáculo antinatural y desagradable.

Camilla Márquez se quedó pálida de golpe. «Perdonad.» Dejó la habitación con la misma prisa que un viajero que está a punto de perder el tren. Fue al exterior del edificio y dio un respiro. El ambiente que se estaba humedeciendo, no la alivió.

Chacón estaba de pie, las nalgas apoyadas en la carrocería del coche patrulla, un cigarro en la boca y un montón de colillas alrededor de los zapatos. «¡Eh, mejicana!» se puso recto. «¿Todo bien?» Camila se acercó, el rostro estaba rígido y la expresión transmitía terror. Movié la cabeza.

«¿Qué diablos pasa? ¿Es por lo que habéis encontrado?» Le cogió la mano y le puso el pulgar en la muñeca. Se dio cuenta de que los latidos estaban acelerados.

«No del todo.» Le temblaba la voz y respiraba con fatiga.

«¿De qué se trata?» En la cara de Chacón se empezó a dibujar la preocupación.

«Juan» lo miró con dos ojos indefensos.

«Te escucho.» Le acarició el pelo y él cerró los ojos por un segundo.

«Esta vez, me siento, de verdad, sola.»

«Ya lo hemos hablado» la interrumpió.

«Ahora es todo diferente.» Estaba llorando.

«Ahora no, mejicana.»

«Sí, ahora» suspiró. «Porque necesito que tú estés cerca de mi, ¡maldita sea!»

«¿Podemos hablar *de nosotros* en otro momento?»

«Yo lo necesito ahora.»

Dos coches patrulla presidían la zona de acceso al edificio. Estaban a unos veinte metros de ellos, y los agentes estaban ocupados en acordonar la zona. Todos los otros compañeros estaban asistiendo al empaquetamiento del

cadáver rajado. La ambulancia que lo tendría que haber llevado al tanatorio no había llegado todavía. En aquel momento no tenían los ojos de nadie sobre ellos, mirándolos.

«Dime qué has visto ahí arriba.»

«Si te lo digo, ya no me puedo conformar con las migajas.»

Inspiró, luego se rascó con el dedo. «Tienes que prometerme que estarás a mi lado.» Chacón se encendió un cigarrillo, pero ella se lo quitó de la mano.

«Esta mierda te matará tarde o temprano.»

«Sería mejor antes que después.» Le guiñó un ojo.

«No tiene gracia. Estoy seria.»

Golpeó el paquete sobre su palma y sacó otro. «Estoy perfectamente, mejicana. Aún tengo los pulmones sanos y robustos, no te preocupes.»

Se encogió de hombros. «Después de todo, no soy tu mujer.»

«Ella ha dejado de preocuparse por mi desde hace tiempo.»

«No hagas el imbécil. Me haces más daño.»

Una ráfaga de Lebeche les golpeó la cara. La seca vegetación, oponiendo resistencia al viento, se hizo escuchar con un violento crujido. Parecía un chillido de dolor.

«No es tan sencillo.»

«Pero tampoco complicado» le recriminó.

«Ya sabes lo que siento por ti.»

«No es suficiente con saberlo, Juan. Ahora, más que nunca, te necesito a mi lado.»

«Estoy trabajando en ello.» Dio una calada que le hinchó la caja torácica. El humo de la combustión del tabaco acorraló afectuosamente los pulmones.

«Quiero creerte.» Pero su cara no lo reflejaba.

«Si tenemos paciencia, se arreglará todo.» Le sonrió, mostrando una dentadura amarillenta, no muy perfecta. El cigarrillo le bailaba entre los labios. «Ahora dime qué es lo que te atormenta.»

Se armó de coraje. «Se trata de mi padre.»

Chacón estaba perplejo. «No entiendo.»

En el balcón de la habitación de Morgan parecían alternarse presencias fantasmales, fantasmas blancos que se movían con frenesí. Llevó la mirada allí arriba. «Lo que está sucediendo... creo que mi padre esté metido de alguna manera o lo ha estado. No sé que coño está pasando, Juan, pero lo que he visto no puede ser una coincidencia.» Tenía la cara tensa, como si la temperatura

hubiera descendido bajo cero.

«¿Te acuerdas la carta que me ha dejado, en la que escribe que ha matado a un chico de diecisiete años?»

Chacón asintió, preocupado. «Sigue.»

«Creo que hay alguna conexión con estos dos asesinatos.»

«No es posible.» Chafó tan fuerte con el pie la colilla que se convirtió un trozo de papel.

«Es así. Por desgracia.»

«Quizá te estás equivocando. Al final estás atravesando un periodo difícil, puede pasar que eso te condicione.»

«¡Coño, Juan! No me quieres escuchar.» Las mejillas rechonchas se enrojecieron.

«Pero no tiene sentido, mejicana. Cualquier cosa que hayas visto en esa habitación, créeme, no puede tener nada que ver con tu padre.»

Camilla Márquez tenía los ojos hinchados. «Tengo un talento extraordinario: me rodeo de hombres que son capaces de estropearme la vida»

Chacón fue a abrir la boca, pero no lo hizo. Cualquier cosa que hubiera dicho, no habría sido capaz de hacerla cambiar de idea.

«Con o sin ti, quiero llegar hasta el fondo. Prométeme solo una cosa, que no dirás nada a nadie.»

«Como quieras.» La buscó con la mirada. Ella ya le estaba mirando. «¿Qué piensas hacer ahora?»

Camilla le alargó la mano. «Devuélveme la llave. Estoy lista para descubrir el infierno.»

# CAPÍTULO 16

1 agosto 2010

El Miami Medical Center era la mutación generacional de lo que fue la clínica de Mendoza. El núcleo de la estructura se había expandido aunque manteniendo el aspecto lujoso y cuidado que le había caracterizado. Seguía sin querer parecer un hospital, aunque lo fuera. En el exterior, era la copia de muchas estructuras hoteleras de primera clase, presentes por todas partes. La fachada de color arena, presentaba una arquitectura con arcos y pilares. El pasillo de la entrada estaba delimitado por dos palmeras, una a cada lado y una fuente con cascada daba la bienvenida a los huéspedes.

Era más fácil encomendar la propia salud sintiéndose un cliente, que un paciente. Quien podía pagar caras facturas, tenía el derecho de pretender mejores curas. No era verdad, al menos, no en sentido absoluto, pero la convicción de ello engañaba a los ricos que se sentían menos mortales que los muertos de hambre.

George Moe había comprado un par de deportivas, azules, con una suela de gel que casi le hacía botar sobre el asfalto. En sus tiempos, antes de ser encerrado en la cárcel durante años, las había visto solo a los campeones de baloncesto. Era otra evidencia de que el mundo, alrededor de él, no se había parado para esperarlo, y había seguido recto por su camino.

Mientras él, estaba aparcado en el garaje.

Había pasado la noche reflexionando. Las noticias que llegaban de Málaga lo habían reanimado de dos años de letargo y pasividad. Había sido como recibir una ráfaga de puñetazos en plena cara, sin entender de dónde provenían y quién era el que golpeaba. Millones de pensamientos que afloraban en la

mente y quitaban la concentración.

Sin embargo, todo partía de Mendoza. Todo partía de ahí, de donde se encontraba ahora. Era el anillo matrimonial que le conectaba con lo que estaba pasando en España. No se engañaba, pero no quería protagonizar la parte la del marginado.

Antes de acabar detrás de las rejas había sido un periodista.

Éste era un rol que sí que sabía interpretar.

Antes hacer la llamada, sintió el deseo de estirar las piernas y respirar aire puro. Cruzó andando el puente de la Southwest 60<sup>th</sup> Avenue y continuó la caminata por la orilla de hierba frente a la parte trasera de la clínica de la que Mendoza había sido propietario. El cielo estaba descolorido, escondido casi todo por la trama de nubes oscuras que parecían perseguirle. El bochorno era muy pesado; se esperaban lluvias. George Moe comprobó si aún tenía el sandwich envuelto en el bolsillo de la camisa de flores. Habría comido en una terracita con unas tapas, como en los vejos tiempos. Ninguna mesa caliente o comida rápida. No habría perdido tiempo sentado en un local, mientras la grasa de frito impregnaba el tejido de su ropa de los años ochenta.

Por fin, marcó el número de la clínica.

Sonó solo un par de veces, luego una voz educada respondió.

«Miami Medical Center, buenos días. Soy Nicole. ¿Cómo puedo ayudarle?»

Se aclaró la voz. Por un segundo se imaginó aún lleno de fuerzas, con el pelo negro azabache, hombros anchos y rectos. «Buenos días Nicole, me llamo George Moe, periodista de la redacción de un periódico local del Miami Herald, perdóneme por las molestias, antes que nada.»

«Ninguna molestia, dígame.»

«Perfecto. Estoy trabajando en un artículo sobre las innovaciones en el campo médico, nuevas tecnologías, técnicas quirúrgicas microinvasivas, hasta el tratamiento del paciente y el apoyo psico-físico.»

«Acaba de hacer un electo de competencias que conocemos muy bien.»

Moe sonrió. «Me gusta oír lo que acabo de escuchar.» Se estaba haciendo más fuerte. «Si es posible querría poder visitar el edificio y haceros algunas preguntas. Os robaría no más de un par de horas.»

«Eh... tendría que hablar con el director.»

«¿Puede hacerlo enseguida?» Era una solicitud amable.

«Si me deja su teléfono, le llamará lo antes posible.»

No podía dejarles tiempo para sopesar la propuesta. Habría causado sospechas antes incluso de poner un pie en la clínica.

«La peor amenaza para un periodista es el tiempo que transcurre.» Una pausa. «Le doy las gracias por su amabilidad, pero me temo que me tendré que dirigir a otro sitio. Es una pena, pero los tiempos nos condenan.» El tono se hizo más secreto. «Lo importante es que no os lo toméis a mal conmigo si el artículo hace un poco de publicidad a alguna clínica de la competencia. Nicole, ha sido un placer. Gracias de nuevo.»

«No, espere. Solo un segundo.» replicó rápidamente.

Se oyó un golpe y se puso la música de fondo.

Analizó el hecho de que aún se sentía en forma.

Estaba contento al descubrir que algunos trucos siguieran funcionando, aún habiendo pasado los años. Cuando se trata de proponer visibilidad gratuita, nadie te cerraba la puerta en la cara. Así era desde que existía el comercio, y seguiría igual en el futuro, hasta que hubiera habido algo que vender, quizá la salud de un hombre.

*A tomar por culo la evolución, se dijo.*

La melodía relajante se interrumpió bruscamente. «¿Aún está ahí?» Era la voz de Nicole.

«No me he ido a ningún sitio» le respondió.

«Le agradezco la paciencia. Ahora le pongo con el director. Ha sido un placer. Que tenga buen día.»

«Igualmente.»

Después del crujido se escuchó una voz masculina, fuerte. «Harry Castillo. Soy el director de la clínica. ¿Con quién tengo el placer de hablar?»

«George Moe, escribo en el Miami Herald.»

«Fantástico periódico. Somos abonados, ¿lo sabe?»

«Perfecto. ¿Le gusta leernos?»

Se escuchó un tono entusiasta. «Podría daros un lápiz y mandaros a votar por mí.»

Moe se rio. «Digamos que somos políticamente compatibles.»

«Absolutamente.» Se aclaró la voz. «¿Qué puedo hacer por usted?»

La estrategia había sido la adecuada.

«Estoy escribiendo un artículo para el periódico, querría visitar la clínica y haceros algunas preguntas.» Paró el ritmo para dar más importancia a lo que iba a decir. «Obviamente nuestros lectores se pondrán felices al leer vuestros

éxitos y todo aquello que consideréis adecuado publicar.»

No le vio la sonrisa, pero habría apostado su segunda vida a que la tenía dibujada en el rostro en aquel preciso momento. No sucedía a menudo que un órgano de información con autoridad ofreciera visibilidad gratuita, aún menos que te dorara la píldora para hacerte ver que habías sido el elegido. Mano de santo.

«Tenemos una historia llena de avances. Cuando las otras clínicas cerraban sus puertas, nosotros hemos estado siempre muy atentos para adaptarnos a los cambios. A veces, incluso, los hemos predecido» dijo con orgullo.

«No le escondo que vuestra historia ha sido un elemento que me ha hecho elegiros. Lo considero un valor añadido. Para entendernos mejor: no es suficiente con montar el manillar y pintar el depósito con nuestra bandera para transformar una moto en una Harley Davidson.»

Castillo se rio con gusto. «Lo comparto totalmente.»

«La reputación se construye con el tiempo» le confirmó.

«Manteniendo siempre alto el nivel de satisfacción del cliente» quiso precisar.

Cliente. Era humanamente inadmisibles, y aún así era como se veía al paciente: una persona que podía comprarse los tratamientos. Verlos llegar con coches que costaban como mínimo 80 mil dólares, no ayudaba a percibirlos de manera diferente. Para aparentar caridad se necesita entrar en la iglesia. Estaba claro que ellos trataban con otras cosas.

Castillo quiso continuar. Era un interlocutor locuaz. «Son veintidos años los que llevo dirigiendo la clínica. Nunca he tenido un paciente insatisfecho con las prestaciones o por nuestro personal. Sí, no todos han salido de aquí con una sonrisa en los labios, pero no nos olvidemos que se trata siempre de enfermos y que esta es una clínica médica.»

*Sois vosotros los que lo olvidáis, pensó.*

«Imagino que el propietario estará orgulloso de su trabajo.»

«He tenido, en el transcurso de los años, varios reconocimientos y gratificaciones.» Estaba orgulloso. «Digamos que no se pueden quejar. Lo facturado aumenta cada año, y esto nos ayuda a invertir con regularidad en nuevas tecnologías y recursos humanos.»

«¿De quién se trata?» le preguntó.

«Es una sociedad con sede en Manhattan. La Global Care.»

«¿Ningún inversor privado?»

«La clínica, en cuanto a actividad médica, es al cien por cien propiedad de Global Care, ningún inversor privado.»

Castillo rio levemente. «Pero le quiero anticipar una pequeña curiosidad que, por lo que se refiere a tradición e historia, es un caramelito. Cuando la Global Care, hace más o menos treinta años, se propuso para la compra, el entonces propietario de la clínica estipuló un acuerdo que preveía la cesión de la actividad y del edificio, pero no del terreno, y por estos casi veinte años le han tenido que dar mensualmente, una cuota por el alquiler de la zona.»

A Moe no le salían las cuentas. «La Global Care no paga el alquiler desde hace más o menos unos diez años, pero no es ni siquiera propietaria del terreno. ¿Qué es lo que se me escapa?» le preguntó.

El director Castillo parecía divertirse. «Solo se han modificado las condiciones del pago. Desde el punto de vista legal no ha cambiado nada. El viejo titular simplemente ha decidido cambiar las cuotas del alquiler con un ingreso permanente en el interior del edificio. Siempre ha sido una persona previsora, y no teniendo familiares, había avisado de la necesidad de recurrir a nuestros tratamientos, una vez alcanzada la vejez. El propietario del terreno sigue siendo él, y lo seguirá siendo mientras viva.» Cogió aliento. «Luego, tal y como está estipulado en el contrato, firmado por ambas partes, la Global Care heredará también eso.»

Lo asedió sin darse cuenta «¿Aún está vivo?»

«Sí, claro. Está vivo y lúcido, aunque no goce de muy buena salud.»

Moe se quedó de piedra. La confusión era un fantasma negro que lo sofocaba sin piedad.

La villa de Indian Creek se deshizo en llamas en el 1979. Antes de que acabara en la cárcel y se olvidara de que tenía una vida, nadie había sido capaz de confirmar que los restos carbonizados en el lugar, pertenecieran a Mendoza. Por lo que sabía, el cuerpo del hombre no se había encontrado.

Sacudió la cabeza y pensó que no era posible. Sentía que había perdido la lucidez para elaborar cualquier razonamiento. Tenía que parar todos los pensamientos y buscar respuestas concretas.

«Esto hará que mi artículo sea aún más sugerente.» En la voz de Moe no había entusiasmo.

«Estoy contento por ello.» Replicó el director. «¿Cuándo vendrá a visitarnos?»

Se habría metido en problemas. «En dos minutos» le contestó. «Estoy aquí

fuera.»

# CAPÍTULO 17

1 agosto 2010

Camilla Márquez estaba en Madrid.

El responsable de la oficina de títulos del Banco de España la había acompañado al interior de la habitación blindada y había introducido la segunda clave en la caja fuerte de propiedad de su padre, Esteban Domingo. Luego se alejó, cerrando la puerta, y la dejó sola.

La habitación era fría, en todos los sentidos.

Aire gélido que salía escupido con arrogancia de las rejillas del techo y rebotaba contra el acero reforzado que cubría totalmente las tres paredes del local. Era una estantería continua que encerraba centenares de cajas enumeradas, cada una con un secreto que custodiar. Como ningún titular estaba obligado a revelar el contenido al instituto de crédito, dentro de aquellos cajas podía esconderse de todo: dinero, títulos, objetos preciosos. Documentos. Verdad.

La verdad.

La mesa de metal satinado, sobre el que estaban todos los documentos de su padre, estaba perfectamente combinada con el resto de la decoración del local. Aunque no habría quedado mal ni siquiera en un tanatorio, y no solo porque en aquellas líneas se hablara de muertos. Se sentía oprimida y empujada, como si en el interior de aquellas celdas cerradas con llave, descansaran centenares de cadáveres listos para asediarla.

La verdad.

Aparentado siempre el valor de la nobleza, ahora parecía otra cosa, había adquirido la fisionomía del demonio y parecía despiadada y perversa.

Habría querido vomitar el alma. El de verdad, el que representaba la esencia del propio ser. Si hubiera podido liberarse de lo que era, de sus orígenes, se habría metido dos dedos en la garganta, sin pensárselo.

Pero no se trataba solo de un momento puntual. Por desgracia. Las raíces de una persona no se podían extirpar. Crecían junto al individuo y era como si se fundieran con los tejidos orgánicos del cuerpo. Como mucho, podías convivir con ellas. Podías apartarlas. Podías esconderlas. Pero eliminarlas, nunca.

Sentía la sangre helarse.

Conforme iba leyendo, más le parecía que se alejaba del mundo en que había creído que vivía hasta hacía poco tiempo. Era como oír cómo te contaba, desde el séptimo círculo del infierno, el infierno más dantesco, por un hombre que, con toda probabilidad, sabía que tenía que dejar su alma para la eternidad. Su padre.

Casi todo el tiempo había tenido los ojos pegados a los documentos. El sudor estaba congelado sobre la piel y le hacía temblar de frío. Tenía los labios hinchados y le faltaba el aliento. Habría querido equivocarse, pero se había dado cuenta inmediatamente que la muerte de Daniel Morgan estaba, de alguna manera, conectada a la confesión de asesinato de su padre.

Ahora sabía cómo.

Ahora conocía la verdad.

Miró a su alrededor, para comprobar que no hubieran cámaras que la estuvieran grabando, como era lógico de esperar, por el simple motivo de que el lugar tenía que garantizar la privacidad de la clientela. Pero la rápida ojeada le hizo tener una sensación de pánico. Era un engaño.

El peso que ahora recaía sobre ella, habría podido hundirla en las vísceras de la Tierra, destruyéndola. Liberarse era imposible. No quedaba otra cosa que hacer que encontrar una solución para librarse de él. Estaba reflexionando sobre las formas, pero cualquier cosa que le venía a la mente, le hacía estar aún peor.

En la habitación blindada, el silencio era fúnebre.

Como la verdad. Llena de muertos, repletos de arrogancia.

El asesinato de un adolescente de diecisiete años, que se llamaba Julio Miller, podía producir escalofríos solo si no se conocía el resto. Frente a un sistema criminal, que acababa de descubrir, la primera confesión dejada por el padre, la atormentaba como una mancha de salsa en el delantal. Lo que le oprimía la respiración era ser conocedora de un ambiguo límite entre la vida y

la muerte. Un límite indefinido que jugaba con la voluntad divina. Solo era necesario tener el coraje de querer pagar el precio por ello. Y podías atravesarlo.

Esteban Domingo Márquez había formado parte del sistema. Lo había conocido, avalado y sostenido. Al menos, hasta que no se sintió devorado por los sentimientos de culpa. Pero ahora, ya era demasiado tarde. Haber compartido con ella la verdad, no hacía que fuera un sujeto digno de perdonar. Al menos, no para Camilla. Es más, había añadido al odio y desprecio, un fuerte sentimiento de rabia por haberle cargado sobre los hombros aquel lastre insostenible.

Los documentos eran fáciles de interpretar. La caligrafía de Esteban Domingo contaba perfectamente el mecanismo infame, con la experiencia narrativa de un escritor de éxito y la precisión de un analista. Todo estaba explicado con el más mínimo detalle en un viejo cuaderno de páginas amarillentas. Las sumas de dinero del elenco del libro contable iban acompañadas a dos letras mayúsculas que representaban las iniciales de quien había hecho el ingreso en líquido. En las hojas a mano del padre de Camilla, estaban detalladas la correspondencia de las copias de las cartas y el nombre. Parker había ingresado mucho más dinero que Morgan. El motivo, si es que lo había, era un misterio.

Alegada la documentación, había un mapa de la ciudad de Miami. Abierta cubría toda la mesa. Los dos círculos rojos dibujados en el mapa, indicaban los lugares en los que el demonio había ido a hacer una visita. Era evidente que Mendoza conocía perfectamente sus gustos.

Una verdad enterrada desde hace más de treinta años, había vuelto a la superficie.

¿A qué hora?

Camilla Márquez vio su teléfono vibrar entre los barrios de Miami. El número en la pantalla era ilegible. Lo levantó del mapa y se lo acercó a la oreja. «¿Dígame?»

«¿Camilla Márquez?» La voz era de un hombre. La mala cobertura, debida al blindaje de la habitación, reproducía un audio pésimo, casi metálico.

«Soy yo, ¿con quién hablo?»

Se oyó una risa diabólica. «¿Lo perdonarás?»

Se puso tensa. «¿Quién eres?»

«Entiendo que no es fácil, desde el punto de vista de una policía, convivir

con la idea de que tu padre haya sido un asesino, pero lo tienes que hacer. Piensa en el lado positivo: al menos no ha muerto asesinado. Nadie indagará sobre él... siempre que no quieras contar la verdad a tus colegas y acabar por ser recordada como la hija de un monstruo.» Una pausa. «Es tu elección.»

Ya lo había pensado. «¿Qué coño quieres?»

«Lo mismo que quieres tú» le respondió.

«¿Has matado tú a esos hombres?» Estaba aterrada por la respuesta.

«Se merecían el final que han tenido. Lo habría merecido tu padre también, si no hubiera muerto.»

«Él también ha sufrido.» Por un segundo se sorprendió de estar defendiéndolo.

«Ha sido una pena no verlo morir con el terror en los ojos.»

«¡Eres un loco!» le chilló.

«No más de lo que han sido todos ellos» le contestó con una calma irreal.

Camilla estaba temblando y tenía cruzadas las piernas para evitar mearse encima. Se tranquilizó. «¿Por qué lo has hecho?»

Sonrió otra vez. «Es la única pieza que te falta, ¿verdad?» La retó. «No lo descubrirás leyendo esas estúpidas cartas.»

«No estaría tan seguro.» Se echó un farol.

«Tu padre no sabía ni siquiera que yo existía. No encontrarás mi nombre escrito por ningún lado.»

«Mikey el tiburón» le dijo. Aunque la señal iba y venía, sabía que al otro lado aún ninguno había abierto la boca. «No eres el único que tiene información reservada.» Pero se dio cuenta de que cometió un gran error revelándoselo.

El tono de la voz cambió. Ya no estaba tranquilo. «No tengo más tiempo que perder. Sigue mis reglas, o te aseguro que tu padre te tendrá que hacer un hueco bajo tierra.» Se oyó un rugido. «Coge los documentos y mueve el culo.»

«¿Cómo lo has hecho?» Estaba aterrorizada.

«Eres la hija de un capullo.»

La policía intuyó que fue seguida. Le tembló la voz.

«Ya te están buscando.» Quería saber que importancia tenían para él esos papeles.

«No me encontrarán nunca.»

«Tener escondido esto, no te salvará.»

«No has entendido nada. Se trata solo de dinero, mi asqueroso dinero. Esos

documentos no tienen que acabar en las manos equivocadas, porque cuando esta historia haya acabado, los necesitaré.» Entonces, el libro contable contenía secretos que ni siquiera su padre había sido capaz de descifrar.

«¿Y cuándo acabará?» le preguntó.

«Cuando haya matado a ese sucio policía» le replicó.

Camilla sintió como si le estrangulasen el cuello.

Se quedó petrificada.

«¡Muévete!» le amenazó de nuevo.

Se trataba de decidir entre su vida o la de Novari. Pero en un lado de la balanza pesaba también la dignidad de su familia. Era lógico esperar que pesase más de una parte.

Se sintió una rata.

«¿Dónde y cuándo?» Antes de pronunciar aquellas palabras no había derramado ni una lágrima. Pero luego de haber escuchado de su voz, condenar a muerte a un colega, no consiguió contener la desesperación.

«En el cementerio de los ingleses, a las doce de la noche. Si no quieres un agujero en la frente, no hagas gilipolleces.» Sonrió. «Vamos a saludar al capullo de tu padre.»

«Que te den por culo» le chilló al teléfono. Luego colgó.

# CAPÍTULO 18

1 agosto 2010

El director Castillo lo recibió en el interior del edificio con sorpresa. No por la camisa de flores y los pantalones de color caqui que llevaba sin una pizca de elegancia. Simplemente porque se esperaba recibir a una persona más joven.

«Ha sido rápido.» Le apretó la mano.

Notó como lo encuadraba. «Anticipo los tiempos: vengo del pasado.» La sonrisa que le hizo fue suficiente para que no le preguntara por qué aún no se había jubilado.

Entró en el hall sin un ápice de vergüenza. Llevaba un par de gafas Ray-Ban con lentes opacas. Una reliquia original de finales de los setenta. Sabía que era un superviviente de los viejos tiempos, y estaba orgulloso.

Castillo le guió, «Por favor.» Lo siguió.

Llegando a la recepción se dio cuenta de la gran atención que tuvieron al decorar la clínica. No habían grandes diferencias entre un hotel de cinco estrellas y el Miami Medical Center. Al menos, en la recepción.

Quiso esperar a ver el resto para hacer un juicio de valor. De momento, lo que veía, era un lujo que consideraba incompatible con la naturaleza del edificio. No sabía explicarse el por qué, pero desentonaba. El banco de la recepción en forma de ele, estaba recubierto con una preciada madera oscura estriada. En lo alto, cinco lámparas iluminaban, aunque era suficiente con la luz que entraba por la enorme ventana. Todo el mostrador de la recepción estaba embellecido por una placa de mármol italiano, brillante, de cuatro centímetros de espesor. En las extremidades estaban los dos chicos. La chica,

ocupada en una conversación telefónica con pinganillo conectada a un micrófono, era Nicole. La reconoció por la voz. Le hizo un gesto de agradecimiento y ella lo apreció. No se preocupó en saludar a su otro compañero porque lo había visto concentrado en teclear el teclado.

«Le pido el favor de rellenar este formulario y mostrarme su DNI.» Le mostró una sonrisa perfecta. «Es el protocolo que aplicamos con cualquier visita.» Castillo le indicó el folio.

«Por supuesto» le respondió Moe. Lo rellenó, luego sacó del bolsillo trasero de los pantalones la cartera de piel, desgastada por todos los bordes. «¿También os sirve la tarjeta de periodista?» La tenía en la mano.

Castillo la miró, preguntándose por qué el periódico aún no se la había cambiado. Estaba arrugada como un billete después de haber sido lavado en la lavadora a sesenta grados. «No, no sirve.»

Abandonaron la entrada y prosiguieron por el largo pasillo. En el lado izquierdo acogía una serie de ambulatorios médicos. En el lado opuesto, a intervalos regulares, habían salas de espera provistas de cómodos sillones de color verde oliva, en armonía con las paredes. «Es horario de visitas. Por suerte tengo todos los ambulatorios ocupados.» Se le iluminó la cara.

«No se preocupe. Antes que nada están los pacientes.»

«Es nuestra filosofía» le respondió satisfecho. Luego cambió de expresión. «¿Qué piensa de la reforma sanitaria que quiere Obama?»

Moe no estaba muy preparado. «Creo que permitir que se puedan tratar más personas es un deber civil.»

Castillo arrugó la nariz. «Es un tema mucho más complejo. Nosotros trabajamos con las compañías aseguradoras y le aseguro que el sector está asustado. Si no funciona, no solo no habremos incrementado el número de pacientes que se podrán curar, sino que acabaremos sin poder ofrecer el servicio de gran calidad como lo estamos haciendo ahora. Si las compañías ya no pueden rechazar el asegurar determinadas patologías, será un desastre.»

«Yo pienso que un enfermo de cáncer tiene el mismo derecho de tener una cobertura sanitaria que un sujeto sano.»

«Desde el punto de vista humano no puedo quitarle la razón. Pero aquí se tienen que hacer las cuentas con los números. Se trata de evaluar los riesgos y los porcentajes. Básicamente los costes. Por desgracia, gestionar la máquina de la sanidad es un trabajo complejo.»

«No lo dudo. Veremos lo que pasa.» No era el momento para seguir

discutiendo sobre el tema.

«El tiempo lo dirá todo.»

«No podemos hacer otra cosa.» Moe lo dijo con un poco de frustración, pensando en los treinta años que había pasado en la cárcel siendo inocente.

«Por aquí.» Castillo le abrió la puerta del fondo del pasillo y entraron en un salón de abundantes metros. «Aquí hacemos los cursos de actualización para nuestros trabajadores y organizamos seminarios de formación de pago.» El ambiente recordaba a una aula universitaria, solo que mucho más iluminada y elegante. El logotipo de la clínica, una "m" minúscula entre dos semicírculos, estaba por todas partes. A Moe le entraron escalofríos al pensar que una clínica sanitaria pudiera aspirar y convertirse en una marca. Se preguntó irónicamente, si un paciente, después de una operación cualquiera, siente la necesidad de tatuarse el logotipo, solo para presumir por haber acabado bajo las manos de un cirujano del Miami Medical Center. Al final vestir una marca era ostentación pura, era una prueba de pertenecer a un estatus social. Aunque era sarcástico, pero su razonamiento era real.

«Ochenta cómodos puestos, cada uno con su portátil con conexión inalámbrica a Internet. Lo que se proyecta en la pared se puede consultar al mismo tiempo en cada pantalla. Si el docente es extranjero, disponemos de un servicio de traducción simultáneo.» Se encogió de hombros y sonrió. «Es difícil poder ofrecer algo mejor.»

«¿Cuál es el tipo de cliente que viene a formarse?»

Castillo estaba feliz al escuchar sus palabras. «La competencia.»

Moe quería parecer curioso e interesado; sería más fácil llegar al verdadero objetivo por el que había ido. «¿No es peligroso transferir vuestros conocimientos científicos a cambio de dinero?»

«Es pura estrategia de marketing. Aumenta el valor percibido de nuestra empresa. Si la competencia está dispuesta a pagarnos para aprender de nosotros, quiere decir que estamos en un escalón más alto que ellos. Este es el mensaje que llega a la clientela, también por mérito vuestro...» le guiñó el ojo «determina automáticamente una selección natural.» Llegó al quit de la cuestión. «No es el cliente el que nos elige, si no nosotros los que elegimos al cliente.» Se encogió de hombros alargando los brazos.

«Personas muy ricas.»

«Clientes que se pueden permitir nuestros tratamientos y que saben reconocer nuestro valor» le replicó.

«Sois una empresa que hace negocios.» Dijo una cosa obvia.

«Si quiere que funcione no hay una alternativa al lucro.» Se las dio de responsable. «Con esto no quisiera que se infravalorara el hecho de que nosotros curamos a las personas y que lo queremos hacer de la mejor de las maneras.»

Le hizo una pregunta directa «¿Para poder seguir vendiendo vuestros servicios o por un tema de ética profesional?»

Castillo no la había interpretado como una provocación. «Evidentemente, por ambas cosas.»

«¿Y el viejo propietario tenía la misma filosofía?» Estaba ansioso por verlo.

El director miró su Rolex. «No tengo ni idea, pero si lo desea se lo puede preguntar en persona. Es una buena hora para encontrarlo despierto.»

George Moe asintió con un gesto de aprobación. No sabía qué se podía esperar. Se sentía más vivo que nunca, y eso le era suficiente.

«Las habitaciones de las estancias prolongadas están en la planta de arriba. Por favor, sígame. Le acompaño.»

Salieron de la sala de conferencias y subieron al ascensor, sin ni siquiera visitar el área dedicada al diagnóstico.

El interior con espejos engañaba a la percepción del espacio. Parecía que estabas en el interior de un pasillo sin fin, pero solo cabía una camilla y no más de dos personas.

Moe se dio cuenta de los números. ¿Qué hay en el sótano?»

«Tres quirófanos, una sala de anestesia y una de terapia intensiva post operatoria.» Apretó el botón para ir a la planta de arriba. «Por motivos higiénicos no son accesibles.»

«Claro.»

La puerta se abrió frente a un amplio espacio circular, con el techo completamente de cristal. Los cristales, brillantes, dejaban pasar una cantidad enorme de luz. En las paredes que hacían curva habían pintado balcones floreados que se asomaban a un astillero lleno de pescadores, cogiendo los peces con las redes. Las nubes, dibujadas sobre el cielo azul, eran tan reales que parecían estar en movimiento, como empujadas por el viento. Los colores, intensos y alegres, transmitían el amor por la vida.

Moe se quedó cautivado.

«¿Conoce a Antonino Cammarata?» le preguntó el director.

Hizo que no con la cabeza.

«Es un famoso pintor siciliano que he conocido por casualidad durante unas vacaciones en Italia. Me quedé tan impactado con su forma de pintar, que le propuse hacerlo aquí.»

«Es maravilloso. Enhorabuena.»

«A nuestros clientes también les gusta mucho.» Le hizo un gesto con la mano. «Por favor, sígame.»

Entraron a un pasillo, esta vez, iluminado con luz artificial. Las puertas en madera de roble, a ambos lados, interrumpían la continuidad del robusto pasamanos. Una silla de ruedas estaba aparcada frente a la entrada de la habitación. Aquella área de la clínica era, sin duda, más coherente con la naturaleza de lo que era.

Moe empezó a mostrar incomodidad. Hasta ese momento su inconsciente había sido engañado por la apariencia. «¿Son las habitaciones de los pacientes?»

«Sí, son los apartamentos de nuestros clientes» Castillo se paró de golpe y dio otra rápida ojeada a su reloj. «Me estaba olvidando de una cita telefónica que tenía con el Banco. Temo que le tenga que abandonar durante algunos minutos. Nada más me libere le querría explicar las inversiones que estamos haciendo en el campo de la cirugía robótica mini-invasora, y querría que visitara el área dedicada al diagnóstico.»

«Soy un periodista curioso. Le espero con impaciencia.»

Sonrió. «Mientras tanto, puede aprovechar para intercambiar dos palabras con el viejo propietario de la clínica.» Apuntó con el índice. «Es la puerta que tiene enfrente, al final del pasillo.»

«Con mucho gusto» dijo. No dejó traspasar ninguna emoción.

«Estaré con usted lo antes posible.» Se dio la vuelta y desapareció en el ascensor.

Moe se quedó solo.

Bajo las luces artificiales de led, los frescos que continuaban también por las paredes de los pasillos, no eran tan alegres. Habían perdido la carga emotiva, aunque siguieran siendo estilísticamente impecables. Se acercó a la entrada de la habitación haciendo chirriar la suela de goma en el suelo. Se arregló las gafas y dio un par de golpecitos a las solapas de la camisa que llevaba por fuera del pantalón.

Tocó.

Esperó en silencio hasta que una mujer robusta, de piel morena, le abrió la

puerta con una sonrisa. «Buenos días.»

Moe le respondió. «Soy un periodista del Miami Herald.» No le dio tiempo a decir nada más.

«Adelante, póngase cómodo.» Le abrió la puerta y lo hizo entrar.

La luz que encontró dentro era deslumbrante, también para un hombre con un solo ojo, que acurrucó inmediatamente detrás de las lentes de las Ray-Ban. Al hacer aquel gesto instintivo, notó cómo la cicatriz le tiraba hasta cerrarle por completo el otro ojo.

«Me habían avisado de su llegada» le comunicó la mujer que cuidaba al viejo propietario de la clínica. «Os dejo solos. Para cualquier cosa, estoy aquí fuera.» Se alejó caminando hacia atrás y salió en silencio. Moe notó en aquellos gestos un comportamiento demasiado servil, y le incomodó. No replicó para no poner a la mujer en un compromiso, que, con toda probabilidad, había recibido indicaciones precisas de cómo comportarse cuando llegara.

Oyó la puerta cerrarse.

Nada más su ojo se adaptó a la luz, lo vio.

El anciano estaba sentado frente a la ventana. Tenía los hombros pequeños y puntiagudos, curvados hacia dentro. Vestía un suéter de lana que le estaba demasiado grande. En la espalda llevaba cosido un reno. El aire acondicionado casi no se sentía, solo se percibía por la falta de humedad en el ambiente. Por todo lo demás, la temperatura no estaba por debajo de los veinticinco grados, y aún así aquel hombre sentía la necesidad de taparse por la falta de grasa en su cuerpo. También la fibra muscular lo había abandonado definitivamente. Una cosa estaba segura: no habría sufrido nunca más por el calor.

La nuca, llena de manchas marrones, estaba cubierta por una pelusilla blanca. El poco pelo largo que le quedaba en la parte alta de la cabeza estaba peinado de lado y estaba recién lavado. Las orejas despuntaban del cráneo huesudo como dos antenas parabólicas, y absorbían los rayos del sol hasta casi incendiarse.

El olor que se respiraba era claramente, colonia, original, no una imitación barata.

«Buenos días.» La voz no tenía fuerza, casi dócil.

«Acérquese.» Tenía la cara que miraba hacia la ventana para calentarse la piel del rostro. «Llevo muchos años sin recibir una visita.» Inspiró

produciendo un silbido.

Moe no dijo nada y lo alcanzó.

«Siéntese a mi lado, por favor.»

«Con mucho gusto.» Se esforzó por tener un tono fuerte. Luego se sentó en la silla que había dejado libre la señora que lo cuidaba. El cojín aún estaba caliente.

Lo vio de cara por primera vez. De perfil. La nariz fina tenía una línea levemente arqueada, la punta ligeramente hacia arriba. Del agujero de la nariz salía un tubo de goma que iba directamente a la bomba de oxígeno, que estaba en el suelo.

Aunque la vejez dejó en él signos de debilidad, entendió enseguida que no se encontraba frente a Edward Mendoza. Algo de lo que no se sorprendió.

«¿Escribe para un periódico?»

«Miami Herald.» Moe se sintió como un cobarde por mentirle.

Los pómulos caídos se subieron. La sonrisa era triste, aunque sincera. «Es un trabajo con una gran responsabilidad.» No se había girado aún hacia él. «Siga haciéndolo con honestidad.»

«Siempre lo he intentado» le dijo. Esta vez, era verdad.

«Bien.» Un golpe de tos hizo que le lagrimearan los ojos.

Moe fue a lo que le interesaba. «No le robaré mucho tiempo, querría solo hacerle alguna pregunta para tener un testimonio directo sobre la historia de la clínica. Es para el artículo que estoy escribiendo.»

El viejo dejó caer la cabeza hacia delante. «Acerque la silla y deme las manos.» Moe siguió sus palabras con cierta incomodidad. Se dio cuenta solo en ese momento que era ciego, nada más lo vio girarse hacia él. Los ojos abiertos eran brillantes y pequeños, pero de un azul intenso. «Dígame la verdad» le imploró con un hilo de voz. «¿Cuál es el verdadero motivo de la visita?»

Estaban solos. Moe dio una ojeada a su alrededor, casi sin darse cuenta de que la habitación era en realidad un lujoso apartamento. «Si le digo la verdad, no lo sé ni yo» le confió.

«A veces nos encontramos ante situaciones complicadas sin ni siquiera darnos cuenta.» Tosió. «No se tiene que preocupar, no lo sabrá nadie.»

«¿Por qué?» balbuceó el periodista.

«Porque usted es una buena persona, se nota. Y su compañía es un don.» Una lágrima se deslizó por su rostro marcado por la tristeza. «Pronto la muerte

vendrá a por mi, y no sé dónde me llevará. Por eso, acepto con agradecimiento todo lo que se me ofrezca, antes de ese día.» Le faltaba el aliento.

«¿Tiene miedo de la muerte?» le preguntó con interés.

«Me asusta la eternidad que le sigue» replicó susurrando.

«No lo había pensado nunca.»

«Si no se tienen pecados por los que te tienen que perdonar, siga sin preguntárselo» le tranquilizó apretándole las manos. El apretón era débil, cargado de resignación. Y cuando soltó a la presa, el temblor se presentó sin piedad.

«¿Puedo tocarle la cara?» le preguntó.

Era el modo que tenían los ciegos para *ver* quién tenían delante, derecho que Moe, no le habría negado. Así, le cogió las manos y se las acercó a su cara. Las notó gélidas, como las de un muerto.

«También para él la juventud es un viejo recuerdo» le dijo mientras hacía caminar las yemas por las mejillas afeitadas.

«Prefiero dedicarme al presente que a recordar el pasado.»

Notó tensión en la piel del rostro. «No quería, discúlpeme.»

«Es una larga historia, usted no tiene nada que ver.» Moe se quitó las gafas, para que los dedos arrugados pudieran explorar más allá. Se estaba desnudando sin saber explicarse el motivo.

Cerró el ojo y se dejó conocer.

Ninguno de los dos tuvo la necesidad de hablar, porque el silencio supo explicar muchas cosas. Más de lo que ambos pudieran esperar.

«Esta cicatriz...» le tembló la voz. La siguió tocando, con la delicadeza con la que un padre cura la herida de un hijo. «Ahora he entendido el motivo que le trae hasta aquí.»

La mano tembló sobre la cara. Era una caricia. «Quiere que le hable de Mendoza, ¿no es así?» le preguntó.

Moe se tensó. Apretó tan fuerte la mandíbula que estuvo a punto de romperse los dientes. No respondió.

«Imagino que ha venido por eso.»

El ex periodista intentó fingir de nuevo. No quería afrontar la realidad. La temía. «Ha sido uno de los propietarios de esta clínica. Imagino que él también ha contribuido a convertirla en una excelencia en el campo médico.»

«No se mienta a sí mismo, George.» Se giró hacia la ventana para recibir la luz del sol en el rostro. «No creo que esa sea la historia que le interese.»

«¿Cómo sabe mi nombre?» le preguntó.

Los ojos de hielo, perdidos en el vacío, dejaron resbalar sobre la piel envejecida un par de lágrimas ardientes. «Conozco su historia.» Se puso bien en el sofá haciendo fuerza con los frágiles brazos. Apenas llegaba a los cuarenta y cinco kilos, y aún así se sentía mucho más pesado por las piedras que transportaba en el alma. Estaba cansado, pero no perdería tiempo en descansar, al menos, no por ahora. «Sabía todo sobre él, de su calvario judicial, de lo que pasaba en Indian Creek.»

«¿Quién es usted?» Moe sacó sus fuerzas.

«Me llamo Fernando Ruiz, he sido el hombre de confianza de Edward Mendoza, en los años en los que era propietario de esta clínica.»

«Entiendo.» Moe estaba confuso.

Los rayos del sol se escondieron detrás de un conjunto de nubes que no preveían nada bueno. El cielo se había oscurecido, sacando su parte más amenazante.

«¿Cree en Dios, George?»

«No después de lo que me sucedido. Ya no.»

«No le culpo.» Se puso bien el tubo nasal empujando las puntas hacia dentro. Le faltaba el aliento.

«¿Y usted?»

«Quiero esperar que haya alguien listo para perdonarme, cuando la muerte venga a visitarme. Quien sea, no me importa.»

Moe se dio cuenta que Ruiz estaba muy fatigado. Le contó en un minuto, al menos, treinta respiraciones. Demasiadas. «Tiene que descansar.»

«Aún no, se lo pido» le dijo girándose hacia él. La mirada estaba perdida, en un punto indefinido. «Querría que antes me escuchara.»

«No importa. Es un tema cerrado.»

Cogió aliento. «Podría no serlo. Cada uno de nosotros podría querer algo más.»

Moe no entendía. «Explíquese mejor.»

Balanceó la huesuda cabeza. «Yo podría dejar este mundo descargándome de un peso que ya no puedo seguir llevando encima. Y él, podría salir de aquí con la verdad en la mano.» Se escuchó un quejido. «Esta es la verdadera historia que ha venido a buscar hoy.» Tosió poniendo a prueba sus viejos pulmones.

«Ya no le interesa a nadie.» Le replicó.

«Tendría que interesarle a él.»

«Hace treinta años habría sido más útil» le dijo. Luego se arrepintió por haber sido demasiado directo.

«No le puedo quitar la razón» le respondió con amargura.

«Nadie me podrá devolver todos esos años. Ni siquiera la verdad.»

«Tiene razón. Pero si el tiempo no se puede recuperar, la dignidad sí.» Le acercó la mano, para apretársela. «No espere la muerte sentado frente a una ventana. Muévase, se lo pido por favor.»

Era verdad. Había pasado en casa los últimos dos años como un recluso, saboreando cada día la vergüenza por un crimen que nunca había cometido. Se había transformado en un monstruo de las mentiras y cuanto más pasaba el tiempo, más se convencía de serlo de verdad. Lo condenaban sus comportamientos, sus gestos. Esconderse del resto del mundo era como abandonarse a una realidad que no le pertenecía, falsa y mezquina.

Sintió un golpe en el estómago. «Me ha convencido.»

Ruiz torció los labios. La mueca, en realidad, era una sonrisa que se apagó enseguida. «Cuando Mendoza murió en el incendio de Indian Creek, hace más o menos treinta años, heredé todo su patrimonio, incluida esta clínica.» Avanzaba muy lentamente. Algunas palabras eran difíciles de interpretar.

«¿No tenía otros herederos?» Le preguntó curioso.

«Ninguno.»

«¿Y por qué usted?» le requirió.

«Ser el hombre de confianza de uno de los emprendedores más importantes de Miami, conllevaba ser el guardián de sus secretos, algunos de ellos, terribles. Era la recompensa por mi silencio.»

«¿Se refiere a lo que sucedía en la villa?»

Movió los hombros. «De esa historia, sabe usted más que yo.»

«Y entonces, ¿de qué se trataba?»

Inspiró emitiendo un traqueteo. «De cómo han acabado esos chicos.» La frente estaba impregnada de sudor. «George, han sido asesinados, todos.»

Moe se quedó pálido de golpe y sintió como si un puño le apretara fuertemente el estómago. Se puso de pie dejando caer la gélida mano de Ruiz, y se apoyó en la cornisa de la ventana. Estaba a punto de perder los sentidos. Cogió aliento. «¿Está seguro?» Le preguntó.

Apretó el puño sobre el mármol.

«Yo me ocupaba de hacer desaparecer los cuerpos.»

Moe tembló. «¿De qué manera?» El tono se hizo acusador.

«Paso los días frente a la ventana esperando a que algún alma se me acerque para perdonarme.» Alejó el brazo huesudo envuelto por la manga de lana. Luego distendió el índice. «Ellos aún están ahí fuera.»

Moe miró a través del cristal de la ventana. Lo entendió enseguida.

Lo que quedaba de los cuerpos, estaba en el fondo del río.

Inspiró. «¿Por qué fueron asesinados?» Le preguntó.

De repente la máquina que monitorizaba las funciones cardíacas de Ruiz, se puso a sonar. Un silbido intermitente se propagó por toda la habitación. Te dejaba sordo. Se encendieron una serie de luces y los datos de la frecuencia cardíaca y de los latidos del paciente parpadeaban en la pantalla.

Era una alarma.

Moe entró en el pánico más absoluto.

Se giró hacia Ruiz, y se dio cuenta que el viejo estaba intentando comunicarse con él. Se agachó para acercar la oreja, pero no consiguió descifrar una sola palabra. La descompensación cardíaca en curso le estaba sofocando la voz.

La puerta se abrió y dos trabajadores de la clínica se metieron en la habitación. Moe se puso a un lado, la imagen que quería dar era la de que dejaba el campo libre a los sanitarios para que pudieran intervenir inmediatamente, pero en realidad aprovechó aquella situación para no llamar la atención y salir de la habitación. Cruzó la puerta y se encontró frente a la mujer que lo había acogido hacía poco.

Se miraron.

Moe le puso una mano en el hombro. «Cuando se recupere, hágale saber, que lo he perdonado.» Se apartó y recorrió el pasillo hasta la puerta que da acceso a las escaleras antiincendio. Empujó el pomo antipánico, salió y bajó las escaleras con una rapidez que no sabía que tenía. Mientras dejaba atrás la clínica, pensó que Ruiz nunca habría podido aspirar al perdón que buscaba. Jóvenes habían sido asesinados y sus cuerpos privados de la vida, tirados en el río. El motivo, cualquiera que fuera, no habría rehabilitado el alma atormentada del viejo. Su destino estaba lleno de llamas y sufrimiento eterno.

Se tocó el pecho y se dio cuenta que aún tenía el sándwich envuelto en el bolsillo de la camisa. Estaba empezando a llover y se había levantado un viento que cortaba la piel como un cuchillo afilado, todavía caliente.

Había perdido el apetito.

Castillo no era un ingenuo. Era solo una cuestión de tiempo y lo habría

descubierto.

Los trozos que faltaban del puzzle se encontraban en otra ciudad. Si quería de verdad llegar hasta el final y rehabilitar su propia dignidad, tendría que coger el primer vuelo a Málaga.

Tan pronto como fuera posible.

# CAPÍTULO 19

1 agosto 2010

Media noche

La puerta de hierro forjado estaba entornada.

Los dos enormes pilares sobre los que estaban fijadas las puertas acababan con un capitel puntiagudo. Puestos ahí arriba, dos leones de piedra dominaban con aparente tranquilidad. Uno frente al otro, se daban indicaciones solo con la mirada. Como guardianes de camposanto, parecían listos para deborar a cualquiera que hubiera tenido el coraje de traspasar aquella puerta.

Camilla Márquez la cruzó sin dejarse influenciar por el miedo. La realidad en la que le habían metido, daba más miedo que cualquier invención de la mente.

El cementerio de los ingleses había sido creado para ser un jardín botánico dividido en varias terrazas que miraban al mar. Algunas plantas exóticas habían nacido espontáneamente, gracias a la posición y al clima favorable. Pero desde hace casi doscientos años, su tierra daba sepultura a los cristianos protestantes.

Recorriendo la subida se encontró de frente un monumento dedicado a cuarenta y dos marineros alemanes que habían perdido la vida durante un naufragio a lo largo de las costas malagueñas en 1900. No se dignó a mirar aquellas almas desesperadas ni un solo segundo.

Se estaba a oscuras, y el viento sacudía las ramas con prepotencia. El cabello oscuro de los árboles iba hacia delante y hacia detrás, con un paso rítmico, casi como si quisieran acogerla en el reino de los muertos con una serie de reverencias muy respetuosas. El sendero que llevaba a la iglesia de St. George era una serpiente de cemento que resbalaba, haciéndose espacio

entre lápidas de protestantes y setos adornados. Intentó no preocuparse del inquietante silbido, pero le fue imposible. Cambiaba tonalidad y dirección. Podía ser el lamento de un espíritu atormentado que imploraba piedad. Si hubiera sido el de su padre, lo habría maldecido al instante.

Se seguía preguntando qué le esperaba, y la posibilidad de que pudiera encontrar la muerte no había que excluirla. Estaba alterada. No podía dejar de pensar en sí misma como una ficha manipulada por la vergüenza y por el miedo. La coherencia de la que siempre se había sentido orgullosa se había quebrado con los eventos de las últimas horas, pero ahora se había terminado de convencer de que había tomado la decisión correcta.

El algodón de la camisa estaba pegado a la piel sudada, especialmente entorno a los robustos brazos y al cuello. Las piernas estaban cansadas y se rozaban entre ellas en la parte donde los muslos habían acumulado más grasa con el pasar de los años. Sentía el latido del corazón en las orejas y el aire hacerse más incómodo.

Con la mano izquierda sostenía el sobre con los documentos que contaban la verdad. Bajo, bien escondido, el metal brillante de una Beretta con quince balas. Una ya encañonada. La culata del arma estaba bien cogida por la mano sudada.

Habría intentado matarlo. No veía otras alternativas.

La visibilidad no era buena.

La única fuente de luz provenía de la iglesia, a unos cincuenta metros. Pero la vegetación era tan exuberante que no la dejaba penetrar.

Tenía cuidado con dónde metía los pies, pero aún así, no conseguía evitar las placas de mármol que sobresalían en el sendero. Se trataba de lápidas plantadas en el terreno que había sido cedido parcialmente. Iluminó hacia abajo con la pantalla del móvil, para verificar la magnitud del corte. No era nada de que preocuparse, aunque quemara. Más que nada le molestaba la sangre que le caía dentro del zapato derecho, mojándole el pie.

Iluminó un poco más arriba. «Gregor McQueen.» Susurró el nombre que vio grabado en la lápida. El año de la muerte era 1905. Hacía más de un siglo. Meditó sobre la muerte, era un proceso perpetuo, inexorable. Antes o después, le habría tocado.

Camilla prosiguió cojeando, en un silencio que angustiaba. La única viva entre centenares de cuerpos enterrados.

Repentinamente un silbido la hizo estremecerse. Vio un reflejo de dos ojos

escondidos que la miraban. Apuntó con el arma en aquella dirección e hizo presión con el índice en el gatillo. No había llegado aún el final. Se quedó inmóvil hasta que no lo sintió más cercano. Retrocedió de golpe y se tropezó contra el bordillo que delimitaba una pequeña explanada. Se golpeó con los hombros en una tumba y perdió la pistola de la mano. El dolor le llegó hasta el cerebro y le hizo cerrar los ojos durante unos segundos. Cuando los volvió a abrir se sintió resignada. Imaginó a Mikey el tiburón apuntándole con el cañón de la pistola en la frente. En cambio vio un gato vagabundo frotarse en su pierna.

Agotada, rodó por el suelo hasta que sintió el metal de la Beretta. La recuperó y se volvió a poner de pie. Recogió las hojas que se habían esparcido y la volvió a meter en la carpeta, estaban todas. El felino se cansó de ronronear y desapareció; si frecuentaba aquel sitio por la noche, estaba acostumbrado a no recibir atención por parte de nadie.

Camilla aprovechó la oscuridad para esconderse nuevamente el arma bajo el sobre con los documentos. Cuando estuvo lista, volvió a caminar y dejó a sus espaldas la última curva del sendero. El potente faro puesto frente a la iglesia de St. George la cegó al instante. Se puso la mano izquierda sobre los ojos y bajó la mirada. El zapato derecho estaba lleno de sangre. La herida no se había cicatrizado todavía. Quizá era más profunda de lo que se pensaba. No le dio importancia, y se acercó al santuario anglicano. El último trozo recto era de unos veinte metros, pero la policía recorrió solo la mitad.

«Quieta» la intimidó una voz que parecía provenir de la ultratumba. Era un sonido áspero y oscuro, un susurro retenido con fuerza. Casi ni se oía, pero te ponía los pelos de punta.

Camilla se paró inmediatamente. Las piernas se le bloquearon y tuvo el temor de que no habría podido volver a mandar sobre ellas. El terror era como si le estuviera bloqueando las terminaciones nerviosas.

El rayo de luz iba directo sobre ella. Se ayudó acurrucando los ojos. Bajo las oscuras cejas, se quedaron abiertos solo dos fisuras.

Por fin lo vio.

Estaba sentado en un banco, delante de la farola.

Una figura negra con el contorno ardiente.

La iglesia de St. George a sus espaldas no se veía. En cambio se podían distinguir perfectamente el contorno de las lápidas que sobresalían del terreno por ambos lados. Eran los refuerzos enviados por el diablo para ayudarlo.

Donde estaba enterrado el padre, parecía levantarse una niebla infernal. El nivel de la tierra estaba agitado como el mar enfadado, lleno de olas.

«¿Tienes lo que quiero?»

Camilla alargó los brazos y le enseñó los documentos. Aprovechó para apretar el mango de la pistola y poner el índice sobre el gatillo.

Estaba a unos diez metros de su adversario, pero el destello le torturaba la vista. Lo bueno es que Mikey el tiburón estaba aparentemente tranquilo y no se movía. «Yo he respetado los acuerdos» le dijo.

«Deja los documentos en el suelo y olvídate de mí. Nadie sabrá nada de tu padre.» No había acabado. «Ninguna gilipollez, ¿entendido?»

Asintió.

Dio dos pasos hacia delante mientras se agachaba para poner los documentos en el suelo. Era un modo para ganar un precioso metro.

Lo que lo siguió fue cuestión de un instante. Un segundo.

La rodilla derecha le impactó contra el suelo, el pie derecho bien clavado y la pierna en ángulo recto. Las manos se unieron en torno a la Beretta y apretó el gatillo.

El cuerpo sentado en el banco dio un salto.

Mientras las hojas de los documentos aún estaban por los aires, Camilla se tiró al suelo y dio otros tres disparos. Todos con puntería. El olor de la escoria que salía del arma, se quedó en el aire hasta que el polvo se dispersó.

Se puso de pie apuntando con la pistola hacia la víctima, los brazos tensos.

Avanzó con prudencia. El cuerpo estaba más cerca. Era una figura descompuesta, con la cabeza que caía de lado. Cuando estaba a un par de metros, se quitó el rayo de luz directo. Se llevó la mano izquierda a la frente y observó desde abajo. El dobladillo de un pantalón de sastrería estaba apoyado sobre un zapato elegante.

Algo no iba bien.

Levantó la mirada y contó cuatro flores en la chaqueta de shantung. Era un traje de ceremonia.

El rostro de Camilla se tensó.

Dio una ojeada donde había sido enterrado su padre. Habían quitado la tierra. Tendría que haberse dado cuenta antes. Sintió un dolor punzante en el pecho cuando miró la cara del cadáver.

Un gusano blanco estaba arrastrándose por los morados labios de Esteban Domingo Márquez. Los ojos no estaban. Las bacterias del aparato

gastrointestinal le habían hinchado el abdomen y habían hecho salir por las orejas, ojos y boca un líquido asqueroso. El cuerpo estaba expulsando aún el gas, típico de los procesos de descomposición. El olor, de cerca, era terrible.

Camilla Márquez había disparado al cadáver de su padre.

No tuvo tiempo para analizar el significado.

Una cruel sombra salió de repente de la columna del St. George y se abalanzó sobre ella como una furia.

La policía percibió un dolor punzante en la cabeza, luego, todo se hizo negro.

# CAPÍTULO 20

2 agosto 2010

El cementerio de los Ingleses estaba cerrado a las visitas. Una cinta policial bloqueaba la entrada y un cartel indicaba que estaba bajo investigación. Un agente de la policía controlaba que fuera respetado, vigilando la zona de acceso.

En internet ya se estaban extendiendo los primeros rumores, con grandes detalles y fotos tomadas por drones no autorizados. Pero para la versión en papel, los lectores tendrían que esperar al día siguiente. Una multitud de periodistas acaparaban el exterior del cementerio anglicano con la baba en la boca en busca de noticias que llevar a sus redacciones. Abejas obreras al servicio de la reina.

Melanie Fillmore, periodista del canal NBC 6, se había ganado la mejor posición y estaba maldiciendo, con modos poco generosos que su cámara no consiguiera hacerse un hueco entre el montón de sus colegas. Mientras tanto, llamó a un agente de la policía y le suplicó que le organizara una reunión con uno de los detectives que se ocupaban del caso. Intentó convencerlo prometiéndole que comenzaría la noticia con su primer plano, mostrando su nombre en el directo. El policía la placó diciéndole que no estaba buscando nuevos seguidores para Instagram, que estuviera tranquila y que tuviera paciencia. Luego hizo como si no hubiera escuchado que lo estaba mandando a tomar por culo.

Dentro, la atmósfera era completamente diferente.

Reinaba un silencio deprimente. Y no como muestra de respeto por las almas que se habían ido.

Para frustrar grabaciones, de cualquier tipo, desde lo alto, se había montado una carpa blanca frente a la iglesia de St. George, de esas plegables de cuatro metros por cada lado. Ahí abajo, el cadáver putrefacto de Esteban Domingo

Márquez yacía descompuesto en un banco. La cabeza estaba apoyada sobre el hombro izquierdo y del cuello colgaba una cadena con un diente de tiburón. El responsable, todos lo tenían claro. La página web "Málaga Hoy" puso la noticia en la primera página, el título era: la exhumación más rápida de la historia.

«¿La agente Márquez ya ha sido avisada?» Bueno rompió el silencio al dirigirse a sus colegas.

«No hemos conseguido contactar con ella» le respondió Herrera.

El inspector español lo miró extrañado.

El colega levantó los hombros. «Teléfono apagado, nadie en casa, a la madre no la llama desde el funeral del padre.»

«Entendido. Seguid probando.»

Novari se acercó a cadáver. Se puso un guante de látex y quitó una mosca verde que se estaba nutriendo de la carne quemada del agujero donde estaba el proyectil.

«La agente Márquez podría estar involucrada en esta historia» dijo sin girarse. Con el pie puso a un lado la bala de una Beretta. «Controlarla.» Un técnico de la científica lo recogió, cerrándolo en una bolsa transparente.

Chacón sacó un cigarrillo del paquete y se lo puso en la boca. Se acercó el mechero, pero el viento seguía apagando la llama. «Absurdo.» Luego hizo un escudo con la mano hasta que la punta se encendiera y diera la primera calada.

El policía italiano se quedó concentrado en el muerto y contó hasta cuatro agujeros en el abdomen. Se preguntó quién le habría disparado y por qué. «Tenemos que extraer los proyectiles y proceder a identificar el arma.» Se apartó a un lado, y con un dedo bajó a la vez el cuello de la chaqueta y de la camisa del cadáver.

Miró la base del cuello y observó un detalle que parecía que nadie se había dado cuenta. «Acercaros.»

Bueno se le acercó inmediatamente, tapándose la boca y la nariz con la mano. Con el calor el hedor se había hecho insoportable. «¿Qué ha encontrado?»

«Mirad aquí sobre los hombros. Las manchas de la piel han cubierto esto. Si no fuera por la piel púrpura, sería evidente.» Le señaló el tatuaje.

«¿Morgan no tenía uno parecido?» le dijo el español.

Novari asintió. Se habían entendido.

Sintió alivio al ver que Bueno estaba preparado. Por lo menos su vida estaba en manos de gente que consideraba competente. Aunque, por desgracia, eso no

quería decir que estuviera fuera de peligro. Con mayor motivo, si se analizaba la situación en la que se encontraba ahora.

«¿Qué significa?» El humo del cigarrillo encendido llegó antes que él. Chacón miró a los colegas a la espera de una respuesta.

«Significa que tenemos que pedir a Ramonez que verifique que el mismo tatuaje esté en el cuerpo de Parker. Si es así, tenemos una señal que comparten todas las víctimas» le respondió Bueno. Marcó enseguida el número del forense y se apartó para hablar.

Novari estaba de acuerdo, Chacón no tanto. «El padre de la mejicana está muerto a causa de una enfermedad. No ha sido asesinado.» Tosió nicotina.

«Esta es otra cosa a la que tenemos que buscar una explicación pero me parece evidente que nuestro hombre también tenía una cuenta pendiente con él. De otra forma no tendría sentido todo esto.» Novari se quitó el guante y lo tiró en un saco negro. «Creo que Camilla está en peligro.» No dijo lo que pensaba realmente para no alarmar a los colegas que la conocían desde hacía muchos años. El temor de que ya estuviera muerta, no lo compartió con nadie.

«La mejicana está sana y salva» replicó Chacón. «Y no tiene nada que ver con esta historia.»

«Tendríamos que entrar en la óptica de que la compañera pueda necesitarnos.»

«¿Qué le lleva a pensar eso?»

Hizo una pausa. «Es probable que ayer por la noche estuviera aquí.»

Tiró medio cigarrillo al suelo y lo pisó. «Gilipollecés.»

Novari se pasó la mano por la barbilla, la canosa barba se había espesado. Decidió ser menos blando. «Su colega está involucrada en esta historia, y seguramente ha encontrado a nuestro hombre, piense. El motivo por el que vino, y sobre todo, el por qué no lo haya dicho a nadie, es una señal que no me gusta.» Le clavó la mirada. «¿Por casualidad conoce algún detalle más que ignoramos?»

Le había hecho una promesa. «Menos que usted, por lo que parece.» Se calmó.

Novari quería dejar clara su posición. «He visto huellas de sangre en el suelo, a unos veinte metros de la entrada. Parecían huellas de zapatos, de dimensiones compatibles con las de una mujer. Si fueran de la agente Márquez, es posible que estuviera herida.» Se paró un segundo. «¿Habéis podido dar con ella?»

«Aún no» respondió Herrera.

Bueno se dirigió a su sub. «Ocúpese enseguida. Verifique y organice inmediatamente un equipo de búsqueda.»

Chacón aceptó sin decir ni una sola palabra. Se pegó al teléfono, y llegó hasta la fosa de donde había sido desenterrado el cuerpo de Esteban Domingo. Se paró en el borde. El féretro de madera, todavía en el agujero, había sido destrozado con una hacha. Se encendió otro cigarrillo y esperó a que un compañero le respondiera.

El conserje del cementerio estaba sentado delante de la entrada de la iglesia de St. George, en el escalón más alto. Parecía como si admirara la arquitectura del santuario, en especial el tímpano, sostenido por un dintel que se apoyaba sobre cuatro columnas de estilo dórico. Aún estaba confuso. Entrar en un cementerio al amanecer y encontrarse a un muerto acribillado a golpes, habría alterado a cualquiera, también a quien, como él, trabajaba con los muertos.

Bueno sintió compasión por el hombre. Sabía que no se habría recompuesto con facilidad, y que esta vivencia lo habría marcado de por vida. El psicólogo que estaban esperando no tendría un trabajo fácil.

«¿Ramonez qué dice?» le preguntó Novari.

«Nos ha pedido algunos minutos. Todavía estaba trabajando en el cuerpo de Morgan. Tenía todas las mesas ocupadas.»

«Esperaremos» replicó Novari.

Asintió. «Si se confirmara, ¿podría sernos útil?»

Subió los hombros. «No lo sé.»

Bueno pensó que era el momento adecuado, Herrera se estaba alejando. Vaciló un instante, pero luego se lanzó. «Querría hablar de una cosa contigo.» El tono de voz se había hecho confidencial.

Novari estaba perplejo. «Dígame.»

«No es nada de todo esto. Se trata de una cuestión personal.»

El rostro de Mathias se enfureció. «Pensaba que había sido lo suficientemente claro con el tema.»

«Déjeme hablar, por favor.»

Lo interrumpió. «Todo aquello que tenga que ver con mi relación y la de la agente Bruni, no es cosa suya.»

«Por desgracia sí que lo es.» Quería contarle todo.

«He decidido respetar sus reglas de equipo y estoy colaborando. Creo que el

tema está cerrado.»

«Le he dicho que no tiene nada que ver con el tema del trabajo.»

Novari estaba sorprendido. El discurso le parecía ilógico. «Por mi parte, no existen más cosas.»

Lo miró cogiendo fuerzas. «Querría pedirle perdón.»

El policía italiano lo miró con mirada inquisitoria, la cabeza levemente inclinada. La comunicación no verbal le estaba presionando a que siguiera.

El español no esperó. «No me explico como ha podido pasar...»

Novari metió las manos en los bolsillos del pantalón y lo miró fijamente. «Que pasara ¿el qué? Siga.»

Quizá algún muerto, que los espiaba, se habría dado cuenta de la tormenta que iba a llegar y había llamado a las almas enterradas. Reinaba un silencio paranormal. Hasta el viento parecía haber parado de soplar.

Bueno asintió, la frente relucía de sudor. «Nos hemos acostado.»

«¿De quién está hablando?» El tono se había hecho agresivo. Se lo estaba imaginando.

«Anteanoche, la agente Bruni y yo» dijo todo de una. «No podía ocultárselo.»

Lo habría pillado menos por sorpresa, si el cuerpo de Esteban Domingo Márquez se hubiera puesto a caminar en aquel instante.

Mathias cerró la mandíbula. Sintió un irrefrenable deseo de pegarle. En los bolsillos, apretó los puños. «Juego en equipo, ¿verdad inspector? ¿Es esto lo que usted entendía?» Le rechinaron los dientes.

«No sea sarcástico, no me parece adecuado.» Se secó las gotas de sudor que le estaban cayendo por la sien.

Novari dio un paso hacia él. Le señaló con el dedo. «No está en condiciones de decirme qué tengo que hacer.»

«Solo le estoy pidiendo que se tome en serio lo que le he dicho. Ha sido un episodio inexplicable y no era nuestra intención.»

Mathias sonrió con ironía. «¿No era *vuestra* intención? ¿Quiere decir que después de haber follado os habéis tomado un tiempo para discutir juntos como un verdadero equipo?»

El español movió la cabeza. «Escuche. Siento la situación en la que nos encontramos. Punto.»

Novari estaba roto, más furioso consigo mismo que con Marina.

La cuestión era la misma de siempre: su modo de relacionarse. Cada vez que

se presentaba un problema, cerraba la puerta en la cara de quien fuera. Se aislaba, convencido de que era la mejor solución para todos. No podía ir contra ella, porque había sido su comportamiento lo que la excusaba de cualquier deber hacia él. Bueno, en cambio, no era otra cosa que un espectador que había cogido sitio, en un puesto dejado libre por otra persona, en primera fila. No se había ensuciado mucho la conciencia. Reprimió el instinto de pegarle un par de puñetazos y retomó el control.

«No vale la pena» le comunicó con desprecio.

Bueno no tuvo tiempo de decir nada más, le sonó el teléfono. En cualquier caso, no habría sabido que contestar.

Reconoció el número del hospital Universitario Virgen de la Victoria. Los dos últimos dígitos, indicaban el interno de la sala de autopsias. Respondió, poniéndolo en altavoz. El gesto no habría relajado, de todas formas, la tensión entre ellos.

«Bueno, soy Ramonez. Acabo de poder ver el cuerpo de James Parker. Vuestras suposiciones eran correctas. Tanto este cadáver, como el de Daniel Morgan, llevan en la base del cuello el mismo tatuaje.» Se oyó bostezar. «Disculpe, he pasado toda la noche, inclinado frente a una mesa.»

«No se preocupe. Le doy las gracias por la información.»

«Inspector.»

«Dígame, Ramonez.»

«En la llamada que hemos tenido hace poco, me hablaba de un cadáver exhumado, con dicho dibujo en la base del cuello.»

«Exacto.»

«Tráigamelo. Querría poder examinarlo.»

«Estoy organizando el transporte.» Omitió el motivo por el que ya se había empezado a mover. Le habría pedido que le extrajera los proyectiles del cuerpo, una vez hubieran llegado al hospital.

«Perfecto. Mientras tanto, le hago un hueco en la sala.»

Bueno tenía curiosidad. «¿Cuál es el motivo de su solicitud?»

«Se trata de una hipótesis que querría profundizar. Por ello, querría que viniera para discutirlo juntos.»

«Aquí no tenemos mucho más que hacer» le dijo.

«Os espero.»

«Hasta luego.» Cerró la conversación y miró a Mathias. El rostro del policía italiano aún era un poema tenebroso. En aquel lugar, entonaba perfectamente.

«¿Viene usted también?» le preguntó Bueno.

«Cojo un taxi» replicó con frialdad.

Se arregló las mangas de la camisa y se alejó, dejando detrás la iglesia St. George. El sol que se estaba poniendo en lo alto sobre la ciudad había calentado el camino de cemento que conducía a la salida, convirtiéndolo en una placa ardiente. La ilusión óptica producida por la refracción, jugaba a crear charcos imaginarios a lo lejos. El fenómeno se llamaba espejismo. Hacía parecer que veías algo que, en realidad, no existía. Como la lealtad de Marina, se dijo.

Alcanzó la puerta de hierro forjado que daba a la Avenida de Pries. Abrió las puertas de hierro y lo atravesó. Un rebaño de periodistas pretenciosos estaban listos para acogerlo.

Melanie Fillmore se presentó con el brazo, micrófono en mano.

«Agente, ¿se confirma que el cadaver exhumado es el del exactor Márquez? ¿Tienen una idea de lo que puede haber pasado?»

Novari la fulminó con la mirada, pero la periodista de la NBC 6 no fue intimidada y continuó sin vergüenza. «¿Es verdad que la hija es una agente de policía? ¿Cómo ha reaccionado frente al cadaver del padre?»

«No estoy autorizado para revelar ningún detalle relativo a las investigaciones que estamos llevando a cabo» comunicó al plantel de cronistas, levantando el tono de voz.

«¿Entonces lo que ha pasado en el cementerio hay que conectarlo con los asesinatos de Parker y Morgan?»

«No insistáis.»

Mathias vio a Marina pasar en medio de la gente, exhibiendo la placa de la Policía italiana. Ella también lo vio y se le acercó con una tímida sonrisa. Un mechón de pelo rubio le caía delante de los ojos.

«¿Te estás yendo?» Daba la espalda a los periodistas.

«Sí.»

En aquel monosílabo, Marina advirtió un desapego insoportable.

«¿Hay novedades?» le preguntó preocupada.

Las comisuras de los labios apenas se elevaron. «Más de las previstas.»

# CAPÍTULO 21

2 agosto 2010

«Hospital Universitario Virgen de la Victoria.» Cerró la puerta y le pareció estar en el interior de una cámara frigorífica.

Mientras el coche arrancaba, Novari relajó los hombros en el respaldo.

«Si la temperatura es demasiado baja, subimos los grados.» El taxista parecía una persona cordial.

«No es necesario.»

«Siento si le he hecho esperar un poco.»

El policía miró el reloj. Media hora de espera.

«No se preocupe.»

Durante todo el viaje, no se volvieron a hablar.

Mathias aprovechó para despejar el cerebro de todos los pensamientos negativos que tenía sobre Marina. Solo que lo hizo con otros pensamientos que no le ayudaban a sentirse mejor. Intentó entender por qué motivo un asesino que había matado a dos habitantes de Miami, lo buscaba a él. Se preguntó por qué razón Parker y Morgan habían llegado hasta Málaga, y qué tenían en común estos dos con el padre de Camilla. Hasta este momento no los había ni visto ni oído nombrar. Aunque se esforzaba en intentar encontrar alguna conexión entre los tres mertos, no lo conseguía. Todo era extrañamente caótico e insensato, por lo menos, hasta ahora. Quedaba el hecho de que Mikey el tiburón, quien fuera que fuese, lo había encontrado a los pies de las Dolomites y lo había llevado a Andalucía. No había ninguna duda del hecho de que el asesino de Parker y Morgan lo conocía.

Camilla Márquez había desaparecido, quizá se había visto con el asesino, y si se confirma, no había que excluir que estuviera muerta. Probablemente se le había tendido una trampa, pero aún era un misterio el entender el motivo por el que se había callado todo. ¿Era ella la pieza que faltaba y no el padre? ¿A lo mejor lo eran los dos?

El colgante que llevaba en el cuello Esteban Domingo y Parker, las piernas desmembradas de este último, el globito encontrado en el coche, el nombre del carnicero. ¿Solo eran unas firmas o puro teatro? Se podía poner en duda que fuera una exageración, pero aún en ese caso, no se explicaba la finalidad.

*Es como el mal.*

En ambos delitos, había dejado un mensaje. Podía ser una frase que plasmaba una idea mental. Como si el ejecutor quisiera demostrar que era capaz de equiparar sus propias habilidades criminales al concepto del mal. Arrancar el corazón del pecho de la víctima era una acción que describía bien la idea.

Solo era una hipótesis, pero si se considerase verosímil, habría permitido adquirir informaciones preciosas sobre la personalidad del asesino. Si no, no sabía por dónde empezar a buscar.

Sintió chirriar los frenos del coche.

«Hemos llegado.»

Mathias dio las gracias y pagó el viaje.

Cuando abrió la puerta fue recibido por un calor oprimente.

Llegó a la entrada del hospital con paso digno y nada más atravesó el umbral, sintió el aire más fresco y menos húmedo. Esos continuos cambios de temperatura le estaban atormentando las cervicales. Se secó con la mano el sudor de la base de la nuca, pero la delicadeza no le habría evitado el dolor de cabeza al acabar el día. Nunca había escondido el pasar de los años, aunque era una cosa que le enfadaba, porque tendría que haber dedicado más tiempo al cuidado del físico, cambiar algunos hábitos y modificar levemente su imagen. Cosas que requerían tiempo que él estaba convencido que no tenía. Sobre todo ahora, con un asesino en circulación que lo quería muerto.

Recorría el pasillo ensimismado, tropezó con un médico con el que no tuvo ni siquiera tiempo de disculparse. Parecía tener prisa, quizá había sido llamado por una urgencia.

La sala de autopsias se encontraba en el sótano, al lado de la morgue. Mathias usó las escaleras para bajar. Ya conocía el camino.

Encontró a Ramonez que estaba vigilando la entrada.

«Lo estábamos esperando.» Le puso una máscara y pasó su tarjeta por el lector magnético de la pared. Un sonido agudo por la apertura de las dos puertas corredizas. «Sígueme.»

La entrada que presidía la sala era un espacio de unos cinco metros de largo

y tres de alto. En el lado izquierdo había una puerta que daba acceso al vestuario, pero alguna ropa había sido dejada sobre el respaldo de una silla que estaba fuera de él; ir con prisas se estaba convirtiendo en una norma. En la pared derecha estaban colgados unos posters que representaban las tablas anatómicas dibujadas por Leonardo da Vinci.

«Acomódese» Ramonez hizo abrir la puerta automática y lo invitó a entrar en el reino de las autopsias.

Novari se cruzó enseguida con los ojos azules de Marina, el resto de la cara estaba cubierta por una máscara sujeta a las orejas. Notó enseguida la vergüenza de la mujer. Seguramente Bueno le habría contado las últimas novedades, quien hizo una especie de saludo con la cabeza, sin soltar palabra.

Se lo devolvió.

Una boquilla del aire acondicionado soplaba aire gélido desde lo alto. Mathias levantó el cuello de la camisa nada más notó como se le contraían los músculos del cuello. Dio algún paso hacia delante y se puso frente al cadáver de Parker, apartándose del chorro del aire.

La sala de autopsias era un rectángulo de 65 metros cuadrados, el suelo era de color verde pálido, con un material antideslizante. Las paredes, más de tres metros de altas, estaban revestidas con paneles de resina lavable. Las tres mesas de acero inoxidable estaban ocupadas por los cadáveres de James Parker, Daniel Morgan y Esteban Domingo Márquez. Este último todavía cerrado en el saco, junto a gusanos, tierra y cuatro proyectiles.

«Ahora que estamos todos, ¿podemos empezar?» Ramonez solicitó una confirmación a los tres policías, pero no esperó sus respuestas. Siguió. «Quería ponerlos al corriente de una cosa que podría seros de mucha ayuda.»

«Estamos aquí para eso.» Bueno lo invitó a seguir.

«Perfecto.» Se aclaró la voz. «El análisis forense hecho el pasado 28 de julio sobre el cadáver de Parker, había puesto de manifiesto una herida abdominal que no presentaba, a primera vista, un tejido fibroso de cicatrización reciente. El análisis ha sido confirmado.» Levantó los hombros como pidiendo perdón. «No buscábamos nada más en ese momento.»

«No le sigo» dijo Mathias.

«Ahora lo verá más claro.» Se movió a la derecha, frente a la mesa central. «Trabajando con el cadáver de la segunda víctima...» se olvidó del nombre.

Marina lo ayudó. «Daniel Morgan.»

«Exacto. Perdonadme.» Se frotó los ojos pasando los dedos índices por

debajo de las gafas. Estaba agotado.

«Como estaba diciendo, trabajando en el cadáver de Morgan, enseguida, nos hemos dado cuenta que, aparentemente, podría no tener ninguna importancia, si no hubiéramos analizado a la primera víctima más exhaustivamente.» Se puso un par de guantes. «Si miráis aquí, al lado del colgajo producido por la brutal intervención del asesino, se ve una vieja cicatriz.» Arrancó un par de plumas pegadas a la herida, luego deslizó el dedo para indicarles la línea del tejido fibroso. «Es casi paralela, a casi dos centímetros.»

Bueno se bajó la máscara para hablar. «¿Una vieja operación?» preguntó.

«Exactamente.» Afirmó y continuó. «Vuestro hombre ha marcado el pecho de la víctima al lado de una vieja herida.»

Novari estaba impaciente. «Usted nos ha confirmado, hace poco, que el cadáver de Parker, en cambio, no tenía ninguna cicatriz.» No tenía claro donde quería llegar. «¿No es así?»

Ramonez movió el índice. «No exactamente. En realidad habíamos constatado que no tenía un tejido fibroso de cicatrices *recientes* en la herida realizada por el asesino. Un simple análisis nos confirma que el corte era tan fresco que no había iniciado el proceso de curación.» Miró a los tres para entender si podía continuar. Las miradas lo autorizaron. «Sin embargo, no habíamos prestado atención a una cosa importante, que se nos había pasado, debido al exhaustivo trabajo realizado por vuestro hombre.» Se cambió al lado de la mesa en la que yacía el cadáver de Parker. «En este caso, el esternón ha sido rajado *sobre* una vieja cicatriz.» Indicó los cuatro puntos más evidentes en los que el viejo tejido, más corposo, sobresalía de los colgajos que ahora estaban unidos por una costura profesional. «Tanto a Parker como a Morgan, se les ha rajado el pecho al menos dos veces. La última, ya muertos.»

«¿Nos está diciendo que ambos han pasado, en pasado, por una operación?»  
Novari se adelantó a Bueno.

«Una intervención a corazón abierto, para ser más precisos.»

Mathias estaba intentando razonar en voz alta. «Si tienen en común este detalle, y de algún modo está unido a nuestro hombre, significa que ha tenido más tiempo de planificar y llevar a cabo la muerte de Parker, respecto de la de Morgan.»

Ramonez bajó la mirada hasta dar con la punta de su nariz y luego lo miró. «Absolutamente.»

«Parker murió desangrado, y la extracción del corazón se produjo, al menos,

dos horas después del deceso.» Pidió una confirmación al médico legal.  
«¿Correcto?»

«Exacto.»

«Entonces el asesino se tomó todo el tiempo que necesitaba, sin ninguna prisa» analizó Novari.

«Cortando el pecho sin utilizar ningún objeto que amortiguara el ruido de la motosierra» intervino Marina con la mirada clavada en los ojos del cadáver.

«Y que lo resguardara de las salpicaduras de sangre. Habiendo muerto ya la víctima, no era necesario» precisó el médico.

«Entonces, además de disponer de todo el tiempo del mundo, se encontraba en un sitio aislado» fue la reflexión de la policía.

«El cuerpo ha sido divisado en el mar. A lo mejor el asesinato se cometió a bordo de un barco.» Bueno parecía satisfecho de su intuición.

Marina asintió. «A diferencia del asesinato de Morgan que tuvo lugar en el interior de un hotel lleno de clientes, en más o menos veinte minutos.» Novari estaba razonando en voz alta. «Obligado a utilizar el almohadón para atenuar el ruido de la motosierra, no ha conseguido calcar la vieja cicatriz.»

«Siempre que ese fuera su objetivo» quiso precisar Bueno.

«De otra forma, no se entendería por qué motivo hubiera usado tanta precisión en el cadáver de Parker» le respondió Marina, mirándolo a los ojos. No le pasó desapercibido a Novari.

Ramonez se encogió de hombros. «Lo de encontrar una explicación a nuestros análisis, es tarea vuestra.»

Se pusieron en marcha los motores de ventilación. El ruido era muy parecido al de la sirena de una nave a lo lejos. Novari lo consideró molesto, pero llegó a la conclusión que para un hombre que trabajaba con los muertos durante horas y horas, podía resultar hasta agradable, hasta como de compañía.

Se cruzó de brazos y dio una ojeada a todo su alrededor.

Se impuso el mirar a todos como simples colegas, nada más. «Parker y Morgan fueron asesinados por la misma persona. Descubrimos que ambos tienen un tatuaje en común. También sabemos que, en el pasado, ambos pasaron por una operación a corazón abierto. En el primer caso, nuestro hombre ha tenido más tiempo para intentar esconder este detalle, en el segundo no lo consiguió.» Comprobó que todos estuvieran atentos. «Tengo dos preguntas. ¿Por qué el asesino habría querido esconder este detalle? ¿Y por qué con Morgan ha tenido que acortar los tiempos, respecto a Parker?»

El silencio se rompía solo por el motor de ventilación.

«Dos casos pueden ser una coincidencia, tres no.» Se dirigió a Ramonez y sin perder tiempo. «¿Puede volver a mirar el cadáver de Márquez?»

Asintió con escaso entusiasmo. Sabía lo que le esperaba. «Poneros las mascarillas y evitar respirar por la nariz» les dijo.

Se acercó a la tercera mesa, la última a la derecha. Encendió la lámpara y apretó la cremallera bajándola hasta la mitad, esparciendo en el aire un olor infernal, tan oprimente y angustioso que lo convertía casi en algo palpable.

El cadáver del padre de Camilla era una carcasa en avanzado estado de descomposición. Decenas de gusanos blanquecinos caminaban por el rostro desfigurado, uno le estaba entrando en el ojo derecho. Algunos colgajos de piel habían desaparecido, devorados por voraces calliphoridae. El color del resto del cuerpo era a manchas. De color oscuras.

Ramonez desabrochó con cautela la chaqueta llena de polvo y la camisa. Cogió el bisturí e hizo una incisión en la camiseta íntima. Apoyó el material en la mesa de acero y alargó la raja con las manos, hasta dejar al descubierto el pecho. Observó con atención, las gafas bien sujetas a la nariz. «No se trata de una coincidencia, por lo que parece. Este cadáver también presenta una herida cicatrizada, compatible con una operación a corazón abierto.» Con un fuerte golpe cerró la cremallera, dejando en el interior el proceso de descomposición.

«Hay balas que tendría que recoger.» Novari recordó a Ramonez que el trabajo con aquel cadáver aún no había terminado.

«Esta tarde entra mi asistente a trabajar. Le pediré a él este favor.»

«Ningún problema.» Estaban de acuerdo en darle una tregua a Ramonez. Bueno habló en nombre de todos.

Novari, mientras tanto, se acercó al cadáver de Parker. Le parecía que era el que mejor se conservaba. A parte de las piernas, que ya no estaban. Le cogió la cabeza y miró mejor el tatuaje en el cuello. Era el dibujo de un esbelto árbol, en el que el tronco en realidad era el cuerpo de una serpiente que se dividía en ramas formando una cabellera. La única parte coloreada era un par de manzanas rojas en el lado izquierdo.

«¿Os dice algo?»

Marina sacó una foto con su móvil. «Por el momento no» le respondió. Se acercó para sacarle otra en primer plano y su perfume alcanzó a Mathias. El policía entendió por primera vez, que la había perdido.

La policía se puso detrás del cuerpo de Morgan. Parecía concentrada «¿Le puede levantar la cabeza?» Se dirigió al forense.

Ramonez aceptó e hizo el último esfuerzo del día. Luego se habría ido a descansar. «Dígame usted cuando puedo bajarlo.» Para descubrir el tatuaje había tenido que subir el cráneo y parte de los hombros. Viendo el elemento, no era un peso pluma.

Se oyó un click. «Hecho» le confirmó.

Apoyó la cabeza del muerto en la mesa. «Si estáis de acuerdo os acompaño fuera.» Se quitó los guantes y los tiró a la basura.

«Esperad un segundo. El tatuaje es un poco diferente.»

Marina despegó los ojos del móvil y buscó a sus colegas. Un tirabuzón rubio se le puso sobre el hombro. Mostró a Bueno y Novari la foto en la pantalla, pero ninguno de los dos tenía nada que decir. Se sintió avergonzada, sabiendo que no era la pequeña diferencia de un dibujo la que resolviera las investigaciones. Se riñó por haber expresado la noticia con demasiado entusiasmo.

«Os muestro el camino.» Ramonez utilizó una fórmula de cortesía para indicarles la salida. Bueno se puso las manos en los bolsillos de los pantalones y fue el primero en seguirlo. Mathias le hizo un gesto frío a su compañera para que pasara delante, y se puso a la cola del grupo. Se dirigieron hacia la puerta automática y nada más se posicionaron bajo la cámara, las puertas se abrieron, pero no salió ninguno.

Un sonido agudo retumbó en la sala y los clavó en el sitio.

Sobre la mesa de acero inoxidable, al lado del cadáver de Parker, habían algunos objetos que habrían sido guardados por la policía científica al final del día en el interior de una bolsa de plástico, estaba sonando el busca encontrado en la caja torácica del exabogado de Miami.

Novari se echó atrás. Volvió al interior de la sala y sacó el aparato electrónico sin preocuparse de las huellas que habría dejado y miró en la pantalla iluminada el número que llamaba. Sabiendo cómo funcionaba el dispositivo, extrajo de su bolsillo trasero de los pantalones su propio teléfono, marcó el número y llamó.

Oyó dos toques, luego el buzón de voz. El mensaje grabado era un mensaje que ya había escuchado: "Sucio policía, yo te mataré como a él y a los otros hijos de perra."

Notó intensificarse el dolor cervical y tuvo sensación de angustia. Inspiró

profundamente y miró los cadáveres tumbados sobre las camas, imaginándose tumbado junto a ellos.

Se quedó inmóvil, dando la espalda al resto del grupo que lo miraba fijamente, a la espera de una señal. No llegaba, Bueno se le acercó. «¿Todo bien?» Percibiendo el miedo en sus ojos, entendió que la pregunta no era de las más adecuadas.

«Nada nuevo» le contestó. «Sucio policía yo te mataré como a él y a los otros hijos de perra.» Se puso las manos en la nuca y dobló el cuello hacia atrás. Las vértebras cervicales crujieron como pequeñas explosiones. Fue un alivio que le duró menos que un pensamiento positivo.

Bueno le cogió el busca.

Miró el número y se tiró hacia atrás.

«¿Qué pasa?» le preguntó Marina.

Mostró el busca. «Es el número de Camilla Márquez.»

# CAPÍTULO 22

2 agosto 2010

Se hizo dejar en la Plaza de la Marina, donde una enorme fuente circular sobresalía de las vísceras de la tierra, rodeada por una rampa de escaleras que daban acceso a un parking subterráneo.

Había viajado en el asiento trasero de un taxi, mirando su propia figura en el cristal de la ventanilla. Las únicas palabras que había dicho al conductor habían sido "Plaza de la Marina" en el instante en que había entrado en el coche, y "a usted" en el momento en el que le había pagado el servicio. El resto del tiempo lo había ocupado analizando su rostro, preguntándose si aquella cara habría envejecido.

El sol estaba furioso, como un toro recién herido por un matador.

Bajó el cuello de la camisa e hizo que le diera el sol en la nuca que se había congelado en su trayecto en el taxi. El viento que soplaba, aliviando a la gente acalorada, era un latigazo para su cuello. Cada golpe de aire que le llegaba por la espalda, intensificaba la migraña, provocándole ganas de vomitar. Además hacía más de un día que no comía, solo café, que en la última semana había perdido la cuenta.

En la acera de enfrente reconoció los arcos dorados del McDonald's, decidió ignorar las propias convicciones saludables que tenía; no habría sido un Big Mac el que lo matara.

Cruzó la calle abarrotada de tráfico, utilizando un paso subterráneo, subió a la acera y llegó hasta el restaurante de comida rápida en un momento en que no era todavía hora punta.

Una estudiante universitaria, se puso debajo del brazo los fascículos de literatura española y dejó libre una mesa en el exterior, frente a la entrada, bajo la sombra de una palmera. Como no había servicio de camareros, habría

tenido que ponerse en fila esperando que nadie se diera cuenta y también quisiera que le tomara nota. Dentro estaba lleno de sitios vacíos, pero de comer en un sitio cerrado, no tenía ganas.

«¿Le puedo ofrecer la comida?» La voz de una mujer lo dejó inmóvil.

Novari se dio la vuelta acurrucando un ojo. La migraña empezaba a ser insoportable. La reconoció y se molestó. «No, ahora no, por favor.»

Le alargó la mano. «Melanie Fillmore, periodista de la NBC 6, Miami.»

«No me interesa quien sea. Yo no tengo nada que decirle.» Le espetó sin apretarle la mano.

Fillmore no era del tipo de mujer que se rendía fácilmente. Se le acercó acelerando el paso. Aunque llevara tacones, parecía muy suelta. «¿Y si en cambio fuera yo la que le pudiera dar información a usted?» le preguntó.

Novari, en aquel momento, habría vendido su alma al diablo, con tal de llegar a entender algo más de esta maldita historia. «Coja sitio.»

«Para mí, una ensalada y agua» le comunicó con una sonrisa. Los labios pintados con un poco de máscara de labios, resaltaban lo artificial que era el blanco de sus dientes. «Pago todo yo.»

Mathias se puso en la cola, detrás de dos personas. Cuando llegó su turno, pidió un Big Mac, dos bolsas de carlota cruda y, como fruta, una manzana que ya estaba troceada. Para beber eligió una cerveza pequeña. Se puso la ensalada y la botella de agua en la bandeja. Volvió fuera, afrontando por enésima vez un molesto cambio de temperatura y se sentó frente a la periodista. «Que aproveche.»

«Al menos podría decirme cómo se llama.» Melanie Fillmore llevaba una camisa blanca, desabrochada lo suficiente como para que resaltara el generoso escote. La madre naturaleza había sido muy generosa con ella, y que ella lo sabía, no era un misterio.

Le acercó la bandeja. «Novari, policía italiano.» Abrió el cartón y mordió la hamburguesa.

Sonrió. «¿Cuánto tiempo hace que no come algo?»

«He tenido demasiadas cosas que hacer estos días» le respondió con la boca llena.

Melanie Fillmore cruzó las piernas hacia un lado, haciendo que el tejido oscuro de la falda se subiera. Los bronceados muslos se destaparon, sobresaliendo de la mesa. «Es verdad, parece que esté sucediendo todo tan rápido.»

Se limpió la boca con la servilleta. «Vaya al grano. ¿Qué tiene que decirme?»

La periodista apretó el anillo de la botellita entre los labios y bebió un sorbo. Mathias intuyó que no se trataba de que tuviera sed. «¿Qué sabéis de las víctimas?» le preguntó después de haberse pasado los dedos por la boca para secarla.

«No dejes que me tomen el pelo» le puntualizó.

Ella se encogió de hombros, fingiendo una expresión de extrañeza. «Solo era para que no tuviera que escuchar información que ya sabe. Hagamos una cosa: si le digo una cosa que ya conoce, me para y seguimos con el resto.»

«Me parece sensato.» Abrió la bolsa con las carlotas y se puso en la boca un puñado.

Fillmore se puso hacia delante, las manos cogidas al borde de la mesa. El colgante con forma de corazón, que colgaba del collar, se despegó de los pechos. «Sea claro que no estoy aquí por beneficencia.» Podría parecer. «Si escucha información nueva, quiero algo a cambio.»

Novari terminó de masticar y tragó. «¿De qué tipo?»

«Cualquier cosa que la prensa no sepa por el momento. Quiero empezar el directo de la tarde creando un poco de suspense en los telespectadores.» Le guiñó un ojo.

Novari se indignó. «¿Pero dónde coño cree que está? Esta no es una película donde se dispara con pistolas de mentira.» Lo dijo, porque el primero que estaba en peligro era él.

La periodista ni se inmutó. Dejó caer detrás de la oreja izquierda un mechón de pelo color negro. «Ve Novari, no se trata de dar peso objetivo a la circunstancia, cada uno la ve como quiere. Usted haga su trabajo, que yo hago el mio.»

Mathias tuvo una idea. Hasta ese momento no le había dado importancia. Siendo muy arriesgado, pensó en utilizar en su propio beneficio la situación.

Se levantó las gafas de sol y le miró con una expresión más tranquila. «Vale, pero con una condición.»

Fillmore se quitó el corazón de plata del escote, donde había vuelto, y lo besó. «Prometido.» Luego lo dejó caer de nuevo en medio del pecho. «Dígame cual.»

«No quiero que se sepa la fuente. Nunca.» Volvió a ponerse las gafas empujándolas contra la nariz.

«Esté tranquilo. Su nombre no saldrá nunca a la luz.» Se inclinó y le tendió la mano; esta vez, se la apretó. Por un instante se distrajo con lo que vio dentro del escote, pero las gafas oscuras taparon su incomodidad.

«Tengo información sobre dos víctimas» le dijo con una sonrisa maliciosa. Novari entendió que se había dado cuenta. Se preguntó qué armas hubiera utilizado si se hubiera encontrado delante de otra mujer.

«La escucho.»

«Perfecto.» Pinchó un tomate, haciéndose la seria y profesional. «Empecemos por James Parker, abogado, hijo del gran fundador del Parker & Mild. No tengo intención de sustituirlos como detectives, pero el motivo del asesinato puede haber sido por situaciones oscuras que dejó en vida. Se trata de dos hipótesis, que podrían servir para reconstruir el móvil del crimen. La primera es un juicio por sustracción de pruebas.»

Fue interrumpida por Novari. «Dígame la otra.»

Asintió, sin sorprenderse de que el policía ya lo supiera. «La otra hipótesis es más que nada un rumor que circula desde hace años en el ambiente forense. Una cosa que nunca se ha podido concretar pero que vale la pena tener en cuenta, si se quiere encuadrar al personaje.»

Acabó la cerveza de un trago y abrió la bolsa de la manzana a trozos. «Escucho.»

«Digamos que Parker no era bien visto entre los colegas porque se oían voces de que mantenía relaciones sexuales con menores.»

Se le metió la piel entre dos muelas. «¿Han habido denuncias a su cargo?» El sol estaba empezando a invadir la mesa. El reflejo sobre la superficie metálica lo obligó a moverse con la silla.

«Como le he dicho, nada que se haya concretado, nunca.»

«Entendido.» Le hizo entender que alrededor del hueso no había carne.

«No se trata de un cotilleo» se defendió.

«Hasta que se demuestre lo contrario, lo es» le cortó él.

Fillmore puso una hoja de lechuga en la boca. Se quedó en silencio hasta que no le llegó al estómago. «Pasemos a Daniel Morgan, entonces.»

Mathias se metió los dedos en el pelo revuelto. «Si me está haciendo perder tiempo, le prometo que contaré a la competencia lo que le iba a decir» le amenazó. «No se asombre si luego su redacción le pide el reembolso hasta de la ensalada.» Le acercó el ticket para enfatizar la situación. Luego se arromangó las mangas hasta los codos.

«¿Le han dicho alguna vez que es un tipo fascinante?» Lo estaba mirando con malicia.

«No acepto otro material de intercambio por mi información.»

Fillmore le lanzó una mirada provocante. «Se trataría de un discurso extralaboral, nada que ver con nuestro acuerdo.»

Mathias sintió un escalofrío subir por su espalda.

Por un momento no se atrevió a decir nada.

La mujer se puso a reír. «Increíble lo manipulables que sois, vosotros los hombres. Es una regla.»

El policía se puso en la boca el último trozo de manzana para quitarse la vergüenza. Que pena que el juego ya hubiera acabado, se dijo.

La periodista se volvió a poner seria. Lo que le iba a decir habría sido suficiente para el intercambio que estaba buscando.

«Si conoce la historia del juicio a cargo de Parker, sabrá también que fue el testimonio de Morgan el que lo descargó. Admitió frente al jurado, que había perdido las pruebas en las que se basaba otro proceso, en el que Parker defendía al acusado.»

«El juicio contra un cierto Moe.»

«Exacto.»

«Motivo por el cual, fue absuelto.»

Melanie Fillmore se cruzó de brazos y los colocó bajo el pecho, levantando aún más la delantera. «Esa fue la versión oficial, la políticamente menos indeseable, digamos. El verdadero motivo por el que se hizo, fue otro.»

«¿Cuál?» le preguntó con curiosidad.

«Era sospechoso de haber favorecido la fuga de algunos detenidos.»

«¿Las pruebas?»

Esta vez asintió. «Hablan los datos. Morgan un empleado de la seguridad en las cárceles de menores de Miami, y en los últimos tres años habían sido señalados siete casos de fuga. Todos durante el turno de la noche, mientras él estaba de servicio.»

«Esto no es suficiente para considerarlo responsable.»

«Exacto» añadió la cronista. «Pero si se añade que todos los fugados habían pasado un día entero en la enfermería poco antes de desaparecer de la estructura, y que en el registro sanitario la firma del acompañante era la de Daniel Morgan, es lícito añadirle un agravante al sospechoso. ¿No cree?»

Novari tenía la cabeza en el sol, pero extrañamente el dolor no había

incrementado. «Si todo esto está documentado, imagino que sí.»

Estaba saliendo a relucir información importante. Quizá podrían, de alguna manera, estar conectadas al caso que estaban siguiendo. Pero hasta que no se llegara hasta el final, era imposible de entender.

«Una cosa no me ha quedado clara. Si Daniel Morgan era un empleado de la seguridad de una cárcel de menores, ¿qué tenía que ver con Moe?»

Es la misma pregunta que le he hecho a mi informador.

«¿Qué le ha contestado?»

«Que Morgan había sido trasladado hacía poco y que estaba patrullando cuando irrumpieron en casa de Moe.» Se encogió de hombros.

Novari se rascó la frente.

«Ahora le toca a usted» le recordó la periodista.

Mathias estaba un poco fastidiado. Habría podido mandarla a tomar por culo e irse, o intentar cambiar las reglas del juego, levantando el polvo, que en cualquier caso, habría cambiado la situación. «Existe la posibilidad que Camilla Márquez haya sido secuestrada por el asesino» le dijo.

La mujer abrió los ojos como platos, dos bolas negras, brillantes. «Es la hija de...»

«Sí.» No la dejó acabar. «No es todo» le comunicó enseguida.

La periodista le hizo un gesto con la cabeza para comunicarle que estaba esperando.

«Tenemos el nombre del asesino.»

La mujer se puso de pie. «¿Me está tomando el pelo?»

«Se hace llamar Mikey el tiburón» le dijo.

«Madre mía, esto es una bomba.» Se le acercó y lo besó en la mejilla. Al agacharse puso, voluntariamente, otra vez en muestra, el escote.

Se quedó desconcertado. «No diga nunca mi nombre.»

Se iba a ir, pero se acordó de una cosa. Puso la mano en la botella y le preguntó cuanto le debía.

«Preocúpese solo de hacer un buen directo.»

Acababa de poner en marcha un anticiclón. En el fondo, la periodista le gustaba. Estaba preparada y era competente y veía en ella agallas y carácter. Por cómo había empezado, podía considerarse afortunado. Faltaba por ver qué camino cogían ahora las investigaciones.

«¿Tiene algo más que decirme?»

Novari movió la cabeza y se acordó que le acompañaba la migraña.

Ella le guiñó de nuevo el ojo y le entregó su tarjeta. «Entonces ya no es una fuente. Hasta pronto.»

Se alejó a buen ritmo, poniéndose un auricular en la oreja.

Mathias entendió la broma y fantaseó con la propuesta. En otro momento no le habría hecho ni caso. Por un momento, se olvidó que estaba en peligro de muerte.

# CAPÍTULO 23

2 agosto 2010

La primera cosa que entendió cuando recuperó la consciencia, fue que no habría podido vomitar. Tenía la boca tapada con cinta adhesiva y si simplemente intentaba girar la cabeza, sentía como le tiraba el pelo. Respiraba a través del único agujero de la nariz que aún no tenía entaponado del todo, suficiente como para darse cuenta de la insoportable peste de meado que le rodeaba. Notándose las piernas todas pegajosas, intuyó que era suyo.

Camilla Márquez abrió y cerró los párpados e intentó tener los ojos abiertos. El esfuerzo fue premiado, pero no le aportó nada nuevo, cualquiera que fuera el lugar donde se encontraba, no tenía luz.

Oscuridad total.

La sensación de angustia era tan potente que le retorcía el estómago; probablemente Mikey el tiburón la había drogado después de haberla golpeado en la cabeza. Advirtió dolor y picazón en la base de la nuca, presumiblemente la herida se encontraba ahí.

Aquel hijo de puta la había engañado, antes de que le engañara ella a él. Se sentía culpable por haberle escuchado, tendría que haber afrontado la situación con mayor lucidez. Por desgracia, su comportamiento irresponsable estaba poniendo en peligro otras vidas.

Se preguntó cuánto tiempo había pasado desde su quedada en el cementerio de los ingleses, pero no supo cuantificarlo. Supuso que no trascurriría mucho tiempo para la siguiente visita de Mikey, y era previsible lo que iba a ocurrir.

Por ahora, estaba viva, no conseguía explicarse el motivo, pero la cosa en vez de consolarla, la flagelaba. En cualquier caso, era su deber no dejarse llevar. Se lo debía a Juan Rodrigo.

Intentó levantarse, pero improvisadamente se apoderó de ella un vahido. Las piernas le temblaron y no consiguieron mantenerla de pie. Tropezó con las rodillas en el suelo y la cara impactó sobre los brazos estirados, como un coco que se precipita sobre una hamaca.

Se dio cuenta en aquel momento que tenía las muñecas atadas por unas esposas. Dio un par de sacudidas y oyó el ruido de la cadena chocar contra un tubo de hierro. Intentó entender dónde estaba y no tuvo problemas en identificarlo en una esquina del local. Entre eso y las dos paredes de detrás, cabían justito los dedos de una mano.

¿Dónde diablos estaba?

Intentó analizar la situación, analizando los pocos elementos útiles a su disposición. El calor era insoportable, creaba una capa de humedad, casi se notaba su peso. No había olor de humedad, la cual va unida a las elevadas temperaturas, esto le hizo excluir la posibilidad de estar en un local subterráneo, un trastero por ejemplo. El ruido del tráfico se oía muy a lo lejos, mientras que era más evidente un movimiento de coches pesados, de trabajo. Pensó en un astillero, y consideró que su intuición era bastante buena. La almacenó en su mente.

Se fijó en la corriente de la temperatura y analizó el aire que se difundía desde lo alto, porque las paredes laterales de hierro no quemaban. Puso en marcha el cerebro.

La hipótesis más razonable era que el local se encontrara expuesto al contacto directo del sol exclusivamente desde lo alto, lateralmente protegido y cercano a un astillero.

Sentía que ya casi estaba.

Exploró con las manos el tubo al que estaban enganchadas las esposas. Era de hierro, con un diámetro de al menos tres centímetros, que subía en vertical partiendo desde la base del suelo. No pudiendo verlo, solo consiguió imaginar su desarrollo hasta el techo. Pero le fue suficiente como para hacerse una idea. Lo identificó como un pasador que permitía abrir una puerta blindada de grandes dimensiones. En definitiva, un simple cierre.

Todo desembocó en la hipótesis de que se encontraba encerrada en el interior de un container.

Así, sí que cuadraba todo.

El ruido de fondo que podía provenir de un astillero en el que se reconstruía un muelle portuario, a poca distancia del depósito del muelle, donde había un

área preparada para el depósito de containers. Habían centenares de camiones, uno al lado del otro, casi todos posicionados con la apertura hacia el norte. Así se entendía porqué las paredes no quemaban.

De repente un ruido llamó su atención y bloqueó su análisis.

Pasos que se acercaban, estaba segura.

Intentó calmar la respiración para no notarla pulsar en las orejas, pero por desgracia la sensación de angustia había aumentado con el nerviosismo y le parecía imposible concentrarse.

Ahora retumbaban en el interior del espacio oscuro.

Estaban ahí fuera.

Camilla se desató, moviéndose como un toro mecánico que intenta tirar al campeón que carga. Pretendía hacerse oír, que la salvaran.

Golpeó violentamente las muñecas contra el metal de las paredes para hacer el máximo ruido posible, quejándose al mismo tiempo, un lamento que era una súplica de ayuda.

No había manera de que parase, era como si estuviera loca.

Habría seguido hasta el infinito si hubiera servido para salvarle la piel. El instinto de supervivencia la estaba llevando más allá del límite tolerable de su propio físico. Un poco más y habría vuelto a perder los sentidos.

«Toc, toc.» Notó dos golpes en la pared.

La furia se calmó y el silencio se hizo más inquietante y malvado que nunca.

Se le puso la piel de gallina.

«¿Has dormido bien?» Una carcajada diabólica la amenazó.

Camilla Márquez, antes de desmayarse, intuyó que conocer el sitio donde estaba encerrada, no habría sido suficiente para salvarle la vida.

# CAPÍTULO 24

2 agosto 2010

Mathias Novari había escuchado el directo de Melanie Fillmore sentado en la mesa de un bar frente a una caja de aspirinas y un vaso de agua. Había pedido expresamente al gestor del local que lo sintonizara en la televisión que estaba colocada en la pared el canal NBC 6. El directo duró en total unos cinco minutos. La periodista había empezado con una sonrisa resplandeciente, más apropiada a un programa de entrevistas que a uno de crónica negra. Había elegido como fondo, una vista panorámica del puerto de Málaga y llevaba la camisa abrochada hasta el cuello.

Había cumplido su palabra.

Se había referido a la fuente con la frase "filtraciones de un ambiente bien informado". Una táctica verbal que le habría salvado de cualquiera que quisiera profundizar sobre ello. Ninguna referencia a él.

Lanzó una moneda al aire y se fue sin saludar.

Mientras recorría la Calle Victoria volvió a pensar en los últimos acontecimientos del día, intentando olvidarse de las provocaciones de la periodista y del fracaso con Marina Bruni.

El cuerpo de Esteban Domingo Márquez había sido exhumado para demostrar a la policía que él también estaba metido en la historia. No se esforzó en buscar el motivo, no tenía elementos que lo hubieran ayudado a ello. Tanto él como Parker y como Morgan, tenían un tatuaje en la base del cuello, que representaba un árbol en el que en la copa habían dibujadas dos manzanas rojas. Pero había otra cosa que tenían en común. Los tres hombres habían pasado por una operación a corazón abierto. El descubrimiento podía representar la clave para encontrar el móvil. Que fuera un elemento importante

se intuía por el hecho de que el asesino hubiera intentado esconderlo, rajando el esternón de Parker justo donde tenía esa vieja cicatriz. En el asesinato de Morgan, en cambio, había sido más barato, señal de que no había podido disponer del tiempo necesario para hacerlo mejor. Esto también había que tenerlo en cuenta.

Otro capítulo doloroso era la situación de Camilla Márquez. Si consiguieran encontrarla todavía con vida, habría tenido que explicar en persona qué diablos hacía en el cementerio de los ingleses con Mikey el tiburón. Si el examen de las balas hubiera confirmado la compatibilidad de los proyectiles con su arma de servicio, se habría confirmado definitivamente su presencia allí, esperando que fuera analizada también la sangre encontrada en el lugar del crimen. Todas estas cosas Mathias las daba como por descontado, por el simple motivo que el asesino se había adueñado de su teléfono y lo había usado para grabar el mensaje amenazante destinado a él.

Se habían visto, era un dato objetivo.

«Sucio policía, yo te mataré como a él y a todos los otros hijos de perra.»

Mientras se lo repetía, volvió con su mente al interior de la sala de autopsias. Se vio a sí mismo coger el teléfono y escuchar el mensaje del buzón de voz del teléfono de Camilla Márquez.

Mientras tanto hizo una serie de gestos automáticos que lo llevaron a alcanzar el número 55. Subió las escaleras y abrió la puerta del apartamento.

Se pegó con la palma de la mano en la frente.

¡Él lo sabía!

Sabía que estaban ahí.

Mikey el tiburón hizo la llamada al busca, luego había apagado el teléfono para que se activara el buzón de voz.

Lo había hecho en el momento en que ellos aún estaban dentro.

Sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal.

Les estaba persiguiendo.

O quizá solo a él.

Pensó en su viaje en el taxi, pero no recordó haber notado nada sospechoso. Ningún coche había destacado, a pesar del intenso tráfico matutino. Nungún adelantamiento o maniobra peligrosa para mantener el contacto con el taxi.

¿Y si en vez de buscar fuera del hospital hubiera recordado algo en especial del interior? Habría sido más fácil para el asesino, si hubiera estado en los alrededores, elegir el momento exacto en el que hacer la llamada al busca.

Focalizó la mente en los instantes que transcurrieron entre su entrada en el hospital y en la sala de autopsias. Rememoró con el pensamiento todo el trayecto, alejándose de su propio cuerpo en la búsqueda de cualquier detalle, mirada o situación. Se vio caminando con la cabeza gacha, la masa de pacientes y trabajadores sanitarios moverse como piezas de una inmensa tabla de ajedrez, cada una de las cuales estaba bien atenta en no invadir la casilla que ya estaba ocupada. Al menos hasta que, en la rampa de las escaleras, se verificó una interferencia. Dos peatones, un choque.

Él y otro. Él que se giró para pedir perdón, el otro que se alejó rápidamente, sin ni siquiera girarse.

«Claro.» Inspiró y cerró los ojos un instante.

Cuando los volvió a abrir, no tuvo el tiempo de elaborar otros pensamientos, se quedó inmóvil por algo real.

Ahí. En ese momento.

Un hombre lo estaba esperando en su casa, sentado en el sofá.

«¿Inspector Novari?» Se puso de pie y puso inmediatamente una mano en el bolsillo del pantalón.

Mathias se acercó, apuntándole con la Beretta. «No te muevas.»

El otro se quedó inmóvil.

«Ponte de rodillas.» El policía se le acercó, brazos tensos y empuñadura firme. Se veía el reflejo a través de la superficie de cristal de las gafas. La ventana abierta, se oía el bocerío típico de la gente que pasaba.

«Levanta las manos, muy lentamente. Si tienes en la mano una pistola, tírala o te hago un agujero en la frente.» La cabeza le pulsaba como un martillo neumático. Aquella maldita migraña lo estaba volviendo loco.

«No estoy armado» le comunicó siguiendo sus órdenes.

Novari se agachó y le arrancó de la mano una tarjeta. Dio una ojeada, pero cuando la información le llegó al cerebro, fue él quien se bloqueó. No es posible, se dijo.

«Usted es...» se quedó sin palabras.

Fue él quien le sugirió el nombre. «Me llamo George Moe.»

Novari bajó el arma. «Levántese.» Se dio cuenta que lo estaba mirando de la misma forma que habría hecho un fan de Superman al encontrarse frente a Clark Kent.

El experiodista intuyó su sorpresa. «Sabe quien soy, ¿no?»

«Sí» le respondió.

«Esto facilita las cosas.» Indicó con el dedo hacia la tarjeta.

«¿Puedo?» Novari asintió y se la metió en el bolsillo trasero del pantalón. Luego se arregló el pelo gris.

Se analizaron, ambos algo incómodos, aunque por motivos diferentes.

El policía se encogió de hombros y lo miró para memorizar la figura concreta de lo que había sido, hasta el momento, solo el nombre de una historia. «¿Por dónde empezamos?» le preguntó.

«Por mis disculpas, antes que nada.» Le señaló la ventana. «He visto abierto y he usado el andamio para subir. Tendría que haberle esperado fuera, pero he considerado que es mejor no exponerme.»

Novari no podía no darle la razón. George Moe era una fuente preciosa. El cuánto, lo estaba por descubrir. «Ningún problema.»

Aún tenía la camisa de flores con la que se había presentado en el Miami Medical Center. Notó como Mathias se la estaba mirando. «Es mi favorita.» Hizo una mueca simpática. «Ya sé que no es muy actual, pero en los últimos años he estado un poco fuera del mundo.» Novari entendió que se estaba refiriendo a su estancia en prisión. Lo consoló levantando el dedo gordo. «Lo vintage ha vuelto a estar de moda» le dijo.

Se concedieron unas carcajadas, para relajar las tensiones. Para ambos fue como volver a descubrir una vieja sensación. Hacía mucho tiempo que no sucedía.

El policía lo dejó solo un momento y volvió de la cocina con una botella de agua, dos vasos y una caja de aspirinas. Lo puso sobre la mesita de delante del sofá. «Es todo lo que le puedo ofrecer. Acomódese.»

Moe se sentó y lo miró. «¿Cómo proceden las investigaciones sobre los asesinatos de Parker y Morgan?»

Novari puso agua en ambos vasos. «Estamos trabajando en ello» le contestó.

«Escarbar en el pasado, nunca es fácil.»

«Esta historia es absurda.»

«Lo sé.»

Se puso en la boca dos aspirinas acompañándolas con un sorbo de agua. Después de haberlas tragado, intentó mirarlo a los ojos, pero las gafas de espejo de Ray-Ban reflejaban solo su imagen. «Se da por descontado decirle que no me esperaba encontrarlo aquí.»

Asintió. «Una decisión del último momento.»

Le siguió una pausa. La situación le resultaba incómoda.

«¿Por qué ha venido hasta mi?»

«He encontrado su nombre leyendo los artículos de crónica unidos a lo que está ocurriendo, me he informado y he pensado que de él me habría podido fiar.»

No le preguntó qué informaciones había estudiado para llegar a esa conclusión. Era fácil de imaginar que hubiera tenido en cuenta alguna noticia que hablara del asesino de Camiglio de hacía dos años. Probablemente no había encontrado nada que se refiriera al secuestro Danelli; en ese caso, los medios habían sido bastante duros y hostiles, aunque no todos.

«Algún colega piensa que es usted el que está ordenando los asesinatos.» Se rascó bajo la barbilla. Los pelos de la barba habían crecido.

«Imagino que a causa de mi condena.»

Asintió. «Nadie, mejor que usted, podía tener rencor hacia Parker y Morgan.»

«Eso es verdad. Aunque se requieren otras cosas para cumplir acciones extremas. Aunque hubiera tenido la posibilidad, nunca habría sido capaz.»

«Yo le creo.»

Moe le hizo un gesto con la cabeza para demostrarle que apreciaba sus palabras. Dio una ojeada a su reloj y cambió las manecillas para sincronizarlo con el horario de Málaga, cinco horas por delante.

Novari intentó ir al grano. «Imagino que han sido los asesinatos de estos días los que le han hecho venir hasta aquí.»

Puso sobre la mesa una foto en blanco y negro. «En realidad, si no fuera por él, aún estaría tumbado en mi mugriento sofá de Miami. Lo he reconocido viendo su película.»

«¿Quién es?» le preguntó.

«Esteban Domingo Márquez» contestó.

Mathias cogió la foto y la miró. Estaba incrédulo. Recordaba el rostro del padre de Camilla, pero era muy diferente, aunque la última vez que lo había visto no contaba. «¿Cuántos años hace?» le preguntó.

«Septiembre de 1979.»

«¿La sacó usted?»

«Sí, ha sido la única imagen que conservo después de la agresión. Quien hizo desaparecer todas las fotos, se olvidó de quitar el negativo que conservaba en la lupa.»

Novari no era un experto, pero tenía algunas nociones sobre la técnica de

impresión de las fotos. Sabía de lo que estaba hablando su interlocutor. «Las fotos que han desaparecido, ¿eran las fotos que desaparecieron en el juicio contra el señor Parker?»

«Veo que está informado.»

«¿Y qué cosas tan peligrosas contaban esas fotos?»

Moe balanceó la cabeza. Había llegado el momento de contar *su* verdad, la que nadie, hasta ahora, había querido escuchar. «Perversiones de hombres ricos, todos personajes que podían comprar la compañía de niños.»

«¿Qué tipo de compañía?»

«Sexo.»

Novari se puso serio. «¿Por qué no lo ha denunciado?»

Se apretó el labio inferior con los dientes. «Por aquel entonces era un periodista muerto de hambre, con ambición de éxito. Estaba buscando escribir un reportaje que me habría llevado a la fama. Había una historia que contar, un escándalo que habría implicado a los ambientes más importantes de Miami. Por el momento solo tenía fotos, sin ningún rostro al que le pudiera dar un nombre. Estaba esperando» dijo con tristeza.

«¿Qué pasó?»

«Que la villa donde se producían los encuentros secretos se hizo cenizas, yo me encontré a Morgan en mi casa, fui agredido, y acusado de tenencia de material ilegal. El resto, por lo que parece, lo conoce usted también.»

«¿Fue Morgan quien le agredió?»

Moe se quitó las gafas. «Este es un recuerdo suyo.» Las dejó al lado de la botella, sobre las lentes, el reflejo de la ventana abierta y el cielo de Málaga.

Novari tragó solo saliva. Viendo el ojo cerrado por una cicatriz se impresionó, pero consiguió esconderlo bastante bien.

«¿Cuál es el verdadero motivo por el que ha venido?»

Se rascó bajo el pómulo derecho. «Quiero recuperar mi dignidad y mi historia» dijo con decisión.

Mathias no pudo criticarlo solo porque la lista de las prioridades no coincidían. Era lógico de esperar que la eventual captura del asesino sería vista en dos modos completamente diferentes, aunque estuvieran en juego el orden público y la seguridad de cada ciudadano.

«Lo esperamos todos» le respondió.

Moe tenía los labios secos y se concedió un sorbo de agua.

Apoyó el vaso perfectamente en el interior del círculo que la humedad había

hecho que deslizará sobre la mesa. «¿Le puedo preguntar por qué motivo un policía italiano trabaja en este caso?»

Era la pregunta que se estaba esperando. «Es una circunstancia compleja.» Dudó, intentando entender si era correcto ponerlo al corriente de todo.

«No creo que tenga otra alternativa» le comunicó incómodo. Dejó ver que habría intentado cualquier camino para montar todas las piezas del puzzle.

Novari decidió que Moe merecía conocer la verdad. Que luego le sirviera o no, era otro asunto.

«El asesino me quiere muerto.»

Lo miró con el único ojo que tenía. «¿Está seguro?»

«Sucio policía, yo te mataré como a él y a todos los otros hijos de perra.» Le recitó la letanía que se sabía de memoria. Luego le hizo escuchar directamente el mensaje, marcando el número de Camilla Márquez, en altavoz.

Moe manifestó solamente un gran interés y pidió que le contara los detalles. Tenía la misma inquietud que un artífice frente al cronómetro que contaba los últimos segundos antes del detonante de un paquete explosivo.

El policía asintió.

Le contó desde la primera llamada recibida cuando aún estaba en Italia, con las coordenadas que indicaban el punto preciso en el que luego habrían encontrado el cuerpo de Parker. Lo puso al corriente de las frases que el asesino habría dicho a las víctimas siguiendo las reconstrucciones paranormales de Martino y de la confirmación posterior, gracias a una grabación.

El periodista escuchó en silencio, mostrando una comprensible incredulidad solo en el momento en el que le contó las visiones del vidente; cualquier reflexión que hubiera hecho habría causado solo una pérdida de tiempo, por lo que se concentró en otras cosas, más concretas.

«Este ensañamiento que tiene el asesino con usted demuestra solo una cosa.» Moe empujó las nalgas huesudas contra el respaldo del sofá, poniéndose bien. «Lo conoce.»

Mathias confirmó. «Así parece.»

«¿Tiene alguna idea?»

«Ninguna que pueda tener una conexión lógica con todo esto.»

Moe parecía desanimado. «Entiendo.»

Novari se puso de pie, arreglando el cuello de la camisa. Asomándose por la ventana abierta estiró los brazos en la cornisa. Le estaba dando la espalda.

«¿Dónde se producían los encuentros de los que me ha hablado?»

«Indian Creek, un barrio exclusivo de Miami Beach.»

Se giró, avanzando un par de metros para no tener la espalda expuesta ante un eventual ataque. El recuerdo le era fresco todavía.

«¿Quién era el propietario de la villa?»

«Un cierto Edward Mendoza.»

«No lo he oído nunca» reflexionó Mathias.

«Un emprendedor muy conocido.» La voz se bajó en el mismo momento en el que inclinaba la cabeza. «Si simplemente hubiera podido fotografiarlo en comportamientos que lo comprometieran, la historia habría cambiado.»

«¿Cómo acabó este señor?»

«Quemado en el incendio de la villa.»

«Diría que entonces, no tenemos mucho.» Novari quería evitar que la frase sonara a una regañina, pero no se explicó demasiado bien.

«No se precipite. No he venido desde Miami sin tener a mi disposición informaciones que compartir» se justificó.

«Escuchemos.» Se volvió a sentar.

Se tragó un vaso de agua de un sorbo, pasó el lado de la mano para secarse los labios y empezó a contar. «Mendoza era el propietario de una clínica médica exclusiva, que ahora ha pasado a una sociedad con sede en Manhattan, la Global Care. ¿La conoce?» Después de haber visto a Mathias mover la cabeza prosiguió. «No pasa nada, no es esto lo que me interesa.» Se masajeó la cicatriz, como si aún existiese un ojo escondido que le picaba. «El cambio de propietario no fue directo, porque entre los dos sujetos hubo un tercero, un cierto Fernando Ruiz, el hombre de confianza de Mendoza, de quien había heredado la estructura. Una muestra de reconocimiento por haber silenciado los terribles secretos.»

«¿La fuente?»

Parecía orgulloso de responder. «La fuente es el mismísimo Ruiz.»

«¿Aún está con vida?»

A Moe se le vino a la mente el momento del ataque respiratorio, pero no lo especificó. «Hace dos días estuve en el Miami Medical Center y estuvimos hablando. Me quiso contar lo que pasaba cuando Mendoza aún estaba con vida.»

«¿O sea?»

«Los mismos chicos que participaban en las noches en la villa de Indian

Creek eran llevados luego a la clínica y los mataban. Ruiz se ocupaba de hacer desaparecer los cuerpos. Los tiraba al río.» Levantó las manos como si estuviera arrestado. «No tuve tiempo de preguntar nada más.»

A Novari le entraron escalofríos, pero consiguió mantenerse lúcido para hacer una pregunta. «¿De qué se ocupaba la clínica? ¿Qué servicio ofrecía?»

Moe se encogió de hombros. «Un poco de todo me imagino. Desde las operaciones de estética hasta la cirugía más compleja.» Lo vio concentrado. «¿Por qué me lo pregunta?»

«Porque todos los hombres implicados en esta historia han pasado por una operación a corazón abierto: Morgan, Parker y Márquez.»

«¡Coño!» Moe se quedó de piedra.

Le siguió un largo silencio en el que los dos hombres se aislaron para reflexionar sobre cómo unir todas las historias. Para Moe, el abogado y el expolicía de Miami eran los responsables de su condena, pero nunca los había relacionado con las historias perversas que tenían lugar en la villa de Indian Creek. El discurso cambia si se trata de Márquez. El exactor había participado en los encuentros, y la foto que conservaba era una prueba de ello, la única a ser sinceros. Si no lo hubiera identificado por mérito de una estúpida película del oeste, no habría ido nunca al Miami Medical Center a buscar información sobre lo que consideraba el anillo que unía a las tres partes: Mendoza. Todo aquello que antes le parecía inexplicable, empezaba a tener sentido.

«Allá donde vayas, besa con *tu* corazón.»

Moe miró a Novari extrañado.

Levantó un lado de la boca. «Es un aforismo de Confucio que creo que me ha ayudado a entenderlo.»

«Explíquese mejor.»

«A las víctimas se les ha marcado el pecho y extraído el corazón. Luego, el órgano lo puso en la mano del cadáver. Parece que el asesino ha querido reconstruir una escena muy precisa, en la que el muerto restituye aquello que no le pertenece.»

«El corazón.»

«Exactamente.» Le puso una mano en el hombro. Era un claro gesto de agradecimiento. «Antes de enfrentarse a cualquier conclusión, quiero una confirmación.» Cogió el teléfono y marcó el número de Ramonez. El médico forense le respondió después del segundo toque.

«Dígame»

«Soy Novari, tengo alguna pregunta para hacerle.» No tuvo tiempo para inútiles formalidades.

«Dígame»

«¿Las viejas cicatrices son compatibles con un trasplante de corazón?»

Dudó. «Desde un punto de vista exterior diría que sí, aunque se necesitarían análisis más específicos.»

«Otra cosa: ¿cuánto tiempo se conserva un órgano, después de haberlo extraído del donante?»

«Si se siguen todos los protocolos, 4 ó 5 horas como mucho. Tenga en cuenta que el órgano tiene que estar sumergido en una sustancia que se llama ringer acetato, luego enfriado con el hielo para mantenerlo a una temperatura entre los 4 y los 10 grados centígrados.»

«¿Y si el donante estuviera, pongamos un ejemplo, por la zona?»

Hubo un momento de silencio.

«Se necesitaría verificar las condiciones de "muerte cerebral", después de eso, se pueden desconectar los aparatos de la respiración y la circulación artificial: si en los dos minutos siguientes la respiración no se produce espontáneamente, se procede a la extracción. Es importante también que no hayan pasado más de quince minutos desde el momento en el que se ha producido el arresto cardíaco. Porque si no, los tejidos no tendrían el oxígeno necesario.»

Novari no le especificó que el donante, muy probablemente, aún estaba vivo. Había sido lo que Moe le había contado para hacerle pensar en esta alternativa. Si a las víctimas, a parte de Márquez, les hubieran sido trasplantados corazones nuevos en la clínica de Mendoza, entonces la posibilidad era que los donantes, sin saberlo, fueran los mismos chicos de los que Ruiz si había ocupado, deshaciéndose de los cuerpos una vez muertos. La reconstrucción parece tener sentido.

«Una última cosa: ¿cuánto tiempo puede estar con vida un paciente trasplantado?»

«Depende, los factores son múltiples. Por su puesto, el rechazo agudo y crónico son la principal causa de muerte en el primer año. Si superan esta fase, los porcentajes de sobrevivir aumentan. Sin embargo se pueden desarrollar patologías tan generalizadas como la insuficiencia renal, problemas cardiovasculares y una incidencia muy alta, alrededor de un 10%, de tumores, a causa de la terapia inmunodepresora.»

Novari pensó enseguida en el padre de Camilla Márquez. El hecho de que muriera por un tumor, podía representar una confirmación a esta teoría.

«¿En cuántos años?»

«Como le decía, todo es relativo. Más o menos sobre los diez años, o hasta incluso veinte. Depende.»

Posiblemente el corazón ofrecido por las víctimas ya no era el de unos chicos que han acabado en el fondo del río que circundaba Miami Medical Center. Pero eso, pensó Mathias, no cambia las cartas.

Le dio las gracias y finalizó la llamada.

«He oído todo» le comunicó Moe. Su expresión estaba algo alterada. Novari se sintió aliviado por no tenerle que repetir la llamada al completo, y de no tenerle que explicar sus intuiciones; se dio cuenta de que ambos habían llegado a las mismas conclusiones.

«Estamos cerca de descubrir el móvil.» Se olvidó que él también estaba amenazado, aunque no tuviera nada que ver con aquella historia. Lo hizo para simplificar las cosas y mantener vivo el entusiasmo.

«Podría tratarse de alguien que quiere vengar la muerte de los chicos.»

«Yo también lo pienso.»

Se bloqueó por un instante. «Quizá es uno de ellos que consiguió salvarse» dijo toda de una. El ojo se abrió, pero el entusiasmo le duró realmente poco. «Para atajar la búsqueda tendríamos que descubrir la identidad de aquellos pobres chicos, pero me temo que es una misión imposible.» El tono se apagó al acabar la frase.

A Novari le volvió a la mente Melanie Fillmor. No sus curvas, sus palabras. Aquello que le había contado sobre la turbulenta carrera de Morgan, podía dar luz a otra parte de la historia. «Quizá lo tenemos.» Mathias elaboraba los datos a una velocidad impresionante. Un lado de la boca se elevó como signo de satisfacción. «En la vida de Mendoza se producían encuentros sexuales con niños. No estamos seguros de que Parker y Morgan hubieran participado, pero podemos suponerlo, gracias a la fotografía que nos confirma la presencia de Márquez. Los tres hombres tuvieron un trasplante de corazón en el Miami Medical Center, de la que el mismo Mendoza era propietario. Ruiz afirma que hacía desaparecer los cuerpos de algunos chicos que fueron asesinados en la clínica, tirándolos al río.» Cogió aire. «Todo esto nos dice que, muy probablemente, los jóvenes venían reclutados y luego asesinados para poder facilitar un corazón sano a los futuros trasplantados.»

«Sí.»

Novari levantó el índice, apuntando hacia el techo. «No es todo. Queda por explicar un detalle fundamental: ¿quién podía reclutar un joven donante, verificando la total compatibilidad con su receptor?»

Moe se encogió de hombros, a la espera de escuchar la respuesta.

La aspirina estaba empezando a hacer efecto. «Un empleado de la seguridad de la cárcel de menores de Miami, con acceso incondicional a los historiales médicos de cada uno de los detenidos. En los últimos tres años en los que estuvo de servicio han sido comprobados siete casos de fuga, todos mientras él estaba de turno.»

Moe se quedó impactado. Cogió el vaso y se lo llevó a la boca. El agua se había acabado, pero elevó la barbilla como si estuviera bebiendo. «¿Daniel Morgan?»

«Exacto.»

El periodista apoyó el vaso, se acercó a Novari y lo abrazó. El policía sintió algo de vergüenza, pero no tuvo el coraje de apartarse. Esperó a que fuera Moe el que tomara la iniciativa, pocos segundos después.

«Tenemos que recuperar absolutamente el historial clínico de los fugados» le dijo con el moco que le caía de la nariz.

«Tenemos que comprobar también si en la cárcel de menores de Miami había sido detenido alguien que se hiciera llamar Mikey el tiburón o algo que se parezca» le replicó Novari.

El periodista no necesitó más explicaciones. Se acomodó de nuevo en el sofá intentando aclararse con toda la situación que acababan de descubrir. Sacudió la cabeza, incrédulo frente a una espiral que consiguió dar luz a una historia increíble.

«Los tres llevan el mismo tatuaje en la base de la nuca, un árbol. En la cima hay dibujadas dos manzanas rojas.» Novari quería cerrar el círculo, aportando al periodista todos los elementos que tenía a sus disposición. Parecía exhausto.

Moe se desabrochó un botón de la camisa de flores y se secó con la manga, el sudor de la frente. «No sabría que decirle.» Se encogió de hombros.

«Era solo para que lo supiera.» Se tomó algún segundo para escuchar las voces que se oían por la calle: chicos que decidían en que local transcurrir la noche. Los culpó por no tener preocupaciones serias. Injustamente, se lo reprochó.

«Es como el mal.»

«Disculpe...» Moe estaba distraído en sus pensamientos.

«Es la frase que el asesino ha grabado en el pecho de Parker, la mismo que pintó con la sangre de Morgan en la pared de la habitación en la que lo encontramos.»

Se puse de pie y lo miró. «¿Usted conoce el latín, verdad?»

«Para meter en la cárcel a los delincuentes, no sirve» le contestó.

«Malum.» Levantó el tono de voz para reñirlo.

«Esta la he entendido.» Pensaba que le estaba tomando el pelo.

«No del todo, me imagino.» Sacudió la cabeza con aire perturbador.

Mathias entendió que se había equivocado de actitud. «No le sigo.»

La voz fue un susurro que apretaba la garganta. «La misma palabra en latín puede tener dos traducciones.»

«¿Cuál sería?» Sintió que los pelos de sus brazos se ponían de punta.

Lo miró fijamente. Parecía un faro potente, capaz de romper con la oscuridad e indicar el rector del puerto a los marineros desesperados.

«Male es manzana.» No dijo nada más.

Mathias se quedó de piedra.

# CAPÍTULO 25

2 agosto 2010

Tarde noche

Un helicóptero de la policía estaba en vuelo para rastrear la zona portuaria y la costa, aunque el sol se fuera a esconder. El tráfico marítimo, más bien intenso en la estación veraniega, hacía más difícil la búsqueda de embarcaciones sospechosas que seleccionar para que la guardia costera pudiera hacer eventuales controles. Parecía absurdo, pero el motivo no era la falta de embarcaciones que transgredieran las reglas. La verdadera razón en cambio, era la masificación.

Había sido Bueno el que había autorizado la operación. Se partía de la base de que fuera quien fuera el que hubiese cometido el asesinato de Parker, había usado un medio naval para llevar el cuerpo a la costa. Si lo encontraran, dando por descontado que aún estuviera por la zona, habrían podido llegar al propietario.

Si bien la intuición era impecable, por el momento había que aceptar que la operación de sobrevolar no había ayudado en las investigaciones.

El ambiente en la sala de reuniones era tenso.

La mesa, seguía desordenada, algunas hojas estaban esparcidas sobre ella, los vasos tenían el borde blanquecino y las sillas vacías no habían sido todavía arregladas.

«Querría saber cómo coño ha podido pasar.» Bueno estaba furioso, las mejillas rojas. «Es un comportamiento irresponsable. Espero, por vuestra carrera, que no haya sido ninguno de vosotros.» Los miró uno a uno, intuyendo su extrañeza. El inspector estaba en pie, con las manos que se cogían al borde de la mesa. «Espero que os deis cuenta de lo que ha pasado.» Golpeó la mesa con un paquete de folios A4. «Estas son las notificaciones que hemos recibido en las últimas tres horas, un centenar. Casi todas anónimas. Parece que la gente

ve a Camilla Márquez por todas partes, y además, estamos llenos de llamadas que solicitan nuestra intervención a causa de comportamientos... sospechosos.» Hizo el gesto de comillas con los dedos en la última palabra. «Hace poco, la última. Hemos hecho salir a una patrulla para sancionar al titular de un bar que descargaba botellas de vidrio en las cajas de un astillero.» Sacudió la cabeza. «Absurdo.» Cayó sobre la silla y enseguida se arregló un mechón que se había rebelado en el momento del impacto.

«¿Qué decía en concreto el directo?» Herrea fue el primero que intervino. La comunicación no verbal dejó ver su gran incomodidad.

«Esa puta americana ha comunicado al mundo, el nombre del asesino. Luego ha conjeturado sobre el secuestro de Camilla diciendo que había recibido la noticia de ambientes bien informados.»

Chacón cubría el paquete de cigarrillos con las dos manos. Parecía querer protegerlo de un ataque inminente, como si fuera la cosa más cara del mundo.

Bueno estaba preocupado. «Desde este momento, todas nuestras ventajas han sido anuladas.» Pegó un puñetazo sobre la mesa.

«A lo mejor se podría parar.» Marina pensó en las amenazas de muerte recibidas por Novari y pensó que, a pesar de todo, podía ser algo bueno. Evitó decirlo.

«Hasta que se vuelva a organizar» le replicó Bueno. «Pues entonces, esté tranquilo que seremos nosotros los ratones y él el gato.» Marina se esperaba un comportamiento menos formal con ella, pero vio que no.

«¿Cuánto tiempo tenemos?» Chacón esperó la respuesta con temor.

«Quién puede decirlo.»

«¿Conseguiremos salvarla?» le preguntó.

«La situación se ha complicado, es inútil negarlo. Si Camilla aún está con vida, las posibilidades de que lo siga, se han reducido. En medio de toda esta presión, podría querer deshacerse de ella lo antes posible.» Bueno dividió el paquete con las transcripciones en dos bloques y se las acercó a los colegas españoles. «Empecemos por ocuparnos de esto. Haced una selección y empezad.»

Herrera asintió y comenzó a leer.

Chacón se pellizcó en modo nervioso la barba bajo la mandíbula y juntó las hojas. Cogió un cigarrillo y lo hizo rodar. Bueno le llamó la atención. «¡No tenemos tiempo que perder!» le gritó.

El sub se puso de pie, se metió el cigarro en la boca y recogió el paquete

poniéndoselo debajo del brazo izquierdo. «Comienzo enseguida.» Salió golpeando la puerta. La velocidad de la puerta golpeó en la sala llena de aire ardiente proveniente del pasillo, tan cargado de humedad que parecía irrespirable. El acondicionador lo notó y se volvió a poner en marcha. Mientras los paneles metálicos instalados como techumbre se pusieron a vibrar, el teléfono fijo del departamento sonó.

Bueno lo descolgó.

«Dígame.»

«Inspector soy Novari, escúcheme. Entre los años 76 y 79 desaparecieron de la cárcel de menores de Miami, siete personas. Tenemos que recuperar los nombres de estos chicos. Creo que uno de ellos puede ser nuestro hombre.»

Bueno se quedó sin palabras.

«¿Me ha oído?»

El inspector volvió al sitio. «Lo he oído.» Miró fijamente a Marina con mirada interrogante. «No sabía nada» le dijo.

«Es una historia complicada.»

«Querría que me pusiera al corriente, si no le molesta» lo volvió a mirar subiendo el volumen de voz.

«Ahora, no.» El tono no admitía réplicas. Sentía el deber de no implicar a Moe, por lo menos, por ahora.

«Maldita sea Novari, ¡que las investigaciones las dirijo yo!» La mano derecha apretó el teléfono hasta hacerse morada.

«Le estoy dando información para ello.»

Bueno dudó. «Dígame solo que no ha intercambiado información con la periodista.»

«Lo tenemos cerca, hága lo que le digo.»

«No me gusta la idea de que me pase por encima, aquí decido yo qué es lo que tenemos que hacer.»

«¿Sabe que está poniendo en peligro la vida de nuestra colega?»

«Depende desde qué punto de vista lo vea.»

«El único punto de vista que veo es el suyo. Está intentando asustar al asesino para salvarse el pellejo, pero aquí están en juego las vidas de otras personas.»

Mathias no lo había reglexionado, pero su comportamiento podía ser perfectamente malentendido.

Bueno pegó su mirada a la de Marina Bruni, lanzándole un claro mensaje de

improvisación con su expareja.

«En latín, las palabras male y manzana se traducen con la misma palabra.»

«¿Qué está diciendo?» El inspector español se estaba impacientando.

«Es como el mal.» Esperó en silencio, luego continuó. «Las manzanas dibujadas en la cima del árbol, el tatuaje de las víctimas. ¿Me sigue? Quizá parte de las explicaciones de esta absurda historia, se escondan ahí.»

Reflexionó. «¿Qué más sabe?»

«Parker, Morgan y Márquez podrían haber recibido el primer trasplante de corazón a finales de los años 70 y es posible que hayan sido asesinados niño para extraer los órganos compatibles.»

«Maldito sea.» Bueno se quedó aturdido por las informaciones que acababa de recibir. No se preocupó de filtrar su estado de ánimo.

«Haga la búsqueda que le he pedido, lo antes posible.»

«Antes dígame que no ha sido usted el que ha hablado con la periodista.»

«No cambia nada.»

Bueno lo entendió. «Antes de intercambiar informaciones reservadas, habría tenido que esperar mi autorización.» Era una regañina.

«Ya no nos podemos permitir esperar. Busque los nombres de los siete chicos fugados de la cárcel de menores de Miami.»

A Bueno se le atragantaron las palabras en la garganta mientras oyó caer la línea.

Chacón se acomodó en el interior del coche estacionado en la Calle Ayala y rompió la hoja que le había llevado hasta ahí; también esa notificación se había considerado una pérdida de tiempo. El apartamento que había notificado un anónimo, por movimientos sospechosos, no era otra cosa que una sastrería abusiva, gestionada por una familia peruana. Probablemente algún vecino se había molestado viendo a los clientes ir y venir a todas las horas del día. Las cosas estaban tomando un extraño giro, incontrolable. El despliegue incondicional de las fuerzas del orden por cada llamada de un ciudadano, justificada por la situación de emergencia creada después del directo de Melanie Fillmore, se estaba transformando en el entretenimiento de pobres frustrados.

Giró la llave del cuadro, bajó las ventanillas y se encendió un cigarrillo. La radio estaba transmitiendo una canción de David Bisbal, "Me enamoré de ti." Le volvió a la mente la reacción de Camilla cuando él había intentado entonarle la canción, después de haber hecho con ella el amor por primera

vez. Pensaba que le haría reír, en cambio Camilla se conmovió.

Apagó la radio para no distraerse e introdujo en el navegador la siguiente dirección a la que tenía que llegar. La transcripción de la llamada recibida a las 16:03h, poco después del directo de Melanie Fillmore, era la comunicación de un anónimo que había notado la presencia de un coche oscuro, de gran cilindrada, pararse frente a un contenedor a las 9:05h, 11:54h, 13:21h y 15:49h. Todas las paradas habían durado menos de cinco minutos. El conductor bajaba del coche, entraba y salía del contenedor y volvía a irse. Fuera quien fuera el que había comunicado este hecho, especificó que nunca estuvo presente en esos momentos, sino que lo había descubierto viendo las imágenes de un timelapse creado gracias a una cámara de fotos WiFi colocada en la torre superior de una grúa para contenedores. Chacón intentó manejar YouTube para buscar el vídeo en la red, pero a pesar de las detalladas instrucciones se resignó a constatar que para él la tecnología era como el sol para los vampiros. Por fortuna habían otras indicaciones: depósito 2, cuarta fila del lado oeste, duodécimo bloque, tercer contenedor. Color verde.

Chacón cogió la circunvalación y entró en la zona portuaria. Recorriendo la cubierta del puente de Pescadería sintió los amortiguadores tambalearse como las piernas de una anciana mujer asustada. Atravesando el arroyo, cogió la calle a la derrecha bordeando el muelle del lado oeste. Antes de llegar al final, cogió una curva a la izquierda y se paró en el depósito.

Eran casi las once, y el ruido era como un tímido susurro, demasiado lejano. Bajó del coche y se encontró rodeado de cajas metálicas que emanaban todavía calor de las paredes. Detrás de ellas, en el lado este, enormes grúas sobresalían imponentes hacia el cielo oscuro, y la sirena de una nave a lo lejos avisaba de la inminente llegada al puerto de un nuevo encargo comercial. Habría sido el inicio de una intensa noche.

Tiró al suelo la colilla y la pisó con la punta de cuero del zapato. El contenedor que tenía que controlar estaba a unos cien metros, no muy lejos, pero completamente a oscuras. En cuanto a seguridad, la zona dejaba mucho que desear.

Miró hacia detrás para asegurarse de que no había nadie, luego cogió la pistola y empezó a acercarse. Chacón tenía el centro de gravedad tan bajo que engañaba a quien estuviera convencido de que tenía los brazos más largos de lo normal. Cuando caminaba, parecía un gorila y por supuesto, no era un agente adecuado para operaciones de asalto.

La respiración rascaba la garganta como el gruñido de un perro enfadado. Antes o después habría dejado de fumar esperando que sirviera de algo. Mientras tanto, lo arregló escupiendo catarro que se le había despegado de la garganta.

Casi había llegado.

Contó los bloques de la cuarta fila y cuando llegó a doce, se paró para divisar el único contenedor de color verde. Las indicaciones habían sido precisas.

Se acercó a la puerta de la caja con prudencia, pero fue recibido con un improvisado nerviosismo en el momento en el que le pareció escuchar a alguien que pegaba con fuerza en la pared de acero.

«Joder.» Se tensó de golpe.

No se preguntó si era prudente entrar. Apuntó el arma hacia el candado y dio un golpe. Lo rompió utilizando la culata de la pistola, pero se quemó de todas maneras las manos empuñando el cañón. Abrió la cerradura y abrió la puerta.

Inmediatamente sintió los lamentos hacerse más insistentes.

«Camilla, soy Juan.» susurró.

El sitio olía a cerrado y a orina de perro.

Estaba completamente a oscuras.

La voz provenía del fondo, a menos de seis metros. No conseguía ver nada, solo a sentir los lamentos. Retumbaban, eran casi metálicos.

Chacón se acercó a la pared opuesta, prestando atención a donde ponía los pies. Cuando estaba cerca, movió el brazo hacia delante e impactó contra el borde de una mesa.

Fue entonces cuando sintió un estallido.

Notó instantáneamente un dolor punzante en el pecho, cerró los ojos y se dobló por la mitad. Creyó que había chillado, pero se dio cuenta de que no pudo; la voz fue asfixiada por una bala que le había perforado el pulmón.

El segundo golpe llegó inmediatamente y le golpeó el abdomen terminando en el suelo. Fue aplastado por la mesa a la que aún estaba cogido, el rostro impactó sobre el acero del suelo y algunos objetos le cayeron a pocos centímetros de la cabeza.

Sintió el cañón de una pistola apartarle la cara, mientras un charco de líquido caliente y denso se alargaba bajo él.

«No tenías que meter la nariz en esto.» El reproche sonó como una condena.

Chacón intuyó lo que estaba pasando, pero el destello de lucidez le dio la

certeza que no habría servido para salvar a nadie. Ni a él, ni siquiera a Camilla Márquez. Aunque, inesperadamente, pero había llegado el momento de rendirse ante el mal.

«Nada personal, policía. Ha sido tu querida amiga la que te ha metido en esto. Yo soy solo la consecuencia lógica de vuestras confianzas.»

Chacón tentó una desesperada reacción a la muerte que le estaba llamando. Parecía una chinche acabada de aplastar, en los últimos segundos de espasmos agónicos. Movi6 el brazo derecho, acercándolo lentamente a la cara e intentó hablar. Susurró algo incomprensible hasta que la punta de un zapato le giró la cara y le despegó la boca del suelo. Susurró una frase que su asesino no se preocupó por descifrar. Luego, con una expresión de paz, esperó a que la oscuridad se hiciera todavía más profunda.

# CAPÍTULO 26

3 agosto 2010

Primeras horas de la mañana

«¿Cómo es el dicho? Quien no muere se vuelve a ver, ¿no es así Sean?» Los ojos estaban llenos de rabia.

No le contestó, solo sentía el terror estrangularle el estómago.

«Alguien está intentando joderme, ¿lo sabes?»

«No he sido yo» le contestó Sean.

Mikey se encogió de hombros y acentuó su sonrisa diabólica. «Siempre fuiste un débil, los años no te han cambiado. Lloras siempre como un niño.»

La luna que se reflejaba sobre la superficie oscura del mar iluminaba levemente sus rostros. Fue suficiente para que cada uno de ellos, viera al otro y se dio cuenta de cómo el tiempo había excavado marcas profundas en su piel.

«Me he hecho famoso.» Miró fijamente a Sean con una mirada amenazante. «¿Sabes qué significa?»

«Creo que sí.» Él también había visto y escuchado la noticia de la NBC 6. El nombre del asesino se había hecho de dominio público. Tembló al pensar que la situación habría tenido un epílogo seguramente no lento.

«Me obligan a matar de nuevo, querido Sean. Y para mí no hay diferencia si lo tengo que hacer por venganza o por salvarme el culo.»

«No creo que te sirva esta vez.» Se arrepintió inmediatamente de habérselo dicho. Un muerto más o menos no habría persuadido a Mikey de la idea de matarlo: la situación no habría cambiado a grandes rasgos.

«¿Tienes miedo de que te quiera matar?» Sonriendo, la nariz se arrugó asimétricamente.

No le contestó. «Es solo una cuestión de tiempo, luego te encontrarán.»

Mikey eructó seguridad como un volcán engraido después de cien años de inactividad. «Seguiré germinando muerte y dolor, si es necesario. Nadie será capaz de pararme.»

Sean, que había huido de la muerte hace treinta años, arrastrando el cuerpo de su hermano fuera del incendio de Indian Creek, no quería y no podía volver a permitir que Mikey Sullivan le condicionara la vida.

«Aún estás a tiempo de entregarte a la policía, antes de que sean ellos los que te encuentren. Siempre que tengas interés por sobrevivir.»

Mikey se enfureció. «Estoy aquí por ti. No me iré antes de haber resuelto esta situación.» Movi6 el brazo y la hoja de un cuchillo de caza brill6. «A prop6sito, ¿c6mo est6 tu hermano?» Hizo rodar el arma girando la mu6eca con la habilidad de un combatiente de Kali.

Sean apret6 la mand6bula. «Muri6 hace dos a6os.»

Sonri6 con una mueca despiadada. «Este cuchillo tiene una hoja m6s larga.» No se sorprendi6 al descubrir que Holly Reed no hubiera muerto a causa de la herida causada la noche del 7 de septiembre de 1979. Le result6 m6s curioso el hecho de que ambos no se quemaran en el incendio de la villa de Mendoza.

No hizo ning6n drama.

«Te lo repito: no he sido yo el que ha facilitado tu nombre.»

«En este momento no tiene ninguna importancia. T6 sabes quien soy. 6ste es el 6nico motivo por el que te he querido ver. Los detalles no me interesan.»

«Puedo ayudarte» se apresur6 en dec6rselo.

Mikey quit6 el pie del amarradero oxidado y lo mir6 para que siguiera. El cuchillo que acerc6 al pecho ten6a que recordarle que no habr6a podido tomarle el pelo. Era una amenaza.

«Tengo un barco atracado en el muelle de levante. Podemos movernos por toda la costa hasta Gibraltar, luego t6 decidir6s c6mo desaparecer.»

«Caronte, el barquero de Hades.» Hizo una mueca, mientras lo oprostrofraba ir6nicamente como el personaje mitol6gico.

«No tienes alternativa: hay controles por todas partes, el aeropuerto est6 controlado por los militares y se han intensificado los controles en los transportes p6blicos.»

Mikey se mir6 el tatuaje del brazo. En aquel momento val6a lo mismo que un documento de identidad reci6n renovado. En efecto, la v6a del mar era la soluci6n menos arriesgada. Del mismo modo en el que hab6a llegado, se pod6a marchar.

«Quieres que te prometa que no te mataré, ¿no es así?»

«No espero garantías de tu palabra.»

Sonrió. «Estoy sorprendido de que lo estés intentando de todas maneras.»  
«La barca tiene un sistema de alarma GPS en contacto directo con la guardia costera. En el momento en el que se mueve del puerto, hay establecido un procedimiento por el que se me pide un código para introducirlo cada quince minutos para anular la llamada de emergencia.» No había acabado. «Nada de armas a bordo, y cuando llegemos a 200 metros de la costa, te tiras y llegas a la orilla nadando. No me sirve tu palabra. Éstas son las condiciones.»

Le dio un aplauso silencioso. «Veo que has aprendido a organizarte. Tengo que admitir que estoy perplejo, me has sorprendido.» Levantó las palmas de las manos. «¿Entonces, una solución sin muertos?»

«Depende de ti.»

«No te prometo nada.»

«No se trata solo de mi vida, gilipollas.» Sean estaba cogiendo fuerzas. «Si los policías te cogen, serás extraditado a Florida y el proceso se celebrará allí. Acuérdate que podrías acabar sentado en una silla y freírte como una patata frita del Mc Donald's, o, en el mejor de los casos, con una aguja en el brazo.»

Se puso tenso. «Nos conviene a los dos.»

Mikey el tiburón dibujó una expresión oscura que escondía una sonrisita diabólica. «Muévete. Llévame a la barca. La última cosa que quisiera, sería perder tiempo.»

Sean asintió. «Sígueme.» Miró primero el cuchillo, luego a él. «Ninguna gilipollez, ¿entendido?»

«Si hubiera querido, ya te habría matado. Mueve el culo, Sean.» Cuando lo vio girarse, relajó la boca y dejó de empujar las mejillas hacia arriba. Estaba satisfecho.

Málaga se iba a dormir. Había ofrecido, vendido y prestado suficiente. Las barcas de los pescadores estaban posicionadas una al lado de la otra, con las redes inmersas en el agua salada. Pronto habrían vuelto con una carga para vender a precios desorbitados. Era el mercado del pescado, donde más que comerciar, se jugaba con tendencia a la baja. Un compromiso, donde ambas partes concedían algo para llegar a un acuerdo.

El suyo duró solo hasta el muelle número trece, a mitad camino según Sean.

«Jode solo a quien te jode. Jode solo por la noche» le gruñó mientras lo

penetraba con la hoja del cuchillo. Fue cuestión de un instante, ni siquiera tuvo tiempo de oírle el chillido ahogarse en la garganta. Un rayo de salvajismo que frenó de golpe el corazón, desgarrado por el acero afilado.

Después de haber visto el cuerpo caer al suelo, lo cogió por los tobillos y lo arrastró por la pasarela que lo conectaba el muelle con la Fisherman Bertram 630.

Todo como estaba previsto.

# CAPÍTULO 27

3 agosto 2010

Primeras horas de la mañana

Novari se levantó como una trampa para ratones. Por poco no se tiró hacia delante sobre el colchón.

Se despertó con las pulsaciones aceleradas, frente y hombros empapados de sudor. Si hubiera estado en medio de una competición pedestre, se habría parado para coger aire. En cambio tenía que aceptar la maldición de las pesadillas que lo perseguían, tenía que luchar todavía para controlarlas. Así todo era más difícil.

Nada nuevo. La película era siempre la misma, los recuerdos se habían modificado y habían transformado al secuestrador del pequeño Giorgio Danello, en una especie de monstruo invencible.

Había afrontado duros retos, la última incluso, ir detrás de un asesino en serie que había germinado muerte y desesperación en la provincia de Trento, en Italia. Sin embargo verse morir entre los brazos a un niño, había sido la prueba más complicada, y le había convertido la vida en un infierno.

Le sonó el teléfono.

Eran las cuatro y veintiseis. Para él, ya había comenzado el día.

Encendió las luces y contestó.

«Pronto» dijo con la voz aún empalagosa.

«Novari, soy Bueno. Escúcheme, tengo novedades. Acabo de recibir un e-mail del Departamento de la Policía de Miami con la lista de los siete chicos fugados de la cárcel de menores de la ciudad a finales de los años 70.» El inspector estaba alterado y tenía que coger aliento. «No sé cómo lo ha hecho, pero creo que tiene razón.» Decidió no volver al discurso de antes.

«¿Qué quiere decir?» Abrió la puerta de la habitación y comprobó que Moe

aún estuviera durmiendo en el sofá. No quería despertarlo. No por ahora.

«Uno de los chicos fugados, y nunca más vuelto a ver, se llamaba Michael Sullivan.»

«¿Mikey el tiburón?»

«No hay dudas» le respondió medio ahogándose.

Mathias se quitó la camiseta blanca que llevaba puesta como pijama e intentó vestirse con un brazo. Intuyó que no era la mejor solución. «¿Cómo puede estar seguro?»

«Estoy trabajando con los informes de la Guardia Costera de los últimos tres días y tengo bajo mano las fotos sacadas desde el helicóptero donde cogieron toda la zona portuaria. Hay doscientos quince barcas de recreo, solo la mitad de territorio nacional. El resto llevan banderas extranjeras, algunas de paraísos fiscales como Road Town, la capital de Tortola, en las Islas Vírgenes Británicas.»

«Y esto, según él, ¿qué significa?»

«Obviamente excluyendo las embarcaciones de propietarios físicos, me he concentrado en la búsqueda de las sociedades extranjeras.»

«Los tribunales locales no filtran datos sobre la identidad de los beneficiarios de las sociedades. Lo sabemos.»

«De hecho no me esperaba que lo hicieran.»

«Hágame entender, entonces.»

«Los nombres de las sociedades son públicos. En un pueblo como Road Town, con menos de diez mil habitantes, las sociedades extranjeras son casi trescientos cincuenta mil. Nos cuesta menos de 48 horas crear una y luego es suficiente la placa en la puerta y el juego está hecho.»

«¿Qué ha encontrado, inspector? Dígamelo.»

«Espero pronunciarlo correctamente. He encontrado una Fisherman Bertram 630, atracada en el muelle uno. La sociedad extranjera a la que ésta pertenece tiene sede en las Islas Vírgenes Británicas. El nombre de la sociedad es "Evilshark", escrito todo junto.» Era una mezcla de excitación y prudencia. «No puede ser una coincidencia.»

Novari empezó a caminar por la habitación, el teléfono pegado a la oreja. Evil Shark podía traducirse como "el tiburón del mal". La conclusión más lógica era casi siempre la exacta.

«Tiene razón» se limitó a decir.

«He avisado a Herrera para que organice un equipo listo para intervenir. A

Chacón no he conseguido contactarlo. Probaré nuevamente nada más le cuelgue.» Evitó adrede nombrar a Marina Bruni.

«¿Qué piensa hacer?»

«Saltar a un coche e ir a controlar.»

«Voy yo también.»

Bueno se sintió aliviado. «Se lo iba a pedir.»

«¿Dónde está?»

«Aún estoy en el cuartel de la policía. ¿Quiere que pase a por usted?»

«En cinco minutos.»

«De acuerdo.»

Novari colgó y se vistió con la misma ropa que el día anterior. Pasó por el baño y se limpió la cara después de haberse lavado con la espuma de un jabón casi completamente vacío. Levantó la taza del water y orinó hasta que vació la vejiga.

Se puso el cinturón con la funda y luego metió la Beretta.

Salió de la habitación apagando la luz y atravesando el salón.

George Moe estaba tumbado en el sofá, boca arriba, con la boca abierta. Parecía el doble del Doctor Brown, de "Regreso al futuro", solo con un ojo menos. De la garganta le salía saliva en forma de burbujas que recordaba la cafetera durante la expulsión de los últimos chorros de café.

Mathias se puso los zapatos y apretó fuerte los cordones.

«¿Dónde está yendo?» El experiodista había abierto un ojo.

Novari lo señaló con el dedo. «No se mueva de aquí» le amenazó.

Bueno se acercó para abrirle la puerta. «Adelante, suba.»

A pesar de la prisa y la noche de insomnio, Mathias lo vio con un aspecto impecable y fresco. El pelo estaba bien estirado hacia detrás con una gomina perfumada, llevaba una camisa azul clara y un par de pantalones oscuros. Ninguna chaqueta.

Se quitó de la mente a Marina, se acomodó y cerró la puerta.

«Detrás hay un chaleco antibalas también para usted.»

Novari miró el asiento trasero. «Ok.»

«Póngaselo.»

El policía italiano no objetó y se puso la protección en el tórax.

La calle Victoria estaba desierta como un estadio después de un concierto.

Al final de la calle giraron a la izquierda en la Plaza Jesús el Rico y se

metieron por un túnel. Con el sol todavía escondido en el horizonte, la visibilidad en el interior era mejor que la que garantizaban los faros en la calle. Cuando salieron del túnel, giraron a la derecha y se metieron en el centro de la rotonda que permanecía iluminada por la fuente de las Tres Gracias. El coche ralentizó la marcha antes de llegar al Paseo de la Farola, la calle que conducía al faro de Málaga, y continuó los últimos cien metros a paso de hombre.

No había un alma viva. Si hubiera sido por las palabras que se intercambiaron durante el viaje, se habría podido decir lo mismo de la situación en el interior del habitáculo.

Aparcaron detrás del contenedor y salieron del coche.

Bueno cogió del asiento trasero su chaleco antibalas y se lo puso encima de la camisa. Como le apretaba en el cuello, decidió ponerse las tiras sobre los hombros, pero como no obtuvo ningún beneficio se conformó desabrochando los dos primeros botones de la camisa.

«Pongamos en silencio los teléfonos» susurró al colega italiano. Sacó el arma de la funda y empezó a caminar. «Vamos.»

Treparon la primera valla, la que delimitaba la obra de restructuración del muelle, y se encontraron frente a una montaña de arena rodeada de palés de madera sobre los cuales habían tubos de acero. Habían tornillos como espadas por todos lados.

Bueno le hizo un gesto a Mathias para que mirara más allá de la segunda valla, alargando el índice y el corazón sobre los ojos. El policía italiano asintió para comunicarle que lo había entendido. La Fisherman Bertram 630 estaba frente a ellos, a no más de cinco metros. Era la única barca atracada a la pasarela que le unía todavía al puerto, con la luz de la cabina encendida.

Se acercaron.

Bueno controló que nadie les estuviera vigilando y avanzó una decena de metros, escondiéndose detrás de un baño químico que permanecía solitario como una amapola en medio de las vías. Novari llegó inmediatamente detrás, no antes de haberse asegurado de que podía hacerlo con seguridad.

Ninguna sombra en movimiento dentro de la cabina

Se miraron y alcanzaron corriendo la valla metálica que dividía el astillero del Paseo del Muelle uno. La treparon y llegaron frente a la Bertram 630 atracada al amarradero número trece.

Los motores estaban encendidos.

Entendieron que no había un segundo que perder, dieron un pequeño salto hacia delante y se pusieron de rodillas sobre la cubierta de popa, Bueno acabó con la cabeza bajo de la pasarela que unía el muelle con el jardincito. En aquella posición podían contar con un mínimo de seguridad.

Aprovecharon para ponerse de acuerdo.

«Yo entro en cabina, tú subes las escaleras y llegas al puente de mando.» El inspector español estaba usando un volumen al límite de lo audible. Luego lo miró. «No nos arriesguemos: vivo o muerto no importa.»

Novari captó una especie de exención de responsabilidad, casi una concesión para matar a Mikey. Pensó que era su forma de demostrarle solidaridad por las amenazas recibidas, aunque nada que hubiera podido sanar su relación extralaboral.

Mathias apretó la Beretta y dio una rápida ojeada.

Ningún movimiento sospechoso.

Se agarró al borde de la proa y saltó hacia el interior.

Aterrizó tentando de amortiguar el impacto sobre la teca, esquivó la silla de pescador en la cual habían cañas que parecían pinchar el cielo, y empujó sus hombros contra una serie de contenedores de fibra de vidrio.

Cayó nuevamente. La tensión muscular le estaba desencadenando una fuerte cefalea cervical. Intentó no pensarlo e hizo un gesto de vía libre a Bueno.

El inspector español, después de haber alcanzado una posición al resguardo, le indicó marcas de sangre por el suelo de madera que empezaban de la pasarela y se pararon aproximadamente en el centro del jardincito. Mathias asintió, ya las había visto y se preguntó quién habría sido la nueva víctima de Mikey.

Y dónde habría hecho desaparecer el cuerpo.

Con gestos rápidos y precisos Bueno le recordó cómo repartirse la búsqueda. Lo miró hasta cuando intuyó que lo había recibido. Prácticamente solo un instante.

Todo claro.

Bueno abrió la puerta con el cañón de la pistola. Dio una ojeada rápida e invitó a Mathias a que entrara. El policía subió primero dos escalones, luego se fue a la derecha y subió la escalera helicoidal que llevaba a la cabina de comando.

El ambiente, desde el punto de vista de un policía que busca atrapar a un peligroso asesino, no era el mismo que el de un posible comprador que

evaluaba el espacio para pasar a bordo un verano. Mathias se sintió como un veterinario que tenía que entrar en la caseta de un perro, intentando anestesiarlo antes de que este se diera cuenta de su presencia.

Si Mikey hubiese estado ahí, en el panel de mando, solo podía esperar que no estuviera armado, si no la emboscada se habría transformado en una lotería: podía pasar de todo.

Cuando apareció con la cabeza, intuyó que no había nadie. Subió apuntando con la Beretta por cada esquina, observando el lujo que le rodeaba.

El panel de mando era brillante, un concentrado de instrumentos tecnológicos y materiales de valor. Las dos sillas con las cuales el piloto podía conducir el medio, estaban clavadas en el suelo por un tubular de acero inoxidable pulido. La estructura portante y los brazos habían sido hechos con una esencia de teca Birmana, famosa por sus características venas. El almohadón donde se sienta y el respaldo estaban revestidos con piel verdadera, blanqueada. El mismo concepto de diseño se había aplicado a un pequeño sofá colocado más allá del panel de mando, hacia la proa. Observando daba la idea de que aún no se hubiera usado.

Había silencio, y una calma irreal.

Demasiada calma.

Luego, en un instante cambió todo.

Bueno, en el piso de abajo, abrió con una patada la puerta de la cabina de proa y se encontró a Mikey el tiburón de frente. Mirada fija y ninguna expresión de sorpresa en su cara. Parecía como si lo estuviera esperando.

«¡Policía! Tira el arma» le ordenó chillando.

Mathias desde la posición de mando lo oyó chillar, luego reconoció el sonido de tres explosiones: golpes de un arma de fuego en una secuencia breve.

Esperó a ser llamado por el colega español, pero fue una ilusión que duró poco.

Algo había ido mal.

La cabeza le pulsaba al ritmo de los latidos cardíacos acelerados, la mano derecha estaba sudada y la culata de la Beretta empapada.

Tenía que decidir qué hacer. De prisa.

El ratón en la jaula era él.

Si hubiera vuelto a bajar por las escaleras no tendría ningún tipo de cobertura. Se habría expuesto a la agresión de su asesino sin poderse defender.

La alternativa solo era una.

Saltó con los pies sobre el sofá immaculado y se puso en el exterior. Luego se dejó resbalar hacia la proa arrastrándose contra el casco de fibra de vidrio del yate y se paró clavando el talón en el borde de una sobresaliente oquedad.

El asesino lo estaba esperando apoyado en el púlpito de popa. Novari giró la cara y lo vio. El gesto despiadado que lo tenía bajo control le congeló la sangre.

Un estruendo amortiguado.

Otra vez.

El policía italiano fue abatido como un edificio abusivo construido junto al mar. La Beretta se le cayó de la mano y resbaló lejos.

«Sucio policía, yo te mataré, como a él y a todos los otros hijos de perra.» Y le apuntó el silenciador en la frente.

# CAPÍTULO 28

3 agosto 2010

Por la mañana.

Marina Bruni estaba durmiendo desde hacía al menos cinco horas seguidas. Estaba en la fase REM, llamada también sueño paradójico, momento en el que se produce la actividad onírica y el cerebro trabaja más intensamente, a pesar del estado de inconsciencia.

Sueños y recuerdos, básicamente.

No estaba para nada tranquila. En la cama de su habitación de hotel, saltaba como un salmón que subía la corriente.

Su mente estaba catapultada de nuevo en la sala de autopsias, frente a un cadáver completamente desnudo, extendido sobre una mesa de acero. Boca arriba.

Estaba sola, y le miraba el tatuaje de la base del cuello.

Todo empezaba por la cabeza de una serpiente, soberbia y recta como un huso. Le seguía el cuerpo, se dirigía al suelo y volvía a subir para formar el tronco de un árbol de copa frondosa y florecida. Colgando de una rama habían pintadas dos manzanas rojas.

Luego todo cogió vida.

El dibujo empezó a moverse por la piel, animado por un deseo de transformación. Las ramas más robustas trazaron el contorno de un elmo de hierro, las hojas del interior se convirtieron en decoración talladas en metal. Las hojas más delgadas parecían cabellos movidos por el viento. El cuerpo de la serpiente se coloreó con algunas sombras que lo transformaron en un brazo musculado, la cabeza del reptil, un hombro herido. Las manzanas se abrasaron y dieron vida a dos ojos feroces sin miedo. Apareció una boca, bajo la

máscara. Parecía chillar venganza. Y otra vez: un brazo levantado que apretaba con el puño una catana, la espada japonesa por excelencia.

Parecía la obra de un pintor invisible que se divertía decorando la espalda del cadáver. Siguió todo con un rayo, y cuando el dibujo del guerrero se completó, el mismo hombre en la mesa de acero volvió a la vida.

Ronal Bueno.

Marina abrió los ojos y sintió que se ahogaba de la ansiedad.

Sueños y recuerdos que se habían mezclado para sacar a la luz otro absurdo detalle. Volvió a recordar la noche en la que había hecho el amor con él, el reflejo en la ventana, las caricias en la espalda.

Y el tatuaje de un samurai.

El mismo que cogió vida en la pesadilla.

Pensó que no podía ser verdad, que el subconsciente le había gastado una broma pesada. Y aún así, todo cuadraba.

Fuera quien fuera el que hiciera el tatuaje de un guerrero japonés en la espalda de Bueno, había tenido que intervenir, escondiendo uno que ya existía. El mismo que había encontrado en los cadáveres de Esteban Domingo Márquez, James Parker y Daniel Morgan.

Iba a vomitar.

Fue directa al baño y agarró el lavabo con las manos. El pelo delante de la cara tocó la cerámica y se mojaron las puntas; el grifo había estado goteando toda la noche.

Se quedó inmóvil durante algunos segundos, luego levantó la mirada y se miró en el espejo. Estaba hiperventilando, tenía los ojos hinchados y el rostro aterrorizado. Abrió el agua e intentó arreglarse, pero el resultado no cambió mucho.

Ronald Bueno estaba en peligro. El motivo por el que lo había silenciado y escondido era un misterio que se habría descubierto solo si hubiera conseguido encontrarlo todavía con vida.

Lo llamó enseguida.

El teléfono sonó y luego saltó el buzón de voz. No dejó ningún mensaje e intentó llamar a Mathias. Mientras marcaba el número se preparó el discurso en la mente para evitar sentirse insegura e incómoda. No sirvió para nada, porque él tampoco le contestó. Se preguntó si habiendo visto su número no le respondió adrede. Demasiadas coincidencias nunca son una buena señal, se contestó.

Descolgó el teléfono del hotel y comunicó a la recepción que necesitaba un taxi lo antes posible. Le respondieron que en cinco minutos habría uno aparcado en la entrada principal del hotel. Tiempo más que de sobra para darse una ducha y vestirse.

«Al número 47 de Calle Rocío, por favor.»

«Enseguida» oyó que le contestaba mientras se acomodaba en el asiento trasero.

Durante el viaje no se dio cuenta del sol que salía por el horizonte, mientras que las montañas del este lo tenían momentáneamente escondido. La costa comenzaba a iluminarse, el aire aún se podía respirar y el tráfico era poco intenso. Su pensamiento estaba concentrado en el hombre con el que se había permitido traicionar la confianza de Mathias Novari: Ronald Bueno. Aún no sabía explicarse si sentía algo por él, si se trataba de un sentimiento verdadero o solo un momento de debilidad. No excluía ni siquiera el hecho de que había sido una reacción de venganza contra Mathias.

Intentó pensar en otras cosas.

El tatuaje.

Un dibujo que había marcado a las víctimas como a los animales que se llevan al matadero. Cualquier persona que llevara uno igual, parecía destinado a acabar tumbado sobre una gélida mesa de acero inoxidable.

Por la tarde Bueno le había contado la llamada de Novari, contándole las últimas e interesantes novedades sobre el caso, dejando de lado las explicaciones de cómo, el policía italiano, las había conseguido. Parecía que las tres víctimas habían tenido un trasplante de corazón y que los órganos habían sido tomados, matando a algunos chicos detenidos y habiéndoles hecho fugarse de la cárcel de menores de Miami. El tatuaje, las dos manzanas coloreadas de rojo, estaban unidas de algún modo.

Y Ronald formaba parte de ello.

Y aún así, cuando hizo el amor con él, estaba segura de no haber visto ni sentido una cicatriz en el pecho.

Se estaba volviendo loca. Todo era jodidamente extraño e inexplicable.

Lo que le asustaba era la intuición de que él fuera consciente de estar en la diana y que lo haya silenciado.

«Hemos llegado.» El taxista se giró hacia ella con una sonrisa.

Se despertó en ese momento. «¿Puede esperar un minuto?»

«Sin ningún problema.» Encendió la radio y puso el freno de mano; la calle estaba bastante empinada.

*¿Que coño está pasando?*, se dijo.

No excluyó lo peor. Quizá Mikey el tiburón ya había pasado por ahí.

«Acerque el coche a la pared» le dijo acercándose a él.

«¿Qué?»

Marina le exhibió la placa de la policía. «Soy un agente, haga lo que le digo.»

El taxista le pidió que se apartara e hizo dos maniobras. Por poco el retrovisor del lado del conductor no raspó contra el cemento del muro de seguridad, de poco más de dos metros.

«Es suficiente.»

Marina subió al capó y subió por el parabrisas para subir a la capota del coche. El taxista tuvo un escalofrío, a pesar de que la ropa interior que llevaba la policía bajo la falda no era de la más seductora.

Se cogió con una mano a la barandilla, se empujó con los pies, y con un salto llegó a la reja. La saltó subiéndose el tejido que le cubría las piernas y se introdujo dentro del jardín.

Le volvió a la mente que desde aquel lugar había asistido al maravilloso espectáculo de la luna reflejarse en el Mediterráneo.

Se olvidó enseguida.

Sabía lo que estaba buscando. Y donde.

Se acercó a la entrada y levantó el jarrón de cerámica. Aún estaba húmedo y frío, pero enseguida se habría calentado. Cogió el juego de llaves de la casa y la introdujo en la cerradura.

Tlac, tlac.

Abrió la puerta con cautela y dio una ojeada rápida dentro. La luz que entraba desde las ventanas de la zona de día dibujaba carreteras luminosas en el suelo, como una pista de aterrizaje de un aeropuerto. Parecía que todo estaba en orden. Por lo que estaba viendo, no había ni rastro del asesino. Cargó la Beretta y entró en casa.

Las puertas de las habitaciones aún estaban cerradas. Pensó en Gabriel, el hijo de Ronald. Quizá aún estaba durmiendo. Dejó detrás la puerta de la habitación del niño y tocó a la de matrimonio.

Tuvo una intuición que le hizo ponerse tensa. A lo mejor Mikey el tiburón no había necesitado entrar por la puerta de entrada, del garaje o de cualquier otro

acceso de la zona de día. Podía haber entrado directamente por la habitación desde el exterior y haber llevado a cabo su *misión* sin ni siquiera poner los pies donde ahora los tenía ella.

Bajó la manivela y se agachó. La espalda pegada al marco de la puerta. Por la fisura que se había abierto no conseguía ver nada. Estaba preparada para todo, menos para gestionar el trauma de un hijo que tenía que resignarse a la muerte de su padre. Dio una ojeada detrás de ella, donde estaba la habitación de Gabriel y pidió que no fuera necesario.

Inspiró.

Con el pie empujó la puerta y la abrió hasta chocarse contra el armario. Se puso de pie y cogió la pistola con dos manos.

En un instante dio media vuelta y se encontró apuntando con la Beretta a una cama totalmente hecha.

Si Bueno había dormido ahí, hasta había tenido tiempo para haberla hecho.

Suspiró para descargar tensión.

*Gabriel.* Su pensamiento se fue instintivamente al hijo de Ronald Bueno. Si el padre había trabajado toda la noche, era de esperar que el niño hubiera pasado toda la noche con Rosa, la señora que se ocupaba de él cuando su padre estaba de servicio.

Metió el arma en su funda, al lado del pecho, y fue hacia la puerta de la habitación del niño.

Esta vez la abrió sin ningún temor.

Pero hizo mal.

Se quedó bloqueada en la puerta. «¿Qué coño significa?» Sintió las piernas de plomo ancladas en el suelo y los pulmones como aplastados por una trampa invisible.

Era el terror de haber viajado hasta una frontera que no existía.

La luz que pasaba por la enorme ventana no lo atenuaba. Vio lo que era, no aquello que creía haber visto la noche del 31 de julio.

Entendió que había sido engañada y hechizada por una hábil manipulación de la mente. Una sugestión controlada conscientemente.

No sabía a donde ir para recuperar el aire. Como si en aquella casa no hubiera suficiente. Estaba desorientada, como lo habría estado un vagabundo en una cena de gala en un club náutico.

Subió la mirada hacia el techo y la piel de la cara le estiró.

El modelo de un helicóptero a gran escala estaba colgado en el aire. La

hélice estaba formada por cuatro aspas de más o menos cincuenta centímetros sobre las cuales se habían puesto coronas compuestas por proyectiles color plata. Todo verdadero.

Ningún ventilador de pared, ni siquiera decoración de bailarinas.

Imaginó con horror qué pretendía representar aquella reconstrucción.

Dio dos pasos hacia delante y se dio la vuelta.

Sobre la cabeza de la cama, la pared estaba invadida por recortables de periódicos y revistas pero no aparecían superhéroes o personajes de Walt Disney. Solo eran fotografías de escasa calidad, la mayor parte en blanco y negro. La más repetida era la imagen de una montaña en la orilla del mar.

Habían párrafos de textos pegados por todos lados, páginas enteras y títulos en mayúscula y negrita. De lo que no conseguía quitar la mirada decía: "La acción irresponsable de un policía mató al hijo del empresario Danelli."

Una tapicería angustiosa, de crónica negra.

Algunas palabras estaban subrayadas, otras subrayadas con rabia habiendo dejado cortes en el papel, sobre las rayas. Pero aún era legible, casi por todos los lados, el nombre de Mathias Novari.

No necesitaba leer nada más: la historia del secuestro de Giorgio Danelli la conocía demasiado bien, también la versión recreada, la de las pesadillas que todas las noches dejaban despierto a Mathias.

Se acercó a la cama.

Las mantas formaban un pequeño bulto sobre el lado izquierdo.

Lo levantó sin pensarlo.

Pero hizo mal. De nuevo.

Tumbado en la cama, un muñeco con los ojos de vidrio la miraba con la boca abierta por la sonrisa. En la frente un agujero como el de una moneda. Alrededor había un halo rojo carmín. Parecía sangre.

Dejó caer las mantas y se alejó rápidamente.

Gabriel nunca había existido.

Quizá tampoco Ronald Bueno.

# CAPÍTULO 29

3 agosto 2010  
Por la mañana

La Fisherman Bertram 630 había salido del puerto, manteniendo una velocidad un poco inferior respecto a la permitida para la operación, luego había cogido la recta haciendo rugir los dos motores Caterpillar de 1850 caballos. La proa se había levantado del agua y en la popa se había formado una cuenca espumosa.

En el panel de control, el asesino se había puesto una gorra verde de los Miami Dolphins, y miraba fijamente la línea del horizonte que comenzaba a definir el límite entre el mar y el cielo. El sol saldría en poco tiempo, pero no le habría perturbado la vista.

Se estaba dirigiendo hacia el oeste. En busca de tiburones.

Después de haber saboreado los escalofríos de la velocidad, empujó las dos palancas del panel y la barca frenó.

Antes de completar el plan, quería que él lo supiera. Y que fuera conocedor de los pecados que iba a pagar.

*Sucio policía, yo te mataré. Como a él.*

Bajó las escaleras, cruzó el salón y dio una ojeda al cuadro de dos metros por uno que sobresalía de detrás del respaldo del sofá llegando casi hasta el techo. Se veía solo la mitad. Cubría el tronco, pero la copa verde llena de manzanas se veía bien.

Se dirigió a la proa y abrió la puerta frontal.

Los laterales de la habitación empezaban siendo anchas y se estrechaban hasta la pared opuesta a la entrada, contra la cual había un cabezal de nogal de una cama matrimonial. Sobre las sábanas, manchados de sangre, habían dos

cuerpos tumbados.

«Despierta gilipollas.» Lo abofeteó con violencia. El rostro rebotó contra el colchón.

Mathías abrió un ojo. Estaba sangrando por el brazo y sentía un fuerte dolor en la parte derecha de la cara y en una pierna.

«Aún estás vivo» le dijo. Luego, la cara se hizo malvada.

«De momento.»

Al policía italiano le costó ver con claridad la imagen, pero cuando lo consiguió, tuvo que sacar todas sus fuerzas para no desmayarse.

«Te presento a Mikey el tiburón.» Levantó un lado de la boca.

Los músculos del cuello le giraron la cabeza de lado, y cuando la cara le cayó en el colchón, chilló de dolor. Y no solo eso.

El rostro de un cadáver lo estaba mirando con una expresión de vacío, a un palmo de distancia de su nariz. La boca abierta de un tiburón estaba tatuado en el brazo izquierdo y del pecho se abría un tajo del que salpicaban los últimos residuos de sangre.

La risa de Ronald Bueno resonó despiadada.

Novari se empujó con el brazo sano y se puso bien, en una postura de todas maneras incómoda. El dolor se podía leer en la expresión dolorida que tenía en el rostro, a pesar de que era el pánico el que lo condicionaba. Intuyó que las piernas no habrían aguantado el peso del cuerpo y que estaba herido de manera importante. Se tocó la oreja derecha y se dio cuenta que le faltaba un trozo. El hecho de que además estaba desarmado, alejaba cualquier posibilidad de supervivencia.

La amenaza se estaba concretizando.

Estaba condenado a morir.

Los dos se miraron y le siguió un silencio indescifrable. Duró algún segundo, pero pareció una eternidad para quien podía solamente aceptar las decisiones que el otro había tomado.

Novaria querría ya estar muerto.

«Matt Gist, Julio Milles, Alexander Cabrera, Tim Patton, Michael Sullivan, Sean y Oliver Reed. Estos son los nombres de los siete chicos fugados de la cárcel de Miami.»

El policía italiano por poco no se vomitó encima. Se llevó la mano a la boca y de la piel se levantaron los pelos como las espinas de un erizo.

«Algún viejo conocido, ¿inspector?» Había dejado de reír de golpe.

Novari escupió en el suelo lo que le había subido del estómago. «Oliver Reed.» Lo dijo con voz que le rascaba la garganta.

«¿De verdad?» La pregunta era cortante.

Se recuperó. «Es ese hijo de puta que ha tenido secuestrado en un pozo a Giorgio Danello.» Tosió y la esclerótica de los ojos se llenó de capilares. Parecían rayos rojos en un blanco cielo.

«Ese hijo de puta era mi hermano, hijo de puta. Y tú lo has matado.» Le golpeó con un puñetazo, luego lo levantó cogiéndolo por los pelos.

«Lo volvería a hacer» le susurró con descaro.

Le giró la cabeza hacia el cuerpo sin vida de Mikey Sullivan.

«Mira como ha acabado este gilipollas, solo porque ha intentado matar a mi hermano.» Chilló con tanta rabia que escupió espuma blanca en la cara. «Imagina como vas a acabar tú.» Luego gruñó como un perro con rabia. «Sucio policía, yo te mataré» e indicó el cadáver. «Como a él.»

Ahora entendió el sentido de la amenaza, en todas sus vertientes.

El "como a él" se refería exclusivamente a Michael Sullivan. Ellos que estaban buscando el monstruo a atrapar, en realidad ya era una víctima designada.

«¿Cómo piensas librarte?» le preguntó desafiándolo con la mirada.

«Pienso que estás cometiendo el error de infravalorarme.» Sacó el arma con el silenciador del borde de los pantalones y le apuntó en medio de sus ojos. «¿Crees que no lo había pensado?»

«Adelante, explícate.» No quería morir antes de entender.

«Descubramos quién eres en realidad.»

Otra vez risas. «Sean Reed es solo el nombre de un chico fugado de la cárcel y que desapareció hace treinta años. Ya no existe. Nadie se molestará en buscarlo. ¿Sabe cuántas personas desaparecen en un día, inspector? Y luego, cuando vuelva como un héroe llevando el cadáver de Mikey el tiburón, el caso se cerrará definitivamente.»

«Lo investigarán para saber el móvil.»

«Me sorprende que no haya llegado a esa conclusión él solo.»

«Ayúdame.» Torció la boca de dolor. El pitido del oído se estaba haciendo insoportable.

«Venganza» le comunicó, como si fuera la cosa más obvia del mundo. «Morgan hizo desaparecer a siete chicos, perfectos donantes que fueron asesinados para trasplantárselos a ricos llenos de mierda sin escrúpulos. El

gordo también se compró un corazón nuevo, pero en vez de pagar con dinero la operación, lo intercambió con un servicio bienpreciado, reclutando a las víctimas. El único que quedó con vida fue Michael Sullivan que reconoció el expolicía, vuelve a ver a los verdugos y se venga. Punto.»

Novari ya lo sabía. Quería solo la confirmación de que lo que habían supuesto él y Moe se correspondía a la realidad.

«¿Y tu corazón a quién iba destinado?» La pregunta sonó como una provocación.

A Ronald Bueno le tembló imperceptiblemente el labio. Los lejanos recuerdos como un océano estaban volviendo dolorosamente. Era la consecuencia lógica de todo lo que estaba sucediendo. Las palabras se le atragantaron. Se quedó en silencio, pero era evidente que había recibido el golpe.

Mathias lo notó y siguió sin piedad. «Me han contado que sucedían cosas extrañas en la villa de Mendoza, en Indian Creek. ¿No me digas que tú también te has visto obligado a chupar aquella polla?»

Bueno le empujó el cañón con el silenciador contra la frente, con fuerza. La nuca chocó contra la madera de la cama. «¡Cállate!»

Novari no tenía intención de parar. «Venga, cuéntame si te excitaba. ¿Cómo era jugar con aquel pajarito? ¿Te gustaba?»

El cañón de la pistola acabó en su boca. «Si hablas otra vez te vuelo el cerebro.» Lo dijo para amenazarlo, pero no era lo que quería hacerle. Quería verlo sufrir, mientras la muerte se lo llevaba lentamente.

*Los tiburones, pensó.*

Se apartó del cuerpo de Mathias y dio dos pasos hacia atrás. Se quitó durante un segundo la gorra y se arregló el pelo, peinando los mechones rebeldes con la mano. Volvió a sonreír sarcásticamente. «¿Sabes que me ha gustado?» le preguntó.

«Dímelo, tengo curiosidad.»

«Follarme a tu puta, querido Novari.» Dio una carcajada tan fuerte que retumbó en toda la habitación. «Tenías que ver como se empujaba sobre mí para sentirlo hasta el fondo. Tengo que decir que oír la chillar del placer me ha excitado bastante, y poder explorarla por todas partes ha sido un placer. Es más, me da la sensación de sentir todavía el gusto de su coño en la punta de la lengua. Mmm.» Cerró los ojos e inspiró como si estuviera saboreando un plato delicioso.

Novari apretó un cojín con el brazo sano.

«Quizá cuando vuelva como un héroe y le comunique la triste noticia de tu muerte, buscará consuelo entre mis brazos. Y entonces decidiré si follármela otra vez.» Era feliz viendo como lo hacía sufrir. La idea de joderle como a una puta, se estaba revelando como una óptima opción.

«Quizá le pediré quedarse a vivir conmigo y pedir el traslado a nuestro cuerpo de la policía. Sabes, últimamente voy un poco justo de hombres.»

Mathias sentía la parte derecha de la cara quemar. La sangre coagulada le estaba tirando la piel. «¿Camilla Márquez está muerta?»

«Si aún no lo está, me ocuparé personalmente de enviarla al infierno.» le respondió. «Pero solo después de haber pensado en vosotros.»

Guiñó el ojo. «Será la enésima víctima de Mikey el tiburón.»

«¿Por qué la has metido en esta historia? No es justo que pague por la culpa de su padre.»

«Digamos que el capullo de su padre se había arrepentido y le había dejado una gran cantidad de confesiones antes de acabar bajo tierra, alegando un libro contable con cifras y nombres de quienes habían contribuido económicamente. Pero sobre todo, nuestras cartillas clínicas, completas con todas las pruebas a las que estábamos obligados, a cambio de nuestra libertad, incluyendo test de laboratorio y afinidades del grupo sanguíneo. Si el material hubiera llegado a las manos equivocadas me arriesgaba a que alguien investigara hasta el fondo.»

«Pero ella no lo sabía.»

«Poseía el material. Tenía que dármelo.»

«Podías ahorrártela.»

Bueno movió la cabeza. «Estaba demasiado metida. Cuando decidió abrir aquella maldita caja fuerte, se cavó la fosa ella sola.»

«¿Cómo lo descubriste?»

«Poniendo bajo control el teléfono, y metiéndole un GPS bajo el coche. Hacía meses que escuchaba sus conversaciones, desde el momento en el que descubrí que el maldito de su padre estaba muriendo.» Se paró un instante, antes de mirarlo con una expresión de diversión. «¿Sabías que Camilla también era una puta? Follaba con un hombre casado y cuando no lo podía ver se excitaban teniendo sexo telefónico con él. Cuánto me he divertido...»

Mathias parecía resignarse. «Se había convertido en una amenaza» le sugirió.

«Veo que empiezas a entender.» Se agachó quitándose el gorro verde, como

gesto irónico de admiración. «Y de todas formas, para no arriesgarme, he tenido que matar a su fiel amante, el pobre Chacón.» Se encogió de hombros. «Tengo curiosidad de ver cómo están los pulmones de un fumador empedernido como él. Se lo preguntaré al doctor Ramonez como favor personal.»

Sonrió.

«Eres un bastardo» le gruñó.

«Más que nada me definiría como un cínico calculador. Se necesita organización y mucha paciencia para llevar a cabo un plan como este. Parker y Morgan eran daños colaterales previstos. Camilla y Chacón entran dentro del grupo de los inocentes. Pero el verdadero objetivo erais tú y Mikey.» Estaba satisfecho. «Y aquí estáis.»

Le siguió una pausa. La información a procesar comenzaba a ser demasiada. La situación física lo hacía más complicado.

«¿Cómo has conseguido convencerlos?»

«Les he enviado una foto de un cuadro.» El lado derecho de la boca se arrugó y aclaró el concepto. Parecía que quería el reconocimiento de lo bueno que había sido. El ego le hacía hablar más. «Les he amenazado diciéndoles que si no venían a entregarme personalmente la suma de dinero que les pedía, habría contado toda la historia a los medios y a la policía. Que habría dicho sus nombres y otras tonterías de ese tipo. Para asustarlos.»

«Los tatuajes: ¿qué significan?»

«Quieres saber demasiado» le respondió con una sonrisa.

Mathias sintió un gran mareo. Estaba perdiendo sangre y no sabía cómo de inminente sería el momento en el que habría perdido los sentidos. La vista estaba empezando a gastarle bromas, el contorno de las figuras entorno a él habían perdido la nitidez.

Al menos las ideas eran jodidamente más claras.

También el hecho de que pronto habría muerto.

«¿Te gustan los tiburones?» le dijo.

Mathias cerró un ojo para concentrarse. Estaba en pésimas condiciones y no gastó energías en responderle.

Bueno salió y cerró la puerta con llave, dejando en la habitación un cadáver y medio. Se metió la pistola en los pantalones y sintió el cañón fresco en la piel del glúteo. Sonrió de nuevo.

Le faltaban pocas cosas por hacer: una llamada, llevar la Fisherman Bertram

630 a una zona que sabía que estaba poblada por tiburones hambrientos, y matar. No necesariamente en ese orden.

Fue a la cabina de mando y controló en el monitor si el radar había encontrado embarcaciones a algunos kilómetros. Cuando estuvo seguro, apagó las palancas de mando y la Fisherman Bertram 630 rugió como un feroz león. La proa se elevó de nuevo y él lo aprovechó para bajar a la popa y disfrutar de una meada de escalofrío.

Los dos motores de 1850 caballos tenían cubierto el jardincito de la popa y la cubierta tocaba el agua como un surfista en el tubo. Bueno subió sobre el borde y le pareció ser Dios, capaz de dividir las aguas, mientras los muros de espuma se levantaban a los lados. Se bajó la cremallera de los pantalones y se sacó el miembro, cogiéndolo con las manos.

Cerró los ojos y empezó a orinar.

«¡Eh jefe!» Para que se le oyera tuvo que chillar.

Bueno tenía las piernas abiertas y el miembro en la mano. El chorro se le cortó de golpe.

Se quedó inmóvil.

«Levanta las manos y gírate muy lentamente.» Le vio la culata de la pistola salir de los pantalones.

Giró el cuello y el gorro verde se despegó de la cabeza. Se voló al cielo empujado por la furia del aire, luego acabó ahogado por las voraces olas de espuma. El pelo se le levantó como la cola de un pavo.

Vio a Camilla Márquez.

Una interferencia no programada.

«Gírate con las manos arriba» le chilló con más voz todavía.

Tenía el pelo lleno de sangre, el maquillaje se había derretido con las lágrimas derramadas y secadas sobre las mejillas morenas. De las piernas se desprendía todavía olor de orina y la ropa estaba impregnada de gasóleo. Se parecía a un monstruo de una película de terror, pero fue su última preocupación.

«Por lo que parece, eres tú la que mandas ahora» le dijo. Permaneció tranquilo y pensó en cómo alterarla.

«Haz lo que te diga, pedazo de mierda.»

Bueno sonrió.

«Venga, date la vuelta sin hacer tonterías.»

«¿Estás segura que quieres ver mi pajarito?» La voz se perdía en el mar.

«Te lo repito por última vez: gírate con las manos en alto.»

Le disparó a un metro de la pierna, como para advertirle que no estaba de broma. Luego le volvió a apuntar con la Beretta de Novari recta hacia él.

Bueno levantó los brazos y bajó del borde de la popa dando un paso atrás. Cuando la otra pierna se apoyó en el suelo de teca, se giró con cautela. El miembro flácido le colgaba de la bragueta de los pantalones.

Camilla no le hizo caso y lo miró a la cara.

«¿Cómo has podido liberarte?» le preguntó, mirando al sumidero de la sala de máquinas.

Se la esperaba, la pregunta.

«He seguido un consejo tuyo» le respondió.

Él inclinó levemente la cabeza. No entendía.

«¿Te acuerdas aquella vez en la que dejaste al comandante Santiago esposado en la silla durante veinte minutos?»

«Refrescame la memoria» le dijo.

«La próxima vez que salgas en patrulla ten siempre contigo una copia de las llaves en la raja del culo. Así podrás utilizarlas.» Con la mano izquierda levantó la cadena abierta a mordiscos. Metida en el hilo de bronce, una llave. «Aquí está, ¡idiota!»

Se había quedado encerrada en la sala de máquinas durante más de veinticuatro horas, atada con las esposas a un tubo del implante del bombeo. Sin comida, ni agua. Solo con las ganas de no sucumbir y de volver a ver a Juan Rodrigo. Había sido ese el motivo por el que no se había abandonado.

«¿Qué pasará ahora?» le preguntó.

«Que te pudrirás en la cárcel.»

«¿Y si llegamos a un acuerdo?» Chilló para que se le oyera.

«Tú estás loco.» Distendió los brazos hacia él. «Al suelo, tumbado.» Quería sacarle la pistola de los pantalones.

«¿Sabes que he conseguido hacer dejar de fumar a tu querido amante?»

Él se quedó de pie, ella de piedra.

«¿Qué coño estás diciendo?» le chilló. Los motres estaban empujando la Fisherman Bertram 630 hacia delante. Rugían feroces, sin cansarse.

«Tengo miedo de que tú dejes de masturbarte escuchando la voz del subinspector Chacón.» Rió con desprecio. El pelo que se levantaban hacia el cielo lo hacía parecer un endemoniado.

Camilla se sintió de repente desnuda. El hijo de puta le había intervenido el

teléfono. Las piernas temblaron y parecían aflojar.

Tuvo una flaqueza y se balanceó como un borracho cuando se levanta de la silla.

Bueno se dio cuenta, y en el mismo instante en el que vio que salió del blanco, recuperó el arma de la espalda como un destello.

Dos explosiones.

Los estallidos sobrepasaron el ruido de los motores.

El cañón de la Beretta había escupido dos proyectiles que habían ido en la misma dirección. Bueno no había conseguido ni siquiera coger el gatillo. No había tenido tiempo.

El cuerpo del asesino se chocó contra el borde de la barca, y luego de haber impactado espectacularmente contra la cubierta de la popa, fue tragado por las hambrientas olas. En los abismos marinos.

Camilla Márquez aún estaba viva.

Cayó con las rodillas al suelo y explotó en un lloro desesperado. Se dejó llevar y apoyó la frente sobre la teca húmeda y pegajosa. Lloró solo durante algunos segundos, luego se dijo que su cabeza no tenía sitio para poder pensar en todo.

Tenía que parar la barca.

Del resto se habría dejado atormentar más tarde.

Se puso de pie con dificultad, y fue a la cabina de pilotaje. No tenía ni idea de cómo se tenía que manejar. Demasiados botones y palancas. No quería complicar la situación. Lo que le pareció más lógico, era extraer las llaves del cuadro de arranque.

Lo hizo.

La Fisherman Bertram 630 dejó de rugir y placó su carrera. La proa se bajó dulcemente y el mar volvió a abrazarla.

La pelota del sol, aparecía tímidamente por las montañas, detrás de la costa, convertía el mar en el este en una placa que reflejaba la luz y maltrataba la vista, sobre todo para dos ojos que se habían acostumbrado a la oscuridad durante más de veinticuatro horas.

La paz se había adueñado del momento. La embarcación se había abandonado a las olas que, aunque mínimamente, la hacían balancearse como un péndulo.

Camilla Márquez bajó la escalera de caracol y alcanzó la cabina cogiéndose para no caerse. La náusea había vuelto a molestarle, como en las primeras

horas de su cautiverio, cuando creía que estaba encerrada en un contenedor.

Mientras atravesaba el pasillo, dio una ojeada sobre la pared de la izquierda. Viendo el cuadro con el árbol, se le congeló la sangre, y de la piel de los brazos se le pusieron de punta los pelos, como pequeños soldados en alerta. En los documentos que su padre le había dejado, se hablaba de aquella pintura imponente. La copa llena de manzanas encerraba el legamen inquebrantable entre donante y receptor.

Pasó para intentar olvidarlo.

En la barca con Bueno habían subido al menos otras dos personas. Era la idea que tenía después de haber escuchado los movimientos de la sala de máquinas y viendo las huellas de sangre en el suelo de madera.

La única puerta cerrada a llave era la que daba acceso a la habitación matrimonial, a proa. Mientras apuntaba con la Beretta a la cerradura, rezó para no encontrarse a Chacón.

Hizo explotar con un golpe apuntando el cañón hacia lo alto para evitar dar a quien fuera que estuviera encerrado ahí dentro, siempre que aún estuviera vivo.

Dio una patada a la puerta que se abrió de par en par.

Dos hombres.

Uno tumbado, con el tatuaje de un tiburón en el brazo, el otro mal sentado con la cabeza hacia delante.

El primero tenía que ser Mikey el tiburón, y no le costó elaborar la teoría de que había sido utilizado como cebo para el plan de Bueno. Tomó consciencia de que existía de verdad.

Pasó al otro hombre y levantándole la cabeza con delicadeza, se dio cuenta de que una buena parte de la oreja derecha no estaba.

«¡Novari! ¡Dios mío!» Él no se movió.

Le tomó el pulso. Esperó en silencio algún instante y se aseguró de que aún estaba con vida. La situación no era muy esperanzadora: el latido era lento y perdía sangre del brazo y de la pierna.

«Se ha acabado todo» le susurro. «Ahora te llevo a casa.»

Lo acarició con afecto. Se sentía responsable de su suerte y no quería que muriera. No solo por él, quería ser sincera consigo misma. Se sentía tan perdida que buscaba estímulos y motivaciones válidas para no sucumbir. Salvar la vida de un colega, valía lo mismo que matar a un peligroso asesino.

No podía contentarse.

Dio un par de rápidas observaciones y entendió que ir en busca de un teléfono no habría ayudado nada. Estaban demasiado alejados de la costa para esperar tener un mínimo de cobertura.

Abandonó al colega en la cama y se dirigió al exterior. Saboreó el calor del sol en el pecho, pero se giró enseguida de espaldas para dirigirse a la proa. Allí donde había recogido la Beretta de Novari, levantó el sumidero y encontró lo que estaba buscando. Encerrados dentro de una maletilla de plástico verde, tres cohetes de señalación.

Camilla cogió uno en la mano y leyó rápidamente las instrucciones. Después de haber quitado el tapón superior y el inferior, alargó el brazo y lo apuntó hacia lo alto.

Tiró del anillo con fuerza y una columna de humo blanco subió en vertical como una nave espacial en el despegue. La bengala alcanzó la cota de más o menos trescientos metros, luego en el punto más alto de su trayectoria, explotó un rayo rojo. El descenso fue mitigado por un paracaídas que permitía a la luz mantenerse visible en el aire durante más rato.

Cuando la vio apagarse en el mar, cogió otra y volvió a hacer la misma operación.

La tercera lo tuvo de reserva.

Volvió a la cabina de la proa, se acercó a Mathias y le hizo una caricia. «Pronto vendrán a por nosotros.» Exhausta, cayó sobre la moqueta con las nalgas y los hombros colisionaron contra la mesita de noche. Cerró los ojos esperando dormirse.

«Lo siento» le susurró Mathias con un enorme esfuerzo. Luego emitió un lamento de sufrimiento y no dijo nada más.

Camilla Márquez escuchó, pero hizo como si no.

Entendió a lo que se estaba refiriendo Novari.

Y lloró en silencio.

# CAPÍTULO 30

3 agosto 2010  
Por la mañana

Después de haber lanzado la primera bengala habían sido necesarios solo cuarenta minutos para que una lancha de la Guardia Costera llegara a socorrer a Camilla y Mathias. Subieron a bordo un capitán de nave y dos sanitarios. El primero había llevado de vuelta el barco al puerto, mientras que los segundos se habían hecho cargo de los dos policías durante el trayecto de vuelta.

En el muelle había sido creado un cordón de seguridad para tener a los periodistas y fotógrafos alejados, agolpados como perros hambrientos en busca de carne. Solo estaban esperando a que alguien les lanzara un trozo de carne para saltarles encima. Alguien ya sabía lo que había pasado; probablemente un oficial de la Guardia Costera había llegado a un acuerdo económico con algún periodista. Otros se habían agregado a la espera de entender el motivo de tanto clamor, plantando sus chiringuitos.

Cuando el yate apagó los motores y fue lanzada la punta, los fotógrafos se pusieron detrás de su reflex apuntando los teleobjetivos todos en la misma dirección. Las cámaras hicieron lo mismo, solo que con instrumentos diferentes.

Marina Bruni estaba nerviosa, y esperaba con impaciencia. Había sido tranquilizada sobre las condiciones de salud de Mathias y de Camilla Márquez, con una llamada desde un aparato satelitar. Había podido con ello, le había dicho. Pero quería verlo en persona, se había acercado hasta allí y quería verlo bajar. La conversación con la mejicana había proseguido con lo que había pasado en las últimas veinticuatro horas, lo más esencial, sin

perderse ningún detalle. Lo suficiente como para asustarla.

La pasarela de la Bertram fue finalmente sacada y apoyada en el cemento, al lado del amarradero número trece. El capitán de la nave vio la ambulancia aparcada entre una multitud de policías, hizo un gesto y dos enfermeros abrieron las puertas traseras.

Desde la cabina, la primera en salir fue Camilla Márquez, por sus propias piernas. La policía había sido víctima de un secuestro relámpago, pero el aspecto era el de una mujer que parecía haber pasado los últimos años de su vida segregada en la cueva de un lobo.

Ahora era de día y el sol la estaba iluminando sin piedad. Se resignó en pensar que la gente la habría recordado durante muchos años con la foto que habrían acabado en las páginas de los periódicos.

Marina Bruni le hizo cruzar la pasarela, luego fue hacia ella y la abrazó. Camilla la apretó y explotó a llorar. No estaba claro quien de las dos estaba consolando a quién. La vida había jugado con las dos, y ahora se sentían jodidamente solas.

Se soltaron sin decirse ni una sola palabra, se separaron las manos y Camilla la dejó sola subiendo en la ambulancia.

Marina se giró hacia la barca y se quedó inmóvil. Estaba lista para aceptar todo lo que le ofreciera. Lo que se tenía que esperar era difícil de prever: no quería ilusionarse.

De la oscuridad de la cabina salieron dos hombres. Uno vestido de blanco, sostenía el cuerpo herido de Mathias Novari. El brazo del policía italiano le rodeaba el cuello. La mano que sobresalía estaba cogida sólidamente por el operador sanitario. El brazo derecho estaba fajado y bloqueado sobre el pecho, la pierna herida llevaba un vistoso vendaje y la cara estaba vendada más o menos en el lado en el que un proyectil le había arrancado un trozo de oreja.

Estaba magullado, y aún así había querido salir por su propio pie, cojeando con la única pierna sana. Tuvo algún momento de dificultad para cruzar la pasarela, pero las operaciones se desarrollaron con seguridad.

Antes de subir en la ambulancia, buscó la mirada de Marina. Estaba inmóvil, a menos de dos metros. Le hizo un gesto para que se acercara. Ella no se lo esperaba, y se movió enseguida.

«Se ha acabado» le dijo. Lo rozó en la espalda con un tierno gesto. Estaba emocionada.

Él arqueó los hombros para no sentir su piel.

Marina quitó el brazo y no se preocupó en enmascarar su gran desilusión. «Perdóname, no lo tendría que haber hecho.»

Mathias no tenía intención de consolarla. «No se ha acabado todavía» le comunicó con la voz que le rascaba la garganta. El rostro era una máscara de dolor.

«Pero yo pensaba...»

«Haz que encierren en la celda a José Luis Martino» le ordenó. «Luego, quiero que organices un encuentro con él mañana por la mañana. Aún tengo que entender un par de cosas.» Acabó el discurso con un hilo de voz. «Iré con un amigo.»

Ella lo miró con una mirada interrogante.

Mathias no se preocupó en añadir nada más y se hizo acompañar a la ambulancia.

A sus espaldas, un par de técnicos de la científica abandonaron la barca sosteniendo un cuadro de dos metros por uno. Una tela blanca cubría por completo el dibujo de un árbol de manzanas. Lo estaban transportando como si fuera una reliquia.

# CAPÍTULO 31

4 agosto 2010

Por la mañana

«¿Ha muerto de verdad?»

«Se lo puedo asegurar.» Camilla Márquez tenía totalmente otro aspecto. El pelo de color cuervo era liso y sedoso, la cara limpia y levemente maquillada, con una pizca de carmín. Había usado un perfume con olor a fruta que se ponía solo en las ocasiones especiales. Llevaba una camisa de color melocotón y un par de pantalones oscuros que escondían las caderas demasiado pronunciadas. Estaba bien. Por fuera.

Por dentro era otra historia.

Chacón era oficialmente un agente de la policía desaparecido. El hecho de que no se hubiera encontrado todavía el cadáver la desorientaba. No entendía si tenía que sentirse aliviada o desesperada.

Martino les clavó la mirada. «¿No me estáis contando estupideces, verdad?»

«Por lo que se refiere a estupideces, parece que es él el experto. Nosotros seguro que no.» Novari quería cerrar el asunto sin dar demasiados rodeos.

«¿Qué está diciendo?»

«Digo que ha soltado un montón de gilipolleces. Pero tengo que reconocer que es un actor fantástico.»

Martino tenía las muñecas atadas por un par de esposas, las manos abiertas sobre la mesa parecían las alas de una mariposa que esperaba poder salir volando. Bajo las uñas se anidaban de la suciedad. Era negro, como el alquitrán. El pelo pegado a mechones pegajosos, y el pelo de la barba estaba sudado. La boca entreabierta mostraba una dentadura amarillenta, no era por el oro.

«Si lo decís vosotros.» Inspiró con la nariz y escupió al suelo un escupitajo de catarro verde.

«Explíquenos como se organizaban» le preguntó Mathias.

George Moe, sentado a su lado, se preparó para tomar apuntes. Las Ray-Ban pegadas a la cara. Era *su* historia.

Martino movió la cabeza. «Si hablo, me metéis en la cárcel.»

«Si hablas tendrás alguna posibilidad de no quedarte ahí dentro para toda tu vida.»

Esta vez fue Marina la que se entrometió. En la habitación además de ellos no había nadie más.

Hizo una mueca y resopló por la nariz como un minoturo enfadado. «Pensáis que yo soy un cómplice suyo, pero os equivocáis. Solo soy otra víctima.»

«Eso deje decidirlo a nosotros» le aconsejó Mathias.

«Me habría matado si no le hubiera seguido el juego.»

«Adelante. Explíquenos.»

Se encogió de hombros. «Recibo una llamada suya y me explica qué tengo que hacer. Eso es. Nada de complicado.»

«¿Entonces sería ese el mecanismo?»

«La cosa más sencilla para un resultado sorprendente.» Encontró el modo incluso para reirse.

De hecho, Mathias no podía culparlo. Nadie de ellos podía hacerlo. El fenómeno mediático que había puesto en marcha Bueno, alias Sean Reed, había engañado a millones de personas y transformado a José Luis Martino en una especie de estrella.

«¿Cómo os conocisteis?»

El exvidente perdió inmediatamente la sonrisa. «Ese hijo de puta casi me mata.»

«¿Bueno?»

«Él» confirmó con una mueca. «Me dejó a las puertas de la muerte y me desperté en la cama de un hospital.»

«¿Luego que pasó?»

«Me lo encontré sentdo a mi lado la mañana siguiente, con un traje elegante y una maleta llena de dinero. Me dijo que si hubiera aceptado su propuesta habría sido mío, de otro modo habría acabado su trabajo y me habría mandado al infierno.» Levantó las manos de la mesa y se rascó la nariz.

«Tenía que ser por un periodo breve de tiempo, luego, una vez concluído el

trabajo, me habría dejado libre para siempre. Con todo el dinero.»

Moe estaba llenando la primera página de apuntes. Una pequeña grabadora, de pie al lado del folio, servía solo como copia de seguridad. Siempre iba por detrás de la evolución tecnológica, quizá porque prefería fiarse de los medios de los que tenía el pleno control.

«¿Entonces la historia de los dos delincuentes que le habían agredido, era una invención?» Novari quería cerrar el círculo.

«¿Qué otra cosa podía ser?» Le respondió con superioridad.

«Y aún así cuatro semanas más tarde, aquellos hombres fueron matados por un agente de la policía.»

Martino había conseguido capturar su atención. Entendió que podía disfrutar de sus últimos minutos de fama. «Aquella fue la primera vez. Teníamos que darle vida al personaje y crear credibilidad.»

«¿Un montaje?»

«Llámelo como quiera.»

Camilla quería entenderlo mejor. «¿Quiénes eran los dos hombres asesinados?»

Martino la miró con desagrado. Le recordaba a una foca amaestrada. «Dos capullos elegidos para interpretar la parte de mis agresores. Nunca los vi.» Sonrió con cinismo. «¿Adivináis quién fue el policía que los mató?»

«Ronald Bueno.» Marina lo dijo sin darse cuenta.

«¡Bingo, princesa!». Guiñó el ojo a la rubia. Aquella policía se la habría empotrado con gusto.

La Bruni le advirtió. «Dirígase a mí llamándome agente, para la próxima.»

«Así lo haré.» La sonrisa le desapareció de los labios cortados.

Camilla prosiguió: «Explíquese: ¿Bueno ha matado dos inocentes, le ha llamado y el ha hecho como que había tenido una visión?»

«¿Pero qué inocentes, coño? Eran dos capullos que habían salido de la cárcel hacía pocos meses. Bueno me llamó diciéndome cómo y dónde los habría matado, me comunicó el nombre de uno de ellos y me dijo que lo hiciera lo mejor que pudiera. Lo hice, y al día siguiente los periódicos derrocharon ríos de tinta sobre el hecho.» Pegó con las uñas negras sobre la mesa. «Y yo me convertí en más famoso que Frank Sinatra.» No había entusiasmo en la última frase.

Mathias se rascó el vendaje que le cubría la oreja herida. El picor era molesto. Tocándose se dio cuenta del trozo que le faltaba: quizá más de la

mitad había saltado por los aires a causa de la bala que lo había golpeado. Se habría dado cuenta en la próxima cura.

Seguía mirando su tablet. Estaba en horizontal, en un equilibrio inestable sobre el borde más ancho y apoyado a un faldón amarillo fosforescente. El monitor proyectaba la grabación efectuada de las telecámaras que tenían bajo control el apartamento blindado en el que había sido encerrado Martino hasta el día anterior. Se había cargado el archivo del 31 de julio.

«La visión del homicidio de Parker ocurrió en la televisión en directo, pero Bueno se encontraba allí con usted.» Camilla Márquez lo sabía porque había sido Chacón el que le pidió que mirara el programa.

«Lo organizamos todo antes» cortó. Le molestaba responder a la foca. «¿Cree que es posible identificar el momento exacto de la muerte de un hombre con las piernas desmembradas por un tiburón y tirado al mar?»

«Imagino que no.»

«Exacto.» Se mofó para hacerla sentir inepta. «Podíamos haber hecho la escena el día siguiente que nada habría cambiado.»

«Tranquilícese» le advirtió Mathias. «Ya no es una estrella.»

Notó que Martino entendió que se encontraba en una posición incómoda. La expresión de su cara se había relajado y había pasado un velo de resignación. «Cuéntenos sobre Morgan. Sobre la escena del crimen encontramos una grabación que parecía la confirmación de la visión y de la identidad del asesino.»

Martino levantó de nuevo las manos y se quitó un pelo que le colgaba de la nariz. Hizo un gesto de dolor, luego lo dejó caer al suelo. «Aquella noche Bueno me dijo que había encontrado el modo para hacer más creíble nuestro teatro.»

«La dejó él» reflexionó Mathias.

«Un verdadero hijo de puta, ¿verdad inspector?»

No le respondió. «Y el horario del deceso, la llamada de Santiago... parecía que todo confirmase la simultaneidad del evento y la visión.»

«Imposible. Él me llamaba cuando ya estaba al seguro.»

Mathias lo entendió enseguida. «De hecho, el horario de la llamada de Santiago no ha sido nunca verificada. Ha sido él el que nos lo comunicó, y nosotros le creímos.» Se dio cuenta él solito.

Marina tuvo escalofríos. Aquella noche había salido, mató y luego volvió a la cama con ella. No se dio cuenta de nada.

«Hemos sido engañados» replicó Novari. «Se regañó por haber tenido un desliz, pero era lo que quería. Nosotros *no* teníamos que intervenir mientras estaba en curso la visión, o habríamos dudado del gran engaño que habéis llevado a cabo.»

Lo miró fijamente, desafiante.

Martino no se dejó amedrentar. «Aquella noche, dio lo mejor de sí.» Estaba recordando. «Ahora que pienso, recuerdo que estaba eufórico, más feliz que de normal. No se cuál era motivo, pero creo que tenía otra cosa en la cabeza.»

Marina sintió un temblor subir por la espalda. Escalofríos helados.

Novari le lanzó un mensaje con la mirada. Duró un instante, pero lo suficiente como para comunicarle que no la habría perdonado. No solo desde el punto de vista personal, también del profesional. El hecho que ella no se diera cuenta de nada, había puesto en peligro más de una vida.

Mientras tanto el monitor de la tablet seguía reproduciendo la grabación de las telecámaras de seguridad del apartamento blindado. El reloj marcaba las 18:05h y los segundos seguían corriendo. En ninguna de las habitaciones había presencia humana.

¿Dónde estaba Martino? ¿Y los agentes de guardia?

Se produjo el silencio y rebobinó hacia delante lentamente, hasta que el hombre que estaba sentado frente a él en aquel momento, no apareció en la pantalla. Eran las 19:23.

«¿Dónde estaba el 31 de julio entre las 18:05 y las 19:23?»

Martino dobló la boca.

«¿¡Eh!?»

«En el 55 de la Calle Victoria» entonó.

Mathias se lo esperaba.

«¿Fue él quien disparó?» le preguntó.

Martino asintió. Otra dosis de caspa voló por el aire y aterrizó dulcemente sobre los hombros. «Tenía que esperar su señal, dar fuego y alejarme. El acuerdo es que no tenía que dar a nadie. Luego tendría que haber abandonado el coche y atar un estúpido globito al retrovisor.»

«Quería que yo me fiara de él» comentó más para sí mismo que para los demás. «Para luego llevarme a aquella barca y martarme con Mikey el tiburón.»

«Si te hubiera matado antes no habría podido poner en escena el epílogo triunfal que había planeado» le sugirió Camilla.

«Sí.» dijo.

Apagó la tablet y el monitor se oscureció. Ya no se necesitaba.

El círculo se estaba cerrando.

«Quiero saber cómo ha conseguido recuperar el fusil.»

La expresión de Martino era de admiración. «No deja nada a la improvisación, ¿verdad inspector?»

El lado derecho de la boca se arrugó en cuanto apenas. «Es una fea manía, lo sé.» Le apuntó con la mirada. «Venga, adelante. Explíquese.»

«Un contenedor en el muelle del puerto. Ahí es donde escondía el dinero y las armas. En aquel maldito sitio había siempre un terrible olor de meado de perro.»

«¿Ha estado?»

«Nos vimos ahí un par de veces»

«Quiero que él nos acompañe inmediatamente.»

Martino se encogió de hombros. «A vuestras órdenes.»

Mathias se levantó haciendo fuerza con una sola pierna. Recuperó las muletas y miró a Camilla. «Quiero que tú nos esperes aquí, ¿entendido?»

La mejicana se quedó sentada, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Entendió enseguida lo que estaban yendo a buscar.

# CAPÍTULO 32

4 agosto 2010

Medio día

Martino ni siquiera salió del coche. Una vez localizado el sitio, fue devuelto a la cárcel. Habría tenido su proceso, pero estaba claro que los años a los que habría sido condenado habrían sido más, respecto a los que le quedaban para ir a la tumba.

El candado se encontraba en el suelo. La puerta estaba cerrada solo por la cerradura, sin ninguna protección. Se abrió en un segundo, dejando entrar antes que a nadie, la luz del sol.

El interior del contenedor estaba decorado con una alfombra de carne humana ensangrentada. Juan Rodrigo Chacón estaba tumbado sobre el suelo de acero. Muerto.

Mathias no se sorprendió.

Estaba viendo la escena desde el exterior, cogido a la puerta, con la pierna derecha en alto y el mango de la muleta bajo la rodilla. Flotas de gaviotas volaban sobre él reclamando con ruidos estruendosos sobras con las que saciar su apetito. Habían sido acostumbradas a ello.

«Hemos encontrado el coche.»

Mathias se giró hacia un colega español que no había visto nunca. «¿Dónde?» le preguntó.

«En el agua. Lo estamos recuperando utilizando aquella grúa.» Le indicó la estructura metálica azul y rosa en la orilla del lado este del muelle.

«Continuar.» Aunque no tenía mucho sentido a nivel de la investigación, era necesario extraer la carcasa del coche más que nada como un deber cívico.

Novari se quedó inmóvil hasta que la policía científica no terminó todas las operaciones en el interior del contenedor: casi una hora. Luego de haber visto cargar al excolega encerrado en un saco, decidió que su presencia en el sitio ya no era necesaria.

Hizo una fría llamada de teléfono a Marina y descargó sobre ella la responsabilidad de decírselo a Camilla, poniéndola al corriente de la relación que les unía a Camilla y al subinspector. Adrede usó más de una vez el término "amante", dibujando metafóricamente una sombra de desprecio todas las veces que lo pronunciaba.

Terminó la conversación con una gélida despedida y fue donde estaba George Moe.

El periodista estaba sentado en el muelle, con las piernas colgadas en el vacío. Bajo él, el agua azul del Mediterráneo.

El viento le acariciaba el cabello gris y refrescaba la cara. El sol estaba exteriorizando toda su arrogancia y no le había pedido permiso para quemarle la piel. Las gafas, en el suelo, estaban apoyadas sobre el cemento ardiente, a la derecha, con las lentes que reflejaban el puerto y la ciudad de Málaga. El ojo sano estaba cerrado.

«Si hace treinta años me hubiera comportado de otra manera, todo esto no habría pasado» le dijo.

Mathias no podía sentarse a su lado, pero le hizo notar su presencia. «Nunca podemos buscar calles alternativas en el pasado.»

«Lo sé. Ese es el problema.»

«Exactamente» dijo con amargura. Novari habría cambiado muchas cosas si solo hubiera podido revivir los años transcurridos. Quizá un niño aún estaría con vida. Quizá no habría gastado tiempo en la relación con Marina Bruni. Quizá otros millones de cosas.

Quizá.

El ruido de las olas que chocaban contra el muelle parecían aislarles de todo el resto. La espuma que se levantaba venía empujada por el viento sobre sus rostros pegándoles la sal en la piel.

«Los últimos treinta años de mi vida han sido un agujero negro.» La consciencia de ello era un lastre muy difícil de llevar. Ahora que todo tenía una explicación lógica era difícil calentarse la mente y aceptar la situación de forma pasiva.

«Lo siento.» No pudo decirle otra cosa.

«No sé si me siento preparado para afrontar este mundo. Tengo miedo de no ser apto.»

«Te entiendo» le replicó. «Lo que hemos vivido en el pasado nos deja inevitablemente marcados.»

«Pero algunos se pueden esconder y otros no.»

«Tú nunca has hecho nada malo» le recordó.

«Ese no es el punto. Es que la injusticia que he pagado, en cualquier caso, me ha condicionado la existencia.»

«Es verdad» sintió decir a Mathias. «Y además es por eso por lo que tendrías que aprovechar las segundas oportunidades que se te ofrecen.» Se agachó lo máximo que pudo y le puso una mano sobre el hombro. «George, estás vivo de milagro.» Donde el término "vivo" iba más allá del simple concepto de un corazón que palpita.

Moe podía fingir que la culpa era del viento o de la brisa, pero las lágrimas que le estaban cayendo de los ojos tenían un origen bien distinto. «Aprender del pasado para construirse el futuro, ¿no se dice así?»

La barba del policía italiano brillaba como la plata. «A veces no se puede considerar el pasado como una inversión.»

Moe cambió la expresión y la cara se relajó. «Experiencia es el nombre que cada uno da a sus propios errores.» Lo miró desde bajo mientras reclinaba la cabeza hacia atrás.

Después del secuestro de Giorgio Danelli se había encerrado en sí mismo y había alejado a cualquiera que lo hubiese querido ayudar. Incluso a su hermano, el único familiar que le quedaba. Luego cuando se había dado cuenta del grave error que había cometido, se repitió como un mantra la frase que acababa de oír de la voz de George Moe, y puso remedio.

Las coincidencias, a menudo, no lo eran de hecho, se dijo Novari. Escuchar aquella frase le dio una extraña sensación, como si estuviera en el aire un mensaje que tenía que coger al vuelo. No dijo nada, pero observó al hombre con la camisa a flores y un solo ojo, como si lo conociera de toda la vida.

«¿Dónde irás ahora?» le dijo.

«Me vuelvo a Miami»

«¿Y qué harás?» una nube de paso cubrió el sol por un instante. El alivio del calor duró aún menos.

«Querría mudarme.» Inspiró haciendo mover las flores del pecho. «Mi casa está llena de viejos recuerdos.»

«Creo que es una magnífica idea.»

«Yo también lo pienso.»

El viento aprovechó el silencio para hacerse escuchar mientras silbaba. Parecía llamar a alguien.

«¡Eh, Moe!» Novari se apartó para verlo mejor.

«¿Qué pasa?» Mientras giró la cara, el pelo gris se agitó como si no hubiera gravedad.

«Querría que me hicieras un último favor.»

Asintió. «Te escucho.»

«Querría que encontraras a las familias de los cuatro chicos asesinados y les explicaras tu historia.» Meditó por un instante. «Aunque suene a paradoja, quizá para algún pariente podría ser un alivio conocer la verdad.»

«Matt Gist, Julio Miller, Alexander Cabrera y Tim Patton.» Lo miró con una expresión esperanzadora. «Habría sido la segunda cosa que habría hecho después de haberme cambiado de casa.»

Mathias sonrió, olvidándose del dolor de la parte derecha de su rostro. «Eres grande, George Moe.»

«Me tendrías que haber conocido cuando tenía también el otro ojo» le respondió devolviéndole la sonrisa. Era un intento de alejar la vergüenza; recibir un piropo era una cosa a la que se tenía que volver a acostumbrar. Era un poco como volver a ser un niño, solo que con mucho menos tiempo a su disposición.

Esa era la pega.

«¿Nos volveremos a ver?» le preguntó Mathias.

«Si Dios quiere» le respondió.

Moe se puso de pie, la mirada se dirigió hacia el horizonte.

Las estelas blancas, trazadas por las barcas sobre el mar azul, parecían garabatos de un niño. Cogían forma y lentamente se borraban, como si estuvieran hechos sobre una pizarra mágica. Ninguna señal permanente.

Estaba todo por escribir.

Como su nueva vida.

Como una segunda posibilidad.

# CAPÍTULO 33

18 junio 2011

Parecía el reencuentro de dos hermanas que no se veían desde hacía mucho tiempo. De hecho había pasado casi un año desde la última vez que habían estado juntas. En aquella ocasión el dolor había robado todo el espacio a cualquier otra emoción y ahora que se encontraban una frente a la otra, era lógico esperar el despertar de tristes recuerdos. Pero era un argumento del que habrían discutido más tarde; se lo comunicaron mirándose a los ojos.

Camilla Márquez se lanzó hacia Marina y le apretó en un abrazo poco delicado. La policía italiana advirtió el ímpetu masculino sobre el tórax y se lo devolvió con algunas caricias en la espalda. Ligeras, casi impalpables.

Dos gestos contrapuestos, un único mensaje.

«Te encuentro en perfecta forma» le dijo Marina.

Camilla se despegó de ella y se giró sobre si misma, imitando un paso de baile. «Nueve kilos» dijo con orgullo femenino.

«Estás guapísima. Bueno, siempre lo has sido, pero ahora más.»

«Gracias Marina. Es un pequeño paso hacia el cambio.»

«Te lo mereces.»

La mejicana no le dijo nada, pero le hizo una sonrisa para comunicarle que lo había apreciado. De verdad parecía diferente, más segura de sí misma. Más serena.

«Vamos, entra.» Marina abrió la puerta y le hizo acomodarse.

Había vuelto a vivir en Trento, en el viejo apartamento de la calle de los Mille, después del breve paréntesis de convivencia en Campiglio con Mathias Novari. Ahora ya, un recuerdo.

«Estoy feliz de que estés aquí» le dijo acariciándole la piel morena de la cara.

«Tenía ganas.»

La llama viva que calentaba la sartén en el fuego estaba dejando crujiente un trozo de cebolla bañado con un hilo de aceite de oliva. En el aire el olor de sofrito.

«He decidido cocinarte pescado.» Se lo comunicó con algo de temor.

Camilla hizo media mueca.

«Eh, no quiere oír comentarios sobre el viaje que han tenido que hacer estas dos doradas para llegar a esta mesa, ¿entendido?»

«Dime solo de dónde provienen.» Estaba seria.

«Camilla...»

«Venga, ten agallas» la desafió.

El papel en el que estaban envuelto llevaba todavía la etiqueta pegada. Marina la dobló para poderla leer. «Crianza en Croacia.»

Camilla se tapó la cara con las manos. Estaba recitando. «Quizá no te das cuenta del scralegio.»

Marina se puso a reír. «No estamos en Málaga. ¡Aquí nos tenemos que conformar!»

«¿Por qué no te mudas?» Le guiñó un ojo. «Pescado fresco del día a quilómetro cero. Mar, sol, gente siempre alegre.»

«Nada mal. Quizá algún día.»

«Sabes lo feliz que me harías.»

«Yo también lo sería.»

Camilla miró a su alrededor.

Vio un caos de colores y alegría en cada esquina, también en la más recóndita. La atmósfera que se respiraba era de joya pura, incontaminada, sin condiciones. Se sentía partícipe e involucrada. No tuvo vergüenza en pensar que parte del mérito era suyo también, a sus consejos.

«Bueno, querría conocerla, si no te molesta» le dijo con impaciencia.

Marina no esperaba otra cosa. Se limpió las manos en el delantal, lo desabrochó y lo apoyó en el respaldo de la silla. Luego apagó el fuego bajo la sartén. Habría retrasado la comida, pero no era un problema.

«Ven» le dijo empujándola por los hombros. El tono de voz bajó.

Recorrieron el pasillo en silencio y se acercaron a una puerta semicerrada. Marina hizo rodar la puerta hacia las bisagras, empujándola con un dedo. El chirrido se silenció enseguida, como por respeto.

Finos rayos de luz irrumpían en la habitación pasando a través de las tablas de madera de las persianas. Dibujaban sobre el suelo rayas horizontales.

Parecían largos dedos de una mano lista para sujetar una nueva vida.

En la cuna en penumbra descansaba una niña.

«Te presento a Gaia» le susurró Marina. En el rostro había dibujada una sonrisa de madre orgullosa. De una mujer que aún antes de traer al mundo aquella vida, había visto irse otra. Una vieja historia.

«Dios mío.» Camilla pasó por delante y se acercó. «Es preciosa.» Luego se pasó un dedo bajo los ojos maquillados.

«Toda su madre» le dijo contrayendo la mandíbula.

Camilla no se lo esperaba.

También, sin hacer una referencia explícita, aquella broma había despertado un fantasma del pasado. Quizá lo había hecho para demostrarle que se sentía más fuerte. Pero lo que la amiga leyó, fue aún mucha fragilidad y sufrimiento.

No podía culparla.

Algunos vaivenes de la vida no los cancelaba ni siquiera el tiempo. Haber decidido que creciera dentro de sí la hija de un asesino irradiaba tanto dolor que creaban cicatrices profundas. Que no habrían desaparecido nunca.

«Estoy feliz de que nuestros caminos se hayan cruzado. Eres una mujer verdaderamente valiente.» Camilla tragó solo al final de la frase.

«Mírala» le dijo. «¿Cómo podría no haberlo hecho?»

Se habían entendido. Tenían ese punto fuerte. «Sí. ¿Cómo habrías podido?» Apretó los labios, pensando que había alabado aquella decisión, pero no estaba segura de que ella se hubiera comportado del mismo modo. Con mayor motivo después de haber descubierto que Bueno, la noche de la concepción, había usado el Stilnoz para inducir a Marina a ceder fácilmente al acto sexual. Durante la inspección de los técnicos de la científica, se habían encontrado restos de la considerada *droga de la violación* en el vaso en el que la policía italiana había bebido vino, la noche en que fue asesinado Morgan.

Camilla tuvo la sensibilidad de no volver a aquel asunto: habría deslegitimado todavía más la maternidad de su amiga.

Marina le hizo un gesto. «Volvamos allí. Tenemos muchas cosas que contarnos y el tiempo pasa demasiado deprisa.»

Camilla asintió y salieron en silencio.

Cuando fueron a la cocina, Marina encendió la llama bajo la sartén y puso a cocinar las dos doradas. Se quedó de espaldas mientras manipulaba con un enorme tenedor que parecía el cetro de Poseidón, el dios del mar. «¿Cómo estás, Camilla?» se lo preguntó permaneciendo de espaldas.

«Me he tenido que conformar.» Una pausa. «No ha sido fácil.»

«Lo amabas mucho, ¿verdad?»

«Era el único que sabía darme en el punto. Me hacía reír.» Se puso agua en el vaso. «Hoy lo he conseguido sin él. Pienso que es un regalo suyo.»

Marina hizo saltar los dos pescados en la sartén como un chef experto. La parte dorada pasó arriba, la cruda abajo. «¿Has hablado alguna vez con la mujer?» le preguntó.

«Lo he evitado.»

«Creo que es mejor así.»

«Ella ya está con otro.» Lo dijo con una pizca de veneno.

Marina roció vino blanco en la sartén, luego la tapó con una tapa de vidrio blanco y bajó la llama. Se giró. «Él te amaba.»

Ella se encogió de hombros. «No me lo dijo nunca.»

Marina abrió un cajón y cogió cubiertos que parecían como campanillas navideñas. Los puso en la mesa sin ni siquiera arreglarlos.

Decidió que había llegado el momento de que ella lo supiera.

«Querría que tú escucharas una cosa» le dijo.

Camilla estaba pidiendo explicaciones con la expresión de la cara. Esperó a que su amiga prosiguiera para entender mejor.

Marina lo entendió y no se hizo de rogar. «Entre la pruebas recogidas y catalogadas la mañana del 4 de agosto en el interior del contenedor, la científica encontró una pequeña grabadora digital portátil, de las que se activan a través de una conexión Wi-Fi.»

«Lo recuerdo» Le comunicó que no le estaba diciendo nada nuevo.

«En la memoria habían dos archivos guardados.» La miró y vio que estaba atenta. «Ambos tenían la fecha del 2 de agosto, pero habían sido grabados más o menos a doce horas de distancia el uno del otro.»

Camilla empujó las manos contra el taburete para arreglarse las nalgas. «No sabía que habían dos archivos» le comunicó arrugando la frente.

«Lo sé.» En aquellas palabras había una admisión de responsabilidad. Había sido ella quien lo había escondido al resto.

«Había sido informada solo de la grabación en la que me reconocí mientras me lamentaba y luchaba como una loca en aquella maldita sala de máquinas. La que pensamos que utilizó Bueno para atraer a Juan Rodrigo a la trampa.» El recuerdo le abrió la herida aún bastante fresca.

«Había otra segunda grabación.» Desbloqueó con un toque el teléfono y fue a

recuperar el archivo mp3 que había guardado en la memoria. «Escucha» le dijo acercándose.

La grabación empezaba con un mix de sonidos confusos, ruidos cercanos y otros más lejanos. Un par de segundos como mucho, luego se oyó la voz torturada. Era la de Juan Rodrigo Chacón. No era limpia, pero las palabras eran comprensibles. Iban dirigidas a ella.

"¿Ha visto que no ha sido el humo lo que me ha matado? ¡Eh mejicana, te amo!" La grabación original proseguía durante horas, pero el archivo terminó. Había sido cortado.

Marina se esperó ver a Camilla con las lágrimas en los ojos, en cambio fue una sorpresa leerle una expresión bien diferente.

Estaba sonriendo.

La miró, incredula. Camilla se dio cuenta y le cogió la mano. «Habría querido esto. No soportaba verme sufrir.»

Solo entonces Marina intuyó cuánto amor había en esas palabras; solo tenían que ser interpretadas.

«Has sido su último pensamiento.»

Camilla no cambió de expresión. «Que capullo...»

Eso también, a su manera, era un mensaje de amor. Allá donde estuviera, Chacón se lo estaba agradeciendo.

Marina sacudió la cabeza y rió.

Continuó solo un segundo de silencio, luego los recuerdos fueron sacudidos por el lloro de la niña. Una serie de chillidos agudos reclamaban la presencia de alguien que la cuidara. "Estoy despierta y hambrienta" parece decir.

«Ves tú, por favor.» Marina le indicó la habitación con un gesto y se preparó en el sofá.

Camilla se levantó del taburete pero se quedó bloqueada. Parecía incómoda. «¿Yo?» le preguntó.

«¿Ves a otras personas en casa? Venga, vamos, tráemela aquí.»

«Voy enseguida.» Se movió, alejándose con una expresión de felicidad. Hasta ese momento había arraigado la idea de que un hijo era una propiedad del padre, que custodiaba con recelo. Marina le estaba demostrando que existía otra visión, más madura y consciente. Una nueva vida no pertenecía a nadie, ni siquiera a la madre. El único privilegio concedido a los padres era educarlos para que estuvieran preparados para el propio futuro. Cualquiera que hubiera querido contribuir con amor, habría sido bienvenido

Camilla se agachó y cogió a la pequeña de la cuna. Se olvidó de lo torpe que era en el mismo momento en el que percibió el calor del pequeño cuerpo sobre su pecho. Era una sensación maravillosa.

Caminó como si el suelo estuviera lleno de huevos que no se tenían que romper, y condujo a la hija de la madre.

Marina, sentada en el sofá, levantó los brazos y se la hizo dar. Apenas la pequeña notó el olor del pecho, se agarró y dejó de llorar.

Caló la paz y ambas se lanzaron una mirada de diversión.

Parecía que se conocieran de toda la vida, en cambio habían construido su relación en menos de un año. Eran el ejemplo de cómo el tiempo podía transformarse en un elemento irrelevante, también si se trataba de construir lazos. Cuando se veían y compartían vivencias, un minuto valía oro.

Camilla se quitó los zapatos y se sentó sobre la alfombra con las piernas cruzadas, frente a ellas. La postura y el color de la piel la hacían parecer a una nativa americana de la tribu de los Shoshoni. Notó, en el reposabrazos del sofá, un libro que parecía navegar en equilibrio precario sobre la cresta de una ola. De las páginas sobresalía una tarjeta de color azul que hacía de marcador. Estaba al principio todavía.

«Lo he acabado en una semana.» Se lo dijo señalándolo con el dedo.

«Vivo de milagro.» Marina repitió el título.

En la portada estaba representado el pecho de un hombre con un tajo inmaculado en el lado izquierdo. En el interior, un reloj que batía por el corazón. El nombre del autor estaba escrito en rojo, en la parte alta: George Moe.

«¿No te da un poco de cosa ser una de las protagonistas?» La mano continuaba acariciando la cabeza de su hija.

«De hecho, me desorienta» le respondió.

Marina asintió. Habría tenido todo el tiempo para acabarlo, pero seguía aplazándolo. Sabía el motivo.

«Es como si alguien te hubiera cogido del cuello de la camisa y te hubiera obligado a ver tu historia desde otro punto de vista. Impone.» El pensamiento volvió a la muerte de Chacón, inevitablemente.

«Estoy feliz por él, aunque esto no le restituirá lo que se le ha arrebatado.»

«Para todos es así» dijo con amargura. «Si esperamos recuperar algo que hemos perdido en el pasado, nos arriesgamos a ahogarnos. Moe ha mirado hacia delante, y ha hecho bien. Él de verdad está vivo de milagro.»

«Sí.» Separó a la pequeña del pecho y se la puso en el hombro hasta que sintió digerir la primera ración de leche materna. Cambió y se preparó para hacerse vaciar también el otro. «¿Puedo hacerte una pregunta, Camilla?»

«Pregúntame lo que quieras.»

La historia contada subjetivamente desde el punto de vista del autor estaba rica de detalles y particularidades que habían necesitado la preciosa colaboración, más allá de una simple disponibilidad, de las fuerzas del orden y de fuentes más o menos identificables. Cualquiera que hubiera querido satisfacer su curiosidad sobre la triste y sangrienta historia vivida en Málaga, podía hacerlo leyendo el libro. No faltaba nada, es más, había demasiado.

Esa era la mayor preocupación de Marina.

«¿Se habla de ella?» Miró a su hija para hacerse entender. Gaia había nacido a principios de abril, el libro salió solo pocas semanas después. Para la crónica ya era un best seller con más de ochenta mil copias vendidas. Probablemente no había demasiado tiempo para esperar al nacimiento de la niña para mandar un libro a imprimir. En cualquier caso, la preocupación no iba con los tiempos. Temía la respuesta.

Camilla la tranquilizó al instante, con ironía. «Por desgracia, tu papel, es de verdad marginal. Te tienes que contentar con pocas líneas.» Hizo una reverencia de sentada. «La verdadera protagonista soy yo.» Diciéndolo se sintió un dolor en el pecho que le costó ocultar. Muy a su pesar, era de verdad.

«¿Nada?»

«Absolutamente» le confirmó. Luego la miró para asegurarse de que la estaba escuchando.

«¿Qué pasa?»

«Ha sido la condición por la que Moe ha obtenido la vía libre para publicar el libro.»

Marina no entendía. «¿De quién?»

Camilla dibujó una mirada maliciosa en el rostro. Marina intuyó de quién se podía tratar y fue invadida por un tumulto de emociones encontradas.

No hizo falta ni siquiera nombrarlo, Mathias Novari.

«Entiendo.» No tenía fuerzas para abrir ese asunto. «¿Te lo leerás ahora?»

«Imagino que sí.»

«De verdad, es una historia increíble, de la que nosotros hemos vivido solo el epílogo.» Miró el reloj colgado en la pared que dividía la sala de la habitación matrimonial. El péndulo oscilaba sin dar señales de cansancio. «Es

justo que fuera él el que la contara. Después de todo no es solo su historia, es también su vida.» hizo una mueca, esta vez espontánea y para nada sarcástica. «¿Sabes que reconoció a mi padre viendo una repetición de una vieja película en televisión? Si simplemente, hubiera estado en el baño meando, en ese libro se habrían escrito otras cosas. A lo mejor, ni siquiera existiría.»

«Lo has dicho antes: si esperamos recuperar algo que hemos perdido en el pasado, nos arriesgamos a ahogarnos.»

Camilla puso sus propios zapatos al lado de la alfombra. «Lo sé. Es que hacer que vayan de acuerdo el corazón y el cerebro, a veces es imposible.» Se puso de pie, cogió el libro del reposabrazos y se volvió a poner en la posición de una india en meditación. Lo levantó mostrándole la parte de atrás de la portada: un majestuoso árbol con una densa copa llena de manzanas que rellenaban todo el espacio. Una serpiente tentadora se aferraba al tronco. «Libre arbitrio, querida Marina. Este es el verdadero error de Dios. Dejar que nosotros los humanos podamos decidir entre el bien y el mal.»

«Han pasado veinte años de la última clase de catecismo. Me serviría un repaso.» Marina le estaba pidiendo explicaciones.

«Cuando Dios creó a Adán y Eva les dejó la libertad de comerse cualquier fruta que encontraran en el jardín del Edén, pero les advirtió que no tendrían que haber tocado las manzanas del árbol de la consciencia del bien y del mal, si no habrían muerto. El diablo, en la piel de una serpiente, convenció a Eva diciéndole que Dios le estaba engañando y no quería que ellos comieran de aquel árbol porque, haciéndolo, habrían tenido la misma fuerza que él. En realidad comiendo aquella fruta se jugaron la felicidad eterna. Su verdadero pecado fue simplemente tomar consciencia del libre arbitrio.» Se encogió de hombros. «Desde ese momento en adelante habría podido elegir si estar de la parte del bien o del mal.»

Marina se tomó algún segundo para reflexionar. «Parece que Mendoza estaba muy encariñado con esta historia.» Se refería a los tatuajes y al cuadro encontrado en la barca de Bueno.

«De alguna manera ha pensado que podía sustituir a Dios.»

«Pero sin dejar el libre arbitrio a aquellos pobres chicos.»

Camilla asintió. En el estómago empezó a sentir la rabia. «Lo ha dejado a mi padre y a los otros hijos de puta.» Las uñas arañaron la portada. «Y ellos eligieron el mal» dijo con frustración. «Comprándose un corazón sano de la piel de aquellos chicos.»

Marina no perdió tiempo en consolarla. «Una cosa no me ha quedado todavía clara» le comunicó mirándola sentada en su campamento.

«¿El qué?» Camilla volvió a la calma.

«Habíamos deducido que los tatuajes eran una marca distintiva que compartían solo los receptores, y a pesar de eso, *él* también tenía uno idéntico.» Le volvió a la mente el dibujo que le había visto en la espalda. Las dos canicas rojas, antes de convertirse en los ojos ardientes de un guerrero japonés, habían sido dos inocuas manzanas sujetas en la copa de un pequeño árbol de la conciencia. "Él" era el padre de su hija. Otra vez quería dar la sensación de que no le influía la situación.

Y otra vez Camilla percibió otra cosa.

«¿No lo sabes?»

«No lo hemos hablado nunca» le recordó.

Camilla siempre había evitado hablar de los documentos que su padre le había dejado. Luego Novari la convenció para compartirlos con George Moe, y ya no tenía sentido mantener un comportamiento reticente.

«¿Quiéres que te lo adelante?» le preguntó pegando palmadas en el dorso de la portada.

«Adelante, quítame el gusto de la sorpresa.»

«Como quieras.» Puso el libro en la alfombra, a su izquierda, y dejó la mano encima. Parecía una testigo en una sala de un tribunal. «Mendoza obligaba a los receptores a que vieran a su propio donante en una noche *de conocimiento*, donde se consumaba casi siempre una relación sexual. Un rito vicioso querido por el patrón de la casa para apagar exclusivamente sus propias perversiones. Luego le seguía la fase del marcaje, por llamarlo de alguna manera; era el mismo Mendoza el que se ocupaba. A ambos se les tatuaban dos dibujos idénticos en la base del cuello.» Controló que Marina estuviera atenta. «Y las dos manzanas debían ser pintadas en una posición específica.»

Marina parecía un niño que estaba escuchando una historia de horror. «¿Y dónde?»

«Un segundo. Antes tienes que saber que existía también un tercer rito. Todo sucedía frente al cuadro que ha sido encontrado en la barca. Mendoza practicaba un pequeño corte en la mano de los dos huéspedes, y usaba la sangre para pintar dos manzanas sobre la tela del cuadro.»

«Un vínculo indisoluble.»

«Entre ellos y, entre ellos y el cuadro.»

Marina había entendido. «Las manzanas se pintaban en la misma posición en la que se tatuaban en el cuello.»

«Exacto. Una especie de mapa que los habría identificado inequívocamente.»

Fue en aquel momento en el que Marina se acordó de haber notado una leve diferencia entre los tatuajes de Parker y Morgan; entendió el motivo. «Es como el mal» susurró. Tenía bien fuerte a su hija imaginando poder protegerla de toda aquella maldad. En realidad el mal residía en los mismo orígenes de la neonata. Pero hizo como que lo había olvidado.

«La paradoja es que el corazón de Bueno estaba destinado a acabar en el corazón de Mendoza.» No se preocupó en mitigar el tormento de la amiga mientras lo nombró, porque no habría sabido de que otro modo podía comunicárselo.

La policía italiana revolvió los ojos.

Camilla estaba acabando y no quería dejar la historia incompleta. «Gracias al tatuaje de Bueno, han sido identificadas la posición de las dos manzanas dibujadas con la sangre en el cuadro. Luego han sido los técnicos del laboratorio de la científica los que encontraron el correspondiente ADN. Para llegar al de Mendoza han sido recuperados algunos restos óseos carbonizados, exhumando parte del material encontrado hace treinta años en la villa que se quemó en Indian Creek.»

La expresión de Marina era dudosa. «¿Por qué cruza los propios datos con los de Mendoza?»

Era la pregunta que se esperaba. «No ha sido un simple golpe de suerte. Moe había hecho analizar las viejas cartillas clínicas de Mendoza y había descubierto que sufría graves problemas cardíacos: necesitaba un corazón nuevo él también. El paso sucesivo habría sido una lógica consecuencia.»

Aún con la distancia de más o menos un año, Marina había visto las últimas piezas del puzzle cómo se iban poniendo en su sitio. El cuadro finalmente estaba completo.

«Gracias por haberme quitado el gusto de leer» le dijo.

Camilla le guiñó el ojo.

Gaia se había dormido con la boca abierta. Una gota de leche le estaba cayendo por la barbilla. Marina se la limpió dando golpecitos con el suave tejido del pechito sobre la piel lisa. Se levantó y la llevó a la habitación, colocándola con ternura sobre la sábana rosa de algodón que envolvía el colchón de la cuna. «Buen descanso, amor.» La besó en la frente, esperando

que tuviera dulces sueños.

Cuando volvió a la cocina, Camilla ya había destapado dos botellas de Estrella helada que había encontrado en la nevera. «Con éstas te has salvado.» La referencia a las doradas era evidente. Le pasó una a Marina que cogió por el cuello como si fuera un pollo al que no tenía que dejar escapar. «Por el cambio» le dijo.

«Por el cambio» respondió dando un toque con el vidrio de su botella contra la de Camilla.

Cualquier cosa que representase el cambio, no había dudas de que se encontraba en el futuro. Y el futuro pertenecía sobre todo a los hijos.

A Gaia.

Aunque hubiera descubierto quién era, se dijo, no se había escrito todavía en quién se habría convertido.

El mensaje de esperanza le hizo saborear la sensación de no tener más miedo.

Apretó los labios alrededor de la botella y saboreó la cerveza helada.

# CAPÍTULO 34

18 junio 2011

Camilla Márquez estaba sentada en el capó de un coche de alquiler, con la pierna doblada y el tacón del zapato clavado en la goma del neumático. Tenía las manos apoyadas en la carrocería y el pecho hacia fuera. La camisa de color almendra estaba abierta solo los dos primeros botones y el cuello estaba levantado. El pelo oscuro le caía por el hombro derecho y contrastaba con el rojo fuego de los labios. Los leggins negros, ajustados, le hacían parecer una diva en un set fotográfico.

Lo estaba esperando.

Desde lejos, él la vio y sonrió. Continuó caminando, mientras una hilera de hojas le ofrecía reparo del sol de la tarde, bajo las copas de hojas con forma de corazón. Si no la hubiera conocido bien, hubiera podido dudar de su buena fe.

«Te retrasas diez minutos» le dijo.

«No creo» le respondió mirando el reloj bien apretado en la muñeca derecha.

Camilla se dio un empujón y apartó sus nalgas del metal. «Tengo que coger un avión en menos de tres horas. Querido mio no tengo mucho tiempo para tí.»

Él le alargó los brazos. «Me has pedido tú que nos viéramos.»

La mejicana le apuntó con el dedo. «Me lo debías, no te olvides.»

«Estoy aquí.»

«Si no hubieras venido, te habría matado.»

«Nunca lo habría hecho» replicó divertido.

«No vuelvas una segunda vez a cometer el error de fiarte de un policía.» Habría sido una broma perfecta, sino fuera por un detalle. Se lo recordó él.

«Tú ya no eres una policía, Camilla Márquez.»

Hizo una mueca. «Coño Mathias, ¿no me pasas ni una!»  
«Es por culpa de la tormentosa relación que tengo con la verdad. Una obsesión» se justificó.

Ella movió la cabeza. «No, es que eres un capullo.»

«Tus elogios siempre me incomodan.» Se rascó la barba canosa.

«¿Lo ves?»

«Venga, no te lo tomes a mal.» Mathias se acercó y la apretó en un abrazo afectuoso. Habían necesitado tiempo, pero habían aprendido a conocerse, y a gustarse. Hasta conseguían bromear sobre todo. En especial él la admiraba por la carga positiva que emanaba, a pesar de ser un poco grosera. Ella le reconocía el carácter y la personalidad. Lo consideraba un punto de referencia. Por cómo había empezado su historia, podía considerarse casi un milagro.

«A propósito, ¿tu decisión es definitiva?»

«Sí, he cerrado. Me asustaba la idea de convivir con todos aquellos fantasmas.»

«Sí.» La miró y reflexionó solo durante un segundo. «¿Y ahora? ¿Qué harás?»

Hizo el gesto de la pistola con la mano y dio un chasquido con la lengua en el paladar. «Agencia de investigación Márquez.»

«¿De verdad?»

«Ya he arreglado una oficina que da a la Playa de la Caleta, en el Paseo de Sancha. Desde la ventana veo el mar.»

«Málaga.»

«¿Y quién me molestará ahí?»

«Estoy feliz por ti» le dijo con una sonrisa. Luego le cogió el brazo y su rostro se hizo más serio. «Querría que aceptaras un consejo, Camilla.»

«No me habría ido sin él.» Ella estaba atenta, él estaba cambiando la expresión.

«Prométeme que no te especializarás en casos de infidelidades conyugales.»  
Le guiñó un ojo y sonrió maliciosamente.

Camilla se quedó asombrada. «Eres un verdadero idiota, Novari.» Abrió la puerta del coche y subió. «Tendrías que tener más respeto por una excolega que ha permitido a tu físico moverse todavía en posición vertical.»

«Tienes razón. La próxima vez me acordaré.»

Camilla cerró la puerta y bajó toda la ventanilla. «Gracias por haber venido hoy.» Estaba seria.

«Gracias a tí.» le respondió.

El tiempo para bromear había pasado. Había servido, simplemente para eliminar el hueco que estaban sintiendo ahora.

Hizo girar la llave en el cuadro y puso el coche en marcha. La mirada fija en el volante, las ruedas aún quietas. Los ojos de Camilla se pusieron brillantes.

Un adiós siempre era una historia complicada de gestionar.

Quizá.

O quizá era otra cosa.

Cómo contentarse de ver jugar a cualquier otro su segunda posibilidad, mientras la propia ni siquiera existía.

«Venga, adelante. No quiero perderme la primera parte de la escena.» Camilla pasó la mano bajo los ojos y se secó las lágrimas.

Mathias cruzó la calle dejando que el sol le atormentara la parte de la oreja derecha que había quedado pegada a la cara.

Subió a la acera y se paró frente a la entrada de la finca.

Camilla le silvó. «Eh!»

Mathias se giró hacia ella. «¿Qué pasa?»

«Se llama Gaia» le chilló desde el otro lado de la calle.

Él asintió y sonrió.

«Adiós amigo.» El coche se movió y se llevó con él también la voz.

Mientras lo vio alejarse, le volvieron a la mente las palabras que lo habían convencido para dar ese paso. "Un hijo no solo es cuestión de sangre. Es el amor que le demuestras cada día, la que legitima la verdadera paternidad". Ella sabía algo de eso.

Mathias la vio desaparecer detrás de una curva.

«Adiós Camilla. Y gracias» susurró.

Empujó el dedo sobre el botón del timbre.

Allá donde vayas, besa con el corazón, se dijo.

En aquel instante la puerta se abrió.

Gaia.

El nombre le gustaba.

Empujó la puerta y se metió hacia dentro.

# Epílogo

23 agosto 2011

El alba coloreaba con colores cálidos un cielo que había oscurecido hacía varias horas, mientras el sol que apenas se veía, si miraba en el espejo de las aguas calmas de un mar que había sido generoso.

Se respiraba aire bueno.

A bordo del barco de pesca la red cónica, usada para la pesca de arrastre, fue vaciada en la última carga del día. En el suelo cayeron una montaña de pescadillas, anchoas, salmonetes y una infinidad de gambas.

Un hombre, cara morena y rayas blancas en las arrugas, metió una pala de nieve, y después de haberla llenado, la vació en el barco, donde otros dos pescadores estaban listos para mezclar las varias especies en las respectivas cajas de plástico.

El puerto de Málaga estaba cerca.

Se tenía que estar preparado. La competencia era despiadada, también en ese sector.

El hombre con las rayas blancas alrededor de los ojos metió nuevamente la pala pero se bloqueó, dejando que el mango de madera pareciera una antena inclinada por el viento. Se agachó y con las manos desnudas quitó el pescado que cubría el objeto.

«¡Eh mirad!.»

Los dos pescadores se giraron y le vieron levantar un chaleco antibalas ensuciado por las algas verdes.

Las marcas de proyectiles que lo habían golpeado aún eran evidentes.

Se lanzaron una mirada a la cara, miradas marcadas por la dura noche de trabajo.

«Devuélvelo al mar» dijo uno de los dos, volviendo a mezclar el pescado.  
«Eso no se vende.»

## Nota del autor

Estoy muy contento de que hayas leído mi nuevo libro, el segundo, después de *Voci Soffocate*. También en este trabajo, tu opinión es de vital importancia, y te quiero agradecer anticipadamente si quieres compartirla publicando una reseña en Amazon, y todos los otros sitios dedicados a los amantes de los libros.

Estaría además verdaderamente agradecido si me escribieras a mi dirección de correo electrónico [beppequintini@yahoo.it](mailto:beppequintini@yahoo.it), para decirme qué piensas. Siempre es un placer intercambiar opiniones con quien ha querido dedicar algunas horas de su preciado tiempo en leer mi historia. Es fascinante.

Gracias otra vez por tu confianza.  
Y da a conocer este libro a tus amigos lectores.  
¡Corre la voz!

# Agradecimientos

Sin la ayuda de algunas personas, nunca habría podido escribir este libro. El primer gran y debido agradecimiento se lo debo a Luca Fazi, creo que mi primer gran fan. Ha sido él quien, indirectamente, me ha presionado para que *Es como el mal*, cogiera forma y vida. Tenía una lista de asesinos psicopáticos de los que elegir el más malo. Todo salió de ahí, hace algunos años.

Gracias a mi amigo Dario que me ha aconsejado, escuchado y soportado también en nuestros duros días de trabajo bajo el sol.

Estoy extremadamente agradecido a Mirko, por la amistad y el apoyo técnico para la realización de booktrailer. Es un mago, joven y humilde. Cosechará grandes cosas.

A mi primo Ema. Gracias a su ayuda, el libro es técnicamente creíble.

Gracias a Mattia, mi hijo. A lo mejor aún no entiende la importancia de las siguientes líneas, pero seguro que lo hará en un futuro. Sin su afecto y su dulzura, simplemente estaría perdido. Tengo mis dudas de si lo que más necesito es el aire para respirar o sus sonrisas.

Gracias a mi princesa Greta. Los momentos más divertidos del día, son mérito suyo. Y cada beso suyo me rejuvenece el alma. Un tesoro precioso.

Quiero dar las gracias a mis padres, estupendos abuelos.

A mi hermano, por el afecto que nos une.

Por último, gracias Marina. Hacer crecer con la sonrisa y ligereza una familia estupenda, no es objetivamente una tarea fácil. A ella le fluye; todavía tengo que descubrir su secreto. Sin este maravilloso clima, no habría podido ser el hombre que soy.